

# EL CONVERSO

José Manuel Fajardo

*En los mares del siglo XVII  
la libertad viajaba  
bajo bandera pirata*



Lectulandia

La Habana, 1622. Dos hombres se disponen a zarpar en el galeón «San Juan de Gaztelugache»: un misterioso aventurero inglés y un joven converso español que ha vivido siempre en secreto su condición de judío en su Cartagena de Indias natal. Lleva también el barco la sobrecarga de una dama hermosa y aviesa, un capitán más dado a la bravuconería que al buen sentido, pajes que traman trampas a escondidas, embustes suficientes para llenar de misterio las sentinas...

Ambos se dirigen a Europa (a Inglaterra y Holanda, respectivamente) en busca de su libertad, pero el azar les depara un futuro bien distinto. Impulsado por los vientos del engaño, el barco en que navegan otea un horizonte de misterios, sobresaltos, esperanzas y aventuras por tierras y mares de América, África y Europa.

«Que no soy un santo, bien lo sé. La cuenta llevo yo de mis pecados y es tal su número que mejor será dejarla a un lado, no venga a entorpecer este relato». Avisado queda el lector: Tomás Bird, protagonista y narrador de estas aventuras, empieza por reconocer su escasa santidad. Así las cosas, no podrá sorprendernos asistir, a medida que se vaya desarrollando el relato, a una sarta de embustes, trampas y engaños, a toda clase de cambios y mudanzas. Y no sólo por su parte: también Cristóbal Mendieta, el hombre de los mil nombres, el judío converso, vive parapetado en el embuste. Hará bien el lector en ser prudente, pues no necesariamente es la verdad quien sucede a la mentira, sino que ésta puede perpetuarse de aventura en aventura, de sorpresa en sorpresa. Y guárdese el juicio hasta el final, pues es más que posible que al amparo de tanta mentira sean causas nobles las que sobrevivan, tal que la libertad o el amor.

**Lectulandia**

José Manuel Fajardo González

# **El Converso**

ePub r1.2

hermes10 26.10.14

Título original: *El Converso*  
José Manuel Fajardo González, 1998

Editor digital: hermes10

Corrección de erratas: r1.1 sibeliu  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

«A Elena, mi alta dama morena».

*La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierran la tierra ni el mar encubre: por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida; y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres.*

«El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha».

MIGUEL DE CERVANTES

*Pasé la mar cuando creyó mi engaño  
que en él mi antiguo fuego se templara;  
mudé mi natural, porque mudara  
naturaleza el uso, y curso el daño*

«Soneto».

Lope de Vega

*¿Es posible cambiar radicalmente de vida?*

*¿Cuántas veces se puede empezar de cero?*

«Nueva Etiopia».

# PRIMERA PARTE

Un viaje de vuelta

# I

Que no soy un santo, bien lo sé. La cuenta llevo yo de mis pecados y es tal su número que mejor será dejarla a un lado, no venga a entorpecer este relato. Poco mérito tienen mis hechos, que las más de las veces no han sido sino hijos del designio ajeno o frutos de mis flaquezas. No soy hombre docto por más que no faltaran en mi crianza los libros, pues su sabiduría se me escurrió entre estos dedos proclives a las partidas de naipes o a los lances de dados, que también requieren mañas y maneras. En unas y en otros soy tan versado como pueda serlo cualquier fullero de los puertos, aunque es verdad que también acierto a decir de corrido algunos versos de nuestros ingenios y me sé estar entre gentes linajudas. No en vano han sido las carencias de mi carácter, y no las de la vida, las que me han hecho como soy: ni alto ni bajo, ni tonto ni sabio, ni zote ni discreto, y un poco de todo. Que tal vez sea mi única virtud el haber visto mucho y aún más oído. Y con ello, haber pasado la vida en un puro ir y venir, corriendo y tratando gentes al punto que hoy me veo, ya viejo y cansado, cual pez al que una red tejida con mil historias ajenas condujera enredado hacia la muerte. Pero de entre tantos cuentos y embustes, hazañas y desmanes como he sido testigo, ninguna historia hay más digna de ser contada que la de un hombre al que conocí por primera vez en varias ocasiones, y cuya aventura se ha hecho compañera de la mía por más que hasta hace bien poco yo no lo supiera. Pero basta ya de acertijos. Poco da que no sea yo el más ilustre poeta de estos tiempos ni mi fama sea mucha ni mi posición me otorgue privilegio alguno. Soy quien tiene todos los hilos de este cuento y ello ha de bastar para darme el derecho a contarlo entero.

Hace un año, la ciudad de Londres se estremecía aún por la sangre derramada de nuestro Rey, e incluso quienes habíamos defendido con las armas la causa del Parlamento no podíamos evitar que un escalofrío encogiera nuestros espíritus: la cabeza de Carlos I, y con ella su corona, había rodado a los pies del verdugo, y tal me sentía yo como si a mi brazo se debiera el golpe justiciero. No sé si atribuir tal sentimiento a mi afán de ser condimento de todas las salsas o a un inesperado espasmo de mi conciencia, que creía sumida para siempre en el profundo letargo que suelen provocar los vapores de los muchos excesos. Pero el desasosiego no sólo castigaba a mi alma. La naciente república bullía cual marmita, sin que se alcanzara a saber qué raro prodigio cabía esperar de su cocción. Y mientras nuestros viejos señores y aquellos nuevos que buscaban encumbrarse se disputaban tierras y riquezas sin otro arbitrio, las más de las veces, que el de las armas, un mar de manos plebeyas pugnaba por ponerlo todo patas arriba, para espanto de unos y otros. Era tiempo de mudanza, por más que la prudencia aconsejara rehuir las prisas a la espera de que las almas se encalmaran. Y, como reza el dicho, en el río revuelto de la patria veía yo la ocasión pintada de obtener buenas ganancias que enderezaran mi suerte siempre errática, o que vinieran al menos a llenar mis alforjas, toda vez que la vida militar no había satisfecho mis sueños de gloria; pues tengo estudiado que la voz de oro de una



faltriquera bien servida hace más llevaderas las carencias del ánimo.

Una noche, sentado en la taberna del Diablo y con la ayuda de una pinta de cerveza, me devanaba yo los sesos en busca de la mejor manera de propiciar mi fortuna cuando vi acercarse a mi mesa a Cristóbal Mendieta, Mohamed Al-Minar y Pierre Latour. Hacía muchos años que no tenía noticia de ellos, pero todavía recordaba con asombro el día en que descubrí que, en realidad, los tres eran la misma persona: un hombre enjuto, de corta estatura y mirada oscura, que ahora se detenía a mi lado, con el rostro surcado de arrugas y el cabello comido de canas, y me decía en lengua inglesa:

—Tenía la esperanza de dar con vos por estos pagos, amigo, pero a fe que es grande la ciudad de Londres y vos parecéis pulga de perro, que si bien os hacéis notar y no ha sido difícil hallar quien os conociera y me diera nuevas de vuestra vida, no resulta tan sencilla la empresa de encontraros.

Su voz tenía la misma claridad y firmeza de antaño, y de sus ojos tampoco había desaparecido el brillo receloso y perplejo que ya le noté la primera vez que nos vimos, hacía casi treinta años.

—Ya sabéis que un hombre de mi condición y pasado ha de ser necesariamente discreto en su vida pública, si no quiere perderse los placeres de las privadas indiscreciones —respondí yo en su lengua, la castellana, a la vez que me levantaba y sellábamos con un abrazo el reencuentro—. ¿Cuánto tiempo lleváis en Londres? —pregunté, una vez que nos sentamos a la mesa.

—Tres días hace que disfruto de las humedades de esta villa, y tres días llevo buscándoos, holgazán, que según veo seguís fiando vuestra dicha en la cerveza más que en el trabajo.

—Ya sabéis, quien nace torcido... —respondí, y ambos compartimos esa risa fácil que acompaña siempre los reencuentros felices y se viene a los labios a la menor excusa.

Volví a mirarle a los ojos, con la franqueza que da la amistad antigua, y no vi en ellos rastro alguno de la sonrisa que aún asomaba a su boca. Supe entonces que no era sólo el grato aroma del vino viejo de la amistad lo que le había hecho buscarme por las tabernas de Londres. Pero bien le conocía, y de nada serviría apremiarle con preguntas. Cuando creyera llegado el momento, él mismo me diría de buena gana lo que de mí esperaba.

Por mi parte, no había prisa, pues mi suerte ingrata no habría de tornarse más adversa si empleaba mis horas en escuchar a un amigo en vez de empozarme en mis nunca satisfechos deseos. Disponía de toda la noche para hablar, que es tanto como decir que tenía todo el tiempo del mundo.

—¿Cómo debo llamaros, sire? Pues, a buen seguro, no habrá de ser ninguno de los muchos nombres con que os he conocido el que habéis traído hoy con vos a Londres —bromeé.

—Llámame como quieras, viejo truhán, y no me lisonjees cual si fuera una de las

damas bien municionadas a las que eras tan dado en otros tiempos. Pero, en honor a tu patria, bien puedes llamarme Stephen Tower.

—¡Sea! ¡A vuestra salud, maese Stephen! —brindé alzando mi pinta, mas no terminé de arrimarla a mis labios al oír que él demandaba aguardiente al mesonero. Vencido de curiosidad le dije—: ¡Muy tolerante te veo! ¿Desde cuándo libas licores cual abeja?

—Desde que la vida tomó mi espalda por tablero y se ha dado a escribir en ella, a fuerza de golpes, la crónica de las flaquezas y los extravíos del corazón humano. Me he tornado comprensivo a fuerza de incomprensiones, paciente tras sufrir la impaciencia de otros, adusto por haber derrochado tanto, y sereno cuando di por perdida toda esperanza. ¿Llamarías tú a todo ello sabiduría? Llámolo yo vejez, y te aseguro que no es sólo cosa de los años, pues pocos hemos de llevarnos entre ambos y a buen seguro que el tuyo es un corazón que aún late atolondrado, más propio de los años de juventud que de la edad escarmentada.

Convine en que no estaban la prudencia ni la templanza entre mis contadas virtudes y, al hilo de la juventud evocada, volaron nuestras palabras hasta el lejano día en que nuestras vidas se cruzaron por primera vez. Por aquel entonces, él se hacía llamar Cristóbal Mendieta.

Corría el año de mil seiscientos y veintidós, y mataba yo los días en La Habana, con la ayuda de las mozas de la posada donde me hospedaba, a la espera de que la Armada de Galeones de Cartagena de Indias hiciera puerto en la villa. Mi deseo era embarcarme en ella y continuar viaje hacia Lisboa, desde donde pensaba trasladarme a puerto inglés, pues era mi esperanza prosperar en la tierra donde naciera mi padre.

A siete días de septiembre, las velas numerosas de la Armada se recortaron en el horizonte y, antes del anochecer, siete majestuosos galeones enfilaron la bocana del puerto, acompañados de la veintena de embarcaciones de carga que navegaban bajo su protección. Hubo gran revuelo en la ciudad, pues emprendía la Armada su regreso a España con inusual retraso, y todo el que tenía algo que comprar o vender se vino a los muelles, donde ya acechaba la jacarandaina de la villa: rufianes de toda edad prestos a echar la mano y la uña a las faltriqueras de los incautos.

Los pajes se las habían con los pícaros del lugar, que semejaban liebres entre el pasto humano de la muchedumbre; pugnaban unos por hacer avanzar sus carretas sin quebrar más huesos de los necesarios; cargaban los mozos del puerto fardos que doblaban los más recios espinazos cual si fueran briznas de hierba; gritaban las busconas desde los soportales, pregonando su mercancía pecadora entre risotadas y gestos obscenos; quién se iba en maldiciones; quién se desgañitaba para hacerse oír; y quién echaba mano, al paso, a un racimo de bananas, un tomate jugoso o un higo maduro con que matar, de un solo esfuerzo, hambre y sed.

Los cañones del castillo de los Tres Santos Reyes del Morro atronaron el aire con la última salva de bienvenida, y un escándalo de gaviotas ansiosas, cuya codicia sobrevolaba el muelle, vino a ensordecirme aún más. Jurando cual galeote, me abrí

paso hacia el soportal donde el escribano de la Armada había logrado instalar sus asientos y bajo el que se esforzaba en vano por cumplimentar los legajos de la contaduría, entre protestas y demandas tan vehementes que a duras penas se bastaban los oficiales que le acompañaban para evitar que, en el bullicio, fueran a dar mesa y escribano en el suelo, donde les esperaba la ingrata caricia de la bosta de los caballos, los racimos de algas y la paja pisoteada.

Dejé que mercaderes y fulleros se dieran de coces por tomar la vez, pues no había nacido ayer y bien sabía que no iba a sacar más conocimiento en el barullo que el trato con pies y codos, cuya dolorosa locuacidad se reflejaba en los rostros del gentío. Puse rumbo a la columna en la que se recostaba, aburrido y olvidado de todos, el paje del escribano. Dos reales de plata fueron suficientes para sacarle del tedio y dar vida a su lengua; así supe que el señor escribano había encargado una cena digna de sus fatigas en la taberna de Román, que decían el Rojo por lo encendido de sus cabellos, muy frecuentada por gentes de mar y a la que yo solía acudir con la esperanza de obtener la boleta que me permitiera embarcarme, sin que hasta la fecha hubiera querido mi suerte esquiva mostrarse favorable.

La taberna abría sus puertas en una calle angosta a espaldas de la plaza de Armas, muy cerca del soportal donde el escribano bregaba con el gentío. Me dije que no era el caso visitar tan pronto los dominios del señor Román, pues a buen seguro habría de aplacar la sed de mi impaciencia a fuerza de tragos y no era mi voluntad ni mi entendimiento los que debían acogerse a la languidez de la bebida aquella noche. Decidí, pues, andar los muelles por mejor aprovechar el tiempo, en busca del navío más adecuado y de la ocasión de trabar conversación con algún marinero que pudiera serme luego de utilidad a la hora de componer mi cuento.

Me alejé del soportal en pos de las largas filas de mozos que, al cargar los barcos, hacían del muelle el remedo de un gran hormiguero donde todo era atareado bullir. Allá se iban los sacos de garbanzos, de alubias y de arroz; las fragantes cestas de quesos y las de pan bizcocho, que era el maná de las largas travesías. Rodaban toneles de agua y de aceite, seguidos de los pellejos de vino y de las damajuanas de aguardiente que los brindavineros del puerto vendían a precio de oro, pues bien sabían que unos y otras habrían de tomar el relevo al agua cuando la podre se cebara en ella. Y tras ellos desfilaban las arcas con resmas de bacalao seco y de tocino, los cestillos de limones, de naranjas, de bananas y otras muchas frutas aún verdes destinadas a madurar a bordo, y los cestos de ajos y de cebollas, que son los cancilleres de todo buen puchero. Tal parecía que la mano de un rey Midas pantagruélico hubiera tocado el puerto, convirtiéndolo todo no en oro sino en comida.

De las lonjas de los soportales emanaba un tufo a estiércol y a bestias que anunciaba la presencia de las gallinas y los carneros que habrían de ser embarcados vivos, justo antes de la partida, a fin de proveer de huevos y de carne a los tripulantes durante el viaje, y cuyos berridos y cloqueos se sumaban a la algarabía reinante.

Frente a los soportales, tres grandes carracas, una nao y dos galeones se alineaban

amarrados junto al muelle, levantando la empalizada de sus mástiles, mientras las demás embarcaciones fondeaban en la dársena, visitadas una y otra vez por los cofres, gabarras y pataches que transportaban hasta ellas las mercancías. Los marineros de los navíos, entre tanto, no veían el momento de concluir las tareas, cuyo término reclamaban a grandes voces, para echarse al puerto, sedientas las bocas de licor y las manos de hembras; dispuestos a olvidar de antemano los muchos agobios que a buen seguro habría de depararles la mar Océana, pero cuyo rigor, en esta ocasión, a fe que estaban muy lejos de imaginar.

El muelle ofrecía la rara y diversa humanidad que poblaba las Indias Occidentales: pescadores gallegos y asturianos, segundones extremeños, artesanos toledanos, barberos napolitanos, buhoneros aragoneses, carpinteros montañeses, labradores murcianos, herreros vascos, oficiales sevillanos, marineros portugueses, trasegadores de bodegas, malandrines de la calle, devotos de conveniencia, penados del Santo Oficio y aventureros de los pueblos más recónditos, en busca todos de fortuna o huyendo de las muchas penas con que se desayunaban cada día en tierras de España. Y, entre ellos, los esclavos negros que sudaban su condición bajo el peso de la carga. Era un mar de rostros que se agitaba frente a la calma oceánica del atardecer habanero, y que me aturdí con su número y su ajeteo.

Oí a mi espalda un juramento, un resoplido furioso, un jadeo, y apenas si tuve tiempo de hacerme a un lado para evitar que dos malencarados marineros me ensartasen con el hato de largas varas que portaban sobre sus hombros.

—¡Buscad una corrala de cómicos, si no habéis de hacer otra cosa que mirar! — me gritó uno de ellos al pasar, y el otro siguió la burla—: ¡O echadnos unos reales, si tanto os complace el espectáculo!

Acogí sus libramientos con una forzada sonrisa y un chusco remedo de reverencia, y eché a andar tras ellos por aprovechar la estela que con su ímpetu abrían entre la multitud. De ese modo me vine hasta uno de los galeones, en cuya armada popa podía leerse, con grandes letras negras ribeteadas en oro, un nombre: «San Juan de Gaztelugache». Llevaba mi ira anudada en la garganta, pues es atributo de la juventud el orgullo y el mío acababa de ser desairado, pero no había tiempo para enojos y, por demás, era bien cierto que hasta ese momento yo estaba mano sobre mano, sin hacer nada en mi provecho.

Tal vez aquellos hombres, aunque insolentes, pudieran serme útiles, e imaginaba yo el mejor modo de interesar su codicia, que es aliada segura a la hora de ganar voluntades, cuando vi junto a la plancha de desembarco del galeón a un mozo que habría de contar poco más o menos mis años, y que semejava una piedra en el torrente humano que le rodeaba: inmóvil, anguloso, ajeno a tanto esfuerzo; aunque sus ojos revelaban otro afán, una búsqueda que se me antojó gemela.

Me acerqué a él con la certeza de haber hallado a mi hombre, y le dije:

—¿Vos también buscáis la fortuna a ojo? Hacedme caso: de poco ha de valeros acechar si nada hacéis por ayudarla a prosperar.

—¿Qué decís?

Sus negros ojos se clavaron en mí con desconfianza y curiosidad. Aunque era joven, su mirada mostraba ya huellas de experiencia que, con los años, a buen seguro tornarían su mirar de receloso en escarmentado.

—Os digo que soy bachiller en búsquedas y doctor en fracasos, amigo. Y leo en vuestro rostro el apremio de un deseo, como tal vez leáis vos en el mío la determinación de un propósito —le respondí, y añadí—: Y acaso no fuera desacertada razón pensar que con el mutuo auxilio pudierais vos dar satisfacción a vuestros anhelos y alcanzara yo a llevar a buen puerto mis fines.

Nada me contestó, que fue todo mirarme cual si por las ventanas de mis ojos quisiera asomarse a la verdad de mi corazón. Mostré yo la mejor de mis sonrisas, aquella que hace resplandecer mi honradez y mi lealtad cual si fueran dos poderosas hogueras y no las mustias brasas que son. Y dije:

—Veo que sois parco en palabras, amigo. Gran virtud, sin duda, más aún cuando es probable que entre tanta gente como puebla este muelle haya más de un oído dispuesto a pescar en conversación ajena. Mas ya caen las sombras de la noche y la prudencia aconseja también buscar mayor recato al negocio que quiero proponeros.

—No veo la manera en que mis servicios pueden seros de alguna ayuda, yo no soy más que el paje del señor marqués de Valdehoyos, y ahora he de atender los deberes de mi oficio —respondió al fin.

Hizo ademán de remontar la pasarela, pero dos marineros que bajaban por ella se lo impidieron. Eran los mismos que me habían servido de guía hasta el galeón.

—¡Aparta, perro faldero, que es hora de emprender trabajos de hombres, no recados de damisela! —le espetó el primero, a la vez que le desplazaba con el brazo, haciéndole trastabillar.

—¡Hermosas maneras las vuestras, marino! —exclamé mientras la rabia me oprimía de nuevo la garganta—. Muy liberal os hallo en vuestro trato con el pasaje. ¿Sois acaso capitán o almirante, pues valoráis vuestro paso cual si fuera cortejo real?

Se detuvieron ambos ante mí y el que había hablado, un hombretón alto de nariz rota y rostro picado de viruela, me dijo:

—¡Mucho amáis las pendencias ajenas, caballero, pues sin ser cosa vuestra os asomáis a ellas cual comadre a la corrala! ¡Tened buen pasaje a bordo y rezad vuestras oraciones para que la mar os sea benigna, que hay quien en ella perdió primero el apetito y después la vida. Amparad a este paje medroso si es que os place hacer de Quijote, que nosotros hemos de seguir nuestra tarea, pues no serán pajes bujarrones ni caballeros sin oficio quienes hayan de llevar esta nao a buen puerto.

Y, con una risotada y una palmada en el hombro de su compadre, que no me había quitado ojo de encima, siguieron su camino sin esperar mi respuesta que, de haber seguido los impulsos de mi corazón, no habría sido otra que una estocada que hiciera de su ombligo túnel con su espalda.

—Veo que los conocéis —dijo el paje, en cuyo rostro no había traza de enojo ni

de miedo sino la sombra de una curiosidad.

—Aún no, amigo, mas si continúan dándome higa podéis estar seguro que habré de trabar íntimo trato con sus vísceras —respondí entre dientes, y una fugaz sonrisa atravesó el rostro del paje. Después de todo, las impertinencias de aquellos dos ganapanes iban a servir para algo—. ¿Vos también andáis con chanzas? —le dije, aparentando enfado.

—Nada más lejos de mi intención, sire —me respondió, ceremonioso—. Veo que sois hombre de honor, aunque habláis con licencia de marinero. Quizá no fuera del todo vano escuchar ese negocio que deseáis proponerme. Decidme dónde podemos encontrarnos y en una hora me reuniré con vos.

—Os espero en la taberna de Román. Está cerca y es muy visitada, de modo que no tendréis problema en hallar quien hasta ella os guíe —dije yo, satisfecho de ver cómo el pez se colaba de buen grado en mis redes.

Me disponía a marchar cuando el paje me tomó del brazo y me dijo:

—Ah, sí, una cosa más he de deciros: aunque nada he dicho ni hecho sé bien defenderme, no os confundáis de igual modo que esos dos rufianes. Aun así, os agradezco que terciarais en mi defensa. Pero ello no os da derecho a llamarme amigo. No lo soy vuestro ni vos lo sois mío, y poco habréis de ganar con fingir un afecto que, bien lo sé, no existe.

De su rostro había desaparecido cualquier trazo de simpatía, e incluso hubiera jurado que había doblado repentinamente su edad si no fuera cosa imposible. Diose la vuelta y cruzó la plancha hasta la cubierta del galeón, dejándome confundido e inquieto. Quizá me había equivocado al elegirle, pues las aguas del corazón humano son siempre engañosas y ninguna inteligencia, por perspicaz que sea, está exenta de errores. En cualquier caso, aquél estaba resultando ser verdaderamente un extraño pez.

La taberna de Román «el Rojo» era fiel reflejo del bullicio del muelle. En sus altas estancias se amontonaban ya los marineros y corrían la bebida y los asados como si aquella fuera la última cena de sus vidas. Busqué una mesa apartada, me hice con dos banquetas y pedí una jarra de vino para templar el ánimo durante la espera. El corpachón de Román emergía cada tanto de los fogones, cual si su encendida cabeza fuera obra de las brasas y no legado de su padre, un holandés bermejo de piel blanquísima que habíase venido a las Indias poco después de que se levantara la fortaleza de la Habana y del que Román había heredado algunos maravedíes, la taberna, una cabellera crespa y rojiza, y un odio a los herejes que tornaba su rostro del mismo color que su cabello si alguien mentaba en su presencia a hugonotes, luteranos y demás reformadores: «¡Demonios redivivos!», gritaba él, todo arrebolado de colores infernales. Y, más pronto que tarde, se le iba la mano al atizador de la cocina si algún incauto se atrevía a mostrar siquiera compasión por los enemigos del Papa.

El que la tierra de sus antepasados se hubiera convertido en refugio de judíos y

púlpito de enseñanzas luteranas era una herida que amargaba su existencia sin que bastasen sus dineros ni el amor de los suyos para devolverle la felicidad. «Si nunca has pisado tierra holandesa, ¿a qué hacerse tan mala sangre?», le objetaba su mujer, una campesina corpulenta que había cambiado los verdes prados gallegos por la aventura habanera cuando la miseria empujó a sus padres a buscar fortuna en las Indias. Pero tales reproches se estrellaban contra el firme baluarte de la indignación del tabernero, que las más de las veces hacía callar a su esposa con un bramido, tentado de cobrarse en su costilla las ofensas que los lejanos compatriotas de su fallecido padre le infligían con sus extravíos heréticos. Entonces se lanzaba a los pucheros con ímpetu guerrero y, entre maldiciones y juramentos, convertía su rabia en soberbios potajes y sabrosas frituras. Tal era como si sólo el fragor de sus fogones, trinchando carnes y martirizando verduras, hallara desahogo a su perpetua irritación.

Pero, cuando las disputas de la fe no venían a perturbar su ánimo, Román era hombre de buen trato y negociante sagaz al que poco importaba el origen de los reales que bailaban sobre la mesa, con tal que terminaran su viaje en su muy católica faltriquera. Bien pude ver yo, la primera vez que visité su taberna el mismo día de mi llegada a La Habana, cómo la codicia brillaba en sus ojos cuando un puñado de ducados se asomó a la palma de mi mano, y por ello no me había cansado de hacer engordar desde entonces su bolsa con mil excusas, a la vez que me declaraba sumiso hijo de la Santa iglesia de Roma. De tal modo que, de un solo envite, había vencido su recelo y ganado su favor. Ahora era la ocasión de recoger el fruto de tales atenciones.

Me acerqué al saturnal reino de Román, en el que hervían dentro de una gran olla deliciosas raíces de yuca mientras un lechón se doraba al fuego, y le pregunté dónde pensaba sentar al señor escribano de la Armada.

—¡Donde me plazca, inglés, que lo mío es llenar la andorga, no ser barbero de nadie!

—¡A fe, Román, que hacéis bien! —aprobé yo, por encalmar su genio, y añadí afectando confianza—: Mas la mía no es una pregunta casual, como bien podéis suponer. Hay ciertos negocios que quisiera hablar con el señor escribano y la proximidad de su mesa sería para mí una bendición que el Señor habrá sin duda de recompensar.

—Dios lo quiera, inglés, pero tampoco está de más la gratitud de los hombres —respondió el tabernero y sus ojos brillaron con picardía, cual si ellos mismo fueran dos redondas monedas de plata.

—Negocio llama a negocio, maese Román, y para que vaya bien el mío bueno será propiciar el vuestro —repuse yo, a la vez que deslizaba un ducado en su gruesa y sudorosa mano.

En un santiamén la mesa vecina a aquella a la que yo me sentaba quedó desocupada, entre las protestas de sus sorprendidos comensales que se vieron forzados a cambiar de asiento, tazones y escudillas en mano, ante la feroz y

descomunal presencia del tabernero.

El paje llegó poco después, cuando ya empezaba a adivinarse el fondo de mi jarra. Se abrió paso entre el gentío, hasta que me vio y vino a sentarse a mi lado.

—¡Recatado lugar, pardiez! ¡La vuestra es una singular discreción! —me espetó a modo de saludo.

—No juzguéis a la ligera, amigo, y fijaos que en medio de tal zarabanda ni el más fino oído alcanzaría a percibir lo que dos hombres hablaban a sovoz —le respondí y, antes que tuviera tiempo de protestar, añadí—: Haríais bien en decirme cómo debo llamaros si tanto os irrita que os trate de amigo.

—Mi nombre es Cristóbal Mendieta y soy nacido en la ciudad de Cartagena de Indias. Y vos, aunque habláis bien la lengua castellana, adivino por vuestro acento que luciréis un nombre bien extraño.

—No lo es en la patria de mis antepasados, maese Cristóbal. Me llamo Thomas Bird, soy nacido en la villa de Brighton y hasta donde alcanza mi memoria siempre he vivido en estas tierras de las Indias Occidentales, donde mi padre comerciaba con una polacra que era toda la fortuna familiar. Hoy mi padre está muerto y la polacra yace en el fondo del mar, donde la envió un bergantín bucanero hace dos meses.

—Y vos, haciendo honor a vuestro nombre, habéis decidido levantar el vuelo hacia Inglaterra —me interrumpió.

—Así es —le respondí—: Ya veo que conocéis la lengua inglesa.

—Es que no siempre ha sido mi oficio el de paje... pero no creo que os interesen las cuitas de mi vida ni veo razón alguna para que os hable de ella. Sois vos quien tenéis algo que decirme, contadme pues del negocio que os traéis entre manos.

Había un eco de impaciencia en sus palabras que se me antojó muy conveniente a mis intereses. Bajo la luz del hachón que alumbraba la mesa desde la cercana pared, el paje no aparentaba contar más de veinte años de edad. Su figura resultaba fibrosa, como si piernas y brazos estuvieran hechas con retorcidos cabos de obenque, y sus manos acompañaban sus palabras con aspavientos rápidos y elocuentes, cual si hubieran siempre de desbaratar reparos y vencer reticencias. Tenía la actitud vigilante de un centinela y su mirada abandonaba cada poco nuestra calma mesa para capturar los movimientos de cuantos se agitaban en nuestro derredor. No quiso unirse a mí cuando le propuse pedir una nueva jarra de vino y un poco de tocino, pues ya apretaba el hambre y bueno era empapar lo bebido a la par que se saciaba el apetito. Dijo que prefería una cántara de agua fresca y un plato de garbanzos, y yo creí adivinar tras la austeridad de sus banales palabras el hábito de la soledad, la determinación de quien nunca halla en torno de sí el amparo de sus iguales.

El benéfico efecto del ducado tenía todavía encandilada la atención de Román, que no quitaba ojo a cuanto sucedía en nuestra mesa, pues el tabernero es al puerto lo que la viuda a la iglesia: semillero de rumores, contador de sucedidos. De modo que muy pronto fuimos provistos de pitanza y bebida y, entre bocado y bocado, a falta de las historias que mi inquieto invitado me negaba con tanta determinación, me avine a



contarle mis planes del modo que mejor sirviera a mis propósitos:

—Vos sabéis bien el mucho celo con que se emplean los fieles servidores de Su Majestad don Felipe IV, que tal parece estuvieran obligados a rendir cuentas de sus actos en persona ante el mismísimo Rey de España, así se muestran de estrictos en el cumplimiento de las muchas exigencias y órdenes que acompañan a la preparación de cada Armada de Indias. Precauciones todas que se les antojan pocas si quien desea embarcarse en ella es extranjero, cual es mi condición. ¿Qué decir si la patria de ese extranjero es un reino rival de España en comercio e imperio? Poco importa en ese caso que dicho extranjero no recuerde siquiera el color de los prados de su patria, ni que haya vivido tantos años lejos de ella que ninguna obligación le ate ni, por tanto, albergue enemistad alguna contra la corona de España. Podéis imaginaros cuántas vueltas me he visto forzado a dar, cuántas puertas he tocado, cuántas veces he suplicado en estos dos meses sin que hasta hoy haya logrado hacerme con la boleta que me permita viajar a Lisboa. No me canso de repetir que no soy hombre de armas, y si alguna gratitud he de guardar ésta ha de ser hacia los españoles, en cuyas posesiones he comerciado y de cuyo trato se ha beneficiado mi familia desde hace años, hasta que han sido precisamente los enemigos del Rey de España, quienes, al hundir mi barco, me han privado de industria y puesto en el brete de cambiar de vida. Pero aún quiere mi infortunio que tales razones ni siquiera exponerlas pueda, pues bien sabéis que el comercio está prohibido en estas tierras a los extranjeros, y si es cierto que tal comercio existe, para provecho de todos, no deja de ser contrabando. Y no ha de ser el oficio de contrabandista el que conmueva el corazón riguroso de un oficial de la Armada.

Callé para que mi desesperación pesara con toda su elocuencia sobre el ánimo de mi interlocutor que, como el silencio se prolongaba sin que yo mostrara intención de retomar el hilo de mi historia, terminó por animarme a continuar con la pregunta que yo deseaba oír de sus labios:

—¿Y qué puede hacer un pobre paje como yo para torcer la voluntad de las autoridades de la Armada?

—Más de lo que creéis, Cristóbal. Una llave pequeña puede abrir la más recia y guardada puerta, sed vos la llave de mi retorno y os recompensaré sobradamente, pues con la polacra no se hundieron las ganancias de tantos años de trabajo, y lo que habéis de hacer por mí es poca cosa, de modo que hallaréis mucha ganancia con muy poco esfuerzo.

—No os equivoquéis de nido, mister Bird, que no habrá de ser empollando mi codicia como obtengáis mi ayuda. A decir verdad, poco me importa el dinero, pues bien sé cuán poco vale si faltan otros bienes más preciados. Y no os digo que unos buenos reales nada puedan: al son de su música bailan los más torpes y se tornan sabios los necios. Pero no es dinero el pago que busco, y estoy seguro de que vos ya lo sabéis. Dejad pues de enredarme fingiéndoo simple y tratándome como si yo también lo fuera, que os sobra sagacidad y a mí me falta paciencia.

Rompí a reír de buena gana. ¡El pescador pescado! Aquel endiablado paje era duro como caparazón de tortuga. Había llegado el momento de hablar claro.

—Muy bien, Cristóbal. No más trucos ni mentiras. ¿No queréis dinero? De acuerdo. ¿Queréis dinero y... algo más? Bien, sea. Decidlo, pero ya que me demandáis claridad y me suponéis despierto, permitidme una pregunta que a buen seguro tendrá que ver con vuestros deseos. Ya no sois un mozalbete para andar ejerciendo de paje por vuestro gusto, así pues: ¿de qué huís? Porque lleváis escrito en los ojos el recelo y el afán del prófugo.

Nada en su rostro dio muestras de sorpresa, tal parecía que hubiera estado esperando mis palabras, y yo me pregunté si la inquietud permanente que parecía agitar su alma no sería a la postre la más eficaz de las añagazas, un velo de emoción capaz de hacer pasar por alto los verdaderos temores, de igual modo que en el griterío de la taberna nuestra conversación pasaba desapercibida y se disolvía en el ruido reinante como desaparecería una lágrima en un rostro azotado por la lluvia.

—¿A qué ese afán de saber de mí? ¿Qué esperáis obtener de ese conocimiento? Tan cierto es que hay cosas que es mejor ignorar, como que hay verdades que no están destinadas a cualquier oído. ¿Qué sé de vos? ¿Por qué habría de hablaros yo de mis males? Sois vos quien me habéis buscado y quien pretendéis algo de mí; sois vos quien me demandáis confianza, pues nada ha de impedirnos incumplir vuestra palabra después que yo haya satisfecho vuestros deseos. Me pongo pues en vuestras manos, no pretendáis además que os abra mi corazón, y tampoco me toméis por necio. Aseguraos de cumplir vuestra parte del negocio, pues no se me escapa que tan fugitivo sois vos como pueda serlo yo, y a buen seguro que algo tendréis que perder si pregonó a los vientos nuestro pacto. Escuchad pues lo que tengo que deciros: yo os ayudaré a embarcar en el «San Juan de Gaztelugache» y, una vez que arribemos a puerto en Lisboa, me llevaréis con vos a Inglaterra, pues desde allí me ha de ser más fácil proseguir mi viaje hacia tierras holandesas. Si tal cosa hacéis, yo os daré a cambio cuanto me pidáis, así sea poca o mucha cosa, que todo habrá de parecerme nada ante el bien que me aguarda.

El paje clavó en mí sus negros ojos, en espera de mi respuesta, pero de mis labios sólo salió una nueva pregunta:

—¿Y qué bien es ese que tanto vale?

—¿Cuál ha de ser? La libertad, que es el más precioso don que a los hombres dieron los cielos. El único por el que cabe arriesgar la vida, cuya posesión colma los corazones y cuya pérdida torna al hombre en la más infeliz de las criaturas.

Y era tal el resplandor que iluminaba el rostro de Cristóbal Mendieta mientras decía aquellas encendidas palabras, que estuve tentado en mi miseria de apretar la soga de sus ansias hasta hacerle sangrar su última moneda, seguro de que en verdad habría de darme cuanto le pidiera. Pero fueron de nuevo otras las palabras que salieron de mi boca:

—Brindo por vuestra libertad y por la mía, que me hallo encerrado en esta isla

por más que no me falten placeres ni me sujeten cadenas. No precisáis de amenazas, os doy mi palabra, pues como me pedís he de ayudaros a pisar suelo inglés. Pero lo que de vos espero es bien poco. Está al llegar a esta taberna un escribano de la Armada, a quien el bueno de Román sentará a esa mesa vecina, mucho me ha costado proporcionar su proximidad y he de sacar provecho de tan oportuno azar. Yo me ganaré su atención, vos sólo debéis hacer algo que estoy convencido que no habrá de resultaros extraño: mentir. Nada más os pido, Cristóbal.

Y Cristóbal Mendieta mintió con la desenvoltura de un fullero sevillano. Quiso la fortuna sonreírme al fin, y el escribano de la Armada, don Sebastián de Arteta, resultó serlo también del galeón «San Juan de Gaztelugache», de manera que Cristóbal Mendieta no vino a confirmar mis palabras sino que fue él mismo el puente que me permitió cruzar la menguada distancia entre la mesa del escribano y la nuestra, y salvar el abismo que separaba a un desconocido extranjero como yo de la digna figura de un escribano nombrado por la poderosa Casa de Contratación que controla, desde Sevilla y en nombre del Rey, todo el comercio con las Indias Occidentales.

Entró el escribano rodeado de oficiales, precedido por un Román convertido de repente en ceremonioso tabernero, se dirigió a la mesa que tenía reservada. Iba vestido de riguroso negro, cual si su minucioso recuento cotidiano de dineros, mercancías y pasajeros formara parte del luto que parecía guardar por todos los fallecidos monarcas de España, cuyos intereses vigilaba atento para provecho de sus ilustres descendencias y del reino, que venían a ser lo mismo. Me preguntaba yo de qué modo iba a dirigirme a él sin que su séquito de empleados reales se convirtiera en insalvable valladar, cuando vi que era el propio escribano quien, en la distancia y no sin desganada condescendencia, se dirigía a Cristóbal Mendieta, que se había puesto respetuosamente en pie al verle llegar, para preguntarle si su dueña, la sobrina del marqués de Valdehoyos, doña Catalina Oro y Miranda, había disfrutado de una buena travesía desde Cartagena de Indias.

Respondió él que su señora había tenido muy buen viaje gracias a la pericia del señor capitán y a las muchas atenciones que el señor escribano le había dispensado, de las que se había mostrado agradecida reiteradamente. Y, con ocasión de encarecerle ahora su bondad, se atrevía él mismo, humilde servidor, a presentarle un triste caso cuya buena resolución habría sin duda de apreciar su señora sobremanera, pues era su infortunado protagonista un hombre al que su señor tío había estimado desde la prodigalidad de su alma rigurosa pero compasiva.

Tomó asiento el escribano, halagado por la confianza que, según le revelaba el paje, depositaba en él tan ilustre pasajera, y concedió escuchar el caso, en tanto le llegaba el asado de lechón que el tabernero le había prometido. Dijo Cristóbal que era yo el protagonista de una historia que ilustraba de qué modo en el corazón de los hombres anidaban lo mismo la miseria que la grandeza, y que el señor escribano juzgaría cuál de las dos había terminado por prevalecer en mi alma. Le contó cómo había llegado yo a la villa de Cartagena de Indias, diez semanas atrás, enrolado en

una polacra inglesa que pretendía comerciar con esclavos negros, y cómo su señor, el marqués de Valdehoyos, que regentaba el próspero comercio de esclavos en la ciudad, había rehusado hacer trato alguno con el capitán de la polacra por impedirlo las leyes españolas, de lo que se derivaron agrias palabras y muchas protestas, al punto que yo, hombre de bien como era, había decidido causar baja en la tripulación pues mucho me temía que a la postre mi capitán cediera a la tentación de hacer por las malas lo que las autoridades del puerto no le permitían realizar de buen grado.

Adornó Cristóbal su cuento con mil pequeños detalles que hubieran conmovido al corazón más indiferente. Habló de mis desesperadas lágrimas cuando no se me permitió quedarme en la villa, obligándoseme a embarcar en la polacra donde el capitán, resentido por mi fallido abandono, me había prometido implacable venganza. Hizo recuento de los malos tratos que en efecto me dispensó el capitán en la travesía del mar Caribe y del modo en que, finalmente, fui arrojado a las aguas infestadas de tiburones del canal de la isla de La Tortuga, de las que escapé milagrosamente con la ayuda de un pescador.

—Y así, señor escribano, es como Thomas Bird ha venido a parar a La Habana, con los pocos bienes que pudo llevarse consigo, y cómo por una feliz casualidad he venido yo a encontrarlo en el muelle, desesperado por no poder regresar a su patria ni permanecer en ésta, dada su condición de extranjero; tal parece que hubiera sido condenado al Purgatorio en vida. Mas he querido yo atestiguaros la veracidad de sus palabras por haberle conocido en Cartagena de Indias y haberle visto actuar como hombre de honor que no merece tan cruel infortunio, por más que mal hiciera en venirse a estas costas con propósito de comercio. No hubo tal y, por tanto, no hay delito. Y el castigo a que hubiera lugar por sus malas intenciones recibiólo ya de sus propios compatriotas, de tal modo que no cabe esperar ánimo alguno de venganza contra los españoles y sí un tesoro de gratitud si con magnánimo corazón accedéis a darle la boleta que le permita embarcar de regreso a Europa. Pues bien sé, porque así me lo ha dicho, que no abriga otra esperanza que el regreso a su casa y a las tareas del campo, que de las del mar ya está bien escarmentado.

Empeñó Cristóbal su palabra y aún se atrevió a prometer escribir a su señor a la llegada a España, si fuera menester, para solicitarle que confirmara cuanto había dicho, pues bien sabía que el marqués había apreciado mi gesto y lamentado mi azarosa partida. Y mientras tales cosas decía, me atreví yo a depositar sobre la mesa del escribano, con gesto temeroso, una pequeña bolsa llena de ducados que dije era toda mi fortuna y que gustosamente ofrecía a los servidores del Rey de España no sólo para pagar mi boleta, si tal se me concedía, sino para reponer los perjuicios que mi despiadado capitán habría sin duda cometido en mi ausencia y de los que yo, por haberme embarcado con él, me consideraba de algún modo responsable.

La mano huesuda del escribano tomó la bolsa, la sopesó sin abrirla, casi con vergüenza, como si nada estuviera más lejos de su intención que hacerse con su valioso contenido, y dijo:

—Bien hacéis en mostraros humildes y aún mejor en ser agradecido. Vuestros dineros apenas si son suficientes para pagar el viaje y no creo que puedan limpiar vuestra conciencia, pero no soy yo quien debe juzgar esas cosas. Deberíais acudir a nuestro capellán, fray Alonso Espinel, si queréis aliviar vuestra culpa. Por mi parte, sólo puedo ofrecer una boleta para la primera cubierta, sin lujos ni comodidades, pero tan eficaz como cualquier otra para el propósito que os anima. Y aun esto lo hago sólo por complacer el corazón generoso del señor tío de doña Catalina, y por la piedad que en todo buen cristiano deben despertar los pecadores arrepentidos.

—Dios os guarde, señor, que la caridad siempre es recompensada. En mí tenéis un devoto servidor obligado por la más sincera gratitud. Y por ello no quisiera que me creyeráis impertinente si me atrevo a haceros un último ruego, pues tengo las mejores razones para importunaros con ello. ¿Podré llevar conmigo a mi criado? —pregunté antes que el escribano hiciera desaparecer la bolsa entre los pliegues de su capote.

—¿Qué criado? —preguntó, a la vez que miraba al paje con un brillo de desconfianza en los ojos.

Cristóbal Mendieta me miró sorprendido pero, antes que se viera obligado a inventar una mentira que pudiera descubrir todas las otras, me apresuré a contestar:

—El pescador que me recogió en aguas del canal de La Tortuga. Es un pobre hombre de muy corto ingenio, casi un niño en sus maneras, al que Nuestro Señor privó de habla, de tal manera que poco sabe del mundo y aún menos sé yo de él, salvo que su corazón es grande y le debo gratitud por haber salvado mi vida. Le prometí llevarlo conmigo para pagar tan gran deuda y os ruego que me permitáis cumplir esa promesa.

El escribano sopesó de nuevo la bolsa que aún tenía en la mano y por fin dijo:

—Sea. Lleváoslo con vos, pero habrá de dormir en cubierta y echar una mano en las faenas de a bordo si es preciso, para pagar así su viaje.

Resuelto el negocio había llegado el momento de poner distancia con el señor escribano, no fuera a surgirle algún escrúpulo. Hice de mi humildad bandera, de mi gratitud pregón, de mi sumisión alfombra y cascada de mi alegría, y con tales palabras y reverencias dejé la taberna en compañía de Cristóbal Mendieta que habíase tornado tan mudo como mi criado.

—¿Quién diablos es ese criado vuestro? ¿Por qué no me dijisteis nada de él? ¿Me tomáis por idiota? ¿Es que queréis mi ruina? ¡Os hubiera matado con gusto! —estalló no bien pisamos la calle.

—Perdonadme Cristóbal, pero había olvidado su existencia y sólo ahora, al ver cómo mis dineros volaban en las manos del escribano, me he acordado de que afortunadamente tengo algunos ducados en la posada donde me albergó, vigilados por el bueno de Jamaica, que es como llamo a mi criado porque fue frente a la costa de esa isla donde lo encontré hace tres años —respondí yo tratando de aplacar su ira, pero mi esfuerzo resultó vano.

—¡No os creo, embustero! ¿Quién es en verdad ese hombre? ¿Por qué lo escondéis?

—¡Teneos, Cristóbal! ¡Ya está bien de gritos y malos modos! —realmente estaba empezando a fastidiarme con tanta pregunta—. ¿Qué os importa quién sea Jamaica? ¿En qué os perjudica su existencia? Ya os he pedido perdón por no haberos hablado antes de él, nada más hay que añadir a lo dicho. Jamaica no se esconde en ninguna parte: me está esperando en la posada, al cuidado de mis bienes. Es mudo, tal como le dije al escribano, y es fiel como un perro. No habrá de importunaros, estad seguro de ello. Y quizá nos sea de ayuda durante el viaje, pues es hombre experimentado en las artes marineras, diligente y despierto. Por demás, tampoco vos me habíais hablado de esa dama a la que con tanto esmero servís.

El paje me miró con la rabia bailándole aún en los ojos, mas nada dijo. Echamos a andar en silencio, rumbo al muelle, entre las brumas de la noche, y al poco se detuvo.

—¿Qué os sucede? —pregunté. Sabía que en su cabeza volvía una y otra vez al enredo de mis palabras.

—Veo que os gustan los misterios, maese Tomás, no creáis que no lo entiendo. Yo tampoco os he contado todo acerca de mí ni de las razones que me empujaron a emprender este viaje. No pretendo ser vuestro confesor, como vos no habréis de ser el mío, pero sí creo que debéis decirme aquello cuya ignorancia pueda causarme daño. Ocultarme a ese tal Jamaica, que tanto estimáis, fue gran torpeza pues con ello bien pudo haberse derribado el frágil entablado de nuestros embustes. No volváis a hacerlo. Yo os he ayudado tal y como me demandasteis. Cumplid vos con vuestra parte del trato. Dentro de una semana zarpa la Armada, os veré a bordo del «San Juan de Gaztelugache».

Y, sin darme ocasión de decir nada, se fue con paso rápido. «Adiós pescadito», murmuré para mí, mientras le veía perderse en la oscuridad. Nada había que temer del paje, pues la ira que pronto estalla pronto se consume. Y, además, sus esperanzas estaban en mis manos. Todo había salido a pedir de boca. Ahora sólo faltaba preparar nuestras valijas y buscar fuerzas en el sueño: dentro de pocos días dejaría por fin atrás aquellas tierras ingratas. Me embocé en el capote y me dirigí a la posada. Jamaica ya estaría impaciente por recibir mis noticias.

La Armada partió el día catorce del mes de septiembre bien entrada la mañana, pues el amanecer había sido brumoso y los jirones de neblina que se enganchaban en los mástiles de los navíos sólo empezaron a levantarse bajo el tibio roce de los rayos del sol.

El cañonazo de la nave capitana, que daba aviso de la pronta partida de la Armada, había resonado en el puerto de madrugada y me había sacado del sueño con sobresalto, pero no así a Jamaica, a quien pude ver, no bien abrí los ojos, apoyado en el alféizar de la ventana, ataviado ya y alerta, como si no hubiera llegado a meterse en su jergón. Pronto nos unimos a los muchos hombres que, como nosotros, habían abandonado sus solitarios o amorosos lechos con premura, temerosos de embarcar

con retraso, exaltados por la inmediatez del viaje.

Las negras gasas de la noche se rasgaban con la luz de las muchas antorchas y de los faroles que portaban unos y otros, como si las calles que desembocaban en el muelle albergaran enjambres de luciérnagas. La ciudad despertaba de sus tinieblas y los aturridos gallos del alba iniciaron sus cantos, engañados por las luminarias del gentío.

Delante de mí, la figura menuda, robusta y cetrina de Jamaica, que cargaba nuestros enseres como si nada pesasen, se abría paso entre figuras tan mudas como él, pues ninguna voz se alzaba sobre el ruido de pisadas y el entrechocar de bártulos. Las pocas palabras que se cruzaban eran las imprescindibles para ordenar semejante riada humana, y aun éstas se decían en murmullos. Una misma gravedad parecía pesar sobre todos los rostros y ahogar las voces, cual si la inquietud y la preocupación se hubieran hecho materia y envolvieran nuestras cabezas como un tupido e invisible manto, pues ningún hombre sensato se hace a la mar sin encomendar antes su alma a Dios y sin que su corazón caiga en la opresión de la incertidumbre. No en vano se dice entre la marinería: «si queréis aprender a orar, entrad en la mar».

No sé qué oraciones llevarían en mente quienes conmigo emprendían aquella madrugada viaje, ni cuál resonaría en la cabeza de Jamaica si es que conocía oración alguna, porque no era mi silencioso criado hombre piadoso, puedo dar fe de ello; pero sí que recuerdo la congoja que ponía en mi corazón el estribillo temeroso de una antigua tonada española que, una y otra vez, se venía a mis labios sin que mediara en ello mi voluntad:

«Y cuando el infierno se lleve a  
los que mal obraron,  
dile lo que sentiste cuando el se  
pulcro guardaron.  
Madre de Dios, ruega por nosotros  
a tu Hijo en esa hora».

En el muelle, la gallarda nave capitana, un galeón de triple castillo de popa, enarbolaba ya la insignia de mando en el palo mayor, y sobre su toldilla resplandecía el gran fanal que habría de servir de guía en las noches a la Armada entera. A su luz ondeaba el estandarte del capitán general de la flota, don Juan Álvarez de Borja: un gran paño carmesí en el que se veían el escudo de la Monarquía española y la figura ecuestre del apóstol Santiago que se abalanzaba sobre un moro caído en tierra.

Al pie de la pasarela del «San Juan de Gaztelugache», un paje me hizo entrega, en nombre del escribano, de las dos boletas que autorizaban nuestro embarque, y con él subimos Jamaica y yo a bordo, donde todo era ya el ajetreado faenar de los preparativos de la partida. Nos condujo a la primera cubierta por una escala de madera que se hundía en el entablado del puente cerca del palo mayor. El vientre de

la nave estaba oscuro cual tripa de ballena y tan sólo cabía guiarse por la mortecina luz de los faroles que de tanto en tanto arrancaban de las sombras los perfiles de las cosas. Sin embargo, los marineros se movían en su interior cual murciélagos en la noche, ágiles y veloces, como si formaran parte del mismísimo casco del barco, y era aquélla una facultad que nacía más de la necesidad que de la costumbre, pues en las noches de tormenta sólo podrían confiar su vida a la capacidad de moverse en la más completa oscuridad por la nave si se la sabían de memoria.

El camarote que el escribano me había asignado a cambio de mis bien acuñados ducados era un cuartucho infecto donde apenas cabía un hombre tumbado. En él había un jergón licenciado en sudores, un taburete caído y un tonel que hacía las veces de mesa y sobre el que descansaba un farolillo de aceite. El calor era asfixiante y la humedad hacía que las prendas se pegaran al cuerpo como una segunda piel. Flotaba un olor agrio a podre y a orines, a chinches y a piel curtida; un aliento infernal que prometía noches de pesadilla.

Una herrumbrosa punta clavada en la madera de la pared me sirvió para colgar el capote y el zurrón que cruzaba sobre mi pecho. Entró Jamaica mis valijas, que dispusimos en el fondo, junto al tonel, por tenerlas lejos de la mano descuidada que pudiera dejarse tentar por una puerta abierta y, para más certeza, saqué del zurrón el candado de hierro del que previsoramente me había provisto en la herrería de la calle de los mercaderes, y con él sujeté bien la puerta una vez que salimos del camarote para buscar acomodo a Jamaica sobre cubierta y para huir del pestilente sepulcro de mi privilegio.

En las horas que se siguieron asistí curioso a las maniobras de la tripulación y compartí con ella la desazón de ver cómo al cesar la brisa se crecía la niebla y se postergaba una partida que yo creí inmediata. Pero en todo ese tiempo no vi a Cristóbal Mendieta ni a su dueña. Se iban las horas y se venía mi impaciencia, mientras el barco caía en un expectante letargo, de modo que tuve ocasión de reparar en la faz del galeón que debía devolverme a mi patria.

El «San Juan de Gaztelugache» parecía un navío joven. Era robusto y bien trabado, como suelen ser los galeones españoles. Su casco estaba bien cuidado y sus aparejos no presentaban signos de herrumbre ni desgaste, lo que me hizo pensar en la poca vida marinera que había de guardar su velamen. A popa se levantaba un doble castillo, guarnecido con dos cañones por banda, sobre el que colgaba el estandarte de su capitán, don Pedro Olea de Zumárraga, y a proa se alzaba un alcázar hermosamente labrado, pero sin dotación artillera.

Por lo que había visto al embarcar, el «San Juan de Gaztelugache» contaba con veintidós piezas de artillería: cuatro sobre cubierta junto al alcázar, cuatro en el castillo, doce en las troneras de la primera cubierta y otros dos cañones a popa, de los llamados guardatimones, que flanqueaban al varón del timón. Sus cuatro recios palos auguraban por demás una veloz singladura, complemento ideal de su poder de fuego. Realmente había que ser temerario para intentar asaltar en alta mar semejante



fortaleza flotante.

Calculé que su carga rondaría las quinientas toneladas y, por los marineros que, como yo, mataban las horas de espera sobre cubierta, supe que en aquel viaje la flota transportaba un gran cargamento de sal, embarcado en Cartagena de Indias, costales de jengibre, brocados, sedas y veinte quintales de plata del Perú que habían sido recogidos en Portobelo. Entre la marinería también corría la voz de que en La Habana, además de víveres y tabaco, acababan de subir a bordo del «San Juan de Gaztelugache» un arcón, pesado como campana de catedral, que sin duda contenía un gran tesoro pues el señor escribano lo había mandado guardar en la mismísima santabárbara, entre pólvora y municiones, cuya puerta vigilaban noche y día dos soldados.

—¡Lo que es la avaricia, señor! —concluyó el marinero que acababa de darme cuenta de tales noticias—. ¡Ya son ganas de mandar una fortuna al fondo del mar si llegase a estallar la pólvora! Y hay incluso quien no vería con malos ojos un encuentro con piratas, por temibles que éstos fueran, con tal de poder abrir la puerta de la santabárbara. ¡Seguro que el señor capitán iba a tener más voluntarios de los que imagina para servir munición a los cañones!

Reí yo la chanza y aproveché la confianza de la risa para preguntarle dónde se hallaban la señora sobrina del marqués de Valdehoyos y su paje, pues no los había visto desde que subí a bordo.

—¡Ah, caballero, veo que estáis bien informado de los tesoros que lleva esta nave! —respondió el marino, mostrándome su menguada dentadura en una nueva risotada—. ¡Qué hermosa dama, pardiez! ¡Qué ojos, qué figura! ¡Quién fuera poeta para mejor cantarla! ¡Y quién candil en su alcoba! Pero hay manjares que no están reservados para la boca del pobre y, como dice el refrán, quien evita la ocasión evita el pecado, de modo que nuestra dulce pasajera sube contadas veces a cubierta y cuando lo hace es por poco rato, pues según parece la belleza, al igual que la riqueza, hace tacaños a quienes la poseen.

—¿Y dónde se resguarda esa joya durante el resto del día? —insistí.

—¿Dónde ha de ser? En el camarote de proa que está junto a la cámara del señor capitán. Don Pedro, que es hombre refinado y amante de las gratas compañías, convenció al señor piloto para que cediera su camarote a tan digna señora por mejor guardarla, y allí debe de estar ahora, con ese paje suyo haciendo guardia como siempre en la antecámara.

Hicimos burlas aún durante un tiempo a propósito del buen gusto del capitán y del temple del paje, que poca sangre habría de tener en las venas cuando dormía cada noche a la puerta de tan deliciosa fruta prohibida sin animarse a dar bocado. «Aunque... quién sabe —dijo el marino guiñando un ojo pícaro—, porque el paje ya hace tiempo que dejó de mojarse los calzones, y la mujer joven busca remedio a la soledad aunque sea en la compañía de las moscas».

Decidí ir en busca de Jamaica, cansado ya de la grosera charla del marino, y lo

encontré recostado contra la rueda de madera de la cureña de uno de los cañones del puente. Utilizaba su hatillo a modo de almohada y se cubría con el capote, del que emergía su oscura cabezota calva en la que brillaban como carbón encendido las pupilas de sus ojos insomnes.

Le dije que el paje y su dueña estaban a bordo, le conté cuanto me había referido el marino y él me respondió con el bálsamo de su silencio, pues era virtud de mi criado saber librar a mi alma del torbellino de palabras en que de seguido me sumerge mi carácter. Junto a Jamaica hallaba siempre un remanso de paz en el que las palabras superfluas se ahogaban y sólo flotaban en mi cabeza las necesarias, aquellas que me hablaban de los dictados de mi corazón, de las intenciones ajenas o de los avatares del mundo. Busqué acomodo al otro lado del cañón y dejé que mi vista se perdiera en el algodón de la niebla que, a ratos, dejaba entrever la cofa del palo mayor donde un grumete esperaba el momento de poder repetir a los marinos aupados a la verga de la vela mayor las instrucciones que, a voces o con ayuda de un silbato, daría el contramaestre desde el pie del mástil. No sé si llegué a dormirme, mas no sería extraño pues el Señor ha querido recompensar alguna virtud oculta en el fondo de mi alma con el don de poder conciliar el sueño aun en las circunstancias más adversas. Quizá simplemente me extravié en la barca de mis pensamientos, que se mecía a su capricho y me llevaba ora a la figura del paje y al misterio de su hermosa dueña, ora a los brazos de las alegres mozas de la posada cuya tibia compañía echaba en falta en el frío de la noche. Recuerdo que la difusa claridad del alba vino a sorprenderme tanto como lo habría hecho la luz de una radiante mañana. Los rayos del sol se abrían paso al fin entre la niebla y deshacían sus gasas como borra el vaho de un vidrio la caricia de un dedo.

Miré a mi alrededor y vi que la quietud de la espera se había roto, pues muy cerca de donde me hallaba habíase empezado a reunir la tripulación. Me incorporé sobre el cañón para avisar a Jamaica, pero mi criado, siempre más atento que yo a cuanto sucedía, ya no estaba allí. Me acerqué hasta el círculo humano que iba congregándose en torno al palo mayor y pude oír la voz de un paje que entonaba la obligada plegaria de la mañana:

Bendita sea la luz  
y la santa Veracruz,  
y el Señor de la verdad,  
y la Santa Trinidad;  
bendita sea el alma  
y el Señor que nos la manda;  
bendito sea el día  
y el Señor que nos lo envía.

Los marinos se esforzaron en combatir el fresco del alba con recatados gestos que

ahuyentaran el frío sin faltar al respeto de la oración. Se dijeron un padrenuestro y un avemaría y por fin el paje gritó el saludo que había de entregarnos a todos a la tarea de zarpar:

—¡Dios nos dé buenos días; buen viaje; buen pasaje haga la nao, señor capitán y maestre y buena compañía, amén!

Casi de inmediato, la voz del contramaestre se alzó sobre el rumor de pasos a la carrera, mientras los hombres se esparcían por la cubierta como los dados sobre la mesa.

—¡Es hora de labor, señores! ¡Soltad amarras! ¡Esas perchas, con fuerza! ¡Largad el cabo de proa a la chalupa!

Las largas pértigas con que los hombres empujaban contra el muro del muelle empezaron a alejarnos de la tierra firme, que muy pronto estuvo separada del casco del galeón por un brazo de agua que la hacía inalcanzable. Toda la Armada se ponía en marcha con la lentitud de un animal soñoliento. A proa de cada nave y unida a ella por un largo cabo que se tensaba con el esfuerzo, una chalupa ayudaba a golpe de remos en las tareas de desatraque, cual una diminuta hormiga que arrastraba el cuerpo gigantesco de una mariposa.

De esa manera fueron las embarcaciones embocando la salida del puerto de La Habana, hasta formar un variopinto cortejo que se abría con los estandartes de la nao capitana y se cerraba con la recia arboladura de nuestro galeón, el «San Juan de Gaztelugache».

La mar nos recibió con su frío lomo erizado por el viento de poniente, que dio vida a las velas y presteza a nuestra singladura. La muchedumbre de los muelles se convirtió en una mancha indistinta, los hermosos palacios se confundieron con las míseras casas de los pescadores y el castillo de los Tres Santos Reyes del Morro se transformó en parte de la roca sobre la que se alzaba, difuminada aún su silueta por las últimas pinceladas de la neblina que se enredaban entre sus defensas cual un deshilachado pañuelo de seda.

La majestad del sol parecía hundir la isla y su verdor en el verdor de la mar que la rodeaba, como si una mano invisible la aplastara contra el horizonte. El azote del viento en las desplegadas velas abofeteaba nuestros oídos con golpes secos y continuos. Jamaica, que se había encaramado al palo del bauprés, se balanceaba a proa con la vista fija en la inmensidad oceánica que nos aguardaba y yo me dirigí hacia el castillo de popa, mientras la nave cabeceaba contra el oleaje: allí me topé con Cristóbal Mendieta, que trataba de guardar el equilibrio apoyado en la batayola. Me vio acercarme, pero nada dijo. Su atención estaba prisionera de la tierra que poco a poco desaparecía de nuestra vista. Yo tampoco tenía nada que decir, pues estaba atrapado en la misma trampa. Atrás quedaban las Indias, sus quimeras y sus heridas. Atrás quedaba el pasado, el cuento todavía no dicho de nuestras desventuras y apremios. Y, sin que pudiéramos en ese momento adivinarlo ninguno de los dos, ambos soñábamos también con dejar atrás nuestra propia condición, cual si al pasar la

mar hubiera de borrarse el estigma que el pasado imprime en el alma y cuya lectura revela a la mirada atenta las verdades más secretas del ser. Nos afanábamos en desandar las huellas dejadas por los pies de otros: había comenzado al fin para ambos el viaje de vuelta a una tierra que ninguno de los dos había pisado nunca.

## II

Si mis ojos aún me hubieran pertenecido, habría podido ver las mil señales con que el destino anunció sus crueles designios; habría percibido la sombra de desastre que se ocultaba en cada nueva adversidad, en cada engorroso y nuevo incidente, en las palabras, las miradas y las obras de tripulantes y pasajeros, pues avanzábamos unos y otros hacia nuestra perdición empujados por la fuerza del viento y por la poderosa alianza del azar con los caprichos del mundo, ajenos a cuanto no formara parte de nuestras pequeñas querellas y nuestros pequeños anhelos, aún más pequeños en la vastedad de la mar Océana. Pero mis ojos ya no me pertenecían.

La misma tarde de nuestra partida vi por fin a la dueña de Cristóbal Mendieta y las torpes palabras con que el marinero me la había ensalzado se me hicieron aún más groseras y vanas, pues su hermosura excedía con mucho a los encomios no ya de un marino botarate sino del más encumbrado poeta.

La vida a bordo había empezado a tomar la vereda de la costumbre, de lo tantas veces repetido, cada quien entregado a su tarea y yo a la mía que, amparado en mi boleta de pasajero, no era otra sino la de contemplar los afanes ajenos, curioso de las maneras en que los españoles ordenaban la vida marinera.

Durante toda la jornada había ido trabando conocimiento con los hombres que gobernaban la nave y, viéndolos ir y venir ensimismados en sus deberes, me había entregado al dulce placer del pintor que fija en sus retratos los efímeros rasgos que el carácter compone en todo rostro. Momentos fugaces, cual vuelo de paloma, en que el odio, el amor, la desesperación, la envidia, la duda, el miedo, la esperanza, el rencor, la fatiga o el aburrimiento se asoman a los ojos, se intuyen en el mohín de la boca, en la sonrisa, en el sudor que perla la frente o se precipita hasta el cuello, empapando cabellos y camisa. Así anduve todo el día, asomado al balcón de las vidas ajenas, oteando sus paisajes, adivinando sus secretos.

Me sorprendió el orden que parecía presidir todas las acciones de la tripulación, tan ajeno a los usos marineros que yo conocía. El piloto, un vizcaíno de nombre Martín de Gorostiza, dedicó buena parte de la jornada a la vigilancia de los vientos que, variables, exigían una constante reorientación del velamen para mejor aprovechar su impulso. De ese modo, fueron continuas las órdenes que dictaba al contra maestre quien, según exige la tradición marinera, era el eje en torno al que giraban todas las maniobras de la nave. Había un permanente revuelo de marineros, ora adujando cabos, ora remontando los obenques, ora recogiendo o soltando la jarcia de babor. Las grandes velas se sometían a su esforzada voluntad, desplegadas como alas de gaviota.

El maestre del galeón, un sevillano llamado Lucas Beltrán, hombre de aspecto grosero y maneras de contador, vivía ajeno al rumbo y a los avatares de la singladura, pues era el buen orden y estado de mercancías, víveres y pertrechos la obligación a que dedicaba toda su atención. Y viéndole reclamar y recibir cada tanto noticias del

despensero y del escribano, más cabía imaginárselo regentando una almoneda que ocupando posición marinera alguna.

A mediodía, tras un ligero almuerzo de queso y nueces, el despensero hizo instalar sobre cubierta, al amparo del castillo de proa, el fogón de su cocina: una gran caja metálica que cuatro pajes movieron a duras penas con ayuda de unos rodillos y manifiesto temor de que un golpe de mar pudiera hacerla caer sobre sus pies. Se arrojaron al fondo de la caja un par de sacos de arena y sobre ella se amontonaron los leños para hacer fuego. El despensero, que como buen cocinero mostraba en sus desbordadas carnes la bondad de sus guisos, hizo traer dos baldes con agua a fin de prevenir incendios pues, aunque pueda parecer extraño, es el fuego uno de los peores azotes de la mar y se ha visto en más de una ocasión consumirse en llamas a un navío sin que toda el agua que lo rodeaba sirviera de alivio alguno. Se echaron a la olla arroz, nabos, cebolla, zanahorias y cecina, y encargóse a las brasas la lenta tarea de su cocción, tiempo que fue aprovechado por grumetes y pajes para limpiar la cubierta a golpe de agua y escobón, en tanto el guardián vigilaba desde el castillo de proa que cumplieran diligentemente su tarea y preparaba los faroles y las candelas que habrían de combatir las tinieblas de la noche en alta mar.

Pero no era sólo yo el indolente entre tanta labor. El galeón albergaba una compañía de soldados de los temidos tercios españoles cuyos desmanes y proezas corrían de boca en boca incluso en las más remotas tierras de las Indias Occidentales. Estrafalarios en su indumentaria, bravucones y escandalosos, dados a juramentos y a libramientos de la peor especie, tal parecía que no hubiera ley ni regla a que debieran atenerse, dispensados del respeto y de las buenas maneras por tantas veces como se habían jugado la vida en los campos de batalla de Flandes y de Francia, o en la defensa de puertos como San Juan de Puerto Rico, Cartagena de Indias o La Habana cada vez que los despiadados corsarios de mi patria desataban sobre ellos la furia de sus cañones o la ferocidad de sus espadas.

Un numeroso grupo de aquellos soldados jugaban a los naipes sobre cubierta, en torno a la larga mesa donde en breve darían buena cuenta de su cena que, según habían reclamado a voces al atareado despensero, habría de ser tan pródiga como lo eran los sonoros regüeldos con que se despachaban cada tanto o las maldiciones que largaban a los grumetes si éstos, en su limpieza, venían a salpicar con agua sus desgastados zapatos de cuero. Entre sus voces recias y estentóreas sobresalía una que clamaba cual alma a las puertas del Infierno. Su dueño era un hombre de mediana edad cuyo fornido cuerpo disimulaba apenas la torcedura de su espalda que, sin llegar a hacerle cheposo, sí le tenía permanentemente escorado a estribor. Lucía un bigotón que daba a su rostro el aspecto y la ferocidad de un perro, y se tocaba con un sombrero de ancha ala en el que destacaban los encendidos colores de una vistosa pluma de guacamayo. Sus ojos, pequeños y brillantes, se clavaban en el rostro de quien le hablaba como dos finas dagas, fríos y astutos, acerados cual balines de pistola, calculadores y feroces. «Soy capaz de todo», parecían proclamar, y a fe que

no iba a ser yo quien discutiera tal afirmación.

Cada tanto, golpeaba la mesa con la mano en que guardaba sus cartas, y al dejar el naipe sobre el tablero tal se sentía cual si fuera a uno de sus propios hombres al que hubiera abandonado a su suerte en un perdido islote. Con tamaña determinación no tenía nada de raro que las mejores cartas fueran a dar a sus manos, cual si allí hubieran estado siempre. Y por más que yo me sospechaba que habrían de tener morada permanente en la bocamanga de su jubón, pues tanta suerte no hay varón que la concite si no median las mañas del impaciente, me tuve bien guardado tal parecer, pues no acepta de buen grado el tramposo que se le llame por su nombre y, modesto en sus habilidades, prefiere el silencio del público al más encendido aplauso, cual hubiera sido el mío pues no me eran del todo ajenas las artes de sacar naipes de la nada.

El marino que me había dado nuevas de Cristóbal Mendieta y de su dueña a mi llegada a bordo, cuyo nombre era Jacobo Albiz y cuya locuacidad se desbordaba a la menor ocasión, se me acercó, al verme contemplar al grupo de soldados, movido por el solo propósito de susurrarme al oído, con un fondo de admiración y de respeto, el nombre de tan feroz personaje: «Es el capitán Alonso de Contreras». Ante la ignorancia de mi mirada, añadió contrariado: «Teneos con él, pues no se le da un ardite enviar a rendir cuentas ante el Divino Hacedor a quien le busca disputa, ya sea corsario turco o alguacil real».

Fue entonces cuando se abrió la puerta del castillo de proa y vi salir a cubierta a una joven dama, ricamente vestida, y tras ella a Cristóbal Mendieta que la seguía solícito, vigilante de que no fuera a tropezar con los baldes de agua del dispensero en su camino hacia la borda de babor. Al verla andar con pasos titubeantes y con un gesto desmayado en las manos, que ya buscaban desde lejos la seguridad de la batayola, pensé cuán flaco era el favor que le había hecho el capitán al cederle el camarote del piloto, pues en su interior se hacía más presente el cabeceo del barco y, con éste, se acrecentaban las ansias que la agitada mar movía en el estómago. Todo ello se leía en el rostro de la joven, cuya hermosura emergía vencedora sobre la demacrada huella que los vómitos habían impreso en él. La suya era una tez pálida a la que los últimos rayos del sol arrancaban reflejos de una blancura de hielo. Su cabello negro, que había estado recogido en un alto moño, deslizaba algunos lánguidos mechones sobre su frente y acariciaba su mejilla hasta rozar su largo cuello, que surgía de una camisa entreabierta con la que, sin duda, había pretendido ocultar la generosidad del escote de su ceñido vestido, pero que ahora, al ofrecer a mi mirada ociosa la dulce intuición del nacimiento de sus pechos, se había transformado en el más devastador pregonero de su belleza.

La vi inclinarse sobre la borda, mientras Cristóbal Mendieta la tomaba delicadamente del brazo, y su cuerpo menudo y frágil se estremeció como un pajarillo que temblase en la mano de su captor. La penosa vulgaridad de su mal parecía no tocarla, ni humillaba su altiva figura tan forzada postura. Mis ojos no

veían más que el gracioso arco de su silueta recortada contra el mar, sus cabellos que mecía el viento y sus manos largas y armoniosas aferradas a la batayola, y por un instante desprecié a la áspera madera que recibía insensible su caricia.

La aparición de la hermosa tampoco había escapado a la atención de los ruidosos soldados, cuyas voces se habían apaciguado y cuyo interés por la partida de cartas no les impedía rivalizar en ingenio a la hora de celebrar tan grata compañía.

—Es la belleza cruel tirano, mi capitán —decía, sentencioso, un soldado de rizado bigote e impertinente perilla, mientras daba la espalda a la joven—, pues pronto encierra en la cárcel de su admiración a quien se cruza en su camino, sin importarle que sea casado, clérigo o soltero.

—Y allí le martiriza con el fuego de sus ojos y le hambrea de promesas o le azota con la larga fusta de su silencio —dijo otro, al desgaire, con fingida compunción.

—¿Es que hay, por ventura, alguna hembra que se crea desprovista de belleza? —preguntó un tercero y se respondió a sí mismo con maliciosa sonrisa—: ¡Si hasta la perra más tiñosa sale a lucirse cuando hay machos delante!

Y sus villanas palabras hallaron un inmediato coro de risas y proclamas:

—¡Mal remedio tiene ese gobierno!

—¡Y peor fin ha de encontrar quien logre escapar a sus mazmorras!

—¿Por qué, entonces, fingen vuestas mercedes ensalzar a quien tanto desprecian y tan mal nos quiere? ¿Y qué mal es ese que nos hace amar la cadena que nos retiene, el potro que nos atormenta, el hierro que nos abrasa y, con el último aliento, lleva nuestros labios a besar la mano que nos hiere?

Los soldados volvieron hacia mí sus miradas, sorprendidos por mis preguntas. Vi centellear en los ojos del capitán Contreras el relámpago del enojo y maldije mi atolondrada cabeza y la temeridad de mi lengua, siempre dispuesta a meterme en pendencia, veloz lebrél al que apenas podía seguir el percherón de mi pensamiento. Una vez más, mi razón llegaba tarde para advertirme sobre los desmanes de mi boca liberal. «¿Qué os va en ello? —me reprochaba—. Son bromas de soldadesca. Así han sido siempre y así serán. ¿A qué vuestro desplante? ¿Amáis tan poco la vida que la arriesgáis por una sombra de duda, por un puñado de palabras que ya se ha llevado el viento?».

El capitán Contreras, que había permanecido en silencio mientras sus hombres se entregaban a las burlas, dejó sus cartas sobre la mesa, se puso en pie y se acercó a la escalera del castillo de popa sobre la que yo estaba sentado. Su caminar era pausado y firme, propio de quien ha navegado, sus manos ceñían la ancha hebilla del cinturón de su correa, y la pluma de guacamayo refulgía en su sombrero cual si fuera de oro. Clavó en mí sus duros ojos y dijo:

—¿Y vos, señor, sois...?

—Un boceras, señor capitán, bien lo sé. Y perdonad mi atrevimiento, mas no hay dama que no merezca respeto y mejor harían vuestros hombres en servirla, ahora que como bien se ve precisa ayuda, en vez de exhibir una arrogancia que no ha de ganarse



su derecho a ser, pues a buen seguro que tan digna señora nada podrá oponer a tanto remoque.

El capitán Contreras volvió la cabeza hacia la borda, donde Cristóbal Mendieta y su dueña seguían acodados, probablemente ajenos a nuestra conversación pues tomábamos por la aleta de babor el cálido viento que soplaba de sudoeste, directamente desde la gigantesca marmita del golfo de México, y nuestras palabras habrían de perderse entre el rumor de las olas, cazadas al vuelo tal vez por los refulgentes peces voladores o por los juguetones delfines que nos acompañaban a ratos con sus cabriolas.

—Nos habéis hecho una pregunta, señor —dijo, al fin, mirándome de nuevo con sus ojos de metal—, ¿conocéis la respuesta?

—Ese mal, señor capitán, está en nuestro corazón, nace de la misma negra fuente que nuestros deseos, se alimenta de nuestra pasión, se acrecienta con nuestros delirios. La belleza no nos tiraniza, señor. Es nuestro arcaico corazón, rebosante de sueños insatisfechos y de violencias, temeroso y temerario, el cruel tirano que nos humilla y martiriza, pues nos colma de promesas y tiende el velo del engaño ante nuestro ojos. ¿No se os antoja más necesario el valor para hacer mofa de la debilidad que habita en nuestro pecho, que para burlar la belleza que pretendemos y tememos?

Una sonrisa socarrona se dibujó bajo el bigotón del capitán:

—Tenéis valor, inglés y sois diestro con las palabras. ¿Presumís de conocer el corazón de los hombres? Tampoco a mí me es ajeno, que más de una vez he ido a ensartarlo con la punta de mi espada. Quitar la vida a un hombre es algo terrible, podéis estar seguro, pero quien a ello se sobrepone aprende cosas de su propio corazón que hasta entonces ignoraba. Y os aseguro que un corazón es como cualquier otro. Aprended del vuestro y sabréis de los demás. Pero dejemos ahora estas filosofías pues con vuestra desfachatez habéis interrumpido una mano de cartas que se prometía vencedora y yo nunca renuncio a la victoria, así sea en la guerra, en el lance de amor o en el juego, que a fin de cuentas todo es lo mismo: matar o morir.

Diose la vuelta y con un gesto de la mano me invitó a seguirlo.

—Sentaos a nuestra mesa, inglés, y no os preocupéis por la dama. Su paje bien parece servirla y estos brutos que me acompañan queman la pólvora de su arrogancia en salvas, que es la manera en que el soldado rinde honores. No os hagáis mala sangre y arriesgad vuestros realces sobre la mesa, como habéis arriesgado vuestro pellejo mostrando esas maneras de caballero andante. A ver si sois tan valiente con un mazo de naipes en la mano.

Al ponerme en pie comprendí que llevaba un rato sin respirar, con el alma y el cuerpo agarrotados. Me dolían las piernas y las manos, y el aire entraba de nuevo en mis pulmones como entra por vez primera en los de un recién nacido. Porque no otra cosa era yo sino un hombre que acababa de volver a la vida. Decidí desentenderme de la suerte de Cristóbal Mendieta y de su dueña, que no tardaron en regresar a su camarote sin haber cruzado palabra con nadie, y esquivé mi propia suerte con gran

empeño, pues no quería que una inoportuna mano de naipes viniera a colmar el vaso de la paciencia del capitán Contreras; de tal modo que perdí partida tras partida con esforzada voluntad y mucha discreción pues, según intuía, tampoco vería con buenos ojos el bravo soldado una victoria reglada. Hice apuestas suicidas, disfrazadas de orgullo, y desperdicié cartas que valían un tesoro aparentando que, al hacerlo, perseguía más altas y gloriosas jugadas. Y con ello, envié un buen puñado de reales a la faltriquera de capitán Contreras, lo que tornó luminoso su rostro y locuaz y dicharachero su talante.

La alegre compañía de los soldados hacía más llevadera la rutina de a bordo y en sus maneras pendencieras y orgullosas hallaba yo el espejo en que mi inquieta alma deseaba mirarse. Mi condición de extranjero poco parecía importarles y mis habilidades con los naipes y los dados —pues llevaba siempre conmigo un pequeño cubilete y cinco diminutos dados de marfil, que exhibí una vez que se esfumaron los nubarrones de tormenta del rostro del capitán Contreras—, me hicieron ganar pronto su confianza, así que no tardé en verme unido a su ruidoso grupo, cuyo amparo no hacía sino acrecentar mi disparatada arrogancia, para regocijo del capitán que parecía entusiasmarse con mi temeridad.

Nuestra Armada, entre tanto, había enfilado ya el canal de la Bahama en busca de la ruta de regreso a España, y los locos vientos que a menudo lo azotan hincharon nuestras velas cual panza de obispo y nos empujaron hacia el norte por el dicho canal, que es largo más de cien leguas, cual si fuéramos saetas. El «San Juan de Gaztelugache» más que surcar sobrevolaba la brava mar en medio de una nube de espuma, con todo su velamen desplegado, cerrando la vistosa comitiva de naves que semejava una bandada de gaviotas en busca de la tierra que ocultaba el horizonte.

La tripulación estaba excitada y agradecida, porque no hay mejor remedio para la melancolía del aburrimiento que el esfuerzo del trabajo bien hecho, y era cosa de admirar la manera en que aquellos hombres gobernaban el poderoso velamen del galeón. O al menos así me parecía a mí, que asistía curioso a sus esfuerzos. Pero lo que se me antojaban vientos furibundos quedáronse en nada cuando hubimos salido del canal y puesto proa al nordeste para mejor apurar los que habrían de ayudarnos a cruzar la mar Océana. El galeón era un puro crujir, las olas batían nuestro costado como latigazos y el cabeceo se hizo insoportable. Muy pronto se vio a los hombres arrojar cuanto almacenaban en sus estómagos sin importar cuántos años hiciera que llevaran echados a la mar. Del piloto al último soldado del capitán Contreras, todos compusimos idéntico cuadro al que ofreciera nuestra hermosa pasajera el día de nuestra partida. Pero mientras yo me daba por muerto, incapaz de mantenerme en pie, preso de escalofríos y espasmos, los marineros apenas si se tomaban un momento para vomitar y reanudaban de inmediato sus tareas, pues aquellas arcadas y reveses eran para ellos parte de su labor, como lo eran la lluvia y el viento, y su malestar no podía excusarles de sus obligaciones.

Tan sólo el capitán don Pedro Olea de Zumárraga y mi silencioso criado Jamaica

parecían indiferentes al vertiginoso bamboleo que sacudía a la nave. El capitán, que en los tres días pasados apenas si había aparecido sobre cubierta, se apostó junto al guardián vestido cual si fuera a una cena cortesana: corta casaca roja, gorguera blanquísima al cuello y amplios calzones brocados atados sobre las rodillas. Sus medias blancas bajaban hasta unos elegantes zapatos rojos de tacón sobre los que brillaban sendos rosetones hechos de lentejuelas sobre encaje. Su pelo ensortijado y su barba corta le daban un aspecto fatuo, y en su actitud había altanería y desprecio: atildado y entero, asistía impasible a los padecimientos de sus hombres como un dios antiguo y cruel que demandara el sacrificio humano para satisfacer su sed de gloria. Hubiera vaciado gustosamente mi mermada faltriquera con tal de verle descomponer el rostro y babearse su impoluta casaca, pero no quiso la fortuna darme satisfacción y hube de conformarme con no manchar yo mi propia camisa y aún dar gracias a Dios por ello, pues en mi malestar era cosa de milagro guardar la compostura.

El buen Jamaica me prodigaba entre tanto sus atenciones, empeñado en hacerme tumbar en el catre de mi camarote. Pero la sola idea de enclaustrarme en el vientre de la nave acrecentaba mi mal y tuvo que desistir de su empeño para ocuparse tan sólo de que tuviera en todo momento entre mis piernas un balde donde poder arrojar. Él mismo vaciaba el balde por la borda cuando se lo permitían sus obligaciones marineras, que no habían hecho sino aumentar desde nuestra partida, pues su destreza y fuerza no habían escapado a los ojos atentos del contraamaestre, un recio asturiano llamado Juan de Tineo. Acostumbrado al mando, el contraamaestre apreciaba el silencio de Jamaica como una bendición del Señor y no se cansaba de encomiarle ante el resto de la tripulación. «¡Haced del silencio virtud, señores, que la fuerza se va por la boca!», tronaba cada vez que la marinería rompía en maldiciones en su lucha contra el viento. De modo que no dudaba en recomendar a Jamaica las maniobras más arriesgadas, con una fe que mi criado parecía agradecer esforzándose como nunca antes le había visto hacerlo. Que había que asegurar la jarcia de la verga del palo mayor, allí subía Jamaica; y podía vérselo a cualquier hora del día en prodigioso equilibrio trepando por la arboladura del galeón, lo mismo enjaretando la gavia desgarrada que afianzando las poleas de las escotas de la vela mesana.

Tales habilidades tampoco escaparon a la atención del escribano quien, pese a haberme ignorado desde que subí a bordo, no se recataba en dirigirme miradas llenas de desconfianza cada vez que creía que yo no le veía. A fuer de sincero he de reconocer que en poco me inquietaban las sospechas del escribano pues, hallándome yo a bordo merced a su comprada voluntad, no cabía temer de él la denuncia de mi impostura. Más aún, sus celos me parecían cosa de risa y me daba a imaginar los mezquinos temores que pudieran atormentar su alma, pues en ellos encontraba yo justo castigo a su avaricia.

Cuando mediaba ya la tarde de aquella quinta jornada de navegación, el mozo Pedro Ruy, que era paje de don Pedro Olea de Zumárraga y pariente de un contador real, lo que bien se veía en sus manos menudas y débiles poco acostumbradas a la

labor, se acercó con mucha ceremonia hasta el castillo de popa, donde yo pugnaba por espantar de mi cabeza las gasas de las náuseas con la ayuda del viento, y me dijo que el señor capitán deseaba contar con mi presencia en su mesa para la cena, pues sus muchas obligaciones le habían impedido hasta ahora atender a los pasajeros de su nave cual hubiera sido su gusto.

Deduje de las palabras del paje que la hermosa sobrina del marqués de Valdehoyos habría de estar presente en la cena y di gracias al cielo por la petulancia de nuestro capitán que, en su afán de brillar entre las asperezas de la vida marinera, no había tenido mejor idea que convocar al refectorio de su cámara a quienes nada podían guardar en sus estómagos. Tan arisca mesa tendría al menos la virtud de colocar de nuevo ante mis ojos a la hermosa dueña de Cristóbal Mendieta y permitirme así hablar por fin con ella, pues en verdad no había tenido ocasión de cruzar palabra alguna con mi escurridiza compañera de pasaje en todo aquel tiempo, y las pocas palabras que me había dicho Cristóbal no habían sido sino evasivas, excusas apresuradas con que mantenerme apartado de la joven. Y a buen seguro andaba aquél en los mismos pensamientos que yo pues, a poco de retirarse el paje del capitán, se vino a verme para darme cuenta de sus recelos.

—¿Vais a aceptar la invitación del capitán?

—¡Caramba, Cristóbal, qué maneras usáis! Apenas si hemos hablado en estos días y os venís ahora con tal pregunta... ¿Es que podría acaso rehusarla sin ser descortés?

—¡Pero no os encontráis bien! Yo mismo os he visto vomitar como si fuerais a arrojar el alma por la boca.

—No he sido el único, Cristóbal. Además, ¿por qué habría de faltar a una cita tan grata? ¿Faltaré acaso vuestra dueña?

Una nube de dolor atravesó su rostro y en sus ojos se dibujó el cansancio de la resignación:

—No os burléis de mí, Tomás. No es Catalina mujer que desperdicie la ocasión de ornar la mesa del capitán, más aún si la vida a bordo no le depara otros entretenimientos que la contemplación del horizonte o los rigores de las náuseas. Ella estará allí sin falta y ése es precisamente mi miedo. ¿Cómo habrán de sostenerse nuestros embustes si ella no os conoce de nada?

—¡Voto al diablo, Cristóbal, mirad que os ahogáis en un vaso de agua! —estallé, aparentando más enfado del que en realidad tenía—. Me andáis huyendo desde que subimos a bordo, no lo neguéis. ¿Qué pretendíais con ello? ¿Ocultaros hasta llegar a puerto? ¿Encerrar a vuestra dueña cual si fuera una prisionera? ¿Y si el escribano hubiera logrado hablar con ella? ¿Qué habría sucedido? Vos y yo estamos condenados a entendernos, Cristóbal, y mejor será que hablemos y acordemos nuestros actos y nuestras palabras, pues dependemos el uno del otro. Habréis de hacerme confianza por más que os enoje, y cuanto antes lo hagáis mejor para ambos.

Supe que había logrado quebrar su obstinada cerrazón cuando cabeceó conforme,

concedió con un gesto de su brazo y musitó un derrotado «así sea».

—Bien, Cristóbal, —dije, palmeando su hombro—. Hablemos pues de vuestra dueña. Ella no me conoce, es cierto, pero eso tiene fácil remedio. Sacadla a tomar un poco el aire y presentádmela. Decidle que soy conocido de su tío. A buen seguro que una hermosa joven como ella no estará al cabo de los negocios del marqués. ¿No le habéis dicho nada de mí?

Cristóbal Mendieta negó con la cabeza.

—Tanto da —proseguí—: Decidle que las náuseas me han tenido confinado en mi camarote y que por eso no he podido presentarle hasta ahora mis respetos. Decidle lo que queráis con tal de que llegue a la mesa del señor capitán convencida de nuestra historia.

Mostróse de acuerdo y partió en busca de su dueña, dejándome a solas con la ansiedad que se había crecido en mi interior según anudaba las razones que iban a traerla hasta mi lado. Soy presa fácil de la belleza femenina, lo he sido siempre y aún hoy, cuando mi cuerpo se desentiende de los reclamos de mi deseo, guerreo con postreras fuerzas en la deleitosa batalla del amor siempre que tengo ocasión, lo cual tampoco es decir mucho pues la vejez es cicatera y lo que da en sabiduría lo quita en otros atributos que no por menos elevados son menos eficaces a la hora de requerir de amores a una dama. Entonces no me atormentaban tales carencias, gozaba la plenitud de mis pocos y briosos años y veía en cada mujer que se cruzaba en mi camino una ciudadela a conquistar, una armada a derrotar, un botín a disfrutar. Que no otra cosa buscaba sino el placer del almogávar, entrar al pillaje en territorio enemigo para retornar triunfal a mi soledad aventurera, con el goce disfrutado por todo tesoro. ¿Y podía acaso haber alcázar más deseable que la altiva fragilidad de la dueña de Cristóbal Mendieta? No a bordo del «San Juan de Gaztelugache», desde luego, y los días con sus noches, prolijos en horas de indolencia que daban alas a la fantasía, no hacían sino avivar el fuego que había nacido en mi pecho el día de nuestra partida, cuando la vi por vez primera.

Vagaba por mis propias ensoñaciones cuando, como si se hubiera escapado de ellas, una voz de mujer me trajo de nuevo a bordo:

—¿Sois en verdad amigo de mi señor tío?

¿Era así su voz? ¿La había imaginado yo tan aguda, con ese temblor musical y esa cadencia pausada cual gato que se despereza y maúlla mientras se restriega contra la pierna de su dueño? ¿Era esa voz dulce y tentadora, hecha para la mentira y el engaño, la que había sonado en mi cabeza cada vez que fantaseaba con nuestro encuentro? No lo era, desde luego. Yo la había dotado de un timbre cálido pero firme, con un fondo de recelo y de orgullo, y ahora me encontraba con la melodía de una pícara hechicera, hecha de vanidad y descaro. Pero su pócima era certera y mi decepción fue ave de paso. Ante la promesa de sus ojos y de su boca de labios gruesos, que parecía echar a volar un beso en cada palabra que pronunciaba, no dudé en atribuir a su voz las virtudes imaginarias que había ido tejiendo en mis fantasías,

sin preocuparme de su acomodo con la realidad. Porque, al cabo, ¿no es acaso propiedad del amor cubrir de máscaras la realidad, tornar bella a la fea, virtuosa a la perdida, amable a la esquiva y sutil a la necia? ¿No ve la enamorada en su galán el héroe que imagina en lugar del cobarde que la pretende? De todos es conocido que el amor y la guerra son artes iguales, y si el caudillo vencedor ensalza al derrotado para hacer mayor su gloria, de igual modo los enamorados levantan en altísimo altar a quien aman para hacer así más grande su conquista, que todo es vanidad y en amando a otros nos amamos a nosotros mismos con sentida pasión. Bien dispuesto había de estar yo a enamorarme en aquel tiempo pues caí rendido ante la dueña de Cristóbal Mendieta, sin prestar atención a los avisos que mi razón dictaba. Y así, respondí a su pregunta con mi sonrisa más galante:

—Lo soy señora, para mi fortuna, pues merced a tan alta estima puedo hoy saludaros y gozar del privilegio de vuestra atención y de la vecindad de vuestra hermosura.

—No recuerdo haberos visto en el palacio de mi tío —contestó la hermosa, con un mohín de divertido recelo—. Muy discreto fuisteis, señor Tomás. ¿Lo sois siempre en vuestras visitas?

Una sonrisa maliciosa se dibujó en sus labios y yo me prometí sellarlos con un beso antes que nuestra nave tocara puerto.

—El discreto no se pavonea de sus virtudes, señora, mas puedo deciros que hay también sabiduría en saber hacerse ver tan sólo en la ocasión propicia que la mucha fama es lisonjera pero también incómoda.

—Será grato escuchar vuestras aventuras y enseñanzas durante la cena, pues ya me ha dicho mi paje que sois invitado del señor capitán. Cebad bien el mosquete de vuestras historias que este viaje es molesto y tedioso, y cuento con vuestra ayuda para distraer las horas —se despidió, dándome su mano a besar y partiendo luego hacia su camarote en compañía de Cristóbal Mendieta, que había presenciado en respetuoso silencio nuestra conversación.

El capitán dispuso que se sirviera la cena en la amplia mesa de la cabina principal, que estaba debajo de la toldilla de popa y era habitual punto de reunión de los mandos del barco; una sala estrecha y alargada, situada en la banda de estribor, en la que a duras penas cabía la gran mesa, pero cuya angostura aliviaba el ventanal que se abría a popa. Por él penetraba la claridad del atardecer, sacando reflejos rojizos a la madera y brillos de ámbar a la cristalería que temblaqueaba sobre el mantel.

Éramos pocos comensales para tanta mesa, pero la reunión no tenía desperdicio. Don Pedro Olea de Zumárraga, tan atildado como se le había visto en el puente y rígido como una estatua, ocupaba el extremo de la mesa más cercano al ventanal. Frente a él estaba Catalina, en cuyo rostro e indumentaria no había ya rastro alguno del malestar que la atormentaba, transformada por esa rara alquimia de afeites y cuidados que las mujeres se prodigan con indudable arte. A su lado se sentaba el capitán Contreras que, desprovisto de su sombrero emplumado, mostraba una larga

melena castaña y una mirada retadora. Mi puesto estaba frente al soldado y a mi lado se situó el escribano Sebastián de Arteta, vestido con su invariable atuendo negro y tan manifiestamente incómodo por mi presencia que me volvieron las ganas de reír. El maestro Lucas Beltrán completaba el cuadro con su zafiedad de carretero y su silencio temeroso.

El paje del capitán sirvió la cena, ayudado por Cristóbal Mendieta que se había ofrecido para la tarea aunque, como bien se veía, poco sabía del oficio de sirviente; pero se resistía a dejarme a solas en aquella sala y, ya al entrar, me había musitado al oído «tened prudencia», como si tal recomendación fuera necesaria.

Merced a la locuacidad de Jacobo Albiz, tenía yo noticia de la afición de nuestro capitán a evocar las hazañas de un tío abuelo suyo que había vivido los gloriosos años en que la Monarquía española enviaba a sus mejores hombres a dar la vuelta al mundo, cosa que hizo un famoso marino nacido en el mismo pueblo que don Pedro Olea de Zumárraga y que se llamaba Elcano. No me extrañó, pues, que así que nos hubimos sentado a la mesa, y aun antes de que los pajes nos arrimaran el caldo, nuestro capitán se lanzara a contarnos el dicho cuento, con gran seriedad y prosopopeya.

—Sepan vuestras mercedes que la mía es familia marinera de antiguo, y ya mi señor tío don Rodrigo, que Dios tenga en su gloria, se hizo a la mar con el más grande marino que han dado los tiempos, que no fue otro que don Juan Sebastián Elcano, a quien le cupo el honor de ser el primer hombre que dio la vuelta al mundo, por más que digan los ingleses. Y espero que nuestro ilustre pasajero, don Thomas Bird, no pondrá reparo a lo que he dicho, pues su paisano el capitán Drake realizó su periplo cincuenta y ocho años después de que Elcano fondeara frente al puerto de Sanlúcar de Barrameda, del que había partido tres años antes y al que regresó con sólo un puñado de sobrevivientes tras haber llevado a cabo lo nunca hecho.

Díjele que no veía pendencia alguna en cuanto decía, pues de todos era sabido el inclemente trato dado por sir Francis Drake a los puertos españoles tanto del mar Caribe como del mar del Sur, y no me sentía yo heredero de tales excesos ni partícipe de sus beneficios, por lo que nada me movía a encomiarlos por encima de las hazañas ajenas.

—Mas vuestra reina misma hizo escribir en el escudo de ese Francis Drake una divisa que es pura infamia y que le proclama como el primero que circundó el mundo.

—¿A qué tanta insistencia, señor? —terció el capitán Contreras, con una sonrisa que de puro falsa metía miedo en el cuerpo—. El inglés ya os acordó razón, no haga vuesa merced más sangre, que se diría que sois vos quien no os acabáis de creer lo que contáis.

—¿No habré de creerlo? ¡Si fue mi señor tío testigo de aquellos hechos y tripulante después de la nao «Sancti Spiritus» con la que don Juan Sebastián Elcano fue a dar su vida! —estalló don Pedro Olea de Zumárraga—. Bien sé que os divierte

provocar, señor Alonso, pero estáis a bordo de mi nave y me debéis respeto, mal que os pese.

—¿Es vuestro deseo, señores, arruinarme esta cena que es el primer solaz que tengo en esta ingrata travesía?

El dulce reproche de Catalina, dicho apenas en sovoz, bastó para encalmar los ánimos de don Pedro y para sepultar en la boca del capitán Contreras su réplica.

—Bien están los hechos de armas, mas estoy segura que habréis de saber historias en que arrojo y destreza estén al servicio del amor, que es cosa que las mujeres estimamos y cuyo relato es murmullo de manantial para nuestros oídos —continuó la hermosa, mientras hacía resplandecer en sus mejillas los colores de su desvergonzado capricho, que era delicia el verla así ruborizarse. Pero tal cuadro, que parecía pintado para la dicha del hombre, guardaba una sombra de falsedad que despertó de nuevo mis recelos y convocó en mi memoria el recuerdo de unos versos que entonces apreciaba y se me hacían verdad preclara:

«¿Que pues que yo mucho perdido ande  
por un engaño tal, ya que sabemos  
que nos engaña igual Naturaleza?

Porque ese cielo azul que todos vemos  
ni es cielo ni es azul... ¿Y es menos grande  
por no ser realidad tanta belleza?».

Y así, en comunión con aquellas palabras, pensaba yo que si el cielo no era cielo ni era azul, tampoco eran ciertos el candor ni la juventud de Catalina. Porque ella, que allí resplandecía, tímida y fatal, compraba el carmín que incendiaba sus labios y el bote de rubor que temblaba en sus mejillas. Ella se maquillaba de mentiras el rostro y quizás el corazón, y mi alma lo intuía con la sabiduría temprana que me daba el haber visto ya, a los veinte años, cosas que otros no quisieran ver en una vida entera, mas... ¿quién podría resistirse a tal engaño? Pues no era menos embriagadora su belleza por no ser cierta. Ella pedía una historia de amores y yo no pude resistir la tentación de complacerla y, al tiempo, advertirla, pues que estuviera dispuesto a rendir pleitesía a sus encantos no quería decir que hubiera perdido el juicio. Teníalo sólo en suspenso, y era bueno para ella, y para mí, saberlo.

—¡Ay, el amor, señora! ¿Qué no hiciera el hombre por él? Todo lo trastoca y revuelve, porque es la puerta abierta que deja escapar lo que nuestro corazón guarda, y aun lo que de sí mismo ignora —dije, a modo de prólogo a mi historia que conté de seguido, mientras los pajes servían al fin la sopa, que amenazaba con desbordar las escudillas con tanto meneo como nos agitaba, y era cosa de no mirarla por no animar a nuestras entrañas a seguir su ejemplo.

»Sabed —continué—, que el amor puede ser también un peligro y, si no,



interrogad al pasado, al cautivo Sansón traicionado por Dalila, al decapitado Holofernes, a la sitiada ciudad de Troya... ¿Qué desdichas no trajo consigo el amor en tales casos? Por eso hay hombres que se guardan del amor cual del veneno. No diré que no busquen de las damas compañía, que tal sería vida de monjes, pero hay otras formas de gozar de ella sin que medien amores ni casorios. Ya sabéis a qué me refiero, pues aunque doncella no os creo ignorante...

Como esperaba, Catalina me regaló con un pudoroso asentimiento y una impúdica sonrisa, que era maestra en el arte de expresar lo uno y su contrario en un mismo gesto. Don Pedro me llamó al orden, rogándome discreción, y en los ojos de los demás vi brillar el pícaro regocijo de poder mentar ante una dama lo que no por saberlo todo el mundo deja de confiarse al secreto. Me juré no pronunciar las palabras más infames, reclamé silencio con la mano y proseguí mi relato:

—No se ofendan vuestras mercedes, que habrán de ver cómo este cuento tiene también su moraleja. Algunos de esos hombres de los que os hablaba son los que habitan hoy la costa norte de La Española y han venido a sentar plaza en la isla de La Tortuga, que alza sus verdes montañas justo enfrente de esa costa. Como bien sabe nuestro señor capitán, hace más de diez años que esas tierras fueron abandonadas por los colonos españoles en cumplimiento de las órdenes de Su Majestad el Rey de España que de esa manera quería acabar con el mucho contrabando que había en esa región. Mas es ley de vida que siempre haya quien esté dispuesto a acudir para dar uso a lo que otro desprecia, y así no han tardado en asentarse allí tramperos franceses, a los que llaman bucaneros, que comercian con la carne del asilvestrado ganado que dejaron abandonado los españoles. Tampoco han faltado colonos ingleses de los que antes se habían establecido en la isla Roanoke y en la Bahama, y también aventureros holandeses que ha tiempo que vagan por el Caribe en sus pequeñas embarcaciones y toman el nombre de filibusteros. Supongo que don Alonso de Contreras podría contarnos de las pendencias que unos y otros han comenzado a tener con los soldados del Rey de España, pues del contrabando a la piratería no hay más que un paso, puedo asegurároslo por haber estado yo a punto de darlo, y doy gracias a Dios por haber reunido la necesaria entereza para mantener mi honor a salvo de la tentadora codicia, que es causa de tanto mal.

—¿Es eso cierto, señor? —me interrumpió Catalina, con la mirada ansiosa y excitada—. ¿Fuisteis contrabandista?

—Quise serlo, señora, por ignorancia y por imprudencia, que son pecados de juventud. Mas gracias a la severidad y al trato de vuestro señor tío enmendé entonces mi desatino y aún he de corregirlo por completo ahora, huyendo de la mar como de la peste en este viaje que me devuelve al cuidado de las tierras paternas, que nunca debí abandonar —respondí y dirigí una elocuente y agradecida mirada a don Sebastián de Arteta, que hundió la suya en el plato de sopa cual si quisiera leer en su fondo los trazos de su destino.

»Mas no son mis pobres flaquezas y desvaríos el motivo de esta historia —

proseguí—. Aquello que reclama la atención de todos es la singular manera en que esos hombres han organizado su vida en la isla de La Tortuga, según me contó un inglés que de ella volvía y al que conocí a bordo de la polacra que me condujo hace tres meses hasta Cartagena de Indias. Según me dijo, hay allá un puerto natural de poco calado y fácil acceso que está al pie de la montaña, al sur de la isla que da al canal que la separa de La Española. Es ése el mejor puerto de La Tortuga, que está rodeada en su mayor parte por acantilados inaccesibles, y en él han empezado a instalarse bucaneros y filibusteros, cada cual con sus pocos bienes y su mucha soberbia, pues se presumen hombres libres, que los hay que han ido a parar en tales parajes huyendo de las servidumbres que les ataban, y valoran su propia voluntad como el mayor tesoro por el cual dan con gusto en mal comer y en pasar penurias. Allí, cada quien es rey y su casucha es su reino. Si botan uno de los escasos barcos que tienen, lo hacen embarcándose todos en calidad de iguales y lo que sacan lo reparten como tales, con ración especial para el dueño del barco si lo hay. Ni que decir tiene que no faltan tampoco embarcaciones que han ido a dar a sus manos con malas artes, pues esa gente que en tanto estima su libertad tiene en muy poco la de los servidores del Rey de España. Pero la más singular de sus costumbres es la de prohibir el acceso a la isla a toda mujer que no sea de la vida, y con ello han abolido el matrimonio pues dicen que con él llegan el deseo de tener y acaparar, y la inevitable codicia de lo ajeno. No hay otro amor en la isla de La Tortuga que el amor carnal y aun éste tras su correspondiente pago, que es más cosa de negocio que de sentimientos.

—¡Pardiez, señor, que es una historia poco edificante! ¡Si las náuseas no hubieran impedido a nuestro capellán hacernos compañía, estoy seguro que os habría llamado a confesión sin falta! —protestó don Pedro Olea de Zumárraga, que no parecía estar dispuesto a abandonar su digna posición de capitán de la nao y protector de la joven Catalina.

—Atended a su moraleja, señor capitán —repuse yo—, que no es otra que ésta: la crueldad de esos hombres es prueba de que el mucho amor por la propia libertad puede convertir el corazón en un desierto, pues la servidumbre libremente aceptada no ofende ni oprime al hombre sino que da cauce a las tormentas de sus apetitos y ofrece otro propósito a sus esfuerzos que no sea el mero derroche de fuerza y locura.

Aplaudió Catalina mi oportuna salida y el capitán Contreras, más regocijado por el enojo de don Pedro que por las virtudes de mi cuento, asintió entusiasta y dijo:

—Bien habla el inglés, y yo mismo puedo avalar sus palabras con hechos tan ciertos como que a mí mismo me han sucedido. Fijaos si no en cómo el amor despechado, que no es sino amor propio, puede ser semillero de desdichas. Esto ocurrió hace ya más de diez años, poco antes de que Su Majestad el padre de vuestro rey, don Felipe III, decidiera limpiar las tierras de España de la plaga de los moriscos que, como bien sabrá nuestro inglés, eran los descendientes de los moros que en otro tiempo señorearon el reino de Granada y que, pese a decirse cristianos, habían

seguido guardando en secreto la fe de sus antepasados. Me hallaba yo recluso en una ermita de los Monegros, que es un paraje árido e ingrato, dedicado a la profesión de ermitaño... ¡no os asombréis, pardiez, que no están reñidas las armas con la fe y un desengaño en aquéllas puede no tener más cura que la oración y el silencio! —se interrumpió, ante los gestos de asombro de los presentes.

—Habéis de admitir que es difícil imaginaros en tan piadosas tareas, señor capitán —dije yo, sin poder contener la risa pues la mirada del capitán Contreras, por más que aparentara enojo, me decía a las claras que también él se mofaba de sus pasadas flaquezas y, con ello, daba licencia a mi osadía.

—Lo creáis o no, allí estaba yo —continuó—, dedicado a mis rezos, cuando vi aparecer un día a un gran número de soldados que se vinieron hasta mi mísera vivienda y me tomaron preso con mucho ruido y despliegue, cual si hubieran echado mano al mismísimo Gran Turco. Y a fe que casi por tal me tenían, ¡botarates! ¡Así hubieran sido menos para poder hacerles probar la caricia de mi espada! Me condujeron cargado de pesados grillos hasta un pueblo de las tierras que llaman de Extremadura, de nombre Hornachos, y allí supe de qué se me acusaba. Ni más ni menos que de ser rey de los moriscos. ¿Pueden vuestas mercedes creerlo? ¡Yo, rey de los moriscos de Hornachos! Mas no hay locura por entero loca, ni mentira por completo falsa, que la imaginación del hombre es hija de su experiencia y algo de verdad, por poca que sea, late siempre en disparates y embustes. Aquel enredo nacía de un hecho cierto, pero se alimentaba y crecía después con suposiciones y silencios. Habíase descubierto en tierras de Hornachos una conjura de moriscos para rebelarse, pues los que allí habitaban tenían merecida fama de levantiscos y, si bien recibían bautismo cual está mandado, celebraban rituales en una cercana peña, que llamaban del desbautizadero, con los que borrar toda cristiana huella de sus almas. Fue hasta allí la autoridad, prendió a algunos y los hizo colgar para público escarmiento. Cosa que trajo el justo miedo de los demás moriscos a la par que abrió las bocas de los pocos verdaderos cristianos que allí moraban, los cuales dijeron que en nada les sorprendía saber de rebeliones y conjuras pues ya hacía tiempo que por allí había pasado una compañía de soldados que descubrió una gran cantidad de armas ocultas en una cueva, las cuales ningún buen fin habrían de tener. Mostró gran sorpresa el alcalde de Casa y Corte que allí había sido enviado, pues no tenía noticia alguna del hallazgo de tales armas. Pusiéronse en averiguaciones y pronto conocieron la compañía de soldados que las había hallado. ¿Adivinan vuestas mercedes quién había sido el alférez de aquella tropa? Pues yo mismo, que por entonces ése era mi grado. Por eso habíanme buscado y por eso me hallaba yo preso en Hornachos. Oído lo cual protesté mi completa inocencia, pues recordaba haber dado entonces noticia del hallazgo al comisario y no tenía inconveniente alguno en mostrar de nuevo el lugar donde se hallaban las armas, cosa que hice con cierto esfuerzo, pues la memoria flaquea y los astutos moriscos habían pintado la cueva y levantado un tabique al fondo de ella para mejor resguardar su alijo. Descubriéronse al fin las armas, mas no

me trajo ello la libertad sino que fui conducido hasta Madrid a fin de esclarecer el entuerto aunque, todo hay que decirlo, se me trató con deferencia durante el viaje, pues no me vi obligado a pasar noche en ninguna cárcel sino en las casas de los alcaldes de las villas que atravesábamos, a cuya custodia era puntualmente entregado.

—No alcanzo a comprender dónde está el amoroso enredo, señor capitán —se quejó Catalina, aprovechando el alto en el relato que supuso la llegada a nuestras escudillas de un succulento guiso de gallina en pepitoria, que olía a jardín de ensueño, tal era su perfume de laurel, y merecía sin duda comensales más predispuestos que nosotros.

—A ello encamino mi cuento, señora —replicó el capitán Contreras, que despidió el caldo con un sonoro regüeldo, cosa que levantó las protestas de don Pedro y del escribano. Se disculpó el capitán aduciendo que tal era costumbre mora que había adquirido en sus muchas andanzas por tierras de la Berbería, donde había acudido en más de una ocasión como espía, y continuó su historia:

»De bien poco me valió tan benigno trato ni el proclamar que era nacido en la misma villa de Madrid y bautizado en la iglesia de San Miguel, ni que mis padres eran cristianos viejos, sin raza de moros ni de judíos ni de penitenciados del Santo Oficio. Supe por el señor fiscal don Melchor Molina, a quien conocía de antiguo, que el comisario a quien yo había dado cuenta en su día del hallazgo de las armas negaba no sólo que algo le hubiera dicho sino incluso el conocerme. Se nos sometió a careo, mas aquel hombre, no sé si por ocultar su error o su posible entendimiento con los moriscos, negó con gran desparpajo haberme visto nunca. Yo juré lo contrario y me mostré dispuesto a ratificar en tormento lo dicho, cosa que mucho impresionó al fiscal y a los alguaciles, pero que no evitó que diera con mis huesos en la cárcel al igual que el dicho comisario. No pasaron, sin embargo, muchos días antes de que me viera atado a un potro y sometido a tormento, tal y como yo mismo había solicitado. Se dio varias vueltas a las cuerdas del suplicio, de lo que no se holgaron mis carnes, mas yo me mantuve en mi confesión y con ello se puso fin al tormento y me fueron curadas las heridas con más atenciones que a un rey, pues el alcalde y el señor fiscal don Melchor Molina querían creer en mis palabras. Después de prestar juramento de que no abandonaría la Corte, fui puesto en libertad a la espera de la resolución de la disputa; mas el comisario tenía el apoyo del condestable viejo y del conde de Chinchón, amén de su propia fortuna con la que compró testigos que juraron que nunca había estado en Hornachos. Y de ese modo hube de abandonar precipitadamente Madrid, faltando a mi palabra, en busca de quienes ratificaran cuanto yo había declarado. Huí hasta Alicante y allí encontré a muchos de los soldados de la leva del año de mil seiscientos y tres que estuvieron conmigo en Hornachos y que ahora se aprestaban a embarcarse en los Tercios de Italia. De ellos obtuve cinco testimonios escritos de cómo el comisario estaba en Hornachos cuando se halló la cueva de las armas y de cómo yo le di cuenta de ello. Después de celebrar el reencuentro como mandan los cánones de la soldadesca, me regresé a Madrid para

probar mi inocencia. Busqué refugio en casa de una señora que por entonces era mi amiga y cuyo nombre, por mor de discreción, creo conveniente callar ahora. Abrió la puerta la criada de la casa, que se llamaba Isabel y era moza de buen ver a la que, por decirlo todo, había echado yo mano alguna vez sin llegar a mayores, que es cosa de varones el distraer la mano para mantener libre el corazón; y, en viéndome, exclamó: «¡Ay, señora, que es el alférez!». Su ama no se mostró menos sorprendida pues me dijo: «Alonso, estáis loco de venir a Madrid, que no tardarán tanto en cogeros como en ahorcaros. ¡Por las llagas de Dios, id a una iglesia!». Mas yo le respondí que no había razón para tanto alboroto, pues traía las pruebas de mi inocencia y a la mañana siguiente iría a casa del fiscal don Melchor Molina a poner las cosas en claro. No haya penas entre tanto, concluí y añadí: «Isabelilla, toma, ve a casa del embajador de Inglaterra que es buen amigo y trae una empanada de lo que hallares y buen vino, que estoy muerto de hambre y si me han de ahorcar, deja que muera harto». Partió la criada y trajo lo pedido, con lo cual cenamos gratamente mas, hallándose fatigada, la señora quiso retirarse a su dormitorio. Con ello, quedé yo a solas con la moza, a la que pedí me diera unas friegas con vino en las piernas que tenía doloridas del largo viaje, y de las friegas pasamos a otras caricias con que me vi de pronto en tan comprometida situación que me pareció cosa bien necia, pues no era ocasión de provocar un escándalo ni de verme de patitas en la calle justo cuando estaba a las puertas de la libertad. Rechacé primero con dulces palabras a la moza Isabel, que mostraba gran querencia por mí, y hube de hacerlo después con más bruscas maneras pues ella rehusaba abandonar sus juegos y me pedía que la hiciera mía sin dilación, pues muchas veces le había puesto la miel en la boca para retirársela luego y era mucho el fuego que la consumía. Invoqué yo a su dueña y vino ella a maldecirla, le reclamé silencio y me juró escándalo si no me avenía a sus viciosos caprichos. Y en ésas estábamos cuando el ruido de la puerta del dormitorio de su dueña la apartó de mi lado cual si la hubiera picado una avispa, y se fue a la carrera y con sollozos. Apareció la señora, pedí perdón por tanto ruido que, le dije, era a causa de una rata a la que había intentado vanamente dar caza. Asustóse ella, juró que no podría dormir sola sabiendo que semejante animal rondaba la casa, y yo puse remedio a su desgracia. «Feliz jugada», me decía al día siguiente, regocijándome del buen tino de mis embustes, mientras me dirigía a casa del señor fiscal. Allí esperé hasta que me recibió y pude darle cuenta de mis nuevas, oídas cuales me mandó ir a casa del señor conde de Salazar, donde me sería acordada justa solución. Mas al salir a la calle se me echaron encima un alguacil y varios corchetes con intención de prenderme, cosa que hubieran logrado si no hubiera tirado yo de espada y si no hubiera salido el fiscal, alertado por los gritos de la pelea. Aclarado el equívoco, hete aquí que acudí a casa del conde escoltado por los mismos hombres que habían ido a apresarme y por varios cientos de curiosos que no paraban de hacerse cruces ante tan singulares acontecimientos. Hallé al fin justicia y el comisario fue de nuevo a la cárcel, pero no por mucho tiempo, que el dinero y el amparo de los grandes acortan las penas, abren

las puertas y cierran las bocas. De modo que muy bien salí de tanto embrollo, mas si estuve en un brete de ver morir mis esperanzas cuando fueron a prenderme a la casa del fiscal fue, precisamente, por culpa del amor despechado de Isabelilla que, en venganza por mi rechazo, había dado cuenta de mi presencia en la ciudad a un amigo corchete que tenía. Y de ello concluyo que si hay riesgo en amar también lo hay en no dar satisfacción a una mujer que lo demanda.

Aprobó Catalina el cuento y otro tanto hice yo, a la par que proponía para don Alonso de Contreras el honroso título de Samaritano del Amor. E incluso el maestre Lucas Beltrán, que no había abierto la boca en toda la cena si no era para engullir lo que tenía en la escudilla, se mostró de acuerdo con las palabras del capitán. Pero el silencio de don Pedro que, ahora ya estaba claro a mis ojos, despreciaba la arrogancia y el desenfado del capitán, animó al escribano a replicar al soldado:

—Es fácil hablar así, señor Alonso, cuando las heridas y enojos de tanto amoroso favor y tanta licencia recaen sobre la espalda ajena, o sobre los cuernos de los otros, si preferís una expresión más clara.

—¿Habláis por vos? —repuso el soldado, con un brillo de acero en la mirada.

—¿Por mí?

—Os pregunto si es que os duele la frente.

—¡Señor! ¿Qué insinuáis?

El escribano había palidecido, lo que era cosa milagrosa pues su piel era ya de una blancura cadavérica.

—Vos sabréis, señor escribano, pues yo nada dije de cuernos, que la mi amiga era viuda y la moza soltera, y lo que hubiere entre ella y el corchete, si algo había, no sé sobre quién haría recaer la infame cornamenta. Mas ya que me provocáis sabed que no me oculto ni hablo de nadie, ni hago astilla del árbol caído de los otros. He conocido la traición en carne propia, pues yo también gusté las mieles del matrimonio poco antes de la historia de Hornachos que acabo de contaros. Me hallaba destinado en tierras de Italia, donde mandaba una nave pequeña y veloz que se hizo mercedamente famosa por los muchos marinos turcos que, al aventurarse en las aguas mediterráneas, recibieron el cruel mensaje de sus cañones. Cerca de Palermo encontré a una hermosa española, viuda de un Oidor, de la que quedé prendado. Poco tenía yo que ofrecerle si no era amor, pues su fortuna era muy superior a la mía que no pasaba de cuatro golillas y doce escudos de paga, pero acordamos casorio y así lo hicimos. Y fuimos felices por más de un año hasta que un amigo de esos que llamamos fieles vino a interesarse por ella a mis espaldas, cosa que no imaginé siquiera hasta que tomé lengua por un pajecillo que entonces tenía y que me preguntó un día, no sé si fingiéndose ingenuo, si era costumbre en España que los amigos besaran a las mujeres de los amigos. Por no hacer escándalo, le dije que sí lo era mas que nada dijera de ello porque tal costumbre podría mal interpretarse en Palermo. Me puse yo, por mi parte, en guardia hasta que una mañana los sorprendí juntos en trance que no admitía duda, y allí mismo murieron. Que no soy hombre que llore ofensas de

honor escondiéndose en el fin del mundo, como ese don Alonso Álvarez que tuvisteis por vecino en Cartagena de Indias y que había llegado hasta allí arrastrando los cuernos que le fabricara en España su esposa entre los líricos brazos de nuestro ingenioso poeta don Lope de Vega, cuya amistad me honra por lo que no me duelo de la cobardía del ofendido en este caso. Pero no quiero decir más, que hay cosas que hacen daño sólo con mentarlas y mujeres que nada valen, por alta que sea su cuna. Así que ya veis, señor escribano, que no hablo de oídas como supongo que no lo hacéis vos, que es bien sabida la libertad de las mujeres de Cartagena de Indias...

—¡Señores, basta ya! —cortó don Pedro—. ¿Qué palabras son ésas delante de doña Catalina? ¿Es que han perdido vuestras mercedes el juicio?

—Yo, señora..., perdonadme, por Dios... —balbuceó el escribano, cuyo rostro espantado era talmente el de aquel que se cayó de un árbol.

El capitán Contreras ofreció sus disculpas con una silenciosa inclinación de la cabeza y yo me quedé reconcomido de curiosidad, pues no alcanzaba a recordar qué se había dicho que pudiera ofender tan gravemente a nuestra hermosa pasajera.

La conversación se consumió como una vela, a la par que dábamos nosotros penosa cuenta de los postres. Don Pedro Olea de Zumárraga seguía encerrado en el torreón de su enojo, que se levantaba por igual sobre su desmesurada soberbia y sobre la habitual rivalidad que reina entre capitanes de la marina y de los tercios. Los demás nos guarecíamos en el silencio. Tan sólo Catalina parecía complacida ante los enrabiados semblantes de los varones que la rodeaban. Conforme nuestras voces se callaron, se alzó la suya para demandar toda suerte de atenciones: un poco de agua para refrescar su frente, la apertura del ventanal para ventilar la sala, una tisana de hierbas para la náusea que, según decía, volvía a acosarla...

—¿Tanto os martiriza este bamboleo, señora? —preguntó don Pedro, cuyo rostro ceñudo había dejado paso a una repentina expresión de determinación—. Si es así, sabed que he de buscarle inmediato remedio, pues aunque no brilla tanto como las palabras galantes o las ingeniosas historias, vale más para la dicha de una dama la voluntad de remover obstáculos. Obras son amores, como reza el dicho.

Y al decir esas palabras, paseó el capitán una mirada altanera sobre la mesa que fue en busca de la del capitán Contreras. Pero el soldado devolvió sonrisa por desprecio y dijo:

—Es vuestro privilegio, señor capitán. Tomad las medidas que mejor os parezcan, mas no alcanzo a imaginar cuáles sean. ¿Ordenaréis al mar sosegar sus olas? ¿Diréis al viento que guarde silencio?

—Yo he de helar esa sonrisa en vuestra boca, señor Alonso —repuso el capitán, arrastrando las palabras con ira. Llamó a su paje con un gesto de la mano y le ordenó—: ¡Ruy, ve en busca del señor contraamaestre y dile que venga de inmediato!

Se hizo un largo y engorroso silencio mientras el paje corría a cumplir su encargo. Al cabo, llegó el contraamaestre y el capitán se puso en pie para dictar una nueva orden.

—Señor Juan, arríe la mesana, la cabecera y la vela mayor.

—A la orden, capitán —respondió el contraamaestre e hizo ademán de retirarse, pero se detuvo en la puerta de la cabina, indeciso.

—¿Sí, señor Juan, os ocurre algo? —preguntó el capitán, que todavía permanecía de pie.

—Perderemos de vista al resto de la Armada, señor.

—¿Vais a decirme cómo debo gobernar mi barco, señor contraamaestre?

—¡No, señor! ¿Puedo retirarme para dar la orden?

—Tendríais que haberlo hecho ya, en vez de poner reparos. Marchaos.

El rostro del contraamaestre había perdido toda expresión, cual si fuera de cera. Inclino brevemente la cabeza y salió de la cabina dejándonos sumidos en el desconcierto.

El capitán tomó de nuevo asiento, con el rostro encendido y un brillo feroz en la mirada, y dijo:

—Ya han oído vuestras mercedes la orden. Espero que ninguno cederá a la tentación de discutirla. Estoy cansado de bravuconadas y de palabras. Espero que esta cena haya sido grata para nuestra hermosa pasajera y puedo aseguraros, señora, que en cuanto se reduzca la velocidad de la embarcación vuestro mal os dará tregua. Para confirmar que así sea, caeremos un poco más al sur, donde los vientos son menos fuertes...

—¿Queréis llevarnos acaso al mar de los Sargazos? —estalló el capitán Contreras, que desde hacía rato se mordía la lengua para no proclamar su enojo.

—¡Señor Alonso, ya he tolerado suficientes impertinencias! ¿Me tomáis por idiota? Pues claro que no vamos a alejarnos tanto. Sólo buscaremos aguas más tranquilas en las que doña Catalina pueda reponerse de sus padecimientos. Después daremos alcance al resto de la Armada. Nos sobra velamen para hacerlo.

—¡Pero es arriesgado rezagarse de una Armada! ¡Debilitáis la defensa de los otros barcos y ponéis en peligro el vuestro!

—¡Basta ya! ¡Silencio si no queréis que os imponga la disciplina por otros medios! ¡Dios, cómo me cargáis con vuestros temores y vuestros lloriqueos! ¿Qué fue de tanta apostura y fanfarronería? ¿Dónde está vuestra gentileza con las mujeres? ¿Dónde ese valiente capitán Contreras del que todo el mundo habla? —Y en la boca de don Pedro se dibujó una sonrisa horrible, deformada por el desprecio y por la ira.

—Rezad a Dios para que nunca hayáis de enfrentarlo en vuestro camino, señor capitán —replicó el capitán Contreras repentinamente tranquilizado, cual si la frialdad de sus ojos se hubiera extendido por todo su semblante—. No tengo por qué daros satisfacción alguna por mis pensamientos ni por mi pasado. Sois el dueño de esta nave, campad a vuestro capricho, derrochad necedades o pintad el barco entero de lunares si os place, pero recordad que tenéis otro dueño por encima de vuestra cabeza: nuestro Rey, que a buen seguro tendrá algo que decir sobre el modo en que ponéis en riesgo su Armada para satisfacer vuestra soberbia. Nada más he de decir



yo.

Y volviéndose hacia la hermosa Catalina, cuyo rostro estaba resplandeciente, añadió:

—Mucho hemos viajado y vivido sin movernos de esta mesa, señora, y es hora de descansar de tantas emociones y fatigas. Tened la bondad de dispensar mi presencia. Buenas noches tengan vuestras mercedes.

Y abandonó la cabina sin dirigir siquiera una mirada a don Pedro Olea de Zumárraga que lucía una triunfadora sonrisa y aún nos entretuvo un rato con historias banales, hasta que dio por concluida la cena y, dejando a los pajes entregados a sus serviles tareas, salimos todos al puente en el que ya lucían pobremente los candiles y donde, magnificados por la creciente oscuridad, se hacían más inquietantes y presentes los ruidos del barco.

No había rastro del capitán Contreras, pero don Pedro no debía tenerlas todas consigo pues puso veloz rumbo hacia el refugio de su camarote, dejándonos a solas con la noche. Me aprestaba yo a hacer otro tanto, una vez que el escribano, el maestro y la hermosa hubieron franqueado la puerta del castillo de proa, cuando la voz de Catalina torció mi propósito.

—Bríndadme vuestra compañía, señor Tomás, que un poco de aire no me hará mal.

Ella me esperaba en el vano de la puerta, segura de su irresistible fragilidad. Y yo, ¿qué podía hacer sino dar gracias al destino que me prodigaba sus tentaciones con tan descarado empeño? Me acerqué hasta ella y le ofrecí mi brazo, y así tomados, con el frío tacto de su mano quemándome a través de la tela de mi camisa, nos dirigimos hacia la borda de babor donde la había visto por vez primera. El mar rumoreaba al otro lado de la batayola, apenas iluminado por la luna menguante, y el repiqueteo de las jarcias contra la madera parecía componer una tonadilla sobre nuestras cabezas. En algún punto del invisible horizonte refulgía, cada vez más pequeño, el gran fanal de la nave capitana seguido de las luminarias del resto de la Armada, que titilaban cual remotas estrellas en un cielo desplomado.

—¡Qué gran locura! —murmuré casi sin darme cuenta.

—¿Qué os apena? —preguntó ella.

—Vuestra belleza —respondí, dejando que mi lengua volviera a campar a sus anchas.

—No decíais eso el otro día. ¿No será acaso vuestro corazón quien os maltrata? —repuso ella, y sentí cómo su mirada tímida, a penas intuida bajo la mortecina luz del candil del castillo de proa, se tornaba intencionada.

—¿Oísteis mi conversación con el capitán Contreras? —pregunté, sorprendido.

—Pues claro que sí, mi valiente señor Tomás. Y no sabéis cuán impacientemente he aguardado el momento de poder agradeceros vuestra defensa.

—No agradecáis nada, pues quizá no hubo en ella otra cosa que arrogancia y locura.

—No os creo. —Y su mano se posó sobre la mía y un escalofrío recorrió mi cuerpo cual si el frío acero de una espada me hubiera traspasado de parte a parte.

—La belleza puede ser tirana. Mentí el otro día y vos debéis saberlo.

—¿Por qué?

Su voz era un murmullo.

—Bien lo sabéis.

—Decídmelo vos.

Ella jugaba conmigo y yo, pobre muñeco, sólo podía bailar al capricho de sus hilos. Me juré guardar silencio, pero las palabras se abrieron paso en mi boca cual si ésta ya no me perteneciera. No iba a decirlo. No debía decirlo. No podía dejar de decirlo:

—Porque os habéis hecho dueña de mi corazón, señora, y temo que no queráis devolvérmelo.

La oí reír de placer, quedamente. Una risa que era gratitud y también victoria, invitación y aviso.

—Reíd, Catalina, pues me tenéis preso, pero no me toméis por necio. No habréis de oír de mí palabras de amor eterno. Vos queréis mi rendición y mi pleitesía. Tenedlas. Adoro vuestras manos de mármol y vuestros blancos pechos, que imagino y me tienen muerto de amor. Pongo a vuestros pies mi gallardía y os ofrezco el goce que dispongáis, mas sabed que esta esclavitud no habrá de durar más de lo que dure este viaje.

—¡Mentiroso! ¿Pensáis que no sé leer en los ojos de los hombres? Sois tan arrogante... ¿Creéis que no siento el temblor de vuestra carne debajo de mi mano? ¡Ay, los hombres!... tan ufanos. Si os hablo así, abiertamente, es porque sé que no puedo competir en engaños con el rey de los embustes. ¿A qué, pues, fingir? Soy mujer principal y puedo arrojar a la noche la red de mis deseos sin que mañana haya de rendir cuentas de la pesca a nadie. Pero vos... ¿quién sois? ¿Un amigo de mi señor tío? ¡Por Dios, Tomás, qué tontería! Mi tío no os dejaría pasar del zaguán de su palacio. Vuestra grata presencia está hecha tan sólo para el deleite de las mujeres, mas no sois nadie. Un pícaro. Un ladrón, tal vez. Un sinvergüenza. Un adorable mentiroso cuya desfachatez le hace aún más hermoso. Estáis lleno de secretos, señor Bird, pero a mí no podéis ocultarme el más obvio de todos: vos no sois el industrioso caballero inglés que aparentáis ser. Así que... rendíos de una vez, mi valiente defensor. Sois mi prisionero y puedo aseguraros que nada me complacerá más que atormentaros con los más dulces suplicios, para poder así curar después vuestras heridas.

—Administráis vuestros favores como el veneno —murmuré rendido, mientras mi mano temeraria volaba en la noche y acariciaba apenas el escote de su vestido, donde sus pechos se agitaban y exhalaban el débil gemido que como un pájaro había escapado, veloz y libre, de sus labios.

Pero aquella caricia no duró el tiempo necesario siquiera para estar seguro de que

no era un sueño porque, con la ligereza de una pluma, su cuerpo se separó del mío, su mano abandonó mi brazo, y en un instante el revuelo de su falda se perdió en el vano de la puerta del castillo de proa, y tras ella huyeron su tenue fragancia, el recuerdo de su sonrisa, el brillo prometedor de sus ojos, el dibujo de sus manos en el aire, su presencia de hembra joven que me había arrebatado el aliento cual si fuera presa de un sortilegio. Sentí que una sonrisa se me venía a los labios y éstos se abrían y mi lengua se agitaba y de nuevo salían de mi boca palabras que nacían de algún rincón ignoto de mi alma, mas no del corazón ardiente de mi deseo ni de la extasiada azotea de mis ojos. No eran palabras de arrebato ni de locura ni de arrobo, sino palabras huera, palabras necias que me herían con su sonido cual si las esquirlas del cristal de un vaso roto arañaran la piel de mis labios traicioneros.

—¡Pardiez, qué hembra! Dicen que el edificio más casto tiene la puerta de cera... ¡Ya sabré yo remediar su insolencia con medicina de hombre! ¡Que no hay mal que no cure un buen clistel!

—¡No seáis vulgar! —gritó la voz de Cristóbal Mendieta a mis espaldas.

Me volví y lo vi plantado ante mí, alterado y febril, como salido de un mal sueño. ¿Desde cuándo estaba espiando nuestra conversación? Nada más dijo. Pasó a mi lado sin mirarme y se adentró en el vientre de la nave, tras los pasos de su dueña. Pero el dolor que había podido leer fugazmente en sus ojos había borrado ya la sonrisa de mi boca. La voz del centinela cantó el cambio de ampolleta y el timonel le dio la respuesta desde su invisible posición. La vida en el barco continuaba, ajena a nuestras cuitas aunque estuviera llamada a padecer las consecuencias de nuestras pependencias. La nueva disposición del aparejo había aliviado el bamboleo de la nave, la hermosa Catalina había cosechado una nueva victoria y yo me sentía cansado. Descendí la escalera hasta la hedionda oscuridad de mi camarote y allí, antes de dormir, sólo tuve fuerzas para maldecir mi atolondrada cabeza y mi ceguera.

### III

Bien pronto comprendí que en aquel galeón nadie era lo que parecía. Su capitán, don Pedro Olea de Zumárraga, se pasaba las horas encerrado en su camarote sin que nada de lo que acontecía a bordo fuera merecedor de su atención. Tan sólo se preocupaba de adular a la hermosa Catalina cuyas náuseas habían sustituido ya al sextante en la gobernación del barco. Falsa galantería, a la postre, pues no buscaba con ella el bien de la hermosa sino su cercanía, y aun ésta más para engalanarse él con su belleza que para servirla. Entre tanto, habíamos perdido de vista a la Armada durante aquella fatídica noche y la demora del capitán en retomar el rumbo me hacía temer que no hubiera ya forma alguna de reencontrarla.

Nuestro estricto escribano había trocado su devoción por el Rey en pasión por las monedas que acuñaba éste, quién sabe si por venerar en ellas el rostro de su señor, mas era cierto que su faltriquera parecía boca de pícaro, siempre abierta de par en par. Ni siquiera la verdad, de la que por su oficio bien podía decirse que era tesorero, estaba a salvo de su voracidad y, como un barco es cual corrala de vecinas en la que nada de cuanto se cuece escapa a las narices ajenas, no tardó en saberse que don Pedro había saciado el apetito de su bolsa de tal manera que el agradecido escribano no había tenido inconveniente alguno en dejar constancia en sus libros de la muy verdadera razón de nuestro abandono de la Armada. A saber: la gravísima enfermedad que había aquejado violentamente a nuestra hermosa pasajera, la cual suplicaba se la dejara en la más próxima tierra pues no quería que la ingrata muerte la sorprendiera en la mar ni que ésta se transformara en su última morada. Y por si no bastaran las mentiras del escribano, también el cirujano, un gaditano llamado Luis de Pontejos, se había prestado a dejar por escrito constancia de la imaginaria enfermedad, tan rara y virulenta, decía, que nada sabía de ella sino que podía ser contagiosa y era, por tanto, muy justa decisión el buscar tierra en que dejar a la enferma, no fuera a infestar a la tripulación toda.

Mas no acababa el mal en estos embustes. Las náuseas del capellán, que nos privó de su compañía en la cena de la que tantos duelos amenazaban derivarse, habían resultado ser hijas del vaivén del vino más que de los meneos marinos. Y de la boca de fray Alonso Espinel había escapado precisamente, junto al indiscreto olorazo a tinto de su aliento, la noticia del negocio que capitán, cirujano y escribano se traían entre manos. Con tales nuevas, se había extendido el descontento por la nave cual mancha de aceite, sin que faltara quien algo tuviera que protestar a cualquier hora del día ni importara ya qué oídos acechasen; pues la voluntaria reclusión de don Pedro tenía las trazas de la mayor cobardía y ya se sabe que al olor del miedo acuden siempre los buitres de la discordia.

Temeroso de que a la llegada a Sevilla se descubriera el enredo, el piloto habíase desentendido de sus tareas, cual si el rumbo de la nave fuera cosa de otro, y proclamaba a quien quisiera oírle que bien sabía él que habría de pagar con su pellejo

tanto disparate, pues no sería la primera vez que un capitán atribuyera a su piloto la errónea interpretación de una orden. Así las cosas, el timonel, que gobernaba el galeón desde el recato de la cámara en que está el pinzote del timón, se veía forzado a realizar su labor doblemente a ciegas, pues no sólo no podía ver el mar desde su puesto sino que nadie acudía a orientarle a través de la escotilla que le comunicaba con el puente.

Entre la maestranza, siempre orgullosa de sus habilidades, cundían las frases de ingenio y las muchas chanzas, y no era raro ver a carpintero, calafate y tonelero en animada charla, o escuchar a este último, un vizcaíno de nombre Domingo Pérez, presumir de descender de uno de los hombres que hicieron con el almirante don Cristóbal Colón el primer viaje al Nuevo Mundo, cosa que oponía a las hazañas del famoso tío del capitán pues, decía, «según se rige su sobrino, que sabe más de rezos que de cartas de marear, no debió conocer de don Juan Sebastián Elcano más que el vuelo de su capa camino de la iglesia».

La marinería se daba a las blasfemias cual si el «San Juan de Gaztelugache» fuera nave de herejes y no de cristianos, y corrían de boca en boca las más feroces burlas de nuestra hermosa pasajera que de forma unánime era vista por la tripulación como causante del desconcierto que reinaba a bordo. Y ella, como si quisiera apurar el cáliz del oído de los otros, se prodigaba en cubierta, lozana y radiante, desplegando sus encantos como pasea el rico sus alhajas ante la plebe, indiferente a las envidias y los rencores, en un arrogante acto de autoridad. Ella se sabía protegida y admirada por quienes merecían la atención de sus nobles ojos y poco importaba que tras sus protectores se escondieran la vanidad y la lujuria ni que en nada tuviera ella la dicha de sus devotos servidores, pues la errática suerte de nuestro galeón era su exigido homenaje y el sustento de su alma venenosa. Yo me maliciaba que en ella también había triunfado la mentira, que por doncella se tenía y a buen seguro habría de serlo, mas no por la pureza de sus actos sino, cual sabía yo que era práctica en otras mujeres, por ser casa con dos puertas y maestra en el arte de guardar la principal y franquear la trasera. Estas agrias reflexiones, que no pasaban de conjeturas, se vieron pronto confirmadas cuando pude al fin hablar a solas con Cristóbal Mendieta y éste vino a confesar lo que yo había leído en su mirada: que la amaba y que no era su amor la devoción del poeta por la musa inalcanzable sino la más apremiante pasión de quien conoce los secretos de la carne ajena, sus gozos y sus tormentos.

Le acorralé a preguntas hasta que sus lágrimas pudieron más que sus negativas.

—¿La amáis?

—No, no la amo. No puedo amarla.

—Y aun así, ¿la amáis?

—¡Dejadme en paz!

—La amáis, pardiez, ¿a qué negarlo si lo lleváis escrito en los ojos?

—Nada llevo. ¿Quién soy yo para amarla?

—Pero la amáis, Cristóbal. Decidlo.

—Nunca. No puedo hacerlo.

—¿Por qué calláis si es cierto?

—No, no lo es. Yo no soy nadie.

—Pero lo queréis todo.

—No, sólo quiero ser libre.

—Bonito camino habéis elegido. ¿Esperáis serlo con ella? No sois más que un paje al que usa para saciar su apetito, pobre diablo.

—¡Qué habéis de saber vos! ¡Tened la lengua!

—¿A qué ese enojo si no la amáis? ¿Qué se os da el que sea pura o se entregue a quien le plazca, que yazga o se entienda con quien sea? ¿Sois su capellán, su hermano, su padre o un servidor medroso que la desea y ni siquiera se atreve a decirse a sí mismo que la ama?

—¡Por Dios, Tomás, cerrad la boca y no avivéis más el fuego que me abrasa! ¡Dejadme en paz, os lo ruego!

Cristóbal Mendieta hizo ademán de abandonar mi camarote, donde había conseguido arrastrarlo para poder hablar lejos de la curiosidad de los otros, pero mis palabras lograron retenerlo:

—Esperad, no huyáis, que si os hablo así no es por torturaros, podéis estar seguro de ello. Vos habéis sido testigo del modo en que Catalina echa sus redes y, a qué negarlo, en ellas me tiene preso, como a tantos. Yo lo sé y no me espanto de encontrar allí enredado algún otro pececillo como vos. Nada hay que pueda sorprenderme en una mujer que sólo siendo adorada por todos se siente plena. Ella se alimenta del amor ajeno, pero es incapaz de ofrecer el suyo.

—¡Pero cómo os atrevéis a hablar así! Catalina es capaz de ofrecer un amor sin límites.

—¿Vos lo sabéis?

—¿No he de saberlo? ¡Lo llevo impreso en la piel!

—Llevadlo pues, mas no os engañéis, porque bajo la palabra amor se esconden muy diferentes sentimientos y no hay que confundir el disfrute de los favores de una dama, que es cosa de contento, con el cuidado que la mujer enamorada pone en su amado, que es cosa de éxtasis. Dejadme que os diga que la plenitud de un cuerpo saciado, con ser mucha, puede ser engañosa y así bebéis ahora los vientos por esa mujer que sólo os traerá sufrimiento por más que de momento os colme.

—Si habláis de esta guisa es porque os devoran los celos. Pero no lograréis apartarme de ella con tales cuentos.

—Ni lo pretendo, Cristóbal. Es cierto que os envidio, mas la mía no es la envidia de quien nada puede. Bien sabéis que ella misma habrá de abrirme la puerta si es su deseo. Pero no quiero apartaros de Catalina. Voto a tal, Cristóbal, disfrutadla hasta quedar ahíto, pero no os enamoréis de ella y, si ya lo habéis hecho, rebelaos, luchad en vuestro corazón porque si no lo hacéis ella habrá de conducirnos a la desesperanza y no dudará en enfrentarnos para mejor gozar del espectáculo de nuestros

encontrados deseos.

—Apartaros de ella y no habrá porfía.

—No está en mi mano hacerlo, pues es a su capricho a quien debéis temer. Mas os juro que no he de ser yo quien dé el primer paso, si os sirve de consuelo.

—Me sirve —respondió Cristóbal Mendieta y sentí una punzada de tristeza al ver su rostro desencajado, que se quería gallardo y apenas disimulaba el desaire y el abandono a que su voluble amada le había arrastrado.

Salió apresuradamente del camarote y me dejó a solas con mis pensamientos. Había algo en él que se me escapaba. Tras el torbellino de su alma intuía yo la presencia de un miedo que poco o nada tenía que ver con su mal de amores. Yo sabía de la manifiesta enemistad hacia Cristóbal Mendieta que profesaban los dos impertinentes marineros que había conocido a mi llegada al «San Juan de Gaztelugache». Dos veces había tenido que soportar yo mismo sus burlas y, merced a la infatigable lengua de Jacobo Albiz, había averiguado que eran ambos vecinos del mismo pueblo que éste, donde tenían ganada fama de pendencieros y torcidos, pues aun en la mejor tierra han de medrar malas hierbas. Eran sus nombres Juan Azcoitia y Antón Gastaca y sus malas maneras les tenían apartados del resto de la marinería, pues al haber en ésta algunos vecinos suyos, como el ya dicho Jacobo Albiz y el tonelero Domingo, pronto habían cundido a bordo los cuentos de sus pecados y sus afrentas. De Azcoitia, que era grande y lenguaraz, de rostro comido de picaduras, gruesa nariz rota que hablaba por sí sola de sus andanzas, y ojos pequeños y brutales, se decía que era capaz de un odio sin límites. Había hecho de la persecución de los herejes su verdadera religión y la profesaba con tal ahínco que veía aquellarres y herejías hasta en la sombra de los gatos, que por demás son criaturas demoníacas, según él mismo decía, todo lo cual había llevado a la maulladora familia gatuna de su pueblo al duro trance de verse extinguida por su inquina, bien de su propia mano y con certeros golpes, bien por el miedo de sus hasta entonces solícitos dueños que, temerosos de verse acusados por el inclemente Azcoitia, habían terminado por arrojar sus animales al río metidos en sacos. Como toda alma pusilánime, Azcoitia derrochaba sus fuerzas no en apartar de su vista aquello que le disgustaba sino en buscarlo, y así atosigaba a párrocos y oficiales del Santo Oficio con sus denuncias, que se crecían de tono e indignación a tal extremo que era capaz de viajar hasta la lejana villa de Logroño para llamar la atención del Tribunal de la Inquisición que allí hay si el comisario de turno no ponía, a su juicio, el suficiente celo en perseguir a la víctima señalada.

El mucho alboroto levantado por el conocimiento de los ritos brujeriles que se celebraban en una gran cueva que dicen de Zugarramurdi, en tierras vascongadas, había avivado la llama inquisidora en el corazón de Azcoitia y no pasaba día en que rematara lo bebido en la taberna del puerto de Bermeo sin gritar a los presentes, en la antigua lengua que se habla en el Señorío de Vizcaya, «esan neuchen mic, sorguiñac dagos edonon», que quiere decir: «ya os lo había dicho, hay brujas por todas partes».

Y no se cansaba de recordar a las brujas que antaño volaban sobre la región de Durango, cuyos espíritus atormentados, en forma de gato, de cuervo o de mosca, veía él ahora rondar las casas de las nuevas esclavas de Satán.

El eco que sus denuncias habían encontrado en el Tribunal de Logroño se debía, al decir de Jacobo Albiz, a la conveniencia que para la autoridad tiene siempre el escarmiento en espalda ajena y no a verdaderos crímenes contra la fe de la Iglesia, pues poco cabía temer de aquellos a quienes denunciaba: en su mayoría viejas locas y familiares de un gitano llamado Acedías, más dados a los divertimentos musicales de su raza que a las elucubraciones teologales. En todo caso, Acedías había ido a dar con sus huesos en la cárcel, y una de las ancianas terminó por confesar que tenía escondido en la huerta de su casa un libro escrito por el hereje Lutero, pero como no fue capaz de decir el título ni de detallar su asunto, que no sabía leer, y ni siquiera acertó a explicar con exactitud dónde estaba enterrado, muchos en Bermeo dieron en pensar que más habían podido los apremios de los inquisidores que la verdad. Con lo que al final se la regresó a la villa, menguada de fuerzas y condenada a lucir el infame símbolo de los penados por el Santo Oficio, para que muriese allí sin escándalo, cosa que hizo devotamente a los pocos meses para tristeza de muchos y furia de Azcoitia, que ni aun en el lecho de muerte había dejado de acecharla, persuadido de poder reunir en el último trance las pruebas de su alianza con el maligno. Tan menguados éxitos habían bastado, sin embargo, para granjearle a Azcoitia el temor de sus vecinos, cosa que en poco cambió su vida pues era hombre solitario que ni siquiera había sido capaz de encontrar esposa. Y si gustaba de hablar con cualquiera, no prestaba atención a lo que pudiera respondersele, enamorado como estaba de sus propias palabras; de tal modo que empezaba sus conversaciones en la taberna con uno y las terminaba con otro, sin importarle que se le fueran cambiando los contertulios, toda vez que siempre había alguien a quien hablar.

La celebración del auto de fe contra las brujas de Zugarramurdi, en el que no se alcanzó a condenar sino a cinco o seis de las casi trescientas acusadas, lejos de saciar su sed de denuncias le reavivó el deseo de hacerlas y aun le tornó temerario. Donde él veía la confirmación de la justeza de su lucha, hallaban sus vecinos la evidencia de que los cuentos de brujas no eran las más de las veces sino puras invenciones, como había proclamado el mismo inquisidor enviado a Zugarramurdi. Y así, mientras largaba él la vela de su indignación, amainaban los vientos del miedo en los corazones de los bermeanos. Como no podía ser de otro modo, el velamen de su celo perseguidor terminó por desplomarse sobre su propia cabeza.

Azcoitia había dirigido sus sospechas, en la confianza de que su condición de forastero habría de otorgarle pocas simpatías, hacia el nuevo contador real del puerto de Bermeo, don Luis González, que había comprado a su llegada a la villa unas tierras que Azcoitia ambicionaba desde hacía tiempo. El nuevo contador tenía el apoyo del corregidor de la villa, gozaba del favor del marqués de Salvatierra y de la amistad de un Oidor del Tribunal de Logroño, y si la denuncia de que su esposa



celebraba ritos satánicos en la arboleda de su caserío, mientras él guardaba y leía libros prohibidos, propició un primer registro de la casa, pronto se volvió contra el denunciante, que hubo de responder de sus verdaderas intenciones ante el mismo comisario de la Inquisición al que tantas veces había reprochado falta de celo y que en este trance halló ocasión de devolverle los sinsabores recibidos haciéndole encarcelar. Mucho peor derrotero habrían tomado las cosas para él si no fuera que en Logroño se guardaba buen recuerdo de sus servicios y pudo más el deseo de preservar el orden que el de hacer justicia. Azcoitia volvió a Bermeo cual perro apaleado y allí no encontró más compañía que la de Antón Gastaca, que mucho se había beneficiado con las denuncias de aquél pues, fruto de una de ellas, había sido la prisión del capitán del barco en que éste faenaba como pescador, y con tal cautiverio halló Gastaca la ocasión propicia para hacerse con el barco a precio de ganga, que la esposa del capitán no hacía sino llorar la noche y el día y vivía consumida en el puro terror de verse también en las manos de la Inquisición. Había sido en esa época cuando algo debieron acordar ambos pájaros, porque Azcoitia empezó a contar en sus conversaciones de taberna las sospechas que guardaba sobre la esposa del capitán, que a su parecer tenía las falsarias maneras de toda bruja. No pasó una semana antes de que la buena mujer se aviniera a vender su barco a Gastaca por un mísero puñado de reales y abandonara la villa con sus tres hijos, que aún eran mancebos, y un abuelo medio loco que muy poco había podido hacer en su defensa si no era andar a voces por las calles malpariendo al acusador y al aprovechado marinero, con lo que mostraba no ser tan loco aunque ninguna ayuda obtuviera de sus asustados vecinos, pues eran aquéllos los años en que Azcoitia acuñaba el miedo cual si fuera moneda y con él compraba el silencio de todos.

Como no hay mano que enderece la humana condición, así se usen trucos y engaños, si no es a fuerza de los varazos de la experiencia, no pasó mucho tiempo antes de que la verdadera naturaleza de Antón Gastaca mostrara cuán forzada había sido su fortuna. Patrón del barco ganado con tan malas artes, fue un capitán ingrato, ruin y caprichoso, con quien muy pocos marineros estaban dispuestos a faenar. Su tripulación menguó según se agriaba su carácter, y a las quejas por sus modales despectivos no tardaron en unirse los reproches por su falta de pericia. Lejos de buscar la compañía y el consejo de otros marinos más experimentados, Gastaca se rodeó de hombres acobardados y sumisos, de mozos inexpertos y marinos desesperados, más acostumbrados a las marejadas del vino y de la cerveza que al oleaje de la mar. Sobre ellos reinaba, patético y asustado, la noche en que de regreso a puerto hizo encallar el barco en la barra de la ría de Mundaca, donde lo sorprendió una galera que vino a hacerlo añicos contra los peñascos de la isla de Izaro. Tres marineros perdieron la vida en aquel trance y se inició un proceso contra él que le comió los pocos dineros que había sabido ahorrar en aquel tiempo. De tal modo que, cuando Azcoitia regresó a Bermeo tras hacer parada y fonda en los calabozos de Logroño, ambos compinches concitaban el odio unánime de los bermeanos y apenas

si tenían con qué cubrirse y qué llevarse a la boca. La noticia de que el galeón «San Juan de Gaztelugache» se unía a la Armada de Indias fue para ellos música celestial y se enrolaron de inmediato, haciendo verdad lo que una excelsa pluma ha escrito: que las Indias son «refugio y amparo de los desesperados de España, iglesia de los alzados, salvoconducto de los homicidas».

Desde su llegada a bordo, se les veía siempre juntos. El uno, grande y jactancioso, había trocado su odio contra las brujas por una ferocísima inquina contra los judíos, a quienes hacía responsables de sus desdichas pues aseguraba que los falsos conversos se habían encumbrado hasta los mismísimos tribunales del Santo Oficio y desde ellos auspiciaban la huida y libranza de los de su ralea. El otro, mediano en altura, carácter y fuerza, se amparaba siempre a la sombra de su brutal secuaz, y sólo parecía disfrutar azuzándole y persiguiendo la quimera de su perdida fortuna en el lance de dados, donde no le faltaban triunfos que, al decir de Jacobo Albiz, más debían a la carga de plomo con que los amolaba que a la suerte. Su poca sesera les llevó una noche a intentar dar sepultura en su faltriquera a los talegos del capitán Contreras con la ayuda de sus amolados huesos de muerto, que es la manera en que llaman los tahúres a los dados. Pero el soldado, que no era nuevo en estos lances, les tomó los dados y, sacándose la daga del cinto, raspó la pintura de sus números hasta dar con la que encubría el agujero por el que se les habían hinchado de plomo. Y habría empleado el mismo puñal en rebanar los gañotes de los dos fulleros si no le hubieran disuadido sus hombres, pues la pendencia no habría hecho sino engordar el pavo del rencor de don Pedro Olea de Zumárraga y, quién sabe, tal vez servirle de excusa para tomar alguna medida que pudiera ser perjudicial.

La inquina de aquellos dos rufianes contra Cristóbal Mendieta, quien ni por sus calladas maneras ni por su vulgar tarea de paje parecía merecedor de tanto encono, se me antojaba el mayor de los misterios que encerraban en sus corazones los hombres del «San Juan de Gaztelugache»; un misterio que, por demás, resultaba ser contagioso pues un miedo oscuro, que medraba al amparo de las mentiras de unos y otros, parecía haberse adueñado también de la tripulación y aun de la misma nave que, cual si hubiera cobrado vida, comenzó a manifestar su descontento con sorprendentes hechos. Primero fue el repentino corrompimiento del agua en algunas de las tinajas que la guardaban. Después, la rotura del estay del trinquete que, restallando cual látigo, arrastró consigo a un grumete que llamaban Fito y era mozo algo corto de luces pero muy bien mandado, y con ello le tronchó una pierna y le abrió brecha en su dura cabezota, por la que sangraba cual cerdo y como tal gritaba. Cosas estas que nada de raro tendrían si no hiciera tan pocos días que habíamos dejado La Habana, por lo que la podre se antojaba prematura, y si no nos hubiéramos topado con una mar blanca, brumosa y calma en la que no soplaban ráfagas de viento que justificaran la rotura del estay.

Mas como la vida provee siempre a ambos platillos de su balanza, aunque sea de desigual manera, por fuerza había de hallarse a bordo un hombre que contrapesara

tanto desgobierno. Un hombre que cargara sobre sus espaldas las obligaciones abandonadas por otros y las suyas propias, y que lo hiciera con tal derroche de fuerzas y tal firmeza que nada cabía temer de su gobierno sino el que más pronto que tarde habría de entrar en disputa con quienes, dotados de superior mando, le empujaban con su desidia a ejercer una autoridad que no poesía. Aquel hombre era nuestro contramaestre, Juan de Tineo, un hombrón de rostro severo, incansable y disciplinado, que se decía nacido en el puerto de Gijón y cuya destreza era el ungüento que mantenía todavía unida a nuestra comunidad marinera. Él era quien se ocupaba de mantener el rumbo y de hacer llegar las órdenes a la cabina del timonel. Él vigilaba que se cumplieran los turnos de guardia y que se prendieran las luces en la noche, quizá con la esperanza de que la Armada hubiera enviado algún bajel ligero en nuestra búsqueda. A él daban cuenta del estado y cuantía de las provisiones. E incluso se aseguraba, no siempre con buenas maneras, eso es cierto, de que fray Alonso Espinel estuviera sobrio a la hora de la oración cada mañana. Al final de la jornada, acudía puntualmente a rendir cuentas de lo hecho al capitán, que lo despedía con prisas y sin molestarse en aprobar o desaprobar sus actos, a buen seguro arrepentido ya de su necia arrogancia pero incapaz de dar su brazo a torcer, pues es propiedad de los errores humanos exigir de quien los comete una perseverancia que, al modo de un licor, adormezca la conciencia y ciegue la razón. De ese modo, don Pedro se hallaba encerrado en la jaula de su orgullo sin prestar atención alguna a la inesperada prudencia del capitán Contreras, que nada más había dicho acerca del enredo en que estábamos metidos y, con gran sensatez, pasaba también la mayor parte del día recluso en su cabina.

Así estuvimos durante toda la jornada, apresados en la calma de la mar lechosa y agobiados por el calor del sol que se colaba entre una leve bruma que no levantó hasta llegado el mediodía. Pero, al día siguiente el maleficio de inmovilidad que amenazaba nuestro viaje se evaporó ante un contratiempo capaz de sacar a nuestro capitán de su mutismo e indiferencia. El contramaestre había pasado toda la mañana recorriendo la bodega del barco en compañía del despensero, que había acudido a quejarse una vez más del mal estado del agua y de la pérdida de alimentos. Cuando salieron, Juan de tineo corrió al camarote del capitán y, poco después, salía de allí con una noticia terrible y una orden:

—¡Señores, tenemos el barco infestado de ratas! No hay tiempo que perder. ¡Larguen velas!

Al poco, el «San Juan de Gaztelugache» navegaba a todo trapo en pos de los vientos que nos ayudaran a recuperar el tiempo perdido.

Yo me esforcé cuanto pude por cumplir la promesa que había hecho a Cristóbal Mendieta y rehuí a su hermosa dueña como al mismísimo diablo, en lo que hallé más esfuerzo de lo que esperaba pues catalina puso igual empeño en encontrarme. De tal manera que todo eran idas y venidas, furtivos roces y medias palabras, cual si ejecutáramos una danza de búsquedas y de huidas, pura fatiga y tanta exaltación en la

proximidad como en la distancia.

—Me huís, Tomás —me musitaba al paso y, más tarde, en un descuido de su inquieto paje—: ¿Me tenéis miedo?

Pero mis protestas en nada calmaban sus ansias, que se crecían repartidas entre quejas y reproches. Y así eran los «de ardor muero», los «venid presto», los «¿qué hacéis de mí?» y, entre ellos, los «sois un cobarde», los «vos me humilláis», los «sólo sois hombre entre los hombres», los «os detesto». Y con ello, yo mismo me rompía en maldiciones, ora contra mi suerte y la debilidad de mi carne, ora contra mi necia idea de servirme del paje para mis propósitos.

De esta guisa se tambaleaba mi voluntad, al punto que ya me veía arrojado a los tentadores brazos de tan voraz hembra por más que, con ello, tentara mi suerte y despertara en el paje la voracidad de la venganza; y tal habría sucedido si no hubiera dispuesto el destino sus cartas de tan inesperada manera y con tal fuerza que todos pasamos a ser juguete de su capricho.

Quizás el silencio de su boca había avivado el ingenio de mi criado, pero lo cierto es que nada escapaba a sus vivaces ojos por muy atareado que estuviera en otros menesteres. A su perspicacia había confiado yo más de una vez mi pellejo y había mostrado Jamaica siempre tan buen tino y olfato que más parecía mastín que humano. Y, a fuer de ser sincero, ganaba en lealtad, fuerza y coraje al más fiero y fiel de los canes. Los suyos se habían convertido en mis ojos, toda vez que los míos gustaban de extraviarse, y en su vigilancia fundaba yo la paz de mi espíritu aun en las más adversas circunstancias. Nada tuvo pues de raro que, perdido yo en la agitación que me embargaba, fuera una vez más mi criado quien llamara mi atención sobre la amenaza que nos rondaba.

Desde que Azcoitia y Gastaca lograron salir con vida de su lance con el capitán Contreras, aunque a buen seguro que con las carnes todavía temblándoles sobre los huesos, se habían mantenido apartados del resto de la tripulación haciéndose olvidar, cosa que lograron hasta que Jamaica vino a señalármelos aquella tarde. Pregunté a mi criado por qué llamaba mi atención sobre aquellos hombres y él, a su gesticulante y muda manera, me explicó que los dos marineros se pasaban el día espiondo a Cristóbal Mendieta, le seguían en todo momento, acechaban junto a la puerta del camarote a su dueña y no le quitaban ojo. También me hizo saber que un día en que estaba encaramado en los obenques, como de costumbre, les había escuchado hablar debajo de él acerca del paje y que, aunque no había podido comprender la razón de su malquerencia, sí había entendido que se aprestaban a desenmascararle.

—¿Arrancarle la piel? —pregunté yo al principio, pues no acababa de reconocer el gesto de quitar una máscara. Cuando al fin lo entendí quedé sumido en una gran inquietud. ¿Qué máscara era ésa? ¿La de nuestros embustes? Bien podía ser, pero Jamaica no lo sabía.

Decidí espionar a los espías y ordené a mi criado que se convirtiera en su sombra.

—Quiero saber todo lo que hacen. Vigila sus actos, sus palabras y sus miradas. Si

algo traman hemos de estar preparados para dar pronta y eficaz respuesta, Jamaica.

Yo también me puse a la tarea, más por apartar de mi mente a la hermosa Catalina que por desconfiar de la habilidad de mi criado, y pude comprobar cuán acertada había sido la observación de éste. Los dos marineros, con arteras maneras, revoloteaban en torno a Cristóbal Mendieta y su dueña como halcón tras paloma. Y apenas había momento del día en que no fueran sombra del paje.

Entre tanto, otra cacería se desarrollaba en el vientre del galeón. Organizados en cuadrillas, con turnos de cuatro ampolletas y armados de palos y de sacos, los marinos perseguían a las ratas por bodegas y pañoles, pues los cebos que tradicionalmente se emplean en las naves para prevenir esta plaga de poco habían servido. Al final de la jornada, tres sacos que recogían los restos de más de un centenar de ratas fueron arrojados por la borda pero, según contaba el carpintero Alonso Gallo, que había sido uno de los últimos en regresar a cubierta, abajo seguía habiendo cientos de aquellas feroces criaturas. «Están asustadas y meten un ruido que hiela la sangre», había dicho. Y en su rostro demudado podía leerse que sus palabras no eran una de esas exageraciones a las que los sevillanos son tan dados.

Como si quisieran responder a los apremios de tan ingrata situación, pues amenazaba con faltarnos agua y víveres en pocos días si no se atajaba la voracidad del ejército de ratas, los cielos enviaron por fin vientos fuertes y favorables que hincharon el velamen del «San Juan de Gaztelugache» y avivaron nuestra navegación. Pero el brío del ventarrón, que crecía según pasaba la noche, obligó a la mayor parte de los marineros a ocuparse del gobierno del barco antes que de la inquisición ratera, y don Pedro Olea de Zumárraga se vio en el duro trance de tener que solicitar al capitán Contreras que fuera su tropa quien se hiciera cargo de aquélla. Para ello envió al contramaestre y de nuevo el soldado dio muestras de gran prudencia al avenirse a lo pedido sin poner reparos. Sus hombres se turnaron hasta el amanecer y el fruto de su escrutinio fueron otros cinco sacos llenos de ratas que se botaron al mar.

La llegada del nuevo día no trajo consigo el sosiego a bordo. Las rachas de viento amenazaban la arboladura del galeón y el oleaje hacía rodar sobre cubierta cuanta cosa había en ella, lo que obligaba a los hombres a un agotador forcejeo con las jarcias y a procurarse de continuo cabos con que amarrar los utensilios y las pesadas cuñeras de los cañones, que temblaban frente a las cerradas portas de artillería como si cargaran plumas. Bajo nuestros pies, las ratas, lejos de menguar su número gracias a nuestros esfuerzos, parecían aumentar y, como si una fuerza oscura las hiciera abandonar sus escondrijos y las lanzara a la carrera por las bodegas e incluso sobre cubierta, se las había empezado a ver por todas partes ante el espanto de los marineros, que adivinaban en tan inusitada conducta la inminencia de la catástrofe.

Todo ello tenía a la hermosa Catalina sumida en tal desesperación y angustia que se negaba a permanecer sola en ningún momento, olvidada de náuseas y dolencias por el pánico. Como la cubierta se le antojaba hostil y peligrosa, pasaba la jornada en

la cabina principal departiendo con el escribano y el capellán, que estaban apartados de las tareas marineras por dignidad e impericia, y no se recluía en su camarote si no era para echar una breve cabezada, de la que solía despertar más quejosa aún y oprimida por los malos sueños, o para tomar su habitual baño en la tinaja de hierro que allí había hecho subir el capitán y que Cristóbal Mendieta llenaba antes con pucheros de agua hervida. En los vapores del baño buscaba la hermosa la paz que mar, viento y ratas le negaban. Los demás habíamos tenido que conformarnos para nuestras contadas abluciones, durante todo el viaje, con unos pocos baldes de agua fría arrojados con prisa sobre la cabeza en los ratos en que nuestra ilustre pasajera se ausentaba de la cubierta, pues no eran los cuerpos desnudos y toscos de los marinos la más adecuada visión para los ojos de una doncella, por mucho que en nuestra desnudez, como acontece en la varonil compañía de ejércitos y armadas, no hubiera lujuria ni mal pensamiento alguno. Que suele haber más pecado en el ojo que ve que en lo mirado, y si entre la tripulación había algún bujarrón, forzoso es reconocer que bien supo ocultarlo.

Acababa de tomar Catalina su baño al atardecer y habíase dirigido a la cabina principal, recompuesta y coloreada de afeites como dictaba su femenino orgullo aun en tan adverso trance, cuando Jamaica se me acercó con gesto alterado y me hizo señas de que le siguiera. Atravesamos la cubierta donde, bajo un plumizo y revuelto cielo que amenazaba lluvia, se esforzaba la tripulación en sus labores, y nos dirigimos hacia la puerta del castillo de proa. Antes de entrar, Jamaica me hizo saber por señas que allí se habían adentrado Azcoitia y Gastaca en pos de Cristóbal Mendieta, y que llevaban puñales con ellos. Le pregunté si llevaba él el suyo, pues yo iba desarmado. Jamaica asintió con la cabeza y yo busqué a quien pedirle un arma. Quiso la fortuna que Jacobo Albiz estuviera bregando en ese momento con la jarcia del trinquete, de modo que le pedí su cuchillo y aun tuve que insistirle pues ningún marinero se desprende con gusto de él en plena faena, que un corte a tiempo ha salvado más de un pellejo de las traidoras apreturas de una jarcia mal compuesta. Se avino al fin a dejármelo, toda vez que a su vera estaba el buzo del barco, un catalán fortachón, sonriente y distraído llamado Colomer, que también llevaba uno.

Así armados, penetramos en el castillo de proa. Todo estaba en penumbra y tan sólo se oían los crujidos de la madera, el lenguaje murmurador e incansable de todo barco. Bajamos la escala que conducía a la primera cubierta, procurando no hacer ruido, y nos acercamos por el estrecho pasillo hasta la puerta de la antecámara del aposento de Catalina. Justo al abrirla escuchamos en el interior voces alteradas y ruido de carreras.

—¡Ven aquí, hijo de cien cabrones y de cien mil putas! —gritó una voz que me pareció ser la de Azcoitia.

Echamos nosotros también a correr, atravesamos la pequeña sala y penetramos por la puerta abierta del camarote de Catalina. La escena con que nos topamos, amén de inesperada, parecía cosa de locos: Cristóbal Mendieta, desnudo como su madre lo

trajo al mundo y chorreando agua, se refugiaba detrás de una mesa grande y ovalada en la que había algunos paños, y en su mano derecha levantaba la badila de la tumbilla con que calentaba cada noche el lecho de su dueña. Frente a él, los enfurecidos Azcoitia y Gastaca esgrimían sendas dagas y pugnaban por cortarle el paso. Tenía la escena algo de cómica y tal se diría que, devueltos a su perdida infancia, se hubieran entregado los tres a inofensivos juegos de corre que te doy en torno de la mesa si no fuera por el miedo que demudaba el rostro de Cristóbal Mendieta, por el odio que contraía los rostros de sus perseguidores y por los amenazadores destellos con que dagas y badila reflejaban la luz de la linterna de aceite que iluminaba la estancia.

Quedáronse todos en suspenso con nuestra llegada, como niños sorprendidos en una travesura: silenciosos, desconcertados y culpables.

—¿Qué hacéis, pardiez? —atiné a preguntar, no repuesto aún del asombro.

Azcoitia, al que mis palabras parecieron sacar del pasmo, retomó la colérica expresión de su faz y me gritó, sin dejar de amenazar al paje con su daga:

—¡Es un maldito judío! ¡Lo sabía! ¡Esas maneras y ese olor a afeites! Ahora lo tenemos. ¡Mirad vos mismo! ¡Ahí está la prueba! —Y con la daga señaló el viril atributo que Cristóbal Mendieta trató de ocultar con la mano libre—. ¡Está circuncidado!

¿Un judío? Mi mirada incrédula encontró silenciosa respuesta en los asustados ojos de Mendieta. ¿Ése era el misterio? ¡Qué gran loco, embarcarse para España!

—Dejad vuestras dagas y ya veremos en qué para vuestro cuento, que no son éstas las maneras de tratar al pasaje ni es cosa vuestra la tarea de perseguir infieles —dije, en un intento de aplacar la rabia del marinero.

—¿Qué otra cosa cabía esperar del amigo del judío? —bisbiseó Gastaca y casi pude ver cómo el veneno de sus palabras se adentraba, sutil y ponzoñoso, en la dura cabeza de su compinche.

—¿Sois vos también judío? —me gritó Azcoitia, con una luz de criminal inteligencia en la mirada—. ¿Venís en su ayuda?

No había acabado de volverse hacia mí cuando Jamaica, que no se había movido del quicio de la puerta, se abalanzó sobre él y ambos rodaron por el suelo entre resoplidos. Hizo ademán Gastaca de atacar a Jamaica por la espalda, pero yo se lo impedí enfrentándole con mi puñal, ocasión que aprovechó Cristóbal Mendieta para sacudirle tan fuerte golpe con la badila en la cabeza que le hizo trastabillar e irse contra la pared, mientras la sangre le regaba la cara. Un segundo golpe le arrancó la daga de las manos y un sordo gemido de dolor de los labios. Y aún hubiera llevado un tercero si el grito de Azcoitia no nos hubiera paralizado de espanto. El puñal de Jamaica había hurgado en sus entrañas como jabalí en la jara y sus ojos atónitos anunciaban la muerte con un brillo desesperado que de inmediato fue velado por el vacío de su cuerpo ya sin alma. Quiso dar un último paso y lo dio de veras, pues fuese a estrellar contra el suelo con las manos aferradas aún al vientre, cual si en

aquellas maderas buscara ya su féretro. Gastaca, olvidado en su rincón por los reclamos de la muerte, rompió a chillar cual rata y se fue a la puerta mientras pedía socorro a voces, pero su paso era inseguro y el cabeceo del barco cada vez más intenso, de modo que aún tuve tiempo de asirlo por la camisa y de arrojarlo con violencia a los brazos de Jamaica, que ya acudía en mi ayuda. Forcejearon durante unos instantes, pues el miedo saca fuerzas de la nada y la faz de Gastaca era el retrato mismo del terror, sin que el cobarde inquisidor cesara en sus gritos.

—¡Cállale! —ordené a Jamaica quien, con un rápido y certero movimiento de su mano, vino a tajar la garganta de Gastaca, cuyos gritos se tornaron en sangriento gorgoteo.

Yo sentía latir mi corazón cual golpe de caballo. Todo estaba perdido. Azcoitia yacía a mis pies, a buen seguro muerto, y Gastaca se desangraba junto a la puerta, boqueando como un pez fuera de agua. Jamaica tenía las manos ensangrentadas y en sus ojos oscuros brillaba todavía esa feroz mirada de guerrero que tan bien conocía. Yo maldecía mi suerte y mi fatua inteligencia que, cuando creía tener mejor atado mi destino, se mostraba tan falta de criterio y tan irreflexiva. Y Cristóbal Mendieta permanecía allí en medio, desnudo y tembloroso, con la badila aún en la mano y su maldita verga circuncidada aireándose impúdica ante los despojos de sus enemigos.

—¡Dios mío, un judío! —estallé—. ¿Estáis loco? ¿Veis lo que habéis propiciado?

No hubo ninguna respuesta a mis airadas palabras. Cristóbal Mendieta me miraba desde la otra orilla del miedo, como si nada de cuanto había sucedido tuviera que ver con él. Yo me debatía entre el deseo de abofetearlo y las ganas de dirigir contra mí mismo tales violencias pues, a la postre, era yo quien había acudido al judío confiado en mi perspicacia y quien, sin embargo, no había sabido ver lo que su corazón ocultaba. ¿Cómo no me había dado cuenta? Aquel recelo, aquel misterio, aquel apartamiento... Nunca se le había visto bañarse en aquellos días y aun así estaba siempre fresco, limpio y fragante... Di un paso y arrimé mi rostro al de Mendieta, que retrocedió asustado. Sí, olía a los afeites que su dueña vertía en el agua que después él aprovechaba para bañarse. También mi nariz me había traicionado. ¡Qué estúpido! ¡Qué estúpido y necio patán!

En ese loco torbellino de emociones y pensamientos me hallaba, odiando mi necedad y la doblez del paje, cuando un ruido de pasos me hizo recobrar la cordura.

—¡Tápate! —ordené a Cristóbal al tiempo que le arrojaba la camisa que estaba sobre el lecho.

No bien se hubo enfundado la camisa, que le cubría casi hasta las rodillas, cuando el capitán Contreras y dos de sus hombres irrumpieron en el camarote, espada en mano. Se detuvieron ante el cuerpo agonizante de Gastaca. Miró el capitán la escena, con un gesto que delataba más curiosidad que sorpresa, y por fin me dijo:

—¡Pardiez! ¿Qué batalla ha sido ésta?

Yo recogí del suelo la daga de Azcoitia, vi que estaba manchada de sangre y busqué a Jamaica con la mirada. Estaba apoyado en la mesa y en su costado izquierdo



se abría una larga herida, pero su rostro permanecía impassible, como si con su pérdida habla hubiera desaparecido también la capacidad de expresar el dolor y el remordimiento. Entregué la daga al capitán Contreras y le dije:

—La más vieja de todas, el combate que libran la virtud y el pecado, el valor y la cobardía. Entraron estos dos marineros en el camarote de doña Catalina, no sé si por hacerse con alguna cosa de valor o por satisfacer algún vicioso apetito, que no hubo ocasión de preguntarles, y aquí dieron con el paje de nuestra hermosa pasajera, que en vano quiso hacerles frente y que habría pagado con su vida la devoción a su dueña si no fuera porque mi criado se había apercebido de la extraña conducta de estos pájaros y me hizo saber por señas que algo malo tramaban. Así que bajamos para averiguar si nuestros temores eran fundados y doy gracias al cielo de haberlo hecho, pues pudimos desbaratar sus propósitos a fuerza de hierro, que se nos vinieron encima no bien nos vieron. Mas ha sido voluntad de Dios que prevalezca el bien sobre el mal, aunque el precio de tal victoria se haya pagado en sangre.

—No es motivo de alegría la muerte de un hombre, señor Bird, pero tampoco debéis vos entristeceros. Estaba escrito que este par de fulleros habrían de tener mal fin: vos sólo habéis sido la mano ejecutora de su destino.

Enfundó su espada y, señalando a Gastaca, ordenó a sus hombres:

—Llevadle al cirujano, a ver qué puede hacer por él, aunque no creo que sea mucho. Al otro dejadlo ahí, que ya habrá ocasión de recogerlo. —Y me preguntó—: ¿Está muerto?

Volví a agacharme junto a Azcoitia y volteé su cuerpo. Tenía el apacible rostro de los muertos. Tanteé su cuello, en busca del pulso, pero todo en él era ya silencio: no había latidos y ningún aliento agitaba su pecho.

—Lo está.

—Bien, un trabajo menos. Enviad a vuestro criado al cirujano, señor Bird, porque esa herida no tiene mal aspecto, pero nunca se sabe. Y vos y el paje hacedme la merced de acompañarme, pues en vuestra búsqueda venía yo cuando oí los gritos de socorro.

Los dos soldados tomaron por piernas y brazos a Gastaca que, perdida la consciencia, ya apenas se movía, y se alejaron con paso bamboleante y muchos golpes, zarandeados por los violentos movimientos de la nave. Tras ellos partió Jamaica.

—Y vos —añadió el capitán Contreras, señalando a Cristóbal Mendieta—, terminad de vestiros. Sois un hombre con suerte.

Me pareció percibir en las palabras del capitán un tono de ironía, pero no quise entrar en averiguaciones pues aquél era el momento de hacer olvidar lo ocurrido. De tal modo que le pregunté por la razón de nuestra búsqueda.

—Señor Bird, me veo en la obligación de solicitar vuestra voluntaria ayuda mas, antes de que me deis respuesta, he de deciros que de negármela habré de demandárosla por la fuerza.

—No será menester pues ya que me ofrecéis tan franca elección os la concedo gustoso. Decidme de qué se trata y haré lo posible por serviros.

—Acompañadme y os lo explico de camino.

Salimos al pasillo con Cristóbal Mendieta pisándonos los talones, pero no nos dirigimos al puente sino hacia la escala que descendía a la segunda cubierta. Bajamos los pinos peldaños con dificultad, pues el movimiento era ya tan grande que a duras penas podíamos aguantar el equilibrio. Al pie de la escala, dos soldados sujetaban sendos faroles y a su lado se amontonaban cuatro sacos rellenos, atados con cuerda, y algunos otros vacíos.

—Subid a cubierta —les ordenó el capitán Contreras.

Nos entregaron los faroles, tomaron los sacos llenos y se perdieron escalera arriba.

—Allá va nuestra última cosecha de ratas —murmuró el capitán y a continuación me dijo—: Se nos viene encima una tempestad, como tanto meneo os habrá ya hecho adivinar, y don Pedro me ha hecho saber que precisa de la ayuda de mis hombres para mantener rumbo y trazo en pos de la Armada.

¡Dejarse llevar en brazos de un temporal! De todas las necesidades que cometer pueda un hombre de mar ésa es sin duda la más necia, porque la furia desatada del viento y del agua es caballo imposible de montar, así que no pude evitar exclamar:

—¡Ese hombre ha enloquecido!

—Tanto da que esté loco, él es el capitán de esta nave, señor Bird, y habrá de llevarnos al infierno si es su capricho. En nuestra mano está tan sólo salvaguardar la poca cordura que queda a bordo y ésta es la de luchar contra esa plaga devoradora que está asolando nuestra bodega. Pues si, como mucho me temo, salimos maltrechos de esta enloquecida carrera, tendremos gran necesidad de víveres y de agua para sobrevivir hasta que se nos eche en falta y sean enviados barcos en nuestra búsqueda. Mis hombres ya no pueden continuar con esa labor, os ruego que seáis vos, con la ayuda de este paje, quien os pongáis a ello hasta que la cólera del cielo nos dé un respiro. No es tarea de caballero, ya lo sé, pero es ley del infortunio igualar a los hombres, siquiera sea por un breve tiempo, cuando la vida de todos está en juego.

Le dije que no había afrenta alguna en su petición y que la salvaguarda de la pequeña y zarandeada patria que era nuestro galeón, en medio de mar tan proceloso, se me antojaba título de honor antes que pesada carga, por más que en su servicio hubiera de bajar hasta las mismísimas puertas del Averno. Recibió el capitán Contreras mis palabras con alegría, señaló las herramientas que se apilaban junto a la cuaderna, entre las que había badilas, largos punzones, herrones, palancas y cabillas, y dijo:

—Armaos pues para la empresa, tomad los sacos y los faroles y andaos con tiento que la rata, como la mala conciencia, se acobarda cuando se la ataca de frente, pero el miedo la vuelve también más fiera. Ahí abajo sólo están los grumetes que vigilan el funcionamiento de la bomba de achique, o al menos eso creo, porque hace mucho que

nadie baja a reemplazarlos ni trae noticia de ellos. Os enviaré ayuda en cuanto me sea posible.

Sin más despedidas, el capitán Contreras subió los peldaños de la escala y desapareció en la cubierta superior. Sus pasos se perdieron sobre nuestras cabezas y Cristóbal Mendieta y yo nos encontramos repentinamente solos, frente a frente, como dos náufragos exhaustos a los que la tempestad hace abrazar el mismo tablón salvador. Por una vez, ninguna palabra vino en mi ayuda. No sabía qué decir. Ni siquiera sabía cuáles eran mis sentimientos, si estaba enojado, temeroso, entristecido o angustiado. O si era la mezcla de todo ello lo que oscurecía mi corazón como se oscurecía la amplia panza de la nave en torno nuestro.

Levanté uno de los faroles y alumbré el rostro de Mendieta, hasta entonces enmascarado de sombras. Sus ojos brillaban arrasados de lágrimas, pero su respiración era tranquila. Era el suyo un llanto silencioso y sosegado, como el agua desbordada de un estanque que comienza a fluir plácida y limpia cuando rebosa. No se avergonzaba de ello, como no se había avergonzado antes de su desnudez. La muralla de silencio y recato, tras la que hasta entonces se había refugiado, se venía abajo y ahora su alma era como una ciudad abierta, una de esas ciudades africanas donde las caravanas hacen parada y cuyas calles confunden con los palmerales que la rodean y con el desierto que la acecha. Mil veces he oído historias de la lejana Tombuctú y de la solitaria Tegaza, y mil veces he soñado para ellas un alma como la que Cristóbal Mendieta desnudó aquella noche terrible de tormenta en la negra cueva de ratas a que nos había conducido la caprichosa Fortuna.

—Os debo la vida —musitó al fin Mendieta.

—Me la debes, a qué negarlo, pero también he puesto en seguro la mía al salvar la tuya. No quiero reverencias ni loas ni muy buenas palabras, Cristóbal. Estamos embarcados en el mismo viaje, nos acechan parecidos peligros y se han unido nuestros destinos de tal manera que, al menos en lo que dure esta travesía, bien puede decirse que son uno solo. Basta ya de acertijos y embustes, porque a fe que incluso en el noble arte de la mentira, del que soy virtuoso, me ganas de largo. Hemos de hablar. Cacemos pues las palabras como hemos de cazar ratas: haciendo de tripas corazón.

Me acerqué a las herramientas y tomé una palanca de hierro larga y delgada. Cristóbal eligió una recia garrota de madera de pino, nos echamos al hombro los sacos vacíos y, al amparo de la tenue luz de los faroles, nos encaminamos hacia la escala que bajaba a la bodega, junto a la escotilla de proa. Introduce el brazo con el farol en el negro agujero y un murmullo de carreras vino a acompañar a las furtivas sombras que se desplazaban allá abajo. Había visto por un instante, aunque con claridad, a una rata grande y de erizado pelaje aupada sobre uno de los toneles más cercanos a la escala vertical por la que debíamos bajar. Pero había muchas otras que tan sólo podía oír o adivinar en las cambiantes formas de los rincones de la bodega. Sentí que se me ponía la piel de gallina y un escalofrío me recorrió la espalda.

—Vamos allá —dije e inicié el descenso, procurando aferrarme a la gualdera de la

escala para que el movimiento del barco no me hiciera caer. Sobre mi cabeza, el entablado de la segunda cubierta dejaba pasar en sus juntas el tenue resplandor del farol de Cristóbal, que aguardaba su turno para descender. A mi alrededor, la bodega se extendía como una gruta atiborrada de bultos. Había toneles y grandes cestos cubiertos con trapos. El suelo estaba húmedo y resbaladizo, y el golpeteo del mar sonaba terco y acompasado al otro lado de las cuadernas, como un corazón cansado. El olor era insoportable y la sola idea de que fuera allí, en aquel vientre hediondo y corrupto, donde se almacenaban los alimentos que habíamos de llevarnos a la boca hizo que una violenta náusea castigara mi estómago.

—Así debe ser la despensa del diablo —musitó a mi espalda Cristóbal Mendieta, que acababa de bajar la escala. Miré de nuevo hacia el techo y ya no vi claridad alguna que viniera a recordarme que allá arriba se agitaba el tumultuoso mundo. Estábamos enclaustrados en la noche marina donde proliferan los gusanos y las ratas, los indeseados pasajeros de toda nave, diminutos e insaciables, siempre al acecho, como la broma que desmiga pacientemente el saco de los barcos y torna los sólidos tablones de su esqueleto en quebradizos y agujereados costillares comidos de vías de agua.

—Aquí hay otro farol, prendámoslo y colguémoslo de alguno de los ganchos que hay en los baos del techo —dije y así lo hice. Sin embargo, la parca luz del nuevo farol ayudaba en poco a vencer las tinieblas, y su continuo bamboleo parecía dar vida a los objetos que nos rodeaban. Miré de nuevo a Cristóbal Mendieta, que había empezado a buscar las trampas por si algo se había cosechado y, para ello, apartaba las cestas que estaban apoyadas en las cuadernas de estribor—. ¿En verdad eres judío?

—Lo soy —dijo sin mirarme—, aunque estoy bautizado como cristiano.

—¿No está prohibido a los judíos, aunque sean conversos, viajar a las Indias?

—Lo está, pero yo no he viajado hasta allí: yo he nacido en las Indias, en la hermosa Cartagena de Indias.

—¡Mira, ahí va una! —grité.

Cristóbal giró sobre sí mismo y propinó una fuerte patada a la rata que había salido de entre las cestas y corría hacia los toneles apilados al otro lado del estrecho pasillo en que estábamos. El animal salió volando y fue a estrellarse con un ruido seco contra uno de los toneles, cayó al suelo chillando y allí se retorció por unos instantes hasta que le fui yo encima con un palancazo capaz de descalabrar a un toro. Dejé que Cristóbal recogiera el cadáver y lo metiera en una de las sacas.

—¡Qué repugnante tarea! —mascullé, mientras alzaba de nuevo el farol en busca de nuevas piezas que cobrar.

—No te quejes, que aquí eres inquisidor y no rata. No sabes lo que es vivir condenado a medrar en la oscuridad y el silencio, a padecer la inquina de los otros, a soportar su asco y su odio, verte obligado a hacer de la mentira tu vestimenta y del secreto tu casa... No, no hay nada grato en ser tratado como una rata. ¿Qué alta

opinión crees tú que ha de tener una rata de sí misma? ¿Crees que aspira a dignidades y a prebendas? ¿La imaginas deseosa de encomios y alabanzas? ¿No será acaso la manera de supervivencia su único propósito? Comer, dormir, procrear, vivir... Las más elementales pasiones, las más bajas y, sin embargo, sentidas como un milagro, como un don, como una divina gracia. Porque cuando la vida se levanta sobre el miedo es como una casa sin cimientos, a merced de los vientos ajenos. Basta la continua llovizna de la sospecha o el repentino aguacero de una denuncia para que todo se derrumbe. Así he vivido yo desde que la palabra yo empezó a tener un sentido en mi infantil entendimiento. Cristóbal Mendieta, el hijo del intérprete y escribano Baltasar Mendieta. Yo, arrodillado ante el altar mayor de la iglesia de Santo Domingo, rezando a un dios en que no creo y temeroso, a la salida, de que un carromato de demonios viniera a llevarme por mis muchas mentiras. Yo, reunido en familia y oración en torno a la mesa de mis padres, las noches de los viernes, con las ventanas cerradas y veladas con gruesas cortinas que ocultasen a las miradas indiscretas los rezos que apenas si nos atrevíamos a murmurar. Rezos que no me colmaban el corazón de alegría sino de miedo y sobresalto ante el menor ruido. Porque una bárbara y feroz sabiduría me enseñó ya desde niño que no importa cuán amado y respetado fueras antes por tus vecinos, ni el bien que hagas ni la honestidad que pongas en tus actos, todo ello no habrá de cosechar sino odio si a sus ojos no eres más que una rata. Y de nada sirve que pase el tiempo sin que la desgracia se ciña sobre ti y los tuyos. No puedes descuidar la vigilancia, porque esa amenaza está escrita en la sangre que corre por tus venas y, antes o después, se te exigirá su sangriento tributo. Mi padre nació en Cartagena de Indias, en los años en que la villa ponía sus cimientos, cuando se disputaban las tierras con los indios caribes y los encomenderos pugnaban con la esquivia Fortuna a golpe de espada y de azada. Mi abuelo lo engendró cuando ya peinaba abundantes canas y le enseñó cuanto sabía: el oficio de intérprete que ha ido pasando de padres a hijos, el amor a la tierra que le alimentaba y acogía, y la fe en el Dios de Israel que él había guardado en el arca de su corazón, por más que se hubiera visto forzado a aparentar que abrazaba la religión de los gentiles y a bendecir el nombre de Cristo cual si fuera el de un dios verdadero. Y así, en las remotas tierras de las Indias supo mi abuelo hacer olvidar su condición de converso, y como cristiano viejo vivió él y hemos vivido después sus descendientes, salvaguardando en el silencio nuestra condición de judíos.

Se detuvo Cristóbal en sus recuerdos y se agachó junto a la rata muerta, como si buscara algo en el suelo, pero no era la caza que nos había llevado hasta aquella lóbrega bodega lo que perseguían sus ojos. Él rastreaba las sombras del tiempo, que jugaban al escondite con las cambiantes sombras que nos rodeaban, y en esa nueva cacería poco importaban las ratas ni la tormenta.

Mientras, yo esperaba ansioso sus palabras, sin atreverme a decir nada. Así permanecimos unos instantes, sacudidos por los bandazos de la nave, hasta que por fin Cristóbal levantó los ojos hacia mí y continuó:

—Pero la felicidad, Tomás, por pequeña que sea, nunca es duradera. Hace poco más de diez años, cuando yo era todavía un niño, vino a instalarse en Cartagena de Indias el temible tribunal del Santo Oficio y no se hicieron esperar sus inquisiciones. Fueron primero algunas mujeres de las que se decía que acudían a prácticas brujeriles y hechiceras; después, unas cuantas gentes de Francia que habían llegado de Brasil y a las que se acusó de hugonotes; y, por fin, le tocó a los judaizantes. Hace tres años, unos vecinos portugueses cayeron en manos del inquisidor don Juan de Mañozca, cuyos rigores y abusos han escandalizado incluso a las más altas autoridades de la villa pero cuyo poder ha sabido resistir todas las protestas, que han sido muchas, y aun crecerse con ellas. Dieron los portugueses con sus huesos en las mazmorras del palacio inquisitorial, donde se les administró el amargo trago de la tortura, y allí dijeron cuanto se les pidió, que a buen seguro habrían confesado ser ellos mismos quienes dieron de propia mano muerte a Jesucristo si se les hubiera apretado lo suficiente. Los días que duró su cautiverio y tormento se pasaron en mi casa en un puro grito de pánico, pues los portugueses eran en efecto judíos conversos y mucho temía mi padre que, aunque poca relación teníamos con ellos, tal vez supieran de nuestra condición al igual que sabíamos nosotros de la suya, pues había sido mi madre también descendiente de conversos venidos de Portugal. Pero quiso Fortuna, si cabe invocar su designio en tan cruel azar, que el interés del inquisidor Mañozca se dirigiera hacia algunos de quienes habían denunciado sus excesos ante el Consejo General de la Inquisición, y fueron los nombres de éstos los que puso a vuelta de potro en boca de los portugueses. Así, salimos indemnes de tan peligroso trance, aunque mi ya anciano padre no alcanzó a recuperarse de los zarpazos que la angustia y el miedo habían infligido a su corazón en aquellos amargos meses. Su vida fue apagándose como se consume una vela. Abandonó primero su puesto en el soportal de los escribanos que había frecuentado durante casi cuarenta años. Se recluyó después en la casa, limitando sus paseos a una lenta y aun así fatigante ronda por el recoleto patio donde se levantaba majestuoso un enorme almendro cuyas ramas más altas habían sido refugio de mis correrías infantiles. Y las últimas semanas de su existencia las pasó en el lecho, incapaz de levantarse, comido de llagas y de fiebres que terminaron por llevárselo hace apenas seis meses. Mi madre hacía ya nueve años que había muerto. Mi hermana había casado con un buen hombre que nada sabía de nuestra judía condición, y ella misma había ido apartándose de nuestra fe al igual que mi hermano Tomás, el mayor, que había heredado el puesto en el soportal de los escribanos, donde ejercía el oficio de la familia con humildad y esmero y se esforzaba también en olvidar su origen. Tan sólo yo seguía encendiendo las velas la noche del viernes, rodeado de silencio y de soledad, para musitar los rezos que habían reunido a la familia antaño. Hasta que el sonido de mi voz solitaria se me hizo insoportable y el miedo que atenazaba mi alma y se alimentaba con la amenaza de nuevos procesos a verdaderos o falsos judaizantes, que poco importaba eso, me animó a buscar una tierra en la que poder ser quien soy. ¡Porque no puedes imaginar cuán estrecho es el

mundo en que habita aquel que soy! Apenas mi corazón y los pocos palmos de mi intimidad más reservada. Una casa, con suerte, y ni eso, porque las habitaciones más expuestas a la curiosidad de los otros se tornan tierra enemiga, escenarios obligados para el teatro de mi otra vida, la que todos ven y con todos me iguala. Un dormitorio quizá, siempre que sea sólo mío pues, de no ser así, habría de hacer caber mi verdadero mundo en el menguado espacio de un catre, en cuyas soledades debería tejer con hilos de silencio el manto de mis oraciones y mis recuerdos, que son el único cobijo frente a las inclemencias de esta vida confusa que me obliga a arrastrar las pesadas cadenas de la mentira.

Calló Cristóbal Mendieta y en el silencio que siguió al torrente de sus palabras encontré yo el eco de las mías, las que no había pronunciado y que daban cuenta de cómo había nacido yo en una exigua colonia inglesa de la isla de Roanoke, durante la jocosa fiesta del carnaval que a todos servía para poner una máscara de alegría sobre el rostro de sus duras vidas; palabras que hablaban también del triste modo en que, en medio de tanta algarabía, fue mi venida a este mundo causa de que mi madre lo dejara. Me crié entre un puñado de extranjeros abandonados a su suerte, en unas tierras que el Rey de España reclamaba para sí sin que en realidad hubiera en ellas más ley que la que nacía de la necesidad, que era nuestra verdadera reina. Se me vinieron a la cabeza los constantes embustes de mi padre cada vez que nos hacíamos a la mar para contrabandear con nuestra polacra, y sus enseñanzas y los libros que me daba a leer, no sé si por iluminar mi inteligencia o por recordar él los tiempos en que había sido preceptor allá en Inglaterra. Y el aciago día, hacía tres meses, en que una galera española había echado a pique la polacra con mi padre dentro, dejándome por toda compañía a Jamaica, por toda fortuna los pocos dineros que atesoraba en un cofre que guardaba en un escondrijo cercano a nuestra cabaña, y por todo destino la elección entre malvivir en aquellos parajes de violencia y penuria o regresar a la patria en que nunca había estado, la lejana Inglaterra. Me preguntaba qué raro azar había trazado entre Cristóbal y yo vidas tan paralelas, pero nada dije de todo ello porque otra idea se había abierto paso entre mis pensamientos y tomado posesión de mi boca:

—¿Sabe, pues, Catalina de tu condición judía?

—¿No habrá de saberlo?

—No tendría por qué, si tan virtuosa es como tú juras, que para saber de circuncisiones hay que tener con qué comparar.

Cristóbal, que hasta entonces había permanecido acucillado junto a la saca donde guardaba el cuerpo de la rata, se paró ante mí con expresión dolorida y dijo:

—No lo es, Tomás, no lo es. Y Dios sabe cuánto me duele reconocerlo, mas la verdad es que no bien me tuvo desnudo a su lado, una vez satisfecho su deseo, me dijo que nada temiera porque a nadie diría que yo era hebreo. «No habrá de ser por mi propia voluntad que pierda amante tan placentero», me dijo y aún encomió las virtudes de una verga circuncidada como elogia un ganadero la fertilidad de una vaca

o la virilidad de un semental. Pero no me hirieron sus palabras, pues bien sé que tales sabidurías y conocimientos son fruto de la maligna influencia de su señora tía, la esposa del marqués de Valdehoyos, que aprovechaba el negocio negrero de su esposo para estudiar de cerca la mercancía y así fue sorprendida un día, en la alberca que hay en el hermoso patio de su palacio, en compañía de un negro llamado Domingo Menco y perdida en tales enredos que el marqués entró en cólera e hizo que le cortaran la mano con que asía su pecado. Peor suerte le hubiera tocado al negro si la manca marquesa no le hubiera ayudado a escapar a uno de esos palenques donde se refugian los esclavos cimarrones. Aunque quizá ya conozcas la historia, pues fue gran escándalo en toda Cartagena de Indias.

—Nunca he estado en Cartagena, como tampoco es verdad que haya nacido en Inglaterra —respondí y una sonrisa se dibujó en el rostro de Cristóbal Mendieta.

—Es cierto. Son tantos y tan convincentes tus embustes que yo mismo he acabado por no saber qué es verdad y qué mentira. Lo que importa es que, con tal ejemplo, nada tiene de extraño que una dama joven como Catalina haya visto y sepa de cosas que serían impensables donde hubiera mejor crianza. Mas también en ello hay un bien: es a los desvaríos de su señora tía a los que debo yo la ocasión de emprender este viaje y de tenerla en mis brazos, pues no quiso el marqués hacer viajar a su sobrina con sirviente negro, que los ve a todos maliciosos, y ahí encontré yo ocasión de ofrecerle mis servicios y, con ello, ganar mi pasaje.

Quise decirle que no era la tía culpable de los vicios de Catalina, pues de semilla de calabaza no nace tomate y en ningún corazón se despiertan sentimientos que no estuvieran ya dentro. Pero pudo más la pena que el buen criterio y dejé a Cristóbal con su consolador sueño, que despierto sólo ganaría resentimiento, dolor y poca sabiduría, pues para las lecciones del corazón no hay, a la postre, mejor maestro que el propio desengaño.

—Sigamos —dije y anduvimos el estrecho pasillo hasta el pequeño pañol de pólvora que el capitán había hecho instalar a proa, por mantener siempre cerrado el gran pañol de popa donde se guardaba el codiciado cofre que habíase cargado en La Habana.

Las chuspas donde se guardaba la pólvora se alineaban en anaqueles. Había algunos cebadores de marfil y de cuero, y las redondas y pesadas bolas de los cañones se apilaban en el suelo. Todo tenía un mismo color gris oscuro y había que acostumbrar los ojos a la penumbra de la sala antes de poder distinguir a las ratas ovilladas entre los utensilios. Al acercar la luz, sus cuerpos peludos se estiraban y ponían en movimiento, buscando el amparo de otras sombras. Había un verdadero ejército.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Cristóbal.

—¡Sin cuartel! —grité, a modo de respuesta, y descargué un formidable palancazo contra la estantería más cercana a la entrada del pañol. Todas las ratas echaron a correr como si hubieran recibido una misma orden, y Cristóbal y yo



comenzamos a repartir golpes a diestra y siniestra, confiados en que, dada la abundancia de enemigos, a alguna habríamos por fuerza de acertar. Y así fue. El pañol se llenó de chillidos de ratas y maldiciones de humanos, y en pocos momentos el gris de paredes y objetos empezó a teñirse de rojo. Yo sentí cómo el escalofrío que me había erizado la piel al bajar a la bodega volvía a recorrerme la espalda, pero era ahora una sensación embriagadora la que me poseía. Borracho de rabia y de alegría, aplastaba los diminutos cuerpos de las ratas con certeros golpes o los lanzaba contra las paredes a patadas. A mi lado, Cristóbal gritaba fuera de sí mientras atizaba sonoros garrotazos.

—¡No las acorrales! ¡Déjalas que corran, que ya son nuestras! —gritaba yo.

—¡Toma, hideputa! —clamaba Cristóbal a cada golpe.

Así estuvimos durante el poco tiempo que emplearon las ratas en escabullirse hacia la bodega central, donde cestos de pan bizcocho, tinajas de agua, pellejos de vino, sacos de legumbres y churlos de especias les proporcionaban abundante escondrijo y alimento. Cuando hubieron desaparecido todas de nuestra vista, aunque sus agudos gritos seguían escuchándose como espeluznantes cantos en la bodega que resonaba cual catedral consagrada al demonio, Cristóbal y yo nos sentamos en el suelo, empapados en sudor y muertos de risa.

—¡Putas ratas! —reía Cristóbal—. ¡Ni rajan ni prestan el hacha!

—Rajar sí que rajan, amigo, no hay más que ver cómo tienen los sacos de garbanzos. —Le contestaba yo, mientras bajo el resplandor del farol que habíamos dejado prendido en la bodega central veía la tela desventrada de los sacos y su mercancía esparcida por el suelo.

A nuestro alrededor, una ensangrentada cosecha de ratas esperaba nuestra recolección. Empezamos a meterlas en los sacos, no sin antes tantearlas con la punta de nuestras armas, no fueran a estar aún vivas.

—Nueve —conté, satisfecho.

—Buen comienzo —respondió Cristóbal y añadió—: Ya que nos une la sangre de tanta rata, ¿habrá llegado el momento de escuchar tu verdadera historia?

—No sé qué noche oscura sea ésta, que desata las tempestades del mundo y de las almas —dije yo—, pero tampoco voy a privarte de la verdad de mi tormentosa vida, que poco tiene que envidiar a la tuya en sobresaltos y secretos.

Y me disponía a vaciar la alcancía de mis recuerdos cuando un brutal golpe de mar nos echó al suelo y, con él, escaparon los toneles de las sogas que los abrazaban y se echaron a rodar de un lado a otro, rompiéndose unos y amenazando otros con írsenos encima. Toda la carga temblaba y se movía cual si estuviera viva, mientras nosotros nos íbamos de acá para allá sin atinar a encontrar agarre en ninguna parte. Así fuimos trastabillando y recibiendo empellones de cajas y sacos hasta alcanzar la escala por donde habíamos bajado. Y ya nos disponíamos a salir de aquel infierno cuando unas voces que sonaban bajo nuestro pies nos retuvieron.

—\*¡Auxilio! \*¡Ayuda!

Venían de la sentina. Sin mediar palabra, nos dimos vuelta y pusimos rumbo a popa, en busca de la escotilla que daba a aquel último rincón del barco. La vimos al fin, cerca del palo mayor: un pequeño agujero por el que caían de vez en cuando algunos de los muchos objetos que rodaban ahora por el suelo. Abajo, el rostro aterrorizado de un mozalbete nos miraba suplicante:

—¡Sáquenme de aquí vuestras mercedes, por caridad! ¡Hay una vía de agua y la bomba de achique no sirve de nada!

—¿Dónde tienes la escala? —pregunté.

—¡No sé, cayó con el golpe y se la ha llevado la corriente!

Vi que el agua le llegaba a la cintura y que le temblaba todo el cuerpo. Junto a él nadaban algunas ratas.

—Sujétame y sujétate —le dije a Cristóbal y me tumbé sobre el piso hasta hacer colgar medio cuerpo por la escotilla. Fue penoso alzar al grumete, pues el meneo del barco le hacía perder cada poco el equilibrio y las piedras del lastre de la sentina tampoco ayudaban. Por fin lo así del brazo con mis dos manos y grité a Cristóbal que tirase de ambos. No sin grandes esfuerzos, logramos izarlos y no creo haber visto nunca mayor gratitud en una mirada que la reflejada en los ojos de aquel mozo.

—¿Cómo te llamas?

—Cosme, señor, para servirlos en cuanto deseéis. Os debo...

—La vida, ya lo sé. Les pasa a muchos. Pero mejor si hacéis por conservarla. ¿Hay alguien más ahí abajo?

Negó con la cabeza.

—Pues salgamos de aquí.

Pero el camino de vuelta estaba cerrado: una montaña de bultos se interponía entre nosotros y la escala de proa. De modo que seguimos hacia popa hasta dar con la otra escala.

—Si el farol que dejamos atrás cae del enganche, tendremos fuego —dijo Cristóbal cuando yo ya subía los primeros peldaños.

—Tanto da, Cristóbal, que si la mar nos traga ella habrá de apagarlo.

Subimos a la segunda cubierta y, guiados por nuestros faroles, pronto llegamos a la primera, donde nos aguardaba otra desagradable sorpresa que ya se había hecho anunciar con ensordecedor ruido antes de que asomáramos la cabeza por la escala. No había tenido tiempo aún de mirar a mi alrededor cuando un coro de voces me gritó «¡cuidado!», y apenas si pude echarme a un lado para evitar que un enorme cañón me aplastara. Las sogas que lo amarraban habían cedido y la cureña en que estaba montado lo llevaban de babor a estribor como una pelota, arrollando cuanto se cruzaba en su camino. Los cuerpos tronchados de dos marineros daban cuenta de su paso, y los demás hombres que se agolpaban en aquella cubierta parecían jugar a un mortal cuatro esquinas al huir con inestables pasos de las acometidas del cañón, que ya habían arrancado con sus topetazos una de las portas de artillería por la que entraba el agua en grandes chorros que hacían aún más resbaladiza la madera y

agrandaban el caos con su sofoco. También participamos nosotros en tales quiebros hasta que logramos alcanzar la cámara del timón donde el timonel, con la ayuda de Juan de Tineo, intentaba hacerse con el gobierno de la nave.

—¡Apagad esos faroles, rediós! —bramó el contra maestre sin soltar el pinzote, que se le escurría entre las manos como una anguila. Los apagamos y la estancia quedó sumida en penumbras, apenas iluminada por la tenue claridad que se colaba, mezclada con agua, por la escotilla del techo.

—¡Señor Juan! —grité, en un esfuerzo por sobreponer mi voz al escándalo de agua y maderos que nos ensordecía—. ¿Qué sucede? ¿Nos vamos a pique?

—¡Iremos, si el diablo y ese necio capitán se empeñan! —gritó con un vozarrón colérico.

—¿Qué hay, pues?

—¿Qué ha de haber? ¡Necedad y soberbia, inglés, eso es lo que hay! ¡Mirad bien y recordadlo, por si llegáis a tener ocasión de contárselo a vuestros nietos en vez de servir de almuerzo a los peces! ¡Así se lleva un barco a la catástrofe! ¡Se niega a recoger trapo, el grandísimo botarate! ¡A buenas horas las prisas! ¡Mierda y mil veces mierda para él y para toda su estirpe!

—¡Pero vamos a desarbolarnos! —exclamé.

—¿Vamos? ¡Dios, acabamos de perder el velacho del trinquete y su verga, y no le doy una ampolleta de vida al palo mayor si no se corta la jarcia!

—¡Hablad con don Pedro, por Dios!

—¿Es que me veis acaso holgando? ¡Hablad vos si os place, inglés! ¡Para lo que os ha de servir...! ¡Ahora debe andar en pláticas con él el capitán Contreras y bueno será si éste lo ensarta de una vez y nos libra de su locura!

Empecé a sentir cómo el miedo se anudaba a mi estómago, cómo ponía en danza sus fantasmas entre las sombras que me rodeaban. La nave surcaba la tempestad dejada de la mano de Dios, zarandeada por el oleaje, desgarrada por el viento, y con ella nos íbamos todos al garete sin que nadie pusiera remedio a tanto desafuero.

—¿Qué podemos hacer? —pregunté, angustiado.

—¡No podemos hacer nada! ¡Rezad lo que sepáis y confiad en que alguno de esos valientes que están en el puente sea capaz de librarnos del velamen!

Me volví hacia Cristóbal Mendieta, pero ya no estaba a mi lado. Tan sólo encontré la mirada espantada del grumete Cosme, al que parecía haber tornado estatua de sal una maldición. Salí del camarote y subí la escala del castillo de popa, golpeándome la cabeza contra los bordes de la tarima de la toldilla. La puerta del castillo había desaparecido y el agua se colaba a cada nuevo golpe de mar. Me acerqué hasta el vano, aferrándome al quicio, y bajo la primera claridad del alba se ofreció a mis ojos un espantoso espectáculo que no olvidaré mientras viva y que no he vuelto a contemplar en las muchas veces en que las tormentas me han sorprendido embarcado. El agua barría la cubierta como una riada. La mar enfurecida levantaba sus grandes y húmedas zarpas sobre nuestras cabezas y se rompía en un estallido de

espuma, aullando y gruñendo como un animal rabioso. El cielo se había abierto sobre nosotros y derramaba su lluvia entre relámpagos y formidables truenos que parecían el eco del abismo en que cada poco nos hundíamos y del que milagrosamente salíamos, impulsados por la misma fuerza que nos había arrastrado hasta él. Y allí en medio, encaramado a la cruceta del palo mayor, lejano e imposible como una gaviota más en la tormenta, vi brillar la calva de mi criado. Jamaica intentaba cortar las burdas y los estays de los juanetes mayores y de la gavia, y su cuerpo se columpiaba sobre el mástil como diábolo en la cuerda, enrollando sus piernas en las sogas de la tabla de jarcia para asentarse, y amenazando a cada instante con desplomarse sobre cubierta. Yo le veía estirar el brazo desesperadamente y repartir al aire tajos con su corto puñal, y me preguntaba de dónde había sacado fuerzas, pese a su herida, para emprender tan temeraria tarea. Quise llamarle a voces, no sé bien con qué fin pues ¿qué había de decirle? Permanecer allí arriba era una locura. Intentar bajar, un suicidio. Al soltar el quicio de la puerta, para hacer bocina con mis manos, una fuerte sacudida me tiró al suelo y una tromba de agua me caló hasta los huesos, y aún me habría llevado con ella si el grumete Cosme no hubiera tirado de mí hacia dentro. Me levanté, empapado y aturdido, corrí de nuevo hacia el vano de la puerta y, al asomarme, un ruido seco me heló el corazón. La verga mayor había caído sobre el puente, arrastrando consigo su vela; en lo alto del mástil ya sólo ondeaban la gavia y el juanete, y sus telas restallaban como bofetadas cuando un nuevo crujido anunció la tragedia. El palo mayor se quebró al medio, cual si fuera un mondadientes, y llevado por las alas de sus dos velas desplegadas se echó a volar como un pájaro asustadizo. En la garra de sus jarcias vi alejarse a Jamaica, lo vi elevarse hacia los cielos y desaparecer luego entre las olas como ave abatida. Y como si con él se hubiera llevado también a los demonios que nos atormentaban, la nave, desarbolada, cesó en sus bandazos.

Me dejé caer en el suelo, junto a la puerta, y sentí cómo mi respiración se agitaba con un llanto que no llegó a nacer, mientras el aliento del cielo se aquietaba y la lluvia se tornaba mansa y triste, cual si quiera limpiar todo el daño que el destino había vertido sobre nosotros. No tardó en aparecer el contra maestre, en busca de noticias.

—¿Qué sucedió? —me preguntó.

—Nos ha salvado un ángel de alas enormes —contesté, más para mí que para él. Pero Juan de Tineo no prestó atención a mis palabras. Ya se había asomado a la puerta y visto con sus propios ojos la causa de nuestra salvación.

—¡Perdimos la arboladura! —gritó, para que el timonel escuchara la nueva—. ¡A ver, hacen falta manos en el puente! ¡Hay que arriar lo que queda de velamen!

Se oyeron rumores de pasos y los hombres de la primera cubierta empezaron a salir al puente, todavía zarandeados por la mar pero animados por la fuerza y el valor que nacen de la esperanza recobrada. Yo oía sus voces sobre cubierta, las órdenes del contra maestre, el bullicio de una nave gobernada, y me preguntaba cuánto habría de

durar, pues el árbol de nuestra aventura aún no se sostenía sobre las mismas raíces podres.

—¿Os encontráis bien?

Don Pedro Olea de Zumárraga, pálido y atildado como un comediante, me contemplaba desde el vano de la puerta. Le dije que sí con la cabeza, pero no me levanté: un odio frío como el hielo me retenía en el suelo. Tras él vi la figura del capitán Contreras que salía a cubierta apresuradamente. Las enojadas voces con que convocó a sus hombres me revelaron la temperatura de su alma. La mía, por el contrario, se me antojaba muerta.

—¡Señor contramaestre! —gritó don Pedro desde la puerta. Fuera se oyó la respuesta de Juan de Tineo, y el capitán añadió—: ¡Hágame saber cuántos hombres hemos perdido y cuál es el estado del barco!

Después se retiró a su camarote, sin una palabra de aliento, sin un lamento ni un gesto de pesar. Yo me quedé admirado de la limpieza de sus zarpazos, del modo en que brillaba el rosetón de lentejuelas sobre su elegante empeine, del sonido limpio y firme de sus tacones contra el sucio entablado del piso. Pensé: «¡Por todos los santos... sus zapatos tienen más corazón que él!». Me paré, estirando con dolor mis piernas que ahora me recordaban el esfuerzo realizado, y partí en busca de Cristóbal Mendieta. Cosme me siguió como un perro faldero.

Cristóbal estaba donde yo había imaginado, en la cabina principal, al lado de su amada Catalina. Allí parloteaba sin ton ni son fray Antonio Espinel, que se había reconciliado con su vida pecadora en el fondo de una jarra de vino y parecía feliz como un recién nacido, rollizo y encarnado, sentado en su escaño y murmurando una letanía que quería parecer un rosario. Catalina era la viva imagen del espanto. Los cabellos en desorden, los ojos enrojecidos por el llanto, la faz demacrada, su rico vestido desgarrado en los sobacos... y tanto desaliño y congoja no hacían sino realzar su belleza y hacerla aún más insultante e impúdica. En cuanto me vio, la hermosa se abalanzó a mis brazos.

—¡Estáis vivo! ¡Qué miedo he pasado!

Después, dando un paso atrás, recompuso su sonrisa de chicoleo y añadió:

—¡Me habéis dejado sola, señor Bird! ¿Tan poco me estimáis?

Cristóbal me miraba hecho una pura brasa desde la lejanía del olvido de su amada, pero no había espacio en mi frío corazón para galanterías.

—Os adoro, señora, bien lo sabéis. Y adoro vuestros juegos galantes y vuestras sutiles añagazas de mujer. Adoro vuestras mentiras y vuestros falsos enojos. Vuestros desmayos y vuestras fantasiosas dolencias y el modo en que los hombres corren a la muerte por satisfacer vuestros deseos. Adoro cada uno de los instantes de agonía que hemos vivido para mayor gloria de vuestra nunca suficientemente cantada belleza. ¡Pardiez que os adoro, Catalina! ¡No sabéis cuánto!

La hermosa retrocedió aún otros dos pasos, desconcertada por el tono de mi voz.

—Me asustáis, señor. Vuestros ojos echan fuego mientras vuestra boca me halaga.

—¡Ah! ¿Os halago? ¿Halláis placer en mis palabras? ¿Os sentís servida? ¡Cuán tranquila habrá de quedar mi alma atormentada! Vuestra dicha es la mía, señora. ¿Vos sois feliz? ¡A qué penas, entonces! Poco se da que la mar me haya arrebatado a un amigo. Su sacrificio no ha sido en vano si vos recuperáis la sonrisa y el buen humor.

—¿Habéis perdido a alguien? —preguntó, cada vez más asustada.

—¡Sí! ¡No, yo no lo he perdido! Se fue. Se fue volando como un ángel.

—¿Qué decís?

—Nada, hermosa Catalina. Nada. La mar me dio un amigo y la mar me lo ha quitado. Ella es así, caprichosa como vos.

—¿Decís que se lo llevó un ángel? —terció el capellán desde su escaño.

—O un demonio, fray Antonio. No pude verlo bien: el mundo se me caía encima y mi valor no da para tanto.

El capellán se persignó y la hermosa volvió a preguntarme:

—¿Por qué nos habláis así? ¿Qué os hemos hecho?

Por primera vez veía en los ojos de Catalina un destello de sinceridad, un asombro de verdad, una chispa de sentimiento verdadero. Y era éste la certeza de su ignorancia. Ella no sabía de sí. Reinaba en su reino de vanas filigranas y pasiones fingidas sin que llegara a atisbar su entendimiento que pudiera haber otra cosa sobre la faz de la tierra. Era inocente como lo puede ser un lobo, que sólo mata para comer, ajeno al daño que causa.

—Es este viaje, que parece maldito y amenaza con nunca acabar —respondí.

—¿No habrá de acabar? La tempestad ya ha pasado y pronto estaremos en casa, Tomás. Después de cuanto hemos pasado, ¿qué más nos puede pasar?

Todavía hoy, cuando recuerdo aquellas palabras, el corazón se me encoge de tristeza y se me llenan los ojos de lágrimas, quizá porque ya soy viejo y los años hacen maleable hasta el cuero más duro. Es una tristeza sin rostro. Ya no me apena el destino de Catalina ni el mío ni el de Cristóbal Mendieta. Me apena la vanidad de los hombres, esa loca vanidad que les lleva a preguntarse qué puede haber peor que lo ya vivido, sin percatarse de que tal pregunta es una bofetada en el rostro de la diosa Fortuna y ésta castiga las afrentas de forma despiadada.

Aún no había terminado de quietarse la mar, aquella misma mañana en que nuestro desarbolado galeón contaba sus muertos mientras los marineros de la maestranza se esforzaban en tapar las vías de agua abiertas por el temporal en el casco, cuando el propio Juan de Tineo gritó, desde lo alto del castillo de popa, que había barcos a la vista. La alegría estalló a bordo. Todos salimos a cubierta e incluso yo sentí que la sonrisa volvía a mis labios. Desarbolados y escasos de víveres y de agua, el futuro se nos antojaba oscuro si un milagro no nos traía la ayuda de otros barcos de nuestra perdida Armada. Ahí teníamos nuestro milagro.

Pero la mar tiene sus espejismos, como el desierto, y aquél resultó ser uno de ellos. Pronto distinguimos las picudas velas de una carabela y dos jabeques, mas no había carabela en nuestra Armada de modo que, por fuerza, había de tratarse de naves

extrañas. Un negro presentimiento se apoderó de mi alma. Me acerqué al capitán Contreras y le hice partícipe de mis temores.

—Aquéllas son velas que dicen latinas —me respondió, pensativo—, y si es verdad que las usan naves cristianas, no menos cierto es que también lo hacen las armadas turquescas.

Permaneció en silencio durante unos instantes, con la mirada clavada en las embarcaciones mientras se atusaba el bigote distraídamente con los dedos de la mano diestra. Llamó después a su cabo, un sevillano llamado Bustamante, y le mandó que se ocultaran los soldados y cebaran sus armas por si fuera menester. Después, se acercó a don Pedro y le dijo que tan casual encuentro con desconocidas naves le daba mala espina.

—Es cierto que estamos lejos de las aguas berberiscas, mas hay valientes en todas las naciones y sus piratas tienen merecida fama de temerarios —respondió don Pedro.

Sentí crecer el alivio en mi pecho al ver que ambos capitanes apartaban sus rencillas para provecho de todos. Se mandó preparar la artillería con discreción y sin abrir las portas, por evitar que nuestros visitantes entraran en sospechas. Habíamos perdido tres de los cañones del puente durante la tormenta, y aquel que había cobrado la vida propia en la primera cubierta se había desmontado de su cureña y era imposible utilizarlo. Aun así, nos quedaban todavía cañones suficientes para castigar a quien pretendiera abordarnos. Se hicieron los preparativos y todos aguardamos el momento en que las naves estuvieran al paio, deshojando la margarita de sus intenciones.

Pedí a Cristóbal que llevara de nuevo a Catalina hasta la cabina principal pues, de haber batalla, era mejor que no estuviera sobre cubierta. Pero Cristóbal se negó a permanecer con ella y, antes que verse sola, la hermosa decidió apostarse en la puerta del castillo de popa, por tenernos a la vista.

—Sé que ambos sois valientes —me dijo cuando traté de persuadirla para que se retirara—. Cristóbal me ha contado el duelo que mantuvisteis en mi camarote y cómo hicisteis rescate del grumete que había en la sentina. También sé ya que ha sido a vuestro criado a quien habéis perdido, y creedme que me duele casi tanto como habría de dolerme perder al mío...

—No creo que fuera para vos la misma cosa, señora.

Me miró, recelosa, y dijo:

—Cuando está la vida en juego, y las nuestras han salido ya al tapete de la muerte muchas veces en este viaje, no hay lugar para los resentimientos. ¿Desaprobáis mi conducta? ¿No la habíais acaso adivinado? Ya tendréis ocasión de pedirme cuentas, si reunís también el valor para reconocer el amor que me profesáis y que tan esquivo os mostráis en darme... Pero ahora no me dejéis sola. Os lo ruego. Ser testigo de vuestro valor sólo os hará más grato a mis ojos, y si por ventura esas naves nos son propicias, ningún mal hay en que les dé yo también la bienvenida.

Concedí su deseo y rogué a mi vez a Cristóbal que, al menos, permaneciera cerca

de la puerta por mejor guardarla.

—Proporcionarme un arma —me pidió él. Le conseguí una espada, huérfana de dueño a causa del temporal, y un mosquete con su munición y su cebador. Me dijo él que nada sabía de esa arma y me apresté yo a enseñarle, con prisas, su manejo. Y en ésas estábamos cuanto las tres naves se acercaron tanto que pudieron vérselos sus estandartes, que resultaron ser del Rey de España.

—¡Eh, los del galeón! —gritó una voz en lengua castellana desde la proa de la carabela—. ¡El temporal os ha causado grandes daños! ¿Precisáis ayuda?

—¡A fe que sí, señor! —respondió don Pedro—. ¡Pero decidme antes quiénes sois y qué hacéis en estos lejanos mares!

El hombre de la carabela volvió a gritar:

—¡No son momento de ceremonia, señor! ¡Las aguas aún no se han remansado! ¡Dejad que nos acerquemos y pongamos remedio a vuestros males! ¡Ya habrá ocasión de presentarnos!

—No me gusta —escuché decir al capitán Contreras.

—A mí tampoco, que el hábito no hace al monje y ese estandarte bien puede ser robado —respondió don Pedro y, ya a gritos, le dijo al hombre de la carabela—: ¡Cada cosa en su momento, señor!, ¡decidme antes quién sois y enviad una chalupa para que no hayamos de hablar a voces!

El hombre de la carabela se volvió hacia sus tripulantes y les dijo unas palabras. Después volvió a gritarnos:

—¡Somos pescadores del puerto de Palos!

—¡Si lo son yo soy un santo! —exclamó el capitán Contreras.

—¡Ahora botamos la chalupa! —volvió a gritar el hombre de la carabela. Sobre su cubierta se veía mucho movimiento, pero no vimos descender ningún bote al agua.

—¿Qué hacemos? —pregunté, inquieto, pero no hubo lugar a la respuesta pues Juan de Tineo señaló a las otras dos embarcaciones, que hasta entonces flanqueaban un poco más alejadas a la carabela, y gritó:

—¡Van a abordarnos!

Los dos jabeques habían echado al agua sus remos y, a toda vela, se abrían a proa y a popa de nuestro barco, eludiendo la línea de fuego de nuestra artillería. Eran barcos veloces y manejables, y nuestro galeón, privado de casi todo su velamen, parecía un viejo y torpe oso rodeado de sabuesos.

—¡Largad velas! —gritó don Pedro, y los hombres se echaron a la carrera sobre las pocas jarcias que aún servían de algo. Pero el esfuerzo fue inútil. Bien pronto se vio que no había escapatoria. Uno de los jabeques nos había tomado la delantera y había virado para enfrentarnos de proa. El otro nos seguía a popa. Y la carabela navegaba a banda, acechándonos como acecha un buitre a una res agonizante.

—Negociemos la rendición, señor —propuso el capitán Contreras, pero don Pedro, que no se había separado de la escotilla del timonel en todo ese tiempo, se negó en redondo.



—¿Y vuestro valor, señor Contreras? —escupió, de nuevo llevado por la ira y el desprecio.

—Donde debe: en mi corazón y en mi cabeza. Porque no es valiente quien lleva a los suyos a la carnicería sin posibilidad de victoria, sino quien procura conservar la fuerza para la ocasión propicia. Y si hacemos frente a esos piratas, va a haber una matanza.

—¡Escrúpulos! ¡Estoy harto de vuestros escrúpulos! —estalló don Pedro—. No hay rendición en mi barco, señor Contreras. Idos a llorar a un rincón o luchar como un hombre: el «San Juan de Gaztelugache» no se rinde.

La primera descarga artillera de la carabela vino a poner fin a la disputa. El barraganete de la amura de estribor saltó hecho añicos y las astillas de maderas fueron a clavarse en los cuerpos de los hombres que tras él se refugiaban, entre ellos el pobre Jacobo Albiz y el paje del capitán, que se retorcían en el suelo aullando de dolor.

—¡Fuego! —gritó don Pedro. Y durante un rato se sucedieron los cañonazos y las explosiones en medio de un caos total.

Algunos de nuestros disparos habían acertado en el flanco de la carabela, pero ésta estaba bien municionada y nos disparaba andanadas terribles que barrían nuestra cubierta como escoba de bruja. No tardó en caer el palo trinquete, con lo que perdimos casi por completo la capacidad de maniobra, y el desorden que reinaba en nuestras bodegas dificultaba de tal manera la reposición de municiones que muy pronto hubimos de reducir la frecuencia de nuestras descargas, por no quedarnos sin nada que disparar.

La carabela aprovechó nuestro desfalleciente fuego artillero para aproximarse a nuestro costado, mientras los dos jabeques lo hacían a proa y a popa, sin que los cañones guardatimones allí instalados sirvieran para mucho.

Busqué a Catalina con la mirada y la vi acurrucada en el suelo, junto a la puerta del castillo de popa, casi en el mismo lugar que había ocupado yo aquella misma mañana, que se me hacía ya tan lejana, mientras veía a Jamaica volar hacia las nubes como un nuevo Ícaro.

Cristóbal, acucillado a su lado, trataba de consolarla con amables palabras. Sentí pena por los dos y tal rabia que aún hoy creo que me habría ido a degollar con mis propias manos al necio capitán del «San Juan de Gaztelugache» si no hubieran echado los piratas sus garfios y cadenas sobre los restos de nuestra borda y comenzado su asalto.

Justo antes de comenzar el abordaje, y tal y como mandan los cánones militares, los piratas lanzaron una descarga de tiros de culebrina con abundante metralla que, literalmente, lijaron nuestra cubierta, arrancando jirones de carne, desorejando cabezas, quebrando piernas, cercenando brazos y manos. El puente del «San Juan de Gaztelugache» se transformó en un hormigueo humano, donde cada quien luchaba por sobrevivir. El capitán Contreras y los soldados que aún quedaban en pie se

abrieron en retirada hacia el castillo de popa, donde Cristóbal Mendieta y yo mismo, con ayuda de algunos de los artilleros de la primera cubierta, habíamos empezado a levantar una barricada. Tras ella vinieron a refugiarse. A proa podían verse aún a algunos de nuestros hombres que luchaban a espada y pistola contra los asaltantes. Hubiera dado uno de mis brazos por tener a mi lado a Jamaica. Yo le había visto luchar en semejantes ocasiones con una furia que no era humana. Sabía de su agilidad felina, de su certera puntería, de su diestro manejo de la espada y el puñal, de su arrojo silencioso y mortal. Ahora, todo ello me faltaba, aunque había querido Fortuna que estuviera con nosotros el capitán Contreras que, según se veía, nadaba en el combate como pez en el agua, rodeado de mosquetes, hachas y cimitarras, tocado con su atrabiliario sombrero emplumado y atronando los aires con maldiciones y órdenes a la vez que repartía hierro entre sus adversarios.

Don Pedro, que parecía haber perdido ya toda cordura, daba muestras de un arrojo suicida mientras repetía aquello de que el «San Juan de Gaztelugache» no se rendía. El cabo Bustamante, que aguantaba sobre la segunda toldilla del castillo el envite de los piratas del jabeque que llevábamos a popa, dio aviso de que apenas podía contenerlos. Entonces, don Pedro se aupó a la improvisada barricada, aprovechando un momento en que los piratas habían cesado en sus acometidas, y con la temeridad del necio que culmina el monte de sus necedades con la mayor de todas, que es hacerse matar por nada, se lanzó contra aquéllos al frente de algunos de sus hombres a los que arengaba con gritos de muerte a los infieles. Una bala le abrió la cabeza como una calabaza y se fue de bruces al más allá, atildado y glorioso, como el gran mentecato que era.

La muerte de don Pedro dio nuevos bríos a los piratas, que se nos vinieron encima enardecidos, pero les respondimos con una descarga cerrada de mosquetes que les bajó los humos. Mientras tanto, a proa todo había terminado y pude ver cómo algunos piratas bajaban la escala que allí se abría. Los gritos que pronto empezaron a llegar desde la primera cubierta daban fe del combate sin cuartel que allí se disputaba.

El fuego había prendido en los restos de nuestro velamen y parte de la cubierta, y las columnas de humo dificultaban aún más la lucha.

Entre esas negras nubes vimos caer sobre nosotros a los piratas que habían desbordado por fin en la toldilla a los hombres del cabo Bustamante.

—¡Cuida de Catalina! —acerté a gritarle a Cristóbal, justo antes de que un pirata se le fuera encima y ambos rodaran sobre cubierta con un ruido de hierros.

Ya le tenía el pirata a su merced y se aprestaba a hundirle su daga, cuando le descerrajé un tiro de pistola en la cabeza que se la hizo mondongo. Desplomóse el pirata y apenas tuvo tiempo de decirme Cristóbal «ya os debo dos vidas y no soy gato», cuando otro pirata se me vino encima y hube de habérmelas con un fulano gordo y fuerte que parecía empeñado en darme de comer acero y al que rechacé como pude. El capitán Contreras y yo retrocedimos hacia la puerta del castillo de popa, acosados por un creciente número de adversarios, y desde allí vi cómo un disparo

acertaba en el cuerpo de Cristóbal, que había quedado rezagado junto a la borda de estribor, y le echaba al mar por el menguado espacio que mediaba entre ambas naves. No recuerdo que mi corazón se conmoviera en ese instante. No cabían más rabia ni más miedo ni más odio en él. Solté maldiciones, esquivé estocadas, juré y recé al mismo tiempo, disparé las pistolas que a mis espaldas cargaba el grumete Cosme, y recibí también mi ración de hierro, pero era tal mi ofuscación que no sentí el dolor sino hasta más tarde, una vez que todo hubo pasado y el mundo volvió a estar hecho de sus cuatro elementos y no sólo de fuego.

Cuando más desesperado era el trance y ya nos dábamos todos por muertos, vimos que nuestros enemigos empezaban a retirarse. Los piratas que se habían adentrado en el vientre de la nave salían cargados con fardos, cajas y cofres. Los otros recogían a sus heridos y a sus muertos y los trasladaban a la carabela, que había vuelto a largar sus velas y no tardó en alejarse, dejándonos perplejos. Cesamos en nuestro fuego, pues de nada servía ya ensañarse. La escena que ofrecía nuestro devastado puente era terrible. Había cuerpos tirados por todas partes y salía humo por todas las escotillas. Los heridos gemían y sollozaban, presas del terror o sumergidos ya en ese sueño inquieto que precede muchas veces a la muerte. Los que ya no volverían a ver un nuevo día yacían ensangrentados y solos, como reses sacrificadas en una pagana hecatombe ofrecida a dioses antiguos y sanguinarios.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó el capitán Contreras, cuyos ojos enrojecidos todavía parecían mirar el mundo a través de un velo de odio.

—Vienen barcos —dijo Juan de Tineo desde el pie del tronchado palo mayor. El valiente contramaestre, con el rostro ensangrentado y la camisa hecha jirones, había sobrevivido también para alegría de mi corazón, cuya estima se había ganado con su entereza y lealtad.

Todos miramos hacia donde nos señalaba y allá lejos, dos cuartas a babor, vimos levantarse las redondas velas de un galeón español.

—¿Dónde está Catalina? —pregunté, con el corazón de nuevo sobresaltado, y sentí que con su nombre volvía a mí mi perdida y temblorosa humanidad.

—Aquí estoy —oí a mi espalda.

¡Estaba tan hermosa... desaliñada y pálida como una campesina que recorre el campo después de la batalla! La estreché entre mis brazos y dejé, por fin, que mis lágrimas se fundieran con las suyas. Lágrimas de amor, primero, cuando todas las palabras que me había prohibido decir fluyeron de mi boca sin recato alguno. Lágrimas de dolor, después, cuando le di cuenta del triste fin de Cristóbal Mendieta, cuyo cuerpo se habían tragado las aguas para siempre.

## SEGUNDA PARTE

La república de los piratas

## I

Cristóbal Mendieta clavó en mí sus negros ojos mientras mis palabras evocaban su muerte, y el recuerdo de tan amargo trance oscureció su rostro con un pesar que resultaba inadecuado en medio de la creciente algarabía que reinaba en la taberna del Diablo. Eran ya muchos los marinos que, habiendo concluido las tareas a bordo de sus atracados bajeles, buscaban en el cálido cobijo de su salón olvido para las pasadas penalidades y tónico para sus corazones viajeros, remedios ambos que encontraban en la misma medicina: las doradas pintas de cerveza que corrían a espuestas y elevaban, de un mismo trago, las voces y las esperanzas. Mendieta apuró de nuevo su vaso de aguardiente y volvió a llenar su escudilla con las alubias que aún humeaban dentro del perol que el tabernero había depositado sobre nuestra mesa. Yo hice otro tanto, pues sabía que sólo una panza bien servida podía poner coto a los excesos de la bebida, y aquella larga noche de conversación en que hacíamos repaso de nuestras vidas paralelas, conjuramos el aguardiente, la cerveza y las palabras por el hechizo de la memoria, amenazaba ser de borrachera. El tabernero volvió a colmar el vaso de Cristóbal Mendieta y éste, cual si el límpido aguardiente despertara en su paladar el salobre recuerdo del agua marina, me dijo:

—Yo también me daba por muerto pues no sabía dónde estaba ni sentía mi cuerpo. Tan sólo escuchaba la voz lejana de mi madre, que entonaba la bendición del pan y repetía: «Baruch atá Adonais, eloeinu meleg aolán». Y así, rogando la bendición de nuestro dios, rey del mundo, me hundía en un abismo sin luz hasta que un golpe de tos me despertó y sentí cómo el aire entraba de nuevo en mi pecho ansioso y parecía arañar mis entrañas cual si respirara vidrio molido. Estaba aterido de frío y los ojos me escocían. Boqueé, dolorido y agradecido, hasta que comprendí que estaba vivo y que la luz que me cegaba no era otra que la del terco sol. Oía un rumor de voces a mi alrededor, pero mi aturdida cabeza no era capaz de entender sus palabras. Sobre mí, el cielo se agitaba y parecía jugar al escondite con el horizonte, aunque no tardé en darme cuenta de que la sombra que ocultaba cada tanto el azul celeste no era la de la remota línea del fin del mundo sino la de unos cercanos y prosaicos tablones de madera. Cerré los ojos de nuevo, en busca de la calma que me ayudara a entender lo que estaba sucediendo, y comprendí que me encontraba a bordo de un barco y que todo aquel movimiento no era más que el balanceo de su navegación. Yo debía estar tumbado sobre el puente, pues no sentía peso alguno en mis pies, así que traté de incorporarme, y entonces un ardor de brasas me desgarró el pecho y volví a perder el conocimiento.

»Todavía me asaltan hoy, tantos años después, pesadillas en las que me oigo gritar, encadenado en la bodega de un barco, sin que logre ver mi propio cuerpo, de cuya existencia sólo tengo constancia por los horribles dolores que motivan mis lamentos. No soy más que una voz que aúlla y el temor a dejar de ser, si me callo, hace que grite cada vez más fuerte hasta que la garganta parece que me va a estallar y

me despierto, tosiendo y loco de miedo. Según supe después, uno de los piratas me había pescado con el garfio de un largo bichero de los que utilizan en las chalupas para asegurar el atraque, y me había tirado sobre cubierta cual si fuera un atún, tras comprobar que aún estaba vivo. Allí me abandonaron a mi suerte, que nada perdían con tenerme a bordo: si mi naturaleza me hacía sobrevivir podrían ganar algunos dineros con mi rescate, si no era así les bastaba con devolver mi cadáver al mar del que me habían sacado. Con todo, permitieron que otro de los prisioneros que llevaban a bordo me prestara algunos cuidados que tuvieron la virtud de devolverme a la vida. Aquel hombre de bien resultó ser el carpintero del «San Juan de Gaztelugache», Alonso Gallo, quien, cuando mi entendimiento comenzó a recuperarse de tan prolongado desfallecimiento, me contó cómo había caído preso él, durante el combate que se libró en la primera cubierta, y cómo, tras ser llevado a la carabela pirata, había visto que me recogían del agua, más muerto que vivo. Por él supe también que el «San Juan de Gaztelugache» había sobrevivido a la batalla y que, a buen seguro, sus maltrechos defensores habrían sido socorridos ya por los navíos que motivaron la apresurada retirada de los piratas. Y he de decirte, Tomás, que aquellas nuevas infundieron más fuerza a mi corazón que los míseros emplastos con que Alonso Gallo pugnaba por restañar la herida que se abría en mi pecho. Saber que existía la posibilidad de que Catalina y tú siguierais con vida me había devuelto la esperanza y las ganas de vivir.

Aparté la mirada de los ojos de Cristóbal Mendieta pues no necesitaba leer en ellos para saber que lo que me decía era cierto. Sin embargo, aquella lejana alegría suya despertaba en mi memoria un eco de culpa que venía a oprimirme ahora el corazón, por más que los costurones que en tan delicado órgano va dejando la vida terminen por encallecer los más sinceros sentimientos. Los besos con que había cubierto yo a Catalina en el recato de su camarote, sin que nos importara un ardite levantar las sospechas y las habladurías de la diezmada tripulación, se me antojaban de nuevo puñaladas a la espalda de mi amigo, cuya sentida muerte, que me había devuelto la libertad de amar, no podía servirme de excusa. Las palabras de Mendieta me hablaban de una lealtad no correspondida y de una esperanza infundada: mientras él yacía en su penoso cautiverio, Catalina y yo nos arrojábamos al mutuo gozo con el ímpetu de la vida recobrada. Unos y otros vivíamos engañados, pero... ¿cuántas veces no sucede así durante este loco paso por el mundo en que tanto nos esforzamos por saber, por sentir, por ser, y tan dispuestos estamos a dejarnos embaucar por las apariencias? Quede al menos, en el recuento de mis faltas, aquella traición como pecado venial, pues en verdad tanto yo como Catalina dábamos por muerto a mi amigo, aunque mucho me temo que para la hermosa aquél fuera un detalle sin mucha importancia. Tampoco servía ya de nada pedir perdón ni buscar excusas, ésta era una de las pocas deudas de la vida que ambos habíamos saldado con muy diversas maneras, pero de tal modo que no quedaba espacio para el rencor, sólo para la tristeza y para el silencio. Y eso ofrecí a mi amigo en la taberna del Diablo: la silenciosa

tristeza de mi corazón. Aparté mi mirada de la suya y cabeceé con asentimiento. Yo sabía de su esperanza y de su dolor. Yo sabía también de otros dolores que vinieron a empañar aquel primero, de igual manera que él sabía de los míos. Nuestras palabras volvían a nombrar lo que cada uno había llegado a saber del otro en las contadas ocasiones de nuestros encuentros, pero nombraban también todo aquello que nunca habíamos llegado a decirnos. Había en ellas un deseo de claridad, el afán de completar al fin el rompecabezas de una amistad que se había construido sobre la distancia y el silencio y que, pese a ello, había sobrevivido a los rigores del tiempo. La conversación de aquella noche larga y extraña en la taberna londinense del Diablo no era más que el rumor de olas de nuestras vidas, que volvían a reunirnos una vez más.

—No sé cuánto tiempo permanecí en aquel estado de alucinación y agonía — continuó su relato Cristóbal Mendieta—, pero al igual que el recién nacido viene al mundo entre sangre, gritos y dolor, sin que guarde memoria de tan trascendental momento, así renací yo a bordo de la carabela pirata, ensangrentado y doliente, y apenas guardo alguna vaga remembranza del comienzo de mi nueva vida. Recuerdo el espantoso calor de la bodega en que fui confinado y los lamentos de los otros prisioneros; el ruido de las cadenas y las voces de nuestros carceleros que parecían hablar todas las lenguas del mundo, pues los había que hablaban entre sí en la lengua inglesa y otros que lo hacían en la arábica, pero todos parecían saber el habla castellana, cosa que incluso en mi aturdimiento no dejó de asombrarme. Recuerdo también el ajetreo que rodeó nuestra llegada a puerto, la cegadora claridad del día tras la prolongada noche de la bodega, la sombra majestuosa de una fortaleza y el remolino de gentes que me aturdían con su griterío. Yo iba tendido sobre unas improvisadas angarillas que portaban Alonso Gallo y otro cautivo, un hombre de edad indefinida, flaco y tristón, que había nacido en Cádiz y al que todo el mundo llamaba Saborío. Casi enseguida fuimos introducidos en unas profundas mazmorras, al pie de las murallas, donde la vida se remansó durante algunos días y mi cuerpo y mi entendimiento comenzaron a recuperar su perdido brío. Así pude al fin preguntar a mis compañeros de cautiverio cuál era el puerto a que nos había conducido nuestra mala fortuna, pues en el corto trecho que medió entre el muelle y las mazmorras había creído ver que los lugareños tanto vestían ropa de moros como de cristianos y, por lo que sabía, no había ya tierra alguna en que tal cosa fuera posible. Muy grande fue mi sorpresa cuando Alonso Gallo me dijo que estábamos encerrados en las mazmorras que construyera siglos atrás el que fuera sultán de Marraquech, el poderoso Yusuf Almanzor, en la misma villa desde la que habían partido antaño las tropas moras que acudían en ayuda de los califas de Córdoba y de Sevilla en la guerra que libraban contra los reyes cristianos en tierras de España: el puerto del Salé.

Con la palabra, y en el reposo de su celda, pronto recuperó también Cristóbal Mendieta buena parte de sus fuerzas, que la juventud es planta difícil de agostar y, a poca agua que reciba, revive cual si nunca hubiera estado mustia. Y no pasó mucho

tiempo antes de que se viera obligado a incorporarse a las tareas y obligaciones del común de los cautivos, que no son otras que trabajar hasta deslomarse, llorar la perdida libertad y licenciarse en argucias para poder sobrevivir.

La principal de sus tareas era la de limpiar, reparar y, en ocasiones, construir los barcos que utilizaban los piratas, pues bien sabían éstos que sólo a la buena singladura de sus embarcaciones podían fiar su fortuna, y por ello, tras suspender sus salidas con la llegada del invierno, sometían a su numerosa armada a toda clase de cuidados. Era un trabajo agotador que se hacía de sol a sol y que, sin embargo, los desdichados prisioneros del Salé consideraban un privilegio: la suerte que les esperaba a quienes no eran destinados a los astilleros era la de servir de remeros en algunas de las reparadas embarcaciones. Y verse encadenado al barco de remos como galeote es la más triste de todas las tristes vidas que llevar pueda un cautivo, pues al extenuante trabajo se une la pérfida paradoja de tomar parte en los combates de los piratas contra naves cristianas, cosa que parte el alma, escindida entre el deseo de que triunfe la armada cristiana y el temor de que tal cosa efectivamente suceda porque, de irse a pique, el barco pirata se convertiría en su tumba. A la fuerza del instinto de supervivencia confiaban los piratas el buen trabajo de sus forzados remeros, y no se equivocaban, que nadie si no es un loco se deja morir si puede remediarlo, por mucho que sea su afán de venganza.

Las habilidades carpinteras de Alonso Gallo le habían llevado a trabajar en los astilleros, y fueron sus mentiras las que hasta allí condujeron también a Mendieta, pues el carpintero convenció a sus guardianes de que el trabajo de éste en el San Juan de Gaztelugache había sido precisamente el de ayudarle en las reparaciones del casco de la nave. De ese modo, cada mañana, cuando el sol apenas había comenzado a aclarar el cielo al otro lado de las colinas entre las que discurre el río en cuya desembocadura se levanta la villa del Salé, al que los lugareños llaman Bu Regreg, un grupo de cautivos, entre los que se encontraba Mendieta, abandonaba las mazmorras y descendía hasta la ribera. Caminaban en fila, unidos entre sí por gruesas sogas que sujetaban sus muñecas, y vigilados por un piquete de soldados que vestían a la manera turquesca, con sus turbantes, fajines y alfanjes, pero que hablaban la lengua castellana y en ella se dirigían a los prisioneros, entre los que había españoles y también ingleses y franceses y portugueses y un veneciano gordo como elefante al que llamaban Gató y que era hombre de muchos conocimientos y amena conversación. Pronto las habilidades traductoras de Cristóbal Mendieta le convirtieron en intérprete de tan variada tropa, pues conocía la lengua francesa, la portuguesa, la arábica y algo de la inglesa. Mas con Gató se entendía en la hermosa lengua latina, cual si fueran dos teólogos romanos.

Los astilleros estaban a poco más de una legua, río arriba, al pie de una majestuosa y antigua torre, que llamaban de Hassán y que los piratas habían transformado en gigantesco almacén marineroy atarazana de sus navíos. A su sombra reposaban los costillares inconclusos de pataches y galeotas, y recostados contra el



murete de piedra del muelle, sujetos por las largas sogas que les mantenían en tan forzada posición, con medio casco levantado sobre el agua, los bergantines, los jabeques y las polacras de la escuadra pirata iban turnándose para su limpieza y carenado. De entre todos ellos, ningún barco era tratado con mayor atención y cuidado que su nave capitana, la carabela que había dirigido el abordaje del «San Juan de Gaztelugache» y cuyos destrozos, fruto del fuego del galeón español, hubieron de reparar Alonso Gallo y Cristóbal Mendieta.

Al otro lado del río, se levantaba una villa amurallada, gemela de la que acogía en esta orilla a la Casba, que en lengua mora quiere decir fortaleza o castillo y bajo cuyas defensas estaban las mazmorras. Pronto supo Cristóbal que ambas ciudades se llamaban Salé, mas a la que le ofrecía tan ingrata morada se la denominaba Salé la Nueva, mientras que la otra, situada en la orilla derecha, más allá de los arenales del traicionero curso del Bu Regreg, recibía el nombre de Salé la Vieja. En realidad, el diario paseo hasta los astilleros y las conversaciones que en su condición de intérprete mantenía con sus guardianes, en los momentos de descanso, le permitieron averiguar muchas más cosas y hacerse poco a poco una idea del nuevo mundo en que habría de desarrollarse por fuerza su nueva vida.

—De ese modo —prosiguió Cristóbal—, supe que la villa de Salé la Vieja estaba poblada por devotos musulmanes y era tierra pródiga en santos de su islámica religión a los que llaman morabitos, hombres de fe y de guerra muy reverenciados por los seguidores de Mahoma. Nuestros guardianes, sin embargo, no eran gente nacida en la villa de Salé la Nueva sino moriscos que después de haber sido expulsados de España, diez años atrás, habíanse ido afincando allí. A su llegada, la villa de Salé la Nueva estaba casi por completo abandonada: no era más que un gran recinto amurallado y, en su interior, la Casba, que se levantaba en el extremo rocoso que se alza sobre la desembocadura del río, estaba malamente guardada por una veintena de soldados. Supe también por el jefe de nuestros guardianes, un morisco llamado Rachid Ben Mohamed Narváez, que su gente no había decidido asentarse en la orilla izquierda del Bu Regreg por propia voluntad sino porque sus vecinos de Salé la Vieja les habían impedido hacerlo en la derecha.

»«Primero fuimos recibidos como hermanos y como tales fuimos agasajados — me contó Narváez con tal vehemencia que bien se veía cómo, pese a los años transcurridos, la afrenta había calado hondo en su alma—. Se nos permitió plantar nuestras tiendas a las puertas de Salé la Vieja y allí reunimos cuanto habíamos podido sacar de España, que no era poco pues los casi tres mil andaluces que habíamos llegado hasta esta tierra éramos todos vecinos de un mismo pueblo, que se llama Hornachos. Unidos por la fe en Alá, el Misericordioso, habíamos sabido hacer valer nuestros derechos y así, mientras en otras partes del antiguo reino de Al-Andalus nuestros hermanos moriscos habíanse visto obligados, de fuerza o por miedo, a abrazar la fe de los cristianos, nosotros habíamos persistido en nuestras creencias y ni los castigos ni las amenazas sirvieron para doblegar nuestra voluntad. Y tengo por

seguro que tanta determinación y tanto valor hubieron incluso de conmover el duro corazón de nuestros gobernantes cristianos, pues éstos nos concedieron el privilegio de llevar con nosotros nuestros bienes y riquezas cuando decretaron nuestra expulsión de tierras españolas. Así dejamos Hornachos, su sierra abrupta y la rica vega del río Matachel. Abandonamos nuestros campos y nuestras casas, y emprendimos viaje en larga caravana, custodiados por numerosos soldados que, más que vigilarnos, habían de emplearse en defendernos de la inquina de los cristianos que nos salían al paso, ya fuera con intención de apedrearnos, ya con la de despojarnos de nuestras posesiones, pues la noticia del raro privilegio que nos había sido concedido y que era negado a los moriscos de otras regiones, corrió como la pólvora y avivó la llama de la codicia de muchos. Llegamos a Sevilla y allí se nos embarcó de inmediato en seis grandes naves que atravesaron el estrecho de Gibraltar y nos desembarcaron en tierras de la Berbería, pero en vez de buscar fortuna cada uno por su cuenta, como es común entre exiliados, resolvimos marchar juntos para mejorar la de todos y así anduvimos los reinos que dan a la mar Océana hasta llegar aquí, a la desembocadura del Bu Regreg, donde creímos poder encontrar paz y amistad. Vano sueño, pues no habían pasado seis meses desde nuestra llegada a Salé la Vieja, y apenas si empezaba cada cual a poner en marcha su negocio, ya fuera comerciando, ya ofreciendo sus servicios como escribano, músico o carpintero, cuando los más altos señores de la villa quisieron ofrecernos una fiesta con motivo del fin del Ramadán y para ello encendieron grandes hogueras junto al río, más allá de nuestro campamento, y todos los andaluces que habíamos llegado de Hornachos, tanto los que aún vivíamos en tiendas como aquellos otros que habían logrado alojamiento intramuros, fuimos invitados a disfrutar del convite. Hubo asado de cordero y se mataron gordos y lustrosos pollos criados para la ocasión, tocaron nuestros músicos los hermosos aires andaluces y se llenó la noche saletí del quejido de sus violas y guitarras, y los ayes de nuestras voces, que hacían coro bajo la luna, elevaron a las estrellas el lamento por la tierra perdida y el recuerdo de nuestra larga derrota. Y así, embriagados de añoranza, de danza y de perfumes, apenas si nos dimos cuenta de que, poco a poco, íbanse retirando los señores de la villa, hasta que la madrugada nos encontró a solas con nosotros mismos, tres mil almas dolientes que bailaban y cantaban con recuperada alegría. Cuando quienes habitaban dentro de la ciudad quisieron regresar a su hogares, descubrieron con pesar que las puertas de la muralla habían sido cerradas y trancadas, de modo que nadie pudiera entrar en ella”.

Así se enteró Cristóbal Mendieta de la causa de la enemistad que enfrenta a las dos ciudades del Bu Regreg. Porque, a los ojos de los habitantes de Salé la Vieja, las ropas españolas que vestían muchos moriscos, su gusto por el vino y el que entre sí hablasen en la lengua castellana hacían que se les tuviera por malos mahometanos, cuando no por ocultos cristianos, pues tampoco faltaban entre ellos quienes protestaban su fe en Jesucristo y se quejaban a todas horas de la injusta determinación del rey Felipe III de expulsarles también cual si de paganos se tratasen. De ese modo,

los moriscos, que habían sido tratados como musulmanes en España, eran llamados cristianos de Castilla por sus nuevos vecinos del Salé, que es cruel paradoja del exilio el perder una tierra sin llegar a ganar otra. Tras mucho discutir y tras hacerse oír saletíes y hornacheros por el sultán Muley Zidán, que era el señor de la región, acordóse que los moriscos sentaran plaza al otro lado del río y que se hicieran cargo de la desprotegida Casba, pues en aquel tiempo el sultán andaba a la guerra con su sobrino, que le disputaba el reino de Fes, y precisaba del valor de hombres como los expulsados de España, que ya habían acreditado su coraje en su azaroso exilio. Así se hizo. Asentáronse los moriscos en la orilla izquierda, al amparo de la Casba, que seguía mandada por un hombre del sultán, el caíd Abdelazid Al-Zurari, y emplearon parte de sus bienes en atraer hasta allí a otros moriscos españoles que vagaban sin esperanza por los puertos mediterráneos de la Berbería, quienes pronto comenzaron a construir nuevas casas en el arrabal que empezaba a crecer al pie de la Casba, dentro del gran recinto amurallado de Salé la Nueva.

Desde entonces mucho había prosperado la villa morisca del Salé, pues eran sus pobladores gentes de oficio y de comercio, avezados en sus negocios y diestros en sus artes, lo que no hacía sino alentar la desconfianza y la envidia de sus vecinos de Sale la Vieja, que veían levantarse ante sus propias narices una villa donde los traficantes de Marraquech, de Tremacén y de Fes acudían para vender las mercancías que las caravanas traían desde la lejana Tombuctú y desde Argel, y para comprar aquellas que los moriscos cosechaban en su principal industria, que no era otra que la piratería, pues bien habían empleado sus dineros en hacerse con una flota, que no cesaba de crecer gracias a las nuevas embarcaciones capturadas, y en comprar los servicios de expertos piratas renegados venidos de Inglaterra o de Holanda. La temible fama de su escuadra había ido acrecentándose conforme ganaban en audacia y devastación sus incursiones en las costas españolas y portuguesas y aún más allá, pues los navíos no dudaban en arriesgarse en aguas de Irlanda e incluso del mismo mar del Norte. Pero fue en el puerto de Sevilla donde por primera vez llegaron a mis oídos las noticias sobre los piratas del Salé.

Hacía poco más de un mes que el «San Juan de Gaztelugache», maltrecho y a remolque, había hecho su entrada en el puerto sevillano y alimentaba desde entonces habladurías de la villa, pues el suyo había sido un suceso comentado desde el barrio de Triana hasta los muelles del Arenal y desde el patio de Monipodio a la Casa de la Contratación, de tal manera que, no importaba cuán alto se escalase entre la nobleza ni cuán bajo se descendiese entre la jacarandaina, en todas partes eran motivo de habladurías la desdicha del galeón, la mala cabeza de su capitán, el valor de sus tripulantes y el sin fin de extraños detalles que nadie sabía dónde poner en el cuadro general de su peripecia, y que, por estrafalarios e inexplicables, no hacían sino alimentar todas las sospechas, ya fueran éstas que habíase producido una rebelión a bordo o que en el barco viajaban agentes secretos de países extranjeros. Con tanto ojo atento, fue la mía la llegada menos discreta que hubiera podido desear. Mi condición

de extranjero me colocaba en el centro de todas las murmuraciones y la protección que, desde que pisamos tierra, me otorgaron a la par Catalina y el capitán Contreras levantó tal ola de curioso entusiasmo que bien puedo decir que no ha habido momento de mayor gloria creativa de la imaginación sevillana que las jornadas que siguieron a nuestro desembarco, en las cuales todo se dijo, todo se murmuró, toda conjetura cabida y toda loca idea fue dada por buena, sumiéndose la ciudad de Sevilla en una apoteosis de locuacidad como no recordaban los más viejos del lugar.

El capitán Contreras, cuya estima me había ganado durante la lucha contra los piratas, cargó en la cuenta de éstos las muertes de Gastaca y Azcoitia, y de poco sirvieron las historias que contaban algunos de sus soldados en las tabernas de los muelles, pues ambos bribones pasaron oficialmente a engrosar la lista de los valientes caídos en combate. La muerte de don Pedro Olea de Zumárraga tuvo, por demás, la virtud de permitir a cada cual escamotear su parte de culpa en el desgobierno del galeón y así cargóse en la cuenta del fallecido marino la total responsabilidad por el fatídico retraso que había propiciado el encuentro con los piratas. El escribano cerró boca y faltriquera con doble nudo y juró, ante el oficial de la Casa de la Contratación que pugnaba por averiguar lo sucedido, que todos sus libros y apuntes habíanse extraviado en el curso de la tormenta y del abordaje. De ese modo, la quimérica enfermedad de Catalina pasó a ser rumor de taberna y las verdaderas razones del desatino de don Pedro se esfumaron en el aire, dejando tan sólo los vagos testimonios de los supervivientes, que coincidían en ver en su conducta la manifestación de una extraña melancolía con ribetes quién sabe si de locura. Ni siquiera Juan de Tineo, que era hombre de honor y de verdades, se avino a hacer luz sobre lo acaecido. También él había compartido con nosotros la comunión guerrera de la que habíamos salido triunfantes y esa hermandad no dicha hacía preferible sellar la sentina del pasado, pues al fin de cuentas don Pedro había sido un redomado mentecato y bien estaba que al menos su estúpida muerte fuera ahora de alguna utilidad para los vivos.

Cada cual se vio, pues, en tierra con sus deseos cumplidos. Don Sebastián de Arteta, con la faltriquera bien servida. Don Juan de Tineo, con su pericia reconocida. El capitán Contreras, con su valor ensalzado. Catalina, adorada de nuevo por todos. Y yo, convertido en amante de una dama liberal, en protegido de un famoso soldado y en ciudadano de un país enemigo. Y todo ello por obra y gracia de aquellos piratas de origen desconocido. A fe que los caprichos de Fortuna son imprevisibles.

Catalina buscó alojamiento en casa de unos parientes, pues deseaba reponer fuerzas antes de proseguir su viaje hacia tierras del norte de España, donde estaban las propiedades de sus padres; y yo decidí quedarme en Sevilla tantos días como lo hiciera la hermosa, cuya compañía estimaba por encima de todas las cosas de este mundo, tal era el aturdimiento en que la pasión había sumido a mi razón. Con ayuda del capitán Contreras hallé hospedaje en una renombrada taberna del barrio de Triana que llamaban de la India, por ser fama que en ella había vivido una esclava india, en los primeros tiempos de la conquista del Nuevo Mundo, cuya belleza fue legendaria.

Se decía que yacer con la india traía buena suerte y no faltaban en el barrio quienes achacaban la actual prosperidad de algún vecino a los favores ganados a la india por un avisado antepasado. Ya no había india alguna en la taberna, aunque sí algunas esclavas negras que habían de soportar la lujuriosa herencia de su predecesora, pero era creencia general que tener hospedaje en la que fuera casa de tan bienhechora criatura había de atraer por fuerza a la buena suerte. De tal modo que era necesario gozar del favor del propietario, un tal Juan Álvarez, para encontrar allí aposento.

—No podéis negar lecho y comida a un valiente que viene de batallar con los peores piratas de la mar, maese Juan —protestó el capitán Contreras no bien le hubo echado la vista encima al tabernero. No hubo pues negativa y al fin pude colgar mi zurrón y mi capote en una habitación blanca y soleada, cuya ventana daba sobre el concurrido muelle de las Muelas. El grumete Cosme cargó el resto de mis enseres hasta allí y preparó un modesto jergón a los pies de mi cama, pues la gratitud y el miedo pasado habían hecho que no se despegara de mi lado desde el día del abordaje pirata. Su buena disposición y su natural callado, que tanto me recordaba al benéfico silencio de Jamaica, me animaron a tomarle finalmente como paje, cosa que había llenado su corazón de alegría y mis manos de agradecidos besos.

Yo había empleado el tiempo transcurrido desde nuestra llegada en disfrutar del bullicio de la ciudad, que era el corazón del comercio del imperio español y también la corte de todos los truhanes y logreros del reino. Las prósperas casas de los tratantes de esclavos se nutrían de los cargamentos humanos que pasaban aduana en el mismo muelle de las Muelas. Desde la ventana de mi habitación veía yo las largas filas de los infortunados que, procedentes de la Berbería o de la lejana Guinea, hacían con sus cuerpos el negocio de los tratantes florentinos y valencianos, verdaderos señores del comercio de esclavos. Pielles negras y curtidas, mujeres musulmanas cuyo pudor era violentado por la curiosidad de los posibles compradores, jóvenes llorosos y ancianos estoicos, mocetones fornidos como toros y esqueletos andantes que a duras penas podían mantenerse en pie... De todo había en aquel mercado de carne humana. Yo contemplaba su triste tránsito con la indiferencia de quien se cree a salvo de la desdicha ajena, y con ello daba prueba una vez más de la mucha necedad que esconde el alma humana, pues sólo el necio ignora que la única desdicha de la que se está a salvo es aquella que ya ha pasado.

Una mañana apareció el capitán Contreras por la taberna a hora temprana. Lucía su mejor uniforme, la pluma de guacamayo al viento, la chaquetilla abotonada y reluciente, las botas lustradas y la espada enredada en su larga capa que a duras penas alcanzaba a seguir el ritmo enérgico de sus grandes zancadas. Los puñetazos con que aporreó la puerta de mi habitación, pese a las protestas de Juan Álvarez que le suplicaba paciencia, sacaron a la taberna entera del letargo nocturno y a mí me despertaron con un galope de caballos en el pecho.

—¡Entrad, pardiez! —grité, abriéndole la puerta. Cosme, agazapado entre las mantas de su jergón, miraba con ojos aterrorizados la imponente figura del militar.

El capitán Contreras entró en la habitación como ventarrón en el bosque, revolviéndolo todo con el vuelo de su capa, inquieto y ambulante. Se fue a la ventana, sin mirarme siquiera, se plantó allí en jarras y al fin se dignó a dirigirme la palabra:

—¡Es hora de ajustar cuentas a esos piratas berberiscos, Tomás! ¡Ea, recoged vuestras cosas y veníos conmigo, que la ocasión es propicia!

—¿Qué ocasión es ésta? Hace un mes que no sé nada de vos y os presentáis así, a golpes y gritos como loco furioso. ¿De qué habláis, capitán?

—¡De venganza, coño! —Y soltó una risotada brutal. Parecía que incluso su bigotón estaba a punto de echarse a humear, tal era el fuego que despedían sus ojos.

Le rogué que se sentara en el pequeño escaño que había junto a la ventana y que intentara hablarme con cordura, si tal era posible. Cuando hubo serenado un poco su ánimo belicoso, me hizo saber que todo aquel tiempo había permanecido en el puerto de Cádiz, a la espera de un destino que le permitiera hacer valer su destreza y su valor. Estuvo en un tris de embarcar en la armada que había de partir hacia Filipinas, pero la torpeza del almirante Figueroa, que ni era marinero ni había entrado en la mar jamás, hizo naufragar la nave capitana frente al cabo de Tarifa, donde perdió la vida el mismo almirante y se fue a pique el previsto viaje. En éstas estaba, tratando de rescatar algunos de los cañones del hundido galeón con la ayuda de dos tartanas, cuando llegaron noticias a la ciudad de que los piratas berberiscos del puerto del Salé habían puesto sitio de nuevo a la fortaleza que los españoles tenían en la costa africana, llamada La Mamora.

—El señor duque de Medina-Sidonia ha mandado acudir en socorro de los sitiados, Tomás, y con tal fin me ha hecho venir para averiguar cuándo podrán hacerse a la mar los galeones que hay en Sevilla. Pero aquí las cosas van despacio y no creo que puedan levar anclas hasta la próxima semana, de modo que he de partir yo antes con las dos tartanas y un cargamento de cuerdas, pólvora y balas con que dar primer auxilio a la fuerza de La Mamora o morir en el intento. ¡Venid conmigo! Que será buena ocasión de hacer tragar a esos piratas tanta osadía y de vengarnos de paso del daño que nos infligieron, pues si los de Argel tienen fama de feroces estos del Salé no les quedan a la zaga e infestan las aguas del estrecho de Gibraltar con sus rapiñas, y por ello no sería extraño que las embarcaciones que nos atacaron tuvieran su guarida en ese puerto maldito.

—Pero yo soy extranjero, capitán...

—¡Pero sois cristiano y valiente, pardiez! ¿Qué más hace falta? Enrolaos tan sólo por este viaje y ganaos algunos reales que bien habrán de veniros si seguís empeñado en rondar a la hermosa Catalina, que es mujer de gustos caros y muchos caprichos.

Catalina. ¡Qué esquivada y cruel se había mostrado los últimos días! Al amparo de la casa de sus parientes, donde se la tenía entre sedas cual si de una delicada joya se tratase, me había escatimado su presencia y destilado sus caricias como gotas de veneno. Jalaba la cuerda de mi pasión hasta dejarme sin aire y luego largaba el cabo de sus atenciones para evitar que la desesperación me ahogara. Y así iba y venía yo,

olvidado por días, ansioso en las contadas y fugaces citas que nos permitían apenas tocarnos al amparo de la sombra del jardín de su casa o en el recato de una carroza. Hacerme matar en La Mamora era una manera como cualquier otra de librarme de aquel deseo tirano y de olvidar para siempre el foso que me separaba de la hermosa, pues yo sabía que mi lugar estaba en cocheras y apartados rincones, que mis derechos eran el pecado secreto y la dicha hurtada, y mis armas el sigilo y la paciencia. Mas saberlo en nada reparaba el raspón que tenía a mi orgullo en carne viva, encaprichado de las mieles que Catalina libaba y sabedor que habría siempre de contentarme con rebañar sus sobras, pues no había de ser mía la hermosa como tampoco lo eran la brisa que me refrescaba ni el río cuya agua saciaba mi sed.

Di pues mi conformidad y me apresté a preparar el hatillo que había de acompañarme en aquella aventura. Dejé a Cosme al cuidado de mis escasas pertenencias, cosa que hube de mandarle al fin con malos modos pues el paje se empeñaba en seguir mi suerte, y esa misma mañana salí de Sevilla a bordo de la tartana del capitán Contreras.

Armamos en Cádiz las dos tartanas con una batería de los cañones rescatados del galeón del fallecido Figueroa y con una gruesa bombardita cada una, más destinada a hacer ruido y meter miedo que a otra cosa. Y al día siguiente, que era viernes, nos hicimos a la mar con el cálculo hecho de tal manera que amaneciéramos frente a La Mamora, pues tan sólo la separaban de Cádiz cuarenta y dos leguas. Durante el viaje, el capitán Contreras me contó lo que sabía de aquellos piratas del Salé:

—Tienen su fortaleza tres leguas al sur de La Mamora, en la desembocadura de un riachuelo donde resguardan sus barcos, que son numerosos, maniobrables y de poco calado, y con ellos nos destruyeron las costas de España y de Portugal y no hay año en que no entren en ese Salé menos de quinientos esclavos, tomados en navíos de la costa nuestra que vienen de las Indias y de Canarias, de Brasil y de Pernambuco. Dicen que la fortaleza del Salé es buena y bien defendida y sus dueños son los moriscos que nuestro Rey expulsó de España. Cosa que en nada me extraña pues bien pude ver yo en su día, cuando anduve en armas por tierras de Hornachos y otras villas moriscas, cuán pendencieros y tercos eran sus habitantes.

Apenas dormimos durante la corta travesía: había que estar ojo avizor, no fuéramos a toparnos con algún navío pirata antes de tiempo. Navegamos con la costa a la vista mas sin fanal alguno, pues no queríamos anunciar nuestra llegada, y para ello apostó el capitán Contreras dos ojeadores que escudriñaran la noche, que era nublada y por momentos parecía boca de lobo. Las primeras luces del día nos sorprendieron frente a la fortaleza de La Mamora, que estaba rodeada por tierra por más de treinta mil moros, y asediada desde el mar por una veintena de navíos saleties, anclados a una legua de la costa por ser ésta abrupta y de oleaje vivo. Aprovechamos las últimas sombras para colarnos entre los barcos piratas a golpe de remos, y cuando quisieron darse cuenta ya habíamos enfilado la desembocadura del río donde se alza La Mamora, aun a riesgo de hacer entrar el oleaje en cubierta. Ningún navío pirata

quiso arriesgarse a seguirnos en semejante maniobra y se conformaron con dispararnos algunos mosquetazos y algunos tiros de culebrina, a los que respondimos con dos descargas de bombardas, que ya traíamos preparadas para la ocasión y que debieron quitarles las pocas ganas de combate que pudieran albergar a tan temprana hora.

Llegamos hasta el embarcadero de la fortaleza, desde cuyas almenas se batieron los cercanos roquedales para mantener apartados a los moros que los sitiaban por tierra, y allí nos recibió el gobernador, un maestre de campo llamado Lechuga, que resultó ser viejo conocido del capitán Contreras y que no podía ocultar su alegría por nuestra llegada. Comenzáronse las tareas de descarga y fuimos nosotros conducidos hasta un salón donde se nos agasajó con un suculento banquete que no habría de hallarse mejor en la corte de Madrid. Mientras hablábamos con el viejo Lechuga, supimos que la flota saletí había levado anclas y tomado rumbo a su guarida, sin duda temerosa de la pronta llegada de la armada de galeones que, en efecto, debía seguirnos en breve. Y no bien vieron los moros que su flota los abandonaba, enviaron a la fortaleza a algunos de sus señores para anunciar el fin del asedio y manifestar al gobernador su disposición a vivir como buenos vecinos; hechos todos de los que fuimos regocijados testigos, pues con tan sólo dos tartanas habíamos torcido el curso del sitio y devuelto la libertad y paz a los defensores de La Mamora.

Aprovechó la ocasión el capitán Contreras, que estaba muy sorprendido por haber encontrado más barcos de los que esperábamos, para averiguar cuál era la situación en el Salé y supo por los dichos señores moros que en el puerto pirata la vida prosperaba a golpe de rapiña y que los moriscos habían trabado buena relación con comerciantes holandeses, enemigos jurados de España, los cuales habían empezado a proveerles de pólvora y cañones y de cuantas cosas necesitaban para el buen gobierno y la prosperidad de su república pirata.

Lo que en aquel tiempo ignorábamos el capitán Contreras y yo era que el hombre cuya mediación más había contribuido al buen comercio del Salé con los Estados Generales de Holanda era precisamente el capitán de la carabela pirata que había dirigido el ataque contra el «San Juan de Gaztelugache». Su nombre era Jan Janssen, aunque se hacía llamar Jan Jansz y entre los moriscos se le conocía como Morat Raís, y había nacido en la ciudad de Haarlem donde, según se decía, aún tenía mujer e hijos. Era un hombre recio, de mediana estatura, pelo bermejo y barba corta, que debía rondar los treinta años de edad. Se había iniciado como corsario al servicio de Holanda, pero con escasa fortuna pues al poco fue hecho prisionero, frente a las islas Canarias, por un pirata berberisco llamado Solimán Raís. Conducido como esclavo hasta Argel, eligió unirse a la tripulación de su captor como renegado y, a la muerte de Solimán, había decidido probar fortuna en el puerto del Salé, donde se había instalado hacía poco más de un año y ofrecido sus servicios piratas a los moriscos españoles, que no dudaron en entregarle el mando de la carabela. Su arrojo y pericia le ganaron pronto fama y estima entre los señores del Salé, y en sus incursiones por



las costas europeas no dudó en llegarse hasta su Holanda natal, donde volvió a encontrarse con su mujer, que ya desesperaba de volver a verle. Por ella supo que, en el momento de su captura por Solimán, estaba preñada y había dado a luz una hermosa niña a la que puso por nombre Lisbeth y que ya contaba dos años de edad. Consoló Jan Jansz a su esposa, le hizo entrega de algunos dineros y partió con la promesa de hacerle llegar otros a no mucho tardar. De su viaje se trajo el amoroso recuerdo de su hija Lisbeth, en cuyo homenaje llamó «Lisi» a su carabela, pero su vida y fortuna estaban ya en el Salé y no tardó en buscarse esposa musulmana entre las moriscas, para mejor anudar los lazos que le ligaban a la comunidad cuya riqueza y prosperidad eran también las suyas. Así contrajo matrimonio, el mismo año en que Cristóbal Mendieta fue a dar con sus huesos en las mazmorras del Salé, con Selma Al-Fajar, una grave y madura mujer cuyos familiares eran influyentes comerciantes de la villa y que ya desesperaba de quedar soltera, pues su mala cabeza le había ganado de joven fama de disoluta y ni siquiera los buenos dineros de sus padres habían bastado hasta entonces para hallarle marido. Quizá para poner remedio a su mal nombre, Selma se había convertido en una mujer piadosa y solitaria, dada a las limosnas y las obras de caridad, poseedora de una infinita paciencia que habría sin duda de serle de gran ayuda para sobrellevar la vida con un hombre inquieto y voluble como era el capitán Jan Jansz. Fue ella precisamente quien llamó la atención de su esposo sobre el esclavo español que tantas lenguas hablaba y al que había visto trabajar en los astilleros, cada vez que sus piadosas tareas la llevaban hasta allí con alimentos para los infortunados cristianos.

Un día, al salir al alba de las mazmorras, rumbo a la diaria tarea, Mendieta fue apartado por dos soldados del resto de la comitiva y llevado hasta una de las casas que se apretaban en el barrio que había dentro de la Casba. Estaba en un callejón que llamaban del Bazo, de paredes blancas y labradas puertas coloreadas de azules, rojos o amarillos. Los soldados le acompañaron hasta un recoleto patio interior sobre el que se levantaban los arcos de una hermosa galería cerrada por celosías de madera. En el centro del patio rumoreaba una fuentecilla y, al fondo, los verdes brazos de un naranjo ofrecían su cosecha dorada. Del umbrío soportal surgió una voz que saludó en lengua arábiga:

—¡La paz sea contigo! Que Alá te preserve de todo mal y de toda desgracia.

—La paz sea contigo —respondió Mendieta en la misma lengua.

—¡Acércate! —ordenó la voz, ya en lengua castellana. Mendieta obedeció y, cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra de la estancia que se abría bajo el soportal, pudo ver a un hombre bermejo, vestido a la manera moruna, que estaba recostado sobre unos grandes cojines. Era el capitán Jan Jansz, el Morat Raís de quien tanto había oído hablar en los astilleros y al que sólo había visto hasta entonces desde lejos, cuando venía a revisar el carenado de su carabela.

—Yo también hablo varias lenguas pero, según me dicen, no tantas como tú. ¿De dónde eres?

—Soy nacido en Cartagena de Indias.

—Muy lejos estás de tu patria y mucho sabes para haber nacido en las Indias, que son tierras duras y de poco refinamiento.

—Cuanto sé lo he aprendido de mis mayores, que ha sido el nuestro desde siempre oficio de traductores y escribanos.

—¿No eres pues carpintero?

—Soy lo que las apreturas de la vida dispongan.

—Buena filosofía. ¿Eres igual de tornadizo en otros menesteres?

—No sé de qué me habláis.

—De lealtad y de fe, Cristóbal. ¿Es ése tu nombre?

Mendieta asintió con la cabeza y el capitán Jansz le hizo un gesto con la mano para que tomara asiento en los almohadones que había frente a él. Antes de sentarse, Cristóbal echó una mirada a sus espaldas y comprobó que sus guardianes habían desaparecido. El capitán pirata prosiguió con sus razones:

—Es bien sabido que la vida gira y gira como un molino de viento y en su rueda nos va moliendo. Allí se hacen harina las esperanzas y los ideales, los temores y las ambiciones. Al cabo de un tiempo, ya no somos los orgullosos granos que se mecían en doradas espigas sino un polvo maleable con que amasar otras formas. El molino de la vida te ha traído hasta el Salé y pacientemente te muele en la dura rueda de la esclavitud. Quizá sueñes con el día en que los monjes trinitarios o los mercedarios vengan a pagar tu rescate. Puede que sea así, si tienes quien haga valer tu causa en Sevilla, en Madrid o en Cartagena de Indias, pero ten por cierto que nada podrá librarte aún de otros dos años de cautiverio antes de que tan prolijas negociaciones den algún resultado. Y dos años es demasiado tiempo. Puede pasar cualquier cosa entre tanto. Puedes enfermar y morir. Puedes acabar como galeote. Puedes incluso ser vendido a alguno de los muchos señores de Marraquech, de Argel o incluso de más lejos, que vienen a proveerse de esclavos a nuestro puerto... Mas no quiero asustarte ni deseo que tomes mis palabras como amenazas. Te hablo tan sólo de lo que puede ser la vida de cautivo en el Salé. Una vida por la que yo nada puedo hacer... salvo que dejes de ser un cautivo. —El capitán Jan Jansz guardó unos momentos de silencio y añadió—: De ti depende seguir siendo esclavo o ganarte la libertad por tus propios méritos. Escucha, pues, mi propuesta y medítala antes de contestar. Yo también fui cautivo en Argel y antes hice cautivos a otros hombres en nombre del príncipe de Orange. Sé bien de las vueltas de la vida. Por ello sé también que la fe por la que los hombres mueren y matan, la lealtad a la patria en cuyo nombre se arrasan patrias ajenas y se esclaviza a hombres movidos por otras lealtades, no son sino piezas intercambiables como las armas que unos y otros esgrimen en el combate. Toma entre tus manos una cimitarra sarracena y verás qué poco importa que haya sido forjada en Bagdad, porque con ella podrás rebanar tantas cabezas de enemigos como den de sí tus fuerzas y tu pericia. A la postre no estarás sino defendiendo tu vida, preservando tu pellejo, buscando el modo de escapar a la muerte. Actúa de igual

modo con tu fe y tu lealtad y verás qué poco importa cuál sea el nombre del Dios verdadero o el color de la bandera a la que sirvas. Siempre hallarás hombres que de buen corazón juran y mueren por Alá o por Jesucristo, y te preguntarán quién es más devoto y sincero en su fe. Verás valientes capitanes sucumbir enarbolando la media luna o la cruz y, si les desnudases de símbolos y atuendos, ¿cuál te parecería más valeroso y honesto? ¿Cómo habrías de reconocerlos? Yo alcé la bandera de mi libertad y me asenté sobre la fe de mis propias fuerzas hace cuatro años, cuando me uní al hombre que me había hecho cautivo y renegué de otras lealtades y otras creencias. Desde entonces soy el dueño de mi vida y, si no puedo evitar que la Fortuna mueva el molino de sus caprichos, sí que puedo al menos decir qué clase de pan voy a amasar con la harina de mis días. Porque en esta vida pirata que he elegido sólo sirvo a quien me place y me conviene. Por ello he ido a dar en esta tierra que es patria de los sin patria, un rincón del mundo en que cada cual puede hacer realidad sus sueños a golpe de audacia y voluntad. Mírame a mí, un pobre marinero en Holanda convertido en próspero capitán en el Salé. Mira a todos estos moriscos, expulsados de su país como perros y transformados hoy en armadores de barcos y en vengativos piratas. Aquí no hay más ley que la de sobrevivir. Cada cual guarda para sí su fe, y la lealtad se basa en la mutua ayuda para salir airoso del combate. No hay dignidades que reconocer y puedo jurarte que no habrá de pasar mucho tiempo antes de que esta pequeña república alcance su independencia y se libre de su servidumbre con el señor de Marraquech. Aquí hay sitio para hombres que ambicionen la riqueza o la libertad. ¿Tal es tu caso? Piénsalo y, si te decides, únete a mi tripulación. Un hombre como tú, conocedor de tantas lenguas, tiene un próspero porvenir en esta pequeña Babel.

—¿Basta tan sólo con la proclamación de mi propósito para quedar libre? —respondió Cristóbal, que había seguido el largo parlamento del pirata en silencio.

—Gozarás de una plena libertad de movimientos dentro del Salé durante los seis meses en que se pondrá a prueba la sinceridad de tus palabras. Pasado ese tiempo, y tras el pago de una cantidad de dinero que habrás ganado de sobre en esos meses si realmente te esfuerzas en hacerlo, tú mismo comprarás tu libertad definitiva y pasarás a ser un ciudadano más del Salé. Hazme saber tu respuesta con el jefe de la guardia del astillero. Puedes retirarte ya.

El capitán Jan Jansz hizo un gesto con la mano y los dos soldados se asomaron a la entrada de la sala. Mendieta se puso en pie y, tras esbozar una reverencia, se dirigió hacia el patio, pero antes de llegar hasta los soldados se volvió y dijo:

—No hay razón para postergar una respuesta que ya tengo decidida, capitán.

—¿Cuál es ella? —preguntó el capitán Jan Jansz, desde su lecho de almohadones.

—Deseo unirme a vos y recuperar mi libertad. La fe cristiana no me retiene. Más aún, es camisa prestada de la que al fin voy a verme libre. Mi lealtad es cosa mía, vive encerrada en mi corazón como una prisionera y si, como decís, hay en esta tierra espacio para cualquier sueño, dejadme a solas con el mío, que yo sabré serviros con

esfuerzo y valor. Contad pues con mi inteligencia y mi voluntad para hacer prosperar esta república sin dueños.

El capitán pirata sonrió abiertamente y dijo:

—Has decidido sabiamente. Pronto tendrás noticias mías.

Los soldados condujeron a Mendieta hasta los astilleros, donde sus compañeros de cautiverio esperaban ansiosos su regreso. Sin embargo, poco pudieron hablar hasta la hora del frugal almuerzo que les llevaba la piadosa Selma y sus sirvientas, pues los soldados, que en otras ocasiones se mostraban indolentes y tolerantes, acechaban aquel día sus movimientos como aves de presa y no consentían ningún descanso en la tarea, que era la de remachar los tablones de un nuevo patache.

Cuando estuvieron al fin reunidos en torno de sus pobres escudillas, Alonso Gallo hizo la pregunta que a todos les escocía en los labios:

—¿Qué ha ocurrido, Cristóbal? ¿Te han hecho algún mal?

Mendieta negó con la cabeza. Miró a su alrededor y vio los ojos de todos clavados en él: los inquisitivos ojos de Alonso Gallo, los ojos inexpresivos de Saborío, los ojos pícaros de Gató... incluso los ojos desconfiados del jefe de la guardia, Rachid Narváez, que le vigilaba desde lejos. Si duda, aquél no era el mejor momento para dar cuenta de su decisión.

—Estoy bien, nada me han hecho —dijo al fin.

—¿Entonces? ¿Qué querían, dónde te han llevado?

Mendieta hundió la vista en la escudilla y apuró la sémola que había en ella:

—He estado en la casa de Morat Raís. —Hubo un silencio y Mendieta continuó—: Quiere que me enrolé en su tripulación.

—¡Hiciste bien en negarte! —exclamó Saborío, mientras Gató pedía en su lengua que alguien le explicara lo que estaba ocurriendo.

—«Mutatus sum in piratam» —le respondió Mendieta.

—¡Déjate de latinajos y dinos la verdad! —estalló Alonso Gallo—. ¿Vas a unirte a los piratas?

—¿Por qué le preguntas eso? —protestó Saborío—. ¿No ves que está aquí?

—Porque lo leo en sus ojos. ¿Es cierto, Cristóbal?

Gató le miraba con una sonrisa indescifrable, gordo y plácido, sentado sobre una piedra y ocupado en raspar con su cuchara de palo el fondo vacío de la escudilla que sostenía sobre sus rodillas. Saborío estaba desconcertado y miraba alternativamente al carpintero y a su ayudante. Por fin Mendieta se animó a responder:

—Sí, voy a hacerlo.

—¡Rediós! —gruñó Alonso Gallo—. ¡Estás loco! ¡Unirte a estos ladrones paganos! ¿No te das cuenta de que vas a perderlo todo?

Mendieta sintió que la rabia se hacía dueña de su corazón y, poniéndose en pie, respondió con voz entrecortada de ira:

—¿Y qué voy a perder? ¿Mi condición de esclavo? Nada me agradaría más. ¿El amparo de la Iglesia? ¡Por Dios, si no puedo esperar de ella más que odio y castigo!

¿No lo entiendes? ¡Yo no soy cristiano ni lo he sido nunca! Llevo el sello de su bautismo como llevo la cadena del cautiverio. No sueño en otra cosa que en librarme de él. ¡Soy judío! No soy cristiano aunque por tal se me haya tenido siempre. ¡He sido una sombra y por fin voy a vivir a la luz! Aquí los judíos viven en libertad y a esta libertad aspiro yo. Así que no veas mi decisión como una traición: nadie traiciona a los carceleros al intentar huir de la cárcel. Antes al contrario, que está en la naturaleza humana querer librarse de las cadenas que nos oprimen.

Alonso Gallo le miraba con ojos asombrados:

—¿Tú un judío? —Y cabeceaba mientras tanto, incrédulo.

—Escúchame, Alonso. Te debo la vida, te lo debo todo. Tú me ayudaste cuando más lo necesitaba y no me preguntaste entonces cuál era mi fe. No te importaba, yo era un hombre que se moría y tú acudiste en mi ayuda. ¿Por qué ha de importar ahora que sea judío o no? Tengo al alcance de mi mano la libertad, ¿cómo he de rechazarla? ¿Por fidelidad a una fe que no es la mía o a un rey que no dudaría en expulsarme o encarcelarme si supiera mi verdadera condición? Yo no reconozco otra lealtad que la que me une a los hombres que aman la libertad ni otra patria que la de mi corazón. En él hay un espacio para ti y para tu generosidad. Vente conmigo, que yo sabré convencer al capitán Jan Jansz para que te acepte.

—Me has engañado —musitó el sevillano, cual si nada hubiera oído de cuanto le había dicho el converso.

—He vivido encerrado en la jaula de la mentira, Alonso. ¿Qué vida es ésa? No te duelas de que al fin pueda escapar de ella.

El carpintero cerró los ojos y negó con la cabeza, como si quisiera apartar de sí la visión de un fantasma. Después se puso en pie y se alejó del grupo, donde todo eran ahora discusiones, pues mientras los más expresaban su enojo por las palabras y obras de Mendieta, algunos como el gordo Gató pugnaban por mostrar su acuerdo con él. La llegada de los soldados puso fin a la disputa. Los esclavos fueron obligados a retornar a su tarea, aun sin haber terminado su almuerzo, que las pasiones desatadas habían echado en el olvido al hambre que les roía las entrañas. Trabajaron dura y silenciosamente. Algunos rehuían la presencia de Mendieta, pero no Alonso Gallo. Durante toda la tarde remacharon tablones el uno al lado del otro, mas ni una sola vez cruzaron otras palabras que las necesarias para llevar a cabo su labor. Al término de la jornada, Rachid Narváez se acercó hasta Mendieta y le dijo:

—Cuando lleguéis a vuestra mazmorra, preparad el hatillo pues esta misma noche habréis de dormir en libertad, no sea que vuestros compañeros quieran tomar venganza contra vos.

—Nadie ha de hacerme daño.

—¡No seáis necio! Esas mazmorras son una mina de odio y vos una veta al alcance de la mano. Estad alerta, no vayáis a pagar también por nuestros daños.

Las torvas miradas de sus compañeros de celda y el inusual silencio que reinaba en las mazmorras, cual presagio de tragedia, convencieron a Mendieta de la verdad

que encerraban las palabras del morisco, de modo que lió apresuradamente el hatillo de sus pocas pertenencias y aporreó la puerta para llamar la atención del carcelero.

—«Addio, caro amico».

El corpachón grande y orondo de Gató se abalanzó sobre él, en un fraternal abrazo.

—«Non habiamo bisogna de decire addio, é solo un piccolo a rivederci» —dijo Mendieta en el habla del veneciano.

—«Bellísimo il tuo italiano, Cristóbal» —se burló Gató.

—«Io ho tenuto il migliore maestro».

El ruido de la puerta al abrirse separó a ambos amigos. Un soldado acompañaba al carcelero y, tras ellos, el angosto pasillo se retorció, apenas iluminado por un desfalleciente candil, y se perdía entre penumbras. En el momento en que Mendieta atravesaba el vano de la puerta, una voz a sus espaldas le dijo:

—Que el Dios de tu fe te acompañe.

Alonso Gallo le despedía desde su jergón, con una triste sonrisa en los labios.

Afuera caían ya las primeras sombras de la noche y una llovizna fría convertía en lodo la arena traída por el viento, que no había cesado de soplar en toda la jornada. Los centinelas de la gran puerta de la Casba entreabrieron una de sus enormes hojas y Mendieta y su guardián salieron a la plaza que separa la fortaleza del laberinto de calles del arrabal que se extiende ante ella. En el centro de la plaza, una alta higuera elevaba sus retorcidas y desnudas ramas hacia el cielo encapotado, cual si gritara un inaudible lamento.

—¿Adónde me lleváis? —preguntó Mendieta, mientras atravesaban la plaza.

—Donde mejor habrán de trataros. Con los vuestros.

—¿Los míos?

—Los judíos. Vamos a casa de Moisés Santiago, que es secretario del caíd de la Casba y hombre generoso. A cambio de unos pocos reales os autoriza a instalaros en las habitaciones de su servicio.

—¡Pero yo no tengo nada! ¿Con qué he de pagarle? —protestó Mendieta, que para sus adentros se preguntaba cómo había podido volar tan velozmente la nueva de su condición judía.

—Eso es cosa vuestra. Mirad, aquí es.

Se habían adentrado por una calle larga y de suelo empedrado, que llamaban del mercado, por cuyo centro corría un canalillo rebosante de agua. Cada tanto, a ambos lados de la calle se abrían pequeños arcos que daban a otros callejones, y las fachadas de sus casas, blancas y con grandes portalones de madera, proclamaban la buena fortuna de sus habitantes. La que señalaba el soldado era una mansión alta, de paredes lisas y poco ornamentadas, como es costumbre entre los moros, y con una puerta enorme por la que cabía holgadamente un carromato cargado de heno. Los golpes de la aldaba resonaron en la calle desierta y al poco se abrió el portón y un mozo, que vestía túnica negra y llevaba en la mano una palmatoria, les guió por las

amplias escaleras que descendían hasta un gran patio encolumnado, donde se olía la fragancia de los arrayanes y se recortaban las sombras de algunos naranjos. Allí abandonó el soldado su guardia y tomó camino de regreso a la Casba.

—Seguidme —dijo el mozo y condujo a Mendieta a través de una pequeña puerta, que se abría en el extremo más apartado del patio, hasta una sala grande llena de largos rollos de tela, en uno de cuyos rincones había un jergón y una tosca arqueta.

—Podéis guardar ahí vuestras pertenencias —añadió el mozo, señalando la arqueta a la vez que entregaba a Mendieta un pequeño candado—. Mañana habéis de levantaros al alba, pues Adón Moisés desea hablaros temprano.

Cuando el mozo hubo abandonado la sala, quedóse ésta sumida en penumbras, malamente iluminada por la poca claridad que se colaba por el ventanuco que daba al patio. A tientas, Cristóbal arrojó dentro de la arqueta sus escasos bienes, entre los que estaba su máspreciado tesoro, un estropeado libro de rimas del poeta del que se decía amigo el capitán Contreras, don Lope de Vega Carpio, que le había entregado otro cautivo español poco antes de morir comido por un mal que le hacía escupir sangre, a las pocas semanas de su llegada al Salé. Desde entonces, aquellos versos le hacían compañía cual si fueran su perdido Talmud, pues si no albergaban comentarios piadosos sí que hallaba en ellos consuelo a su soledad y desengaño, y también las mágicas palabras que invocaban la memoria ardiente de su amada Catalina, a la que daba por inalcanzable y perdida y de la que ya apenas si podía recordar con exactitud el perfil de su rostro o el color de su pelo. Guardaba de ella una sensación, ciertos movimientos, algunas palabras sueltas, el dolor de su ausencia y un amor que día a día se iba alejando de la mujer que lo encendía para aletear por sí solo en su alma, como un ave a la búsqueda del mejor lugar donde emplazar su nido. Y por ello, alababa el buen juicio del poeta cuando leía sus versos preferidos:

creer que un cielo en un infierno cabe,  
dar la vida y el alma a un desengaño;  
esto es amor: quien lo probó lo sabe.

Él lo sabía y aún guardaba en los labios la miel de sus caricias y la amargura de sus devaneos. Y ese recuerdo venía a empañar, con el sucio humo de los celos, el afecto que me tenía y nuestra misma amistad, pues no podía olvidar el modo en que Catalina me había mostrado su preferencia, dejándole a él de lado, expulsado del paraíso de sus favores y devuelto a su mísera condición de paje. Y aun así, añoraba Cristóbal aquel infierno de humillación y desprecio cual si se tratara de un cielo.

Le despertaron los primeros cantos de gallos que se colaban por el ventanuco junto a las primeras luces, mezclados con una alegre melodía que le llegaba de lejos, a lomos de una voz dulce y bien templada, una voz de mujer que le desató de nuevo en el alma las mismas tormentas que el sueño había aplacado durante la noche.

No bien se hubo levantado y terminado de vestir, cuando el mozo que le había

recibido entró en la sala. Portaba una palangana y una jarra con agua, que dejó sobre la arqueta.

—Adón Moisés os espera en el patio. Acudid en cuanto os hayáis lavado.

Mendieta volvió a despojarse de su jubón y refrescó cara y torso con el agua fresca de la jarra. La dura vida de las mazmorras le había vuelto descuidado en el aseo. Volvió a enfundarse la vestimenta y salió al patio. El cielo seguía encapotado, pero ya no llovía. Las hojas de los naranjos brillaban cual si fueran de pulida madera y sus frutos parecían capturar la poca luz del incipiente día y resaltaban contra el fondo oscuro de los soportales y contra las largas columnas encaladas a las que la lluvia y la mordedura del aire, siempre cargado de vapores marinos, habían ido tornando grises. En el centro del patio, sentado sobre una humilde silla, estaba un hombre de avanzada edad y larga barba blanca. Acucillada ante él, una moza ataviada con una ceñida túnica blanca le refrescaba los pies con un paño que humedecía cada tanto en un balde que tenía a su lado. Su cuerpo era pequeño y gracioso, y su oscuro pelo crespo caía en apretadas ondas sobre su espalda. Era ella quien cantaba la melodía, pero lo hacía con tanta suavidad y cuidado que apenas si escapaba la voz de su garganta, en un arrullo que parecía tener adormecido al anciano. La canción decía:

Así es la flor  
que a orillas del Bu Regred crece,  
tiene el olor  
de las algas que la mar mece.  
Un día la quise cortar,  
me lo impidieron las olas del mar.

Dame tu aroma, mujer  
que eres flor que he de tener.

Dame de tus ojos el calor  
que muero de amor.

Cuando Cristóbal se acercó, la muchacha clavó en él sus ojos pardos, pero no dejó de cantar. El anciano abrió los suyos, que eran azules como cielo de verano, y puso su mano sobre la cabeza de la moza.

—Gracias, hija mía. Ahora sécame, que he de hablar con este hombre.

Ella volvió a dirigir su mirada hacia Cristóbal y éste pensó que pese a su sumisa tarea y a la dulzura de su voz, en aquellos ojos había determinación y orgullo.

—Venid —dijo el anciano, cuando la muchacha hubo terminado de secar sus piernas y recogido del suelo el balde.

Los caminos de Cristóbal y de la muchacha se cruzaron, mientras ella partía



apresuradamente hacia el interior de la casa, y sus cuerpos estuvieron por un momento tan cerca que él creyó percibir, entre el perfume de los arrayanes, la fragancia de los afeites con que ella se untaba, y sintió que un bálsamo de inquieta felicidad se derramaba sobre su corazón.

—¡Shalom! Que el Nombre del Cielo os bendiga y os guarde de todo mal. Sed bienvenido a mi casa —saludó el anciano.

—Shalom —respondió Cristóbal, sin poder evitar que el sonido de su propia voz le sobresaltara. Por vez primera pronunciaba al aire libre la vieja palabra hebrea que durante toda su vida había dicho tan sólo a sovoz y en el recato de la casa de sus padres.

—Me dicen que habéis guardado en secreto vuestra condición de judío y que por cristiano os tenían hasta ayer mismo.

—Así es —respondió Cristóbal y, ante el invitador silencio de su anfitrión, comenzó el relato de sus desventuras.

Moisés Santiago escuchó su historia sin decir nada. A veces cabeceaba con asentimiento, otras cerraba los ojos como si las palabras de Cristóbal Mendieta le trajeran penosos recuerdos. Cuando éste concluyó su cuento, el anciano judío se levantó de su silla, con menos esfuerzo del que cabía esperar de sus muchos años, y se acercó hasta él. Tomó sus manos entre las suyas, que aunque arrugadas eran fuertes como garras, y mirándole fijamente desde la lejanía de sus ojos le dijo:

—Bien sé de qué sufrimientos me habláis, pues estuvieron mis abuelos entre los judíos que quisieron quedarse en España bajo apariencia de cristianos cuando nuestro pueblo fue expulsado por el rey Fernando y su mala mujer, y por su pecado sufrieron persecución y afrentas, y hubieron por fin de dejar hacienda y bienes para salvar la vida, y viniéronse a esta tierra del Salé donde recuperaron fe y libertad, que son grandísimos tesoros que no se pueden malgastar. Por sus palabras y por las de mis padres he sabido yo de las cuitas de nuestros antepasados, y de sus enseñanzas he hecho memoria, al punto que a mi hija, a la que acabáis de ver, le di el nombre de Susana en recuerdo de la hermosa hija de un acaudalado judío de Sevilla, la cual, por amor a un cristiano viejo, denunció a la Inquisición a su propio padre, al que hubo de ver cómo daban muerte en la hoguera, para dolor de su corazón y vergüenza de los siglos venideros. Aquella pobre infeliz cargó con los remordimientos hasta su muerte y fue su última voluntad que colgaran su cráneo sobre la puerta de su casa, a fin de que nadie olvidara la enormidad de su pecado y de su cobardía. El nombre de mi hija me recuerda cada día su advertencia... Y vos... mucho habéis tardado en proclamar vuestra verdadera fe, pues son ya cuatro meses, según me dice el capitán Jan Jansz, que estáis cautivo. No sé si vuestro largo silencio es fruto del miedo y de la esclava condición o simple descreimiento, como no sé tampoco si vuestro regreso al pueblo de Israel es sincero o está movido por el único deseo de hallar amparo en esta tierra extraña. Sólo el Nombre puede leer en el corazón de los hombres y sólo Él conoce la gravedad y el número de vuestros pecados. Yo os ofrezco alojamiento en mi casa, que

podréis pagar ayudando en las tareas del comercio de telas y entregándome cada semana tres reales de los que ganéis oficiando como intérprete y escribano para el caíd de la Casba, de quien yo soy secretario. Según sé, tenéis un tiempo para probar vuestra lealtad a esta villa. Sabed que también habréis de demostrar la sinceridad de vuestra fe, si queréis ser recibido como un hermano en nuestra comunidad. Entretanto, tomad estos veinte reales a cuenta de lo que habréis de percibir por vuestro trabajo, y empleadlo en comprar ropas y enseres que borren de vuestra figura la huella del paso por las mazmorras.

Inclinó Cristóbal su cabeza para besar las manos del anciano, una de las cuales acababa de depositar en las suyas el pequeño saco de monedas, y mientras lo hacía se preguntaba por el verdadero sentido de las palabras que acababa de escuchar. ¿Eran de bienvenida, de advertencia, de amenaza, de recelo? En cualquier caso, iban acompañadas de dineros y promesas que a buen seguro habrían de mejorar su maltratada existencia. Así que cuando agradeció a Moisés Santiago su generosidad y su consejo, lo hizo de todo corazón. Ya habría ocasión de reflexionar con sosiego sobre cuanto le había acontecido.

En verdad, la vida de Cristóbal Mendieta cambió a mejor en los meses que siguieron a su encuentro con el capitán Jan Jansz. Empleaba las primeras horas del día, en casa de Moisés Santiago, en cargar y ordenar los pesados rollos de tela con que la familia de su anfitrión comerciaba: a la vista de las muchas mercancías que entraban y salían de aquella casa, las ganancias del anciano judío no habrían de ser pequeñas. Había suaves paños de felpa y también recias telas de estambre que llaman estameñas; bien trenzadas piezas de lino y otras hechas con el pelo de camello, que llaman camelotes y que trajeron a la memoria de Cristóbal las telas de vicuña con que se comerciaba en Cartagena de Indias. Tampoco faltaban largas cintas de tafetán, tejidos de brocado, cuyos hilos de oro y de plata refulgían entre la seda, y telas de Damasco tan apreciadas por todos que no faltaban quienes en la misma villa imitaban sobre vulgares paños sus dibujos, de modo que aun en los hogares de los más humildes obreros se encontraban cortinas, túnicas o manteles adamascados.

Acudía después a la Casba, donde el secretario del caíd le encomendaba los más variados trabajos, ya fuera traducir alguna carta recibida o que hubiera de enviarse a Inglaterra o Francia, ya asistir a los comerciantes de la villa cuando habían de negociar con capitanes de navíos extranjeros que venían a ofrecer o a comprar mercancía. Tampoco faltaban los días en que debía estar presente durante la llegada de los nuevos esclavos o en el momento de su venta en el mercado que, de tiempo en tiempo y siempre tras ser pregonado dentro y fuera de la villa, se instalaba a orillas del Bu Regreg, muy cerca del embarcadero donde aquellos desdichados pisaban por vez primera el escenario de sus nuevos padecimientos.

Como la mayoría de los comerciantes que venían de Europa eran holandeses, y los había incluso de ese mismo país que habían tomado casa en el Salé, al olor de los muchos y pingües negocios que la villa ofrecía, el capitán Jan Jansz mandó a

Mendieta que aprendiera la lengua de Holanda, tarea en la que él mismo le ayudó. Con ello tuvo éste ocasión de mucho conversar con el capitán pirata, que le pareció hombre de gran ambición y buen humor. Durante aquellos diálogos en la difícil lengua holandesa, Mendieta averiguó cosas de su lejano país que no hicieron sino acrecentar en su corazón las ansias de llegar algún día hasta él pues, según le contaba el capitán Jan Jansz, había villas como el puerto de Amsterdam en las que el número y la riqueza de los judíos que allí moraban eran tales que incluso en los concejos que regían el comercio de la ciudad eran éstos mayoría. Muchas eran las escuelas talmúdicas que allí había y muy renombrados los rabinos de sus sinagogas. Y, a los ojos de Mendieta, todo ello hacía de Holanda el verdadero Edén por el que suspiraba su alma. Pero, mientras sus sueños se cumplían, había de batallar con la vida cotidiana, pues toda ventura tiene también su lado oscuro.

Las tareas en que ahora se ocupaba no eran tan arduas como el trabajo de los astilleros, pero a la postre resultaban igual de agotadoras. Al final de la jornada, su dolorida espalda le recordaba el peso de los grandes rollos de tela con que le castigaba; un millar de palabras de las más diversas lenguas revoloteaban en su cabeza, aturdiéndole; y no faltaban ingratos recuerdos que vinieran a entristecer su ánimo, pues los cautivos cristianos, a los que veía con frecuencia en el mismo astillero donde él había compartido sus desdichas, no desaprovechaban ocasión para hacerle sentir su rencor y su desprecio. Habíanle para ello bautizado con el nombre de Barrabás y con él le imprecaban desde lejos y le burlaban, sin que Mendieta diera respuesta alguna a sus afrentas, pues bien comprendía que el infortunio torna injustos a los hombres y no le era nuevo el odio de los cristianos hacia los judíos, aunque ahora, por primera vez en su vida, se sentía a salvo de ellos. Sin embargo, el trato con la comunidad judía del Salé tampoco había logrado sosegar su espíritu. Moisés Santiago apreciaba su trabajo y esfuerzo, y habíale llevado a la sinagoga del rabino Menasseh Abecassis, donde Cristóbal entonó los cantos de la Torah y regaló sus oídos con el tintineo de los cascabeles de los capuchones que ornan las varas en que se enrolla el sagrado pergamino; y, al anochecer, compartió con todos los bollos y el vino dulce con que, a la salida de la primera estrella, se puso fin al ayuno del Sabbath. Mas aquella comunión, que el primer día le hizo rebosar de gratitud y de júbilo, no era más que un fugaz momento, un alto en la sostenida desconfianza con que los judíos del Salé le trataban. O, por mejor decirlo, no le trataban, pues ésa era la causa de su desazón: ninguna puerta se había abierto para él en la comunidad e incluso en la casa de Moisés Santiago era considerado más como un sirviente que como un hermano de fe. A fin de cuentas, en poco se diferenciaba su vida de la del mozo que le acogió la primera noche, un criado morisco llamado Hicham. Sabía que, en el fondo, Moisés Santiago le veía más como a un cristiano que como a un judío, de la misma manera que los moros de Salé la Vieja recelaban de la fe de los moriscos asentados en Salé la Nueva. Quizá por ello, Hicham se había convertido en el solo amigo que le ayudaba en sus tareas y le prevenía de las manías de la esposa del judío

Moisés, una mujer estricta y devota que se enfurecía si descubría la menor imperfección en el jardín del patio y que reclamaba de sus sirvientes el mayor pudor en el vestir y en el hablar.

En realidad, Cristóbal Mendieta se sentía perdido como una nave en la niebla, flotando entre tierra y cielo. Y no hallaba más consuelo que los pocos momentos en que veía a Susana, la hija de su anfitrión, que pasaba el día atareada en las labores de la casa y cuyas canciones resonaban a todas horas desde invisibles estancias. Apenas si cruzaban palabra, pues la madre de Susana vigilaba la casa como guardia de castillo, recelosa de todos, en perpetua inquisición por zaguanes y altillos, a la caza de visitantes inoportunos y de criados holgazanes; y cuando lo hacían, su conversación era intrascendente, banal como sólo lo son las palabras que encubren otras palabras, las verdaderas, las impronunciadas, las que queman en la boca y en el alma.

—¿Qué tonada era esa que cantabais esta mañana? —preguntaba Cristóbal. Y ella sonreía y respondía con voz complacida:

—Una canción morisca que me enseñó la vieja Saadía, la madre de Hicham. ¿Os complace?

—Me hace feliz.

Y cada cual partía a sus tareas, llevándose detrás la promesa de una mirada y la esperanza de un nuevo encuentro. Una esperanza que se colmaba los días en que Moisés Santiago debía acudir hasta la cercana plaza de La Mamora donde, cuando no mediaban guerras ni asedios, se comerciaba con los españoles, porque el dinero no entiende de religiones ni de patrias si no es para sacar provecho de ambas tanto en la paz como en el combate. En esos días, la casa quedaba casi desierta y, si bien las rondas de la esposa del rico judío se hacían más numerosas y vigilantes, siempre había mejor ocasión para buscar el encuentro con Susana y para hilar una conversación que no se limitara a dos o tres frases apresuradas.

Muy distinta era la suerte que me esperaba en Sevilla a mi regreso de La Mamora. Hacía tan sólo una semana que había dejado la ciudad, pero el fantasma de la legendaria india que daba nombre a la taberna en que me hospedaba parecía negarme su propicia influencia. El capitán Contreras había decidido permanecer en Cádiz, adonde llegamos de madrugada a bordo de nuestras dos victoriosas tartanas, con la visión de los majestuosos galeones españoles anclados ante la fortaleza de La Mamora todavía revoloteando en la memoria. Quiso persuadirme el bravo soldado para que me quedara allí y compartiera con él las aventuras que a buen seguro habría de depararnos la vida militar, pues aquéllos eran tiempos de guerra... aunque, bien pensado, ¿cuáles no lo son? La tentación era mucha y el entusiasmo de nuestra reciente hazaña despertaba en el espíritu el hambre de nuevas peripecias. Sin embargo, mi corazón trastornado me suplicaba dejar de lado cuanto hubiera de apartarme por más tiempo de Catalina, que el viaje a La Mamora lejos de hacerme olvidar a la hermosa me había devuelto a tierras españolas con el ansia crecida,

sediento de sus caricias e incluso de sus desprecios. Rechacé con corteses palabras la proposición del capitán y éste se empeñó en hacerme entrega entonces de una carta de su puño y letra para el conde de Salazar, por si en algún momento hubiera necesidad de auxilio.

—Aunque encumbrado, es hombre de palabra y de buena memoria que sabe apreciar los servicios que recibe. Y estima por sobre todas las cosas a los hombres de valor —me dijo—. En esta carta le doy cuenta de vuestro coraje y de la comprometida situación en que puede ponernos vuestra condición extranjera si corréis tierras de España. Acudid a él tan sólo como último recurso, que la moderación es la mejor virtud a la hora de pedir favores, mas estad seguro de que habrá de seros de gran ayuda.

Agradecí al capitán Contreras sus desvelos por mi suerte y prometí darle cuenta de mis futuros pasos. Esa misma tarde me embarqué en una gabarra que remontaba el Guadalquivir rumbo a Sevilla. Pasé la noche en blanco, bajo el estrellado cielo andaluz, meditando las palabras con que habría de relatar a Catalina todo lo sucedido y dejando vagar mi imaginación al capricho de mis deseos. Al atardecer del siguiente día atracamos en el muelle de las Muelas, entre el habitual gentío, y fue muy grande mi sorpresa cuando vi a Cosme que, encaramado sobre una montaña de sacos, me hacía señas con los brazos. Vino el paje a la carrera y con el rostro alterado por la urgencia y, no bien me tuvo al alcance de sus palabras, me gritó:

—¡Se ha ido, señor Tomás! ¡Doña Catalina se ha ido!

Cuando estuvo a mi lado, tomé al mozo por los hombros y le susurré, enfurecido:

—Deja ya de gritar como loco. A ver, ¿qué cuento es ése? ¿Cuándo partió? ¿Adónde ha ido? Y no alces la voz, que no veo razón para pregonar lo que sólo a mí concierne.

Cosme me miró apesadumbrado, cual si fuera él mismo el culpable de tamaño contratiempo:

—Anteayer, señor. Yo andaba preocupado por vuestra tardanza en regresar de tierra de moros y quise averiguar si en casa de doña Catalina había noticia, pues hay en ella un mozo de servicio que es amigo. Y estando con él en las caballerizas, eché en falta la carroza que allí se guardaba, la que vuesa merced conoce.

—¡Aligera, rediós! ¡No te sabía tan parlanchín!

—A ello voy, señor. Que me dijo el mozo que en ella se había partido aquella misma mañana doña Catalina, al cuidado de un maestre de plata de la Armada, amigo de su familia, y de una dama de compañía. Todos ellos con rumbo a Madrid. Y yo llevo dos días en el muelle, esperándoos.

Miré el rostro rubicundo y compungido de Cosme, pero no vi sus grandes ojos de vaca ni su pelo grasiento y lacio. Miraba su rostro como quien mira a través de una ventana, y el paisaje que en ella se me aparecía era el tortuoso camino por el que se alejaba la carroza que se llevaba a Catalina de mi lado. ¿Por qué se había marchado así? ¿Por qué no me había esperado? Ella sabía de mi partida porque le había hecho

llegar, con Cosme, una breve nota. Quizá le hubiera ofendido su brevedad o el que no hubiera sido yo quien se la entregara. Quizás había desesperado de verme regresar y, temiéndose lo peor, había corrido en busca del amparo de los suyos. Quizá, simplemente, le importaba un ardite lo que fuera de mí y ya me había olvidado. La cara de Cosme volvió a tomar forma ante mis ojos. Traté de pensar. Tenía que hacer algo.

—Has de ir inmediatamente donde tu amigo y pedirle que averigüe dónde va a parar Catalina en Madrid —le ordené y una sonrisa de satisfacción se dibujó en su rostro.

—No es menester, señor, pues sabiendo en cuánto estima vuesa merced a doña Catalina eso fue lo primero que le pedí y por él supe que hará parada por unos días en la casa que el maestro de plata tiene allí, para proseguir viaje después hasta la casa de sus señores padres, que está en una villa de las costa cantábrica que llaman Villaviciosa, no muy lejos del puerto de Gijón.

—¡Bravo, Cosme! Prepara nuestras pertenencias y busquemos la manera de ir a Madrid, que aún podemos darle alcance.

De nuevo volvió a iluminarse el rostro del paje, en cuyos ojos mansos y siempre asustados había ahora una desconocida chispa de orgullo:

—Ya está hecho. Dos días llevan nuestras cosas recogidas y tengo buscado ya a un carretero que ha de partir pasado mañana hacia Madrid, con una carga de hortalizas y de hojas de tabaco, y que por dos reales nos llevará con él, si a vuesa merced bien le parece.

—¿No ha de parecerme? ¡Bien hecho está! —respondí, mientras palmeaba la espalda de mi servicial paje—. Vayamos ahora mismo a ver a ese buen carretero tuyo y quizás algunos reales más logren convencerle de adelantar a mañana nuestra partida.

## II

El viaje a Madrid fue lento y desesperante. Los reales surtieron el efecto deseado, pero su número fue mayor de lo que yo esperaba pues hube de persuadir también a los otros dos carreteros que iban a viajar junto al nuestro para que adelantaran su partida. Con ello, los dineros ganados en el viaje a La Mamora terminaron de esfumarse y apenas si me quedaba ya en la faltriquera lo justo para poder comer durante no muchos días. Las carretas, cargadas hasta rebosar, avanzaban con irritante lentitud, crujiendo y traqueteando, por unos caminos ingratos y pedregosos hechos más para el paso del ganado que de los humanos.

El pescante en que nos apretábamos los tres era duro y estrecho, y después de dos días de marcha tenía las asentaderas doloridas y el humor de perros. Fueron tantas y tan enojadas mis protestas que al fin el carretero, un cordobés taciturno y silencioso que tan sólo hablaba con los dos viejos caballos que tiraban del carro y a los que trataba siempre con palabras afectuosas y familiares, lo que no le impedía largarles soberanos trallazos cuando lo consideraba pertinente, se avino a hacer un hueco entre la mercancía para que pudiera al menos ovillarme durante un rato, a ver si mis riñones dejaban de atormentarme. De esa manera, rodeado de patatas y de nabos, recorrí las muchas leguas que separan Sevilla de Madrid. Hallamos en el camino algunos arrieros y también las partidas de mosqueteros que prevenían a los viajeros de la inoportuna visita de los bandoleros que tienen guarida en Sierra Morena; y ya cerca de Bailén nos topamos con la compañía de unos cómicos que se dirigían con sus estrafalarios enseres hacia Almagro, en cuyo corral de comedias tenían apalabrado representar una, titulada «El burlador de Sevilla», cuyos diálogos repasaban a todas horas, cosa que era digna de verse. Se gritaban de un carromato a otro y, como habíamos decidido hacer juntos aquella parte del viaje para mayor seguridad, convertían en la noche nuestro improvisado campamento en escenario y todo eran risas y chirigotas. Decíale don Juan a la duquesa, cuyos favores acababa de gozar aprovechándose en silencio de la oscuridad de la noche, que no encendiera vela alguna. Y preguntaba ella, sobresaltada al oír el timbre de su voz:

—Cielos, ¿quién eres, hombre?

—¿Que quién soy? Un hombre sin nombre —contestaba el desaprensivo amante.

—¿Que no eres el duque?

—¡No!

Y se azoraba la moza con tal donaire y desmayo que ganas daban de comérsela a besos y quizá yo mismo lo hubiera intentado, que Leonor, como se hacía llamar la actriz, no parecía indiferente a mi compañía, si no hubiera tenido mi corazón ocupado en otras quimeras.

Me atormentaba la idea de que Catalina abandonara Madrid antes de que yo llegara a la ciudad, mas no era aquélla mi única preocupación. Con los pocos dineros que me quedaban no iba a poder hallar más cobijo en la Corte que el amparo de

alguno de los puentes que cruzan el río Manzanares, mísera e inapropiada vivienda para quien pretendía rendir amores a una alta y esquiva dama. Necesitaba hacer engordar mi faltriquera y para ello no tardé en urdir un plan. Dedicué el día a observar a mis compañeros de viaje y pronto concluí que si bien los cómicos eran pobres como ratas, y por tanto nada podía esperar sacar de ellos, esa misma pobreza podía convertirse en mi aliada para aligerar los talegos de los tres carreteros.

Quiso Naturaleza propiciar la ocasión de mi fortuna con una pertinaz lluvia que nos caló hasta el alma y con un viento frío e inclemente que corría las llanuras de la Mancha con aullidos de lobo y nos obligaba a buscar refugio cada poco. Vino a sorprendernos el anochecer al amparo de los muros de una ermita, resguardados por un alero de paja, cubiertos por nuestros capotes y calentados a duras penas por la hoguera que habíamos encendido y en la que nuestro carretero había puesto a asar unos pimientos y unos ajos. Busqué yo conversación aparte con la bella Leonor, pero de tal manera que permaneciéramos a la vista de los otros, pues no quería que al actor que disfrutaba de sus favores y al que ella llamaba muy pomposamente marido, no sé si por empujarle efectivamente hacia el casorio o por burlarle, entrara en celos. Mas la cómica debía albergar muy diferentes intenciones en su corazón pues, no bien se sentó a mi lado, puso su mano sobre mi pierna y comenzó a hablarme de los muchos viajes que había emprendido y de los muy distintos actores con quienes había compartido escena, y a cada nueva historia su mano apretaba mi muslo o lo recorría, cual si fueran aquellos cinco dedos preceptos de la elocuencia. Yo la dejé hacer, que en ello había más placer que peligro, pues la noche era oscura y los otros andaban a sus propias conversaciones. Más aún, me atreví incluso a tomar su mano entre las mías cada vez que interrumpía sus palabras con alguna pregunta que afectaba interés o asombro. De esa manera, fuimos calentándonos los dos y, cuando creí llegado el punto de cocción que todo cocinero ha de saber reconocer para dar buen término a sus platillos, le dije:

—Decidme, señora, ¿y no os pesa esta dura vida de carromato y penurias, después de haber actuado ante tantos y tan distinguidos señores?

—¿No ha de pesarme? —E hizo un gracioso mohín de fastidio—. Estoy cansada de esta vida errante e ingrata y de compartir mis días con carreteros gárrulos y labriegos ignorantes.

—No sería mala cosa poder resarcirse de tanta grosería y de tanto tarugo...

—¡Dios mío! Quién pudiera... —dijo la actriz y fue su mano quien tomó entonces la mía. Después, añadió con un suspiro—: Mas no veo cómo.

—Si me permitís, señora, yo puedo indicaros la manera y, de un mismo golpe, poner remedio a vuestra pobreza y a la mía.

Y así le expuse mi plan, que no era otro que, con su ayuda, buscar en los naipes fortuna. Acordamos unir nuestras fuerzas y para ello hicimos fondo común de nuestros contados dineros, pues los pocos que yo tenía no daban para nada. Usé algunos maravedíes en comprarle al carretero una de sus garrafas de vino y me fui a



sentar junto al fuego, afectando desaliento y tristeza. Di algunos buenos envites a la garrafa, en la confianza de mi buen aguante para el vino, que se me antojaba agua si se comparaba con los licores que habían abrasado mi garganta en tierras de las Indias desde que asomó el primer pelo a mi bigote. Tal y como habíamos acordado, Leonor me preguntó en alta voz qué me sucedía que de tal manera bebía, y yo le dije que me dejara en paz y que no iba a ser a una mujer a quien confiara mis cuitas, pues mujer era la causante de ellas. Y de un trago envié un cuarto de vino a mi buche, para entonces ya bien servido. Mis palabras levantaron risas y burlas entre los carreteros y entre los sorprendidos actores, que no sabían qué cuento era aquél pero que, conocedores de su oficio y de las maneras de su compañera, pronto olfatearon el engaño cuando vieron que aquélla daba la callada por respuesta, en vez de echárseme encima para arrancarme los ojos.

—¡Desdichado soy en amores! —proclamé con voz beoda—. ¡Ojalá tuviera a mano un buen mazo de naipes con que curar mis penas!

—Tengo yo uno, extranjero, y os lo ofrezco de buen grado, así os revienten la faltriquera —dijo Leonor, con fingido enojo, y se fue hasta su carromato, de donde volvió con un mazo de naipes que yo le había entregado antes y que arrojó a mis pies con tal ira que a punto estuve de crearla verdaderamente ofendida. Hice ademán de recogerlo y, en el esfuerzo, me tambaleé torpemente.

—¿Os hace una mano? —pregunté a los tres carreteros, que se sentaban juntos en un rincón apartado cual si temieran el roce de los cómicos. En sus ojos brilló la codicia y el regocijo de saberse a punto de cebar sus ganancias a costa de un inglés borracho e imprudente. Se arrimaron a mí y barajé sin tino las cartas. Echamos una primera mano a la carteta y en ella arriesgué mis reales sin cordura, con lo que fuéronse tan deprisa que ni tiempo tuve de despedirlos. Los carreteros se daban palmas y me llamaban valiente, a la par que me animaban a jugar una nueva mano. Yo me hice el tonto, volví a empinar la garrafa y les ofrecí trago, pero ninguno quiso tomar, pretextando que ya quedaba poco y que no deseaban privarme de tónico tan benéfico. Concedí nueva mano, pero esta vez a primas, y a ello nos pusimos con entusiasmo. Leonor se acercó solícita a servirnos el asado de pimientos y, mientras invitaba a los carreteros a desplumarme y me tildaba de necio arrogante, sus ojos tomaban nota del juego de cada cual. Después, con la excusa de servir a Cosme o de pedirle que le trajera alguna cosa, le decía a mi paje el color y las figuras que cada uno llevaba y éste, con convenidas señas, me lo hacía saber. De esa manera, el curso del juego cambió de rumbo y mis reales volvieron a mis manos crecidos en número. Maldecía Sancho, que tal era el nombre de nuestro carretero, la suerte del borracho y se obcecaba en recuperar lo perdido, azuzado por las protestas de Leonor que se fingía defraudada en su ánimo de femenina venganza, con lo cual no hacía sino engordar mis ganancias. Cuando los otros dos carreteros se dieron por vencidos y se retiraron del juego, porfió Sancho por jugar su última mano cara a cara a la primera carta. Era tal la furia que brillaba en su mirada que juzgué prudente acceder a su

deseo, por más que no tuviera manera de amañar los naipes en ese juego. Di por perdidos los cinco reales que arriesgué en la apuesta, pero estaba escrito que esa noche Fortuna había de serme propicia pues me llevé la mano en buena liza, cosa que terminó de desesperar al carretero, que se echó a jurar como un demonio. Terciaron los cómicos, a fin de evitar males mayores, y yo aproveché la confusión para meterme los dedos en la boca y provocar así un vómito de borracho que me excusara de seguir en el juego.

Fui a dormir junto a la puerta de la ermita, donde Cosme me había aviado un lecho de paja, y rogué a mi paje que hiciera guardia porque recelaba del enfado del carretero. Los vapores del vino vinieron pronto a sumirme en profundo sueño del que me sacó el tibio roce de una mano en la mejilla. Abrí los ojos y vi a Leonor, acucillada a mi lado, que me rogaba silencio llevándose un dedo a los labios. Cosme dormitaba, todavía sentado, rendido en su guardia por el cansancio.

—¡Qué gran cómico serías! —me susurró al oído y pude sentir su aroma de hembra nocturna—. Yo he cumplido, hacedlo vos ahora, que mañana quizá no haya ocasión.

Calibré sus palabras y opté por interpretarlas tan sólo como una invitación a ajustar nuestras cuentas, de modo que eché mano a mi faltriquera y allí mismo, con el mayor disimulo, le devolví los dineros que me había adelantado y su parte de aquellos que los carreteros habían tenido a bien entregarme. Con todo, la faltriquera seguía bien servida.

—Buena cosecha —murmuró satisfecha—. Podéis contar conmigo para vuestros negocios, pues a quien el camino une, el camino reúne.

Y depositó en mis labios un beso leve que me dejó confundido toda la noche.

Al día siguiente llegamos a Valdepeñas, donde los cómicos tomaron el camino de Almagro, con lo que me vi a solas con los tres resentidos carreteros, sin más ayuda que la del mozo Cosme. Mas fortuna seguía sonriéndome, pues se unió allí a nuestra pequeña caravana un grupo de arrieros que llevaba a Madrid, a lomos de mula, los pellejos de vino de la región.

La nueva compañía privó a los carreteros de la ocasión de recuperar por la fuerza lo perdido, aunque no evitó que Sancho me sacara algunos buenos cuartos a cambio de las pocas verduras que me entregaba para comer. Miserable venganza que en nada le satisfacía y a la que yo puse término buscando la compañía de los arrieros, que se mostraban mucho más generosos a la hora de compartir viandas y vino, y a los que los pocos maravedíes que les di a cambio les parecieron maná caído del cielo.

Cuatro días después, llegamos a Madrid y nos despedimos de Sancho sin tristeza. Sabíamos, por el criado amigo de Cosme, que la casa del maestro de plata en que paraba Catalina estaba en la calle de la Cava de San Miguel, a espaldas de la plaza Mayor. Hacia allí nos dirigimos, en busca de una casa de hospedaje, y tomamos habitación en una posada que abría sus puertas en la calle Mayor.

Envié a Cosme hasta la casa del maestro de plata, para que buscara la mejor

manera de entrar en relación con Catalina, pues no hay puerta más segura para acceder a casa ajena que aquella que abre desde dentro la servidumbre, y yo me entretuve en pasear por la villa por distraer así mis ansias, que se me hacían insoportables en la quietud de la posada.

Anduve la calle Mayor, en la que se amontonaban iglesias, almonedas y tabernas tan sin un orden que se las creyera arrastradas hasta allí por una riada, si no fuera porque el Manzanares es un riachuelo del que poca cosa cabe temer. Parecióme cosa inaudita que ciudad tan principal, que era capital de un imperio y contaba lo menos diez mil casas, tuviera tan menguado río. Quizá para compensar esa carencia, la ciudad estaba llena de hermosas fuentes que rivalizaban entre sí en la belleza de su factura y en las propiedades salutíferas de sus aguas. Muy pronto hallé una, en una plaza que llaman de la Puerta del Sol, cercana a la posada, que cautivó mi atención por su gracia y en cuyo principal ornato creí reconocer una cifrada alusión a mi desconsuelo: en medio de su ancho y redondo pilón se alzaba un altísimo pedestal, en cuya cima una delicada escultura representaba a la diosa Diana. Los lugareños la nombraban con el remoquete de La Mariblanca, que son los madrileños dados al mote y a la burla, y con ser amantes de los placeres y orgullos cual patricios romanos, no tienen empacho en tomarse a sí mismos a chacota.

Más allá de la Puerta del Sol, descendía la ciudad hasta unas huertas y prados donde los nobles de la villa gustaban de pasear y a cuyo recato confiaban los secretos de sus intrigas y pasiones, pues es también Madrid ciudad poderosa y a la sombra del poder medran siempre traiciones y conjuras. La mano ensangrentada de los encumbrados llegaba tan lejos y tan alto como la ambición empujara, y ya en aquel primer paseo por la villa supe del crimen, acaecido pocos meses antes en la misma calle en que yo me hospedaba, en el que perdió la vida el conde de Villamediana.

Cuando regresé a la posada, con los primeros arreboles del atardecer, pude leer en el semblante de mi paje la noticia antes de que sus labios me lo comunicaran: Catalina ya no estaba en Madrid. Hacía tres días que había partido hacia el norte y no había dejado mensaje alguno en la casa del maestro de plata. Ella sabía que yo habría de seguir sus pasos a mi regreso a Sevilla, y por ello el desdén de su silencio se me hacía aún más insoportable. Quiso Cosme persuadirme para tomar una diligencia o un nuevo carromato y continuar la búsqueda, pero era tal mi desaliento que le mandé callar de malas maneras y, tomando mi capa y mi polvoriento sombrero, me eché a la calle deseoso de ahogar mis penas en un pozo tal de pecados que nada, ni siquiera aquella loca pasión por tan ingrata dama, pudiera volver a arrancar sentimiento alguno de mi corazón.

No podía haber elegido lugar más apropiado para extraviarme, que la villa entera parecía perdida. El aire estaba lleno de moscas que enredaban, atolondradas, entre las caballerías y zumbaban cansinas en los zaguanes de las mancebías y las tabernas, cual si en tales casas los calores del infierno calentaran los sótanos. Es fama que la vida disipada tiene morada permanente en Madrid y allí cada hombre goza de su

esposa y de una amiga amancebada cuando menos, pues mujeres de la Corte no las hay más vivas ni más descaradas en toda Europa, de tal manera que hasta los mismos poetas hacen herida en tanto desenfreno. Aún guardo memoria de unos versos que me hicieron reír en aquel tiempo:

Solían usarse doncellas,  
cuéntanlo así mis abuelos.  
Debióronse de gastar,  
por ser muy pocas, muy presto.

No buscaba yo en mi desespero la galante compañía de una dama amesada, de esas que se alquilan por temporada cual si fueran aperos de labranza; ni el asedio al virtuoso castillo de las casadas, que tejen con negativas los travesaños de la escala que lleva a sus aposentos. No deseaba visitar la entrada prohibida de un convento ni aplacar la sed de mozas primerizas ni catar en privilegio a niñas casaderas. Quería perderme en lo último, en lo más bajo, hundirme en las carnes de damas de medio manto, busconas de mancebía, labradoras de campos de pinos, cantoneras, izas, rameras... que no han de faltar maneras de nombrar a las más viejas conocidas de los hombres: las damas que saben a pie juntillas lo que ganan a pies abiertos.

Enderecé mis pasos hacia una muy nombrada mancebía que había en la calle de Francos, más allá de la Puerta del Sol, próxima del convento de Santa Ana y del corral de comedias de la calle del Príncipe, y no pude por menos que estimar el sabio azar que había hecho que en tan menguado espacio pudiera hallar el hombre satisfacción a todas sus pasiones, ya fueran de la carne, de la inteligencia o del alma. Era el barrio un dédalo de callejones que se retorcían en la penumbra, mal iluminados por algunos candiles, y en cuyo empedrado resonaban los pasos amenazadoramente. La casa era baja, de estancias apartadas y ventanas con rejas, mas antes de entrar en el portalón de aquel mesón de ofensas oíase ya el estruendo pecaminoso que reinaba en su interior. En el largo pasillo que conducía hasta la sala me crucé con algunos caballeros encopetados, que ocultaban sus rostros tras los pliegues de ricas capas, y con los sirvientes de aquellos que aún estaban dentro, que aguardaban comidos de envidia a que sus señores cumplieran con las damas del lugar. Me bastó asomar la cabeza a la sala para comprender que no estaba allí lo que yo buscaba. Me repugnaba la idea de sumarme a la farsa de aquel mar de telas y almohadones sobre el que se recostaban mujeres tan hermosas que bien pudieran pasar por mujeres de amor, de esas que reciben y negocian en sus casas con el mayor recato, si no fuera porque estaban rodeadas de una pléyade de galanes que, por más que las rondaran con requiebros y zalamerías cual si de verdaderas señoras se trataran, no dudaban en echar mano de tanto en tanto a la mercancía.

—Muy alto pican estas garzas —dije a uno de los sirvientes, un mozo gordo y sudoroso cuyos ojos amenazaban con escaparse de sus órbitas.

—¡Quién fuera la rama donde han de posarse! —exclamó con resignación.

—Prefiero pájaras de menos vuelos. ¿Sabéis vos dónde puedo hallarlas?

El mozo apartó los ojos de la cortina, por cuyas rendijas espiaba tan inalcanzables placeres, y me miró con curiosidad.

—¿Vuesa merced las prefiere vulgares?

—Prefiero que si han de echarse a volar, cual es costumbre en tales criaturas, no lo hagan llevándose mi fortuna en el pico.

—No hallaréis golfas más dispuestas ni menos onerosas que las de la calle Primavera, pero allá corre peligro vuestra vida, que no hay noche que se salde sin que corra la sangre de algún desprevenido. Por ello es mejor que acudáis al sitio que llaman de la Platería, donde encontraréis en plena calle mozas complacientes y plebeyas sin necesidad de arriesgar el pellejo.

Seguí las señas que el mozo me había dado y, de ese modo, desanduve mis pasos hasta la Puerta del Sol, cuyo vasto y sucio territorio atravesé bajo la ciega mirada de la diosa Diana, retomé después la calle Mayor y me adentré en un callejón que conducía a la plazuela de San Salvador. Allí la algarabía se celebraba bajo la tutela de las estrellas. Me topé primero con una sombra, de carne tibia y voz aguardentosa, que se colgó de mi brazo cual si fuera cestillo de pútridas manzanas y de la que hube de liberarme mediante un desconsiderado empujón que la devolvió al negro vientre nocturno del que había salido. Sus maldiciones me persiguieron unos pasos, mas pronto se perdieron entre las nuevas voces que llenaban aquel paraje mal llamado de la Platería, pues en él nada había que reluciera. Las rameras, mal cubiertas con sus cortos mantos negros, llamaban a los torvos paseantes con groseras palabras y gestos acompasados que dejaban ver secretos rincones que era mejor no mirar, pues antes que incitar al pecado tenían la eficacia de un exorcismo a la hora de espantar las malas intenciones. Mis ojos buscaban en aquel enredo de bocas deformadas, ojos virojós, dientes renegridos o ausentes, blanduras enfermas y ubres monstruosas, pugnando por apartar de tanta ganga el diamante en bruto que allí esperaba encontrar, pues es la más páfida e irresistible forma de la belleza aquella que nace de lo más innoble y soez, la que medra entre la hez y la miseria. Una belleza engañosa, pues se crece en la comparación con tanto horror y alimenta en el hombre la falsa y envanecida creencia de ser uno mismo quien, con estas manos estériles, le da forma.

Una cabellera ensortijada llamó mi atención, me acerqué y escuché su voz de extraño acento que me decía:

—Véngase a gozar vuesa merced, que guardo buena pesca en mi regazo.

La parca luz que escapaba de la ventana junto a la que estaba apostada me dejó ver la magra estampa de la cantonera, su boca grande y enrabetada de rojo, sus pómulos altos y su barbilla breve. Sus pechos, todavía tersos y a duras penas contenidos por su menguado vestido, brillaban de afeites, y toda su figura destilaba una brutal vulgaridad. Pero sus ojos, grandes y limpios, cual si nada tuvieran que ver con aquel cuerpo enfangado, me miraban con una promesa de ternura que me llevó a

tomarla del brazo y a preguntar dónde podíamos hallar recato para nuestro encuentro.

Me condujo hasta un tenebroso patio trasero donde, bajo la protección del alero de una tenada, habíanse levantado algunos cubículos hechos con lonas, los unos junto a los otros, y en cuyo interior la paja esparcida parecía más cama de establo que lecho de humanos. A uno de ellos me arrastró la moza y, mientras se atareaba con la botonadura y los nudos de mi vestimenta, pude yo escuchar, con igual claridad que si estuvieran fornicando a mi lado, los jadeos y las palabras de mis vecinos de vicio: la voz chillona de una andaluza que mentaba a su madre y el vozarrón desenfrenado de un hombre que gritaba: «¡dale, que me corren los diablos por los cojones!». Y ya tenía entre sus manos mi moza lo que buscaba, cuando di un paso atrás, aun a riesgo de trastabillar con mis caídos calzones, y le pregunté cuál era su nombre.

—¿Os hace falta saberlo antes de visitarme? ¡Pues sí que sois mirado! Está bien, ¿cuál preferís?

—Me basta con el vuestro.

—Antonia me puso mi madre. Y la Brava, los que os precedieron en la visita.

—¿Sois tan fiera?

—¡Qué he de serlo! Lo que no soy es perro ni mula. Tratadme como mujer y todo ha de ir sobre ruedas. Ea, venid aquí —dijo, tirando de mi brazo a la par que se echaba sobre la paja— y tomad lo que habéis comprado.

Me arrodillé ante ella y el tufo a orines de la paja me golpeó cual si me abofetearan.

—¡Aquí apesta!

—Respirad a boca abierta. ¿Qué esperabais a cambio de los doce cuartos que me habéis pagado? ¿Un palacio?

—No ha de ser aquí donde os tome.

—Pues yo no devuelvo lo pagado cuando es el hombre quien falla —respondió con voz amenazadora.

—Nada habéis de devolverme. Lo que quiero es que os vengáis conmigo a la posada en que me hospedo.

Protestó la moza que no podía abandonar la calle así como así y menos por doce cuartos, pero yo estaba encelado y no pensaba renunciar al prometido placer, de modo que le ofrecí dos reales de plata. Quiso verlos la Brava, pues le era difícil creer que llevara tal cantidad de dinero encima, y al encanto de su argentado brillo se avino a acompañarme hasta la posada, mas antes debía hablar con su dueña, una vieja alcahueta que cuidaba de sus deshonestas hijas como una madre y las vigilaba cual carcelera. Devolví a mis ropas su compostura y seguí a Antonia entre las sombras hasta una tabernucha que se escondía en el recodo de un callejón. Allí dentro, sentada a una mesa y entretenida en limpiar de tierra unas lentejas, estaba una vieja menuda y arrugada como pasa, de gran nariz aguileña y ojillos vivaces e inquietos, con la que Antonia mantuvo plática aparte, mientras yo aguardaba junto a la puerta. Después, me hizo seña de acercarme. La vieja me miró de arriba abajo, como si quisiera

aprenderse mi figura de memoria, me dirigió una sonrisa desdentada y dijo:

—¡A fe que sois buen mozo! Y tenéis buen gusto, que habéis ido a elegir la más bella de las niñas. Se ve bien que sois hidalgo, pues queréis gozarla entre sábanas y no sobre paja. Ya le he dicho a Antonia que es gran honor el que le hacéis y que, a juzgar por vuestra estampa, mucho habréis de hacerla gozar, pues parecéis fuerte y bien dotado. Y ya sabéis lo que se dice de estos amorosos encuentros, que la buena arma de varón ha de ser larga que llegue y gorda que llene. Y con tales placeres se pudiera dar la niña por pagada si no fuera que ha menester de comer como el común de los mortales. Le ofrecéis vos dos reales y paréceme buena oferta, mas yo estoy aquí para velar por estas niñas que se han echado a la vida con más corazón que cabeza.

—¿De qué habéis menester? —le interrumpí, fatigado de su palabrería y de tanto circunloquio.

—¿Yo? De nada, ya no tengo edad de desear. A mí me basta con estas pocas lentejas y con un techo que guarde mis huesos de la humedad. Pero ellas... ¿de qué no habrán menester? Afeites, vestidos, un plato de carne que no sea de pascuas a ramos... Y sobre todo el saberse sanas y salvas. Por esa razón nunca las dejo partir solas con desconocidos y vos, señor, lo sois para mí. Cierto que vuestros reales os hacen casi de la familia, pero no bastan para dejar mi conciencia tranquila. Llevaos a otra moza, que en yendo ambas en compañía tendré yo mayor sosiego y vos tendréis ocasión de probar carne y pescado, como corresponde a un buen banquete.

—¿Eso es todo?

—Eso y otros dos reales, que no es bueno propiciar la envidia entre las mozas.

—¡Voto a tal! ¿Es que queréis sacarme en una noche lo que no ganaréis en un mes?

—No se enoje vuesa merced, que yo nada os impongo. Sois vos quien habéis venido hasta esta república de placer. Si habéis tenido el buen juicio de escoger la perla de la noche, tenedlo también para disfrutar de ella sin límite, que esos cuatro reales la hacen vuestra hasta que la noche vuelva a caer mañana.

—Sea —concedí, mientras las ardillas del deseo recorrían mis entrañas a la carrera, y volviéndome hacia Antonia, que había permanecido apartada de nosotros durante toda la conversación, como si nada de cuanto hablábamos tuviera que ver con ella, le dije—: Escoged vos a la moza cuya compañía os sea más grata y partamos ya.

Entregué tres reales a la vieja y convine con ella pagar el cuarto a las mozas, una vez que hubieran concluido su servicio. Dijo entonces Antonia que iba a buscar compañera y desapareció en la noche como un fantasma. Yo me vi a solas con la alcahueta que, indiferente a mi presencia, había vuelto a su recuento de lentejas, y no tardé en temerme que Antonia no regresara. Empezaba ya a tratarme de redomado idiota y a planear el modo de recuperar mis tres reales, cuando Antonia entró en la taberna seguida de otra moza, flaca como un galgo, que no habría de contar más de quince años de edad. Me dijo que su nombre era Marcela y que era dulce como higo

en septiembre. Pedí yo al tabernero, que dormitaba sentado al fondo de la sala, una jícara de vino, pues el elixir de las uvas es la yesca que reaviva el fuego de la pasión, y tomando a una moza de cada brazo me eché a la noche, ebrio ya de los excesos aún no cometidos y ansioso por cometerlos.

El posadero puso el grito en el cielo cuando me vio llegar con damas de tal ralea.

—¡Ésta es posada decente y no la mancebía de la Solera! —gritaba enfurecido y tuve de aligerar de nuevo la faltriquera para que no llamara a la ronda, cual amenazaba. Cuando entré al fin en la habitación acompañado de las dos mozas, que no hacían sino reír y hacer encomio de cuanto veían, ya fuera la madera de puertas y mesas, la talla de los candelabros o el dibujo de las alfombras, encontré a Cosme desvelado, inquieto por mi ausencia y asombrado ahora por mi regreso.

Le dije que la moza más joven era para él y que disponía de un día entero para gozarla. Él la miraba como se mira a un raro animal, con temor y curiosidad, y rehusó en un primer momento mi regalo, aduciendo que nunca había conocido mujer y que hacerlo en presencia de otros le cohibía y no sabía qué hacer. Respondíle yo que se pusiera en manos de aquella moza, que a buen seguro habría de ayudarle en lo que él ignorara pues, aunque casi una niña, era ya versada en las artes amatorias, y no bien sintiera el tibio roce de su piel olvidaría él que había alguien más en el mundo. Al fin pudo más la tentación que la prudencia y allá se fue mi paje a su jergón, enredado en las largas piernas de Marcela, mientras yo me abandonaba en la concha de mi perla nocturna. Me hundí en sus carnes, me elevé en gemidos y me deshice en sudores, abandonado de mí, huérfano de nombre y de pasado, y así... ¿qué no exploré?, ¿dónde no anduve? Los ayes de Cosme me llegaban desde lejos, como en un sueño, y las palabras de Antonia eran un remoto eco en mis oídos. Tal parecía que me estuviera quedando sordo y mudo. Yo seguía viviendo tan sólo en mis ojos, en el tacto de mi piel y en la humedad de mi boca, devuelto de golpe a ese infantil estado en que las palabras de los otros nos son incomprensibles y las nuestras nos están todavía vedadas, reducido a los más elementales sentidos.

Ya próximo el amanecer, cejé en mi afán amoroso, derrotado de fatiga, y me derrumbé en el lecho junto a Antonia, que empezaba a bostezar de sueño. Cosme y Marcela hacía rato que estaban en silencio.

—¿De dónde eres? —pregunté, devuelto a mi adulta condición, mientras escrutaba las últimas oscuridades de la noche a la luz de luna que se colaba por la ventana.

—¿Cómo he de saberlo? —respondió Antonia—. Mi piel es oscura: quizá sea gitana o egipcia o mora. Me recogieron en un hospicio de Nápoles: quizá sea hija de tierras italianas, pero allí cerca había un campamento de los Tercios españoles, así que puede que lo sea de las de España. Me vine a Madrid, fugada con los soldados cuando era todavía una niña, cosa que ya dejé de ser entonces, y aquí tengo mi cubil cual zorra: cazo lo que como y me huelgo cuando puedo. ¿Por qué no habría de ser pues madrileña?



Medité durante un rato en silencio sus palabras. En el techo empezaba a clarear ya la alborada.

—Yo sé bien dónde nací, pero ignoro como tú de dónde soy, si es que a algo pertenezco —dije al fin, y añadí—: Todavía no me has preguntado cuál es mi patria.

—¿Por qué he de hacerlo? Tu patria para mí es tu cuerpo y cuando hoy nos separemos no volveré a verla. ¿A qué saber más?

Tenía razón. Volví la cabeza y hundí mi rostro en el áspero almohadón en que reposaba, avergonzado por la amarga lágrima que corría mi mejilla, huérfano del amor de Catalina, cuyo nombre volvía ahora a mi cabeza, furioso contra ella y hambriento de sus caricias sin que aquel cuerpo comprado, que respiraba y hablaba a mi lado, hubiera alcanzado a saciarme. Y así, compadecido de mi propia soledad, me quedé dormido.

No menos amargas eran las lágrimas que se habían hecho compañeras de la vida de Cristóbal Mendieta, aunque no fueran sus ojos los que las derramaran. Sus escarceos galantes con la hija de Moisés Santiago habían desplazado el amor de Catalina a esa vaga región de brumas en que la memoria ya sólo es un aroma, una sensación, un eco lejano. Susana le regalaba sus besos a hurtadillas y enviaba las caricias de sus manos como palomas mensajeras que le traían noticia de su amor aunque apenas le rozaran. Le preguntaba ella por Cartagena de Indias, por los temores que le rondaban, por la vida secreta que había sido hasta entonces su vida, y Cristóbal sentía que por arte de su amor sus pasadas desdichas tornábanse en alimento de la presente felicidad, pues los admirados ojos de Susana se desbordaban de ternura según crecía en crueldad y angustia su relato. Pero, en su deseo de deslumbrar a la hermosa judía, añadía él a sus recuerdos peligros imaginarios y fantasiosas desgracias, cada vez más delirantes y terribles, sin que recelara ella de tales invenciones, que su apetito de heroicidades y horrores parecía pozo sin fondo. De esa manera se deslizaba Cristóbal por la pendiente de la mentira, con la soltura de quien está acostumbrado a vestir la falsedad como una segunda piel, casi sin darse cuenta pues, por mucho que fabulara, siempre venía a tranquilizar su conciencia la verdad de sus reales padecimientos.

Con la llegada de la primavera, que dicen es tiempo de lujuriantes verdes y no menos lujuriantes deseos, comenzaron los ruegos y las turbadoras dudas. Solicitaba Cristóbal los favores de su amada y ésta se los negaba con casta determinación, aunque le otorgaba crecida ración del almíbar de sus caricias. Rogábale Susana que la pidiera en matrimonio y Cristóbal daba el sí por respuesta, pero nunca encontraba ocasión propicia para tal demanda, pues bien sabía que Moisés Santiago en poco le estimaba. La florida estación llenó de aromas de azahar el patio de la casa e hizo brotar lirios y narcisos en las ornadas terrazas del Salé, mas con ella se despertaron también otras pasiones y, entre ellas, las que con más fuerza habían arraigado en el corazón de los moriscos: la venganza y la codicia. El buen tiempo devolvió a los adormecidos navíos piratas a la mar, cuidados y reparados durante el lluvioso

invierno, y pronto estuvo la escuadra preparada para reanudar sus incursiones y pillajes.

Una mañana de marzo en que Cristóbal Mendieta se esforzaba, en una de las habitaciones de la Gran Puerta de la Casba, por traducir a la lengua castellana la carta que unos monjes capuchinos franceses acababan de entregar al caído y en la que se ofrecían para el rescate de los hijos de Francia que allí estuvieran cautivos, entró el capitán Jan Jansz, ataviado a la gallarda manera que usaba cuando se hacía a la mar, y le dijo:

—Es hora, Cristóbal, de que cumplas lo prometido.

Quería el holandés que se embarcara de inmediato en la carabela a fin de que le acompañase en la derrota que habría de proporcionarles nuevas riquezas y aventuras, de nada le valió a Mendieta hablarle del mucho trabajo que tenía en casa de Moisés Santiago y en la escribanía de la Casba: para el capitán Jan Jansz, él era ya miembro de la tripulación de la carabela «Lisi».

—Además, el judío Santiago nada habrá de oponer a tu marcha, que ya sabía de mi deseo de enrolarte cuando te acogió. Basta de remilgos y piensa que a bordo de la «Lisi» comienza la singladura hacia tu libertad. —Y con estas palabras dio el capitán por terminada la conversación.

Aquella tarde, Cristóbal buscó el encuentro con Susana mas sin fortuna, pues su madre la retuvo toda la jornada a su lado mientras hilaban su pañería de moza casadera. Decidió entonces enviarle recado con Hicham, dándole cuenta de su inmediata partida. Al poco, el sirviente morisco volvía con la respuesta: ella saldría al patio tras la cena y allí podrían verse un momento. Sin embargo, algo debía maliciarse la madre, advertida quizá por su esposo o inspirada por el maternal instinto que aun en las más avinagradas mujeres es arma infalible, pues no se apartó de su hija hasta que ésta se hubo retirado a su aposento e incluso salió con ella al patio pretextando unas náuseas que le obligaban a tomar el aire. En dos ocasiones trató Cristóbal de arrimarse a la habitación de Susana, por ver si alcanzaba al menos a cruzar con ella algunas palabras, y por dos veces hubo de retirarse con prisas y sigilo ante la presencia de la anciana judía que esa noche parecía fiera atacada de insomnio y acechaba en la galería como león a su presa.

Cristóbal dejó la casa a la mañana siguiente, llevando consigo sus pocos enseres y su libro de rimas, algunos de cuyos versos habían venido, una vez más, en su consuelo:

No me quejara yo de larga ausencia  
si, como todos dicen, fuera muerte;  
mas pues la siento, y es dolor tan fuerte,  
quejarme puedo sin pedir licencia.

Pero sus quejas eran tan sólo asunto suyo, que la vida pirata no daba para suspiros

de enamorado. Salió a la plaza de la Higuera y descendió hasta el embarcadero bajo la atenta mirada de los guardianes que, desde la muralla de la Casba, vigilaban tanto el río como el arrabal. Las primeras luces del sol pintaban de oro las piedras y arrancaban reflejos de espuma a las blancas fachadas de las casas del barrio de la Casba. Las gaviotas revoloteaban inquietas bajo un cielo que, a poniente, se tornaba negro de nubes cual si el mundo se hubiera partido en dos: la verde y luminosa tierra africana bañada por el sol, y la turbia y revuelta mar Océana encapotada de oscuridad. Se encaminó Mendieta hacia la pasarela que conducía a la carabela, en torno de la cual se reunían soldados, marineros y algunas mujeres que habían acudido a despedir a sus hombres. El capitán Jan Jansz le saludó con la mano desde el castillo de popa. El río estaba crecido por la marea y en su desembocadura aguardaban ya dos jabeques y un bergantín de dos mástiles que completaban la flota capitaneada por el holandés. Se disponía Mendieta a subir a bordo, cuando oyó una voz a su espalda:

—¡Adiós, Barrabás!

Una hilera de cautivos pasaba junto al muelle, rumbo a los astilleros. El sol le impidió distinguir sus rostros. No tenía manera de saber quién había gritado, pero poco importaba: aquella voz era la voz de todos.

Mendieta buscó en su memoria los recuerdos del día en que, como prisionero, pisó por vez primera la carabela en que acababa de embarcar, pero sólo halló el eco de su propia respiración agitada y la remembranza de la fétida oscuridad de la sentina en que estuvo preso. Aquellos malos recuerdos no parecían pertenecer al mismo barco que veía ahora con ojos nuevos. ¡Cuán diferentes pintan las cosas según se vivan encumbrado o postergado! La carabela le pareció amplia y vistosa con sus tres palos, de los que el mayor y el trinquete portaban velas cuadradas, y el de mesana, vela que llaman latina fijada al largo botalón que había a popa. La «Lisi» tenía veintidós brazas de eslora, con una sola cubierta, y su tripulación era de cincuenta hombres, más otros tantos artilleros. Portaba ocho cañones por banda y cuatro culebrinas montadas sobre el castillo de popa. No había camarote para el capitán ni cabina principal ni comodidad alguna de las que se usan en los galeones españoles. En ella reinaba una austera igualdad, pues todos dormían en la misma cubierta y se turnaban en las tareas de a bordo, sin que el capitán Jan Jansz rehuyera trabajo alguno ni consintiera que otros lo hicieran. Era una nave robusta y manejable, eficaz en las largas travesías y temible en el combate: la primera arma de unos hombres que pagaban y hacían pagar su temeridad con sangre.

Acostumbrados a las celadas del engañoso Bu Regreg, los piratas moriscos no tardaron en sortear la barra de la desembocadura del río y en salir a la mar. Mendieta vio, por vez primera en la distancia, las murallas de Salé la Nueva y la altiva silueta de la Casba, que se alzaba vigilante sobre el promontorio rocoso y en la que sobresalía el minarete de su mezquita. Al otro lado del río, las murallas de Salé la Vieja se escondían en la bruma de la mañana, que no tardó en engullir la costa entera. Conforme el viento le llevaba mar adentro, con cada legua que le alejaba del Salé,

más difícil le resultaba creer que aquel puerto hubiera estado a punto de convertirse en su tumba. Y la misma brisa marina, que insuflaba las velas y arrebolaba sus mejillas, parecía susurrarle al oído en cada bocanada: «Eres libre».

Muy poco sabía Cristóbal Mendieta de la vida de marinero, que no había conocido otras embarcaciones ni travesías que el infortunado «San Juan de Gaztelugache» y la que le condujo hasta su cautiverio. El capitán Jan Jansz tampoco esperaba de él mayor servicio que el que atañía a su conocimiento de muy diferentes lenguas, pero Mendieta debía iniciarse por fuerza en las tareas de a bordo pues, aunque ignorante, tripulante era de la carabela.

El piloto de la nao, llamado Gilles van der Broeck, y el marinero Samir Blanco se hicieron cargo de su educación. Van der Broeck era un renegado holandés rubicundo, de corta estatura, ojos transparentes, mostachos flamígeros y barriga enorme. Su voz, sin embargo, era aguda, casi infantil, cosa que no parecía importarle un ardite pues no se recataba de gritar cual gaviota cada vez que algo le importunaba. Pese a ello, nadie a bordo se atrevía a burlarle, pues más afilada que su voz era la daga que siempre llevaba consigo y que manejaba con tanta maestría como determinación. Había entre los habitantes del Salé algunos que lucían en sus cuerpos las cicatrices que atestiguaban el encuentro con el holandés y la inoportunidad de sus chanzas. Él era el rector de la plebeya universidad de la mar en que Mendieta tomaba sus primeras lecciones y, en tanto que tal, examinaba y confirmaba sus progresos. Mas el encargado de su diaria instrucción, el maestro que debía explicarle, animarle y corregirle en cada tarea nueva que emprendiera, era el morisco Blanco, un hombre rudo y franco que se había dedicado a la pesca en aguas de la bahía de Cádiz hasta que Fortuna quiso iluminar la regia cabeza de Felipe III con la infausta idea de expulsar a su raza entera de España. Tal afrenta, que trocó su oficio de pescador por el de pirata, endureció sus maneras y su carácter como el agua templaba el acero, mas en el fondo de su alma seguía latiendo un corazón cálido y afectuoso. Con tan doctos y exigentes profesores, no tardó Mendieta en verse convertido en un auténtico marinero. Una semana después de la partida, remontaba los obenques con agilidad simiesca, se balanceaba sobre la verga del palo mayor, soltando o recogiendo trapo, hacía temerarios equilibrios sobre la mesa de guarnición de la que pendía el ancla o gateaba sobre el bauprés para asegurar la vela cebadera. En todo ello hallaba la vertiginosa atracción de lo irremediable, pues o acertaba a realizar el trabajo tal y como se le había enseñado o se iría a una mar intranquila que, según avanzaban rumbo norte, llevando las costas portuguesas a estribor, se hacía más oscura y atormentada.

Pero aquel primer viaje pirata se saldó con buen tiempo y buen provecho. Durante seis meses surcaron la mar Océana de Madeira a las islas Azores y de las aguas del golfo de Gascuña a las del canal de la Mancha, siempre al acecho de las embarcaciones de comercio que regresaban de Terranova o de las Indias españolas. El capitán Jan Jansz tenía comprada la ayuda de algunos pescadores de la costa gallega,

contrabandistas que tenían puerto en las rías de Arosa y de Muros, a los que compensaba generosamente por sus informaciones sobre el estado y ubicación de la Escuadra española del Norte, que era la encargada de vigilar aquellos mares; contaba también con su ayuda a la hora de buscar refugio en alguna de las islas que abundan cerca de las rías, y de ellos recibía las provisiones de que había menester si la campaña de corso se prolongaba en demasía. El único riesgo que escapaba a su control era el eventual encuentro con alguno de los buques corsarios que navegaban al servicio del Rey de España y que lo mismo abordaban navíos comerciales de países enemigos, en el mejor estilo pirata, que se enfrentaban a los piratas berberiscos, ingleses y holandeses que topaban en su singladura. Mas no hubo encuentros desagradables en aquel viaje y sí muchos y prometedores avistamientos de naves de carga, a las que perseguían tan sólo en caso de certeza de poder abordarlas, pues no deseaba el capitán Jan Jansz que la noticia de su presencia en aquellas aguas llegara con demasiada premura a las autoridades encargadas de su salvaguarda.

Al atardecer del día veintiséis del mes de marzo, avistaron una urca que navegaba bajo bandera holandesa y cuya línea de flotación, que llevaba el agua por encima del cintón del costado, daba cuenta tanto de lo bien cebada que iba su bodega como de la imprudente codicia de su propietario pues, con tal carga, el menor golpe de mar podía ganar la cubierta.

—¡Lástima que sea holandesa! —exclamó Mendieta—. Porque a bordo de esa urca a buen seguro que hallaríamos recompensa.

—¿Y quién ha de impedirnos tomarla? —respondió Gilles van der Broeck, que escudriñaba el horizonte a su lado.

—Pero el capitán Jansz es holandés y vos... —balbuceó desconcertado Mendieta.

Una risotada estridente como uña en pizarra se escapó de la boca del piloto:

—«Mijn God»! ¿Todavía no has comprendido cuál es nuestro oficio? ¡No hay navío amigo si no es el nuestro! ¡Somos piratas, no embajadores! Aprende pronto o te verás de nuevo en los astilleros, carenando la «Lisi» junto a tus amigos españoles.

Mandó el capitán desplegar todo el velamen y arrojar al agua por la popa dos docenas de grandes cubetas sujetas por gruesos cabos, de tal modo que, por mucho que insuflara el viento las velas, las cubetas retuvieran la marcha de las embarcaciones. De esa manera, los marineros de la urca tuvieron tiempo de comprobar que los navíos que llevaban a popa, a pesar de navegar a toda vela, eran incapaces de darles alcance. En esa confianza llegó la noche y la escuadra morisca prosiguió la persecución de su presa con las mismas lentas maneras, mas sin perder de vista el fanal de su popa ni el dibujo de su arboladura bajo la luna. Poco antes del alba, dio orden el capitán Jan Jansz de recoger las cubetas e izar la bandera pirata del Salé, que era verde y en el centro llevaba una cimitarra dorada de doble hoja, y los cuatro navíos se lanzaron a la captura de la urca como galgos hambrientos. Desprovistos de luces que les delataran y aprovechando las últimas sombras y la engañosa claridad del alba, los piratas cayeron sobre los desprevenidos holandeses

sin que éstos pudieran hacer otra cosa que disparar algunos cañonazos, con tan mala puntería como cabía esperar del pequeño calibre de las pocas piezas de artillería que llevaban. Se situó la carabela a babor de la urca y el bergantín lo hizo a estribor, mientras que los dos jabeques se abrían a popa, prestos a acudir allí donde hicieran falta. Lanzó la «Lisi» un disparo de advertencia y con ello bastó para que la urca se rindiera, sin necesidad de mayores daños.

Cristóbal Mendieta contemplaba la escena como si se tratara de un sueño. Sentía el ritmo loco de su corazón saltándole en el pecho, pero no era miedo lo que le excitaba sino algo parecido a la alegría: por vez primera era él quien infundía temor en otros. Asió con fuerza su cimitarra en la mano derecha y se aupó a la borda, mientras se sujetaba a los obenques con la izquierda. Oyó cómo los garfios de abordaje volaban a su lado y los vio caer sobre la cubierta de la urca que, para entonces, estaba ya a menos de ocho brazas. Sintió cómo los ojos atemorizados de los marineros holandeses le miraban cual si fuera el mismísimo diablo y supo que el viento le había susurrado la verdad: a bordo de la carabela, él era por fin un hombre libre.

Los tripulantes de la urca fueron hechos prisioneros y repartidos entre los dos jabeques y el bergantín, mientras que buena parte de su cargamento de trigo, telas y lana se amontonaba en la bodega de la «Lisi». Se tomaron también los cuatro pequeños cañones que llevaba, muchos cabos e instrumentos de navegación, una arqueta repleta de ducados de oro que el capitán escondía en el doble fondo de uno de los armarios de su camarote, cartas de navegación y algunos cajones con gallinas. Después, el capitán Jan Jansz ordenó que se abriera una vía de agua en la bodega para que la urca se fuera a pique, pues prefería las discretas maneras de un naufragio antes que la escandalosa humareda de un incendio que podía ser avistada por otros barcos en la distancia.

Aunque sus conocimientos de la lengua holandesa eran todavía escasos, Cristóbal Mendieta fue encargado de tomar nombre y señas a los prisioneros y de averiguar qué necesidades tenían y si había entre ellos enfermos porque, según le contó Samir Blanco, si bien la condición de holandeses no les impedía ser víctimas del capitán Jan Jansz, tampoco éste olvidaba del todo su primera patria y trataba a sus antiguos paisanos siempre con deferencia.

Hechas las averiguaciones que se le solicitaban, acudió Mendieta ante el capitán Jan Jansz para darle noticia de ellas y lo encontró descansando sobre el camastro que tenía bajo la toldilla del castillo de popa, muy cerca del puesto del timonel.

—Has hecho bien tu trabajo, Cristóbal —concluyó el capitán una vez oídas las respuestas que le traía. Y viendo que Mendieta ni se iba ni decía palabra, le preguntó —: ¿Qué quieres?

—Vengo de escuchar las penas de unos hombres que temen por sus vidas y lloran por sus familias. Vos sois también holandés, ¿por qué os los lleváis a un cruel cautiverio?

—¿Crees que es ante ti ante quien debo rendir cuentas de mis actos? ¿Quién eres tú? ¡Un cautivo más al que sólo por mi voluntad se le ha librado de cadenas y mazmorras!... Eres osado, Cristóbal. Y terco, pues ya sé que has hecho la misma pregunta al señor piloto. Bueno, por eso te tengo conmigo.

Mendieta suspiró con alivio al ver cómo el enojo del capitán se diluía como azúcar en agua. Hizo una inclinación de cabeza y dio un paso atrás con intención de retirarse antes de que las nubes de tormenta regresaran al rostro del holandés, pero éste le detuvo con un gesto de la mano.

—No te vayas aún. Querías una respuesta, ¿no es así? Pues aquí la tienes: los llevo conmigo porque dejarlos libres ahora sería como pregonar a voces en toda la costa nuestra presencia. Los llevo conmigo porque no deseo que los señores del Salé duden de mi lealtad. Los llevo conmigo porque soy el soberano de sus vidas, como lo soy de la mía. Si ellos pudieran, me prenderían y cargarían de cadenas. La elección es simple: mi libertad o la suya. Pero soy generoso, Cristóbal, y cuando lleguemos a Salé haré por que puedan ser rescatados lo antes posible. Alguna vez quizá gozarás tú del privilegio de la generosidad y podrás aliviar la suerte de algún cautivo como yo he aliviado la tuya y como aliviaré la de estos pobres desdichados. Mas si olvidas que la fuerza de tu libertad radica en la victoria sobre tus enemigos, puedo asegurarte que antes o después volverás a cargar cadenas.

Tuvo ocasión Cristóbal Mendieta de recordar de nuevo aquellas palabras del capitán, pues durante toda la travesía quiso el azar que fueran a toparse con barcos holandeses en los que hicieron presa de nuevo. Y así, los cargamentos de una carraca fletada en Harlingen y de una polacra de Rotterdam, a la que de poco le valió portar el nombre de «Buenaventura», alimentaron la bodega de la «Lisi» que, para entonces, estaba ya a rebosar.

En los primeros días del mes de agosto, bajo el implacable sol del verano, la escuadra pirata puso proa a puerto y a su llegada a Salé fue recibida con entusiasmo por los habitantes de ambas orillas del Bu Regreg. El viaje no podía haber sido más fructífero. Habían partido cuatro barcos y regresaban cinco, pues el capitán Jan Jansz había decidido llevar con él una hermosa polacra portuguesa que habían capturado cerca del cabo de San Vicente. De los trescientos hombres que componían la armada, tan sólo habían perdido a dos: uno de los moriscos del bergantín, que recibió un tiro de mosquete durante el abordaje del único barco que había opuesto resistencia, un jabeque francés que estuvo a punto de escapárseles de las manos; y un renegado inglés, llamado Slaughter, que murió en la «Lisi» fulminado por un dolor en el pecho, como si de repente su corazón se hubiera cansado de latir. A cambio, traían casi cuatrocientos cautivos holandeses, portugueses, españoles y franceses. El botín era enorme y las armas robadas a los barcos abordados venían a engrosar el arsenal de la república pirata. Los comerciantes se frotaban las manos ante las valiosas mercancías tomadas. El caíd de la Casba y los miembros del Diván que le aconsejaba en el gobierno de la villa de Salé la Nueva contaban ya su décima parte del botín, aunque

los moriscos del Diván se veían obligados con disgusto a guardar lo que debían tributar al señor de Marraquech. Y Cristóbal Mendieta, al igual que el resto de la tripulación una vez que la parte que les correspondía se hubo vendido, se encontró entre las manos con más dinero del que nunca había tenido.

Muchos marineros, en su mayoría renegados que no tenían familia alguna en la villa y cuyas soledades solían ahogar en excesos, se lanzaron entonces a malgastar lo que con tanto riesgo habían ganado en los numerosos tugurios que había en Salé la Nueva pues, aunque los más de sus habitantes eran musulmanes, allí la ley del Corán se tornaba mucho más tolerante que en la villa vecina, cuando no era simple y llanamente ignorada. Se bebía vino y aguardiente, abundaban las tabernas y los burdeles, se hablaban todas las lenguas del Islam y de la Cristiandad, se codeaban contrabandistas y piratas, comerciantes moriscos y judíos, soldados y artesanos. Salé era la nueva Babel que la loca presunción de los hombres levantaba ante los ojos asustados del mundo, desafiante y abigarrada.

Pero los pasos de Cristóbal Mendieta no le condujeron a ninguna de las tabernas que había cerca de las murallas del embarcadero. Sus pasos le encaminaban hacia el lugar al que había retornado en sueños cada noche, mientras en su camastro de la «Lisi» se recuperaba de los esfuerzos del día: la casa de Moisés Santiago. La casa de Susana.

La puerta estaba abierta, pues aún había luz y no faltaban quienes todavía entraban en busca de paños de tela o con el deseo de encargarse a la esposa del judío el bordado de alguna pieza de especial estima. Al llegar al patio, uno de los sirvientes le dijo que le acompañase, pues Adón Moisés le estaba esperando. Mientras subían la escalera hacia el salón donde el judío solía tomar las tisanas de hierbas que eran de su gusto, Cristóbal se preguntaba dónde estaría Susana, pues echaba en falta el eco de las melodías que entonaba a todas horas. Tampoco había visto a Hicham.

Moisés Santiago estaba recostado en el escaño que recorría la pared del salón. Parecía mucho más viejo que seis meses atrás, pero en sus ojos azules brillaba la misma fría determinación de siempre.

—Os esperaba —dijo al verle entrar.

—Shalom —saludó Cristóbal.

—Os he hecho subir porque no deseo que permanezcáis ni un solo día en mi casa.

El anciano había hablado con voz tajante, la voz de quien tan sólo está dispuesto a decir lo imprescindible, lo doloroso, sin más explicaciones. Pero Cristóbal no podía conformarse con tan escueta sentencia. Aquellas palabras le expulsaban del pequeño paraíso que había aliviado su vida de cautiverio y no lograba comprender la razón de tan injusto castigo.

—¿Qué mal os he hecho? —atinó a preguntar en su desconcierto.

—Uno que vos tomáis por bien, pues es común al pecado presentarse bajo apariencia virtuosa. Desde que os fuisteis a vagar como pirata, mi hija Susana ha estado hecha un mar de lágrimas y el día se le iba en suspiros y lamentos, tal parecía



que le faltara el aire. Ya no cantaba ni atendía las labores que como hija tiene en esta casa. Poco comía y menos hablaba, y a tal punto llegó su estado que hubo de llamarse a un médico que la estudiase y viera la mejor manera de devolverle la perdida salud. Por mucho que su madre y yo le insistimos, no hubo manera de saber cuál era la causa de su desasosiego, que el médico achacó a una misteriosa melancolía. Mas el día en que decidimos enviarla a Fez, a casa del hermano de mi esposa, por ver si lejos de los malsanos vapores del Bu Regreg hallaba el reposo y la curación de su mal, se negó ella a hacer tal cosa y nos imploró que la dejáramos quedar en Salé pues en ello le iba la vida. No quise yo dar mi brazo a torcer sin saber antes la razón de tal capricho y se avino ella entonces a confesar las causas de su desconsuelo, que no eran otras que el amor que os profesa y el miedo a perderos que atormentaba su ánimo. Según Susana, vos también la amáis e incluso estáis decidido a pedirla en matrimonio y, durante los meses en que os he dado cobijo, aprovechasteis mi hospitalidad para encontraros con ella a solas, con la ayuda de un servidor desleal al que ya he expulsado de esta casa.

—Nada he hecho que haya mancillado el honor de vuestra hija, que para mí es el bien máspreciado —protestó Cristóbal, pero el anciano estaba decidido a no dejarle hablar.

—¡Suficiente deshonra es ese cortejo a escondidas! ¿No sabéis acaso lo que es la gratitud? No, no sois más que un cautivo sin honra, un hombre sin fe que no ha tenido empacho en servirse de la religión de los gentiles para medrar y cuya pertenencia al pueblo de Israel es una mancha, una afrenta. No pertenecéis a esta comunidad, no valéis nada. ¡No sois más que un pirata, un hombre sin patria ni fe, capaz de toda traición!

El anciano judío cesó en sus airadas palabras, congestionado por la ira. Se había puesto en pie, aupado por su propia rabia, y sus cansados pulmones reclamaban ahora el aire que su vehemente discurso les negaba.

—Bien que os servís de esos piratas que tanto despreciáis... —bisbeó Cristóbal, cuyo cuerpo entero temblaba cual si cada uno de sus músculos quisiera tomar camino aparte.

—¡Pero no caso a mi hija con uno de ellos! —bramó el anciano.

—No podréis impedir que nos amemos, aunque me expulséis de esta casa.

El anciano volvió a sentarse, repentinamente calmado, y una sonrisa de conmiseración se asomó a sus labios:

—Sois un joven necio y presuntuoso. Sois un loco. ¿Habéis olvidado que soy el secretario del caíd? Podría devolveros a las mazmorras de la Casba esta misma noche. Pero no deseo vuestro mal. Amad a mi hija cuanto queráis. Morid por ella si es vuestro gusto, mas no volveréis a verla. Ella es apenas una niña y el amor de niña es caprichoso, pero los caprichos se van tan pronto como vienen. Susana ya no vive en esta casa ni en esta villa. Así es y así será hasta que se le pase esta fiebre amorosa. Para entonces espero que hayáis aprendido la lección, pero si intentáis volver a verla

os juro que no tendré clemencia. Y basta ya de palabrería. Me fatiga discutir con sirvientes ingratos. Tomad vuestras pertenencias, si es que alguna guardáis aún en esta casa, marchaos de aquí y no volváis a importunarme.

Todos los esfuerzos, ruegos y protestas que, durante meses, siguieron a aquella conversación resultaron vanos: Cristóbal Mendieta nunca volvió a ver a Susana ni a tener noticia de ella, nunca volvió a escuchar las melodías que su voz entonaba ni a saber del roce de sus manos. Sin embargo, yo sí que encontré a Catalina de nuevo, y más me valiera no haberlo hecho.

Había pasado una semana sumido en tal embriaguez que no guardo recuerdo alguno de lo que entonces hice, y bien puedo temerme haber perpetrado en esos días cualquier desmán pues tenía el corazón hecho guiñapos. Libraban en mi interior feroz combate mi orgullo herido y mi devoción por la desdeñosa dama que lo maltrataba. Mi razón dictaba sentencia de olvido, pero todo mi ser se rebelaba contra tal liberación tomándola por sacrificio. A la postre, las sinrazones del corazón impusieron su vehemente criterio y amanecí un día envuelto en mis vómitos de borracho y sin más compañía que la del solícito Cosme, que no atinaba a atajar mi desvarío y me seguía como perro fiel, salpicado a veces por el barro de mis despropósitos. Le miré y, por primera vez en todo ese tiempo, me di cuenta de su presencia: estaba más delgado, sus grandes ojos asombrados eran aún más redondos y pasmados de lo que yo recordaba, y sus ropas parecían rescatadas de un campo de batalla, tan sucias y remendadas estaban.

—¿Qué ha sucedido? —pregunté, y en mi cabeza resonaron mis palabras como redobles de campana mayor.

—Que habéis hecho temporada en el infierno, señor —repuso Cosme y en sus palabras, que semejaban campanazos de una iglesia cercana, percibí, aun en mi aturdimiento, una sabiduría nueva.

—¿Tan terrible ha sido?

—Peor, señor Tomás. ¿Cómo os sentís?

—Como debió de sentirse Lázaro al ser resucitado: devuelto del mundo de los muertos. ¿Y tú?

—Como un penitente, porque todo pecado deja traza y tengo yo la verga colorada cual cangrejo y me supura, y me pica y escuece de tal manera cuando meo que me paso el día aguantándome las ganas.

—No te hagas tragedia por ello pues, si no hay llagas ni bubas, no puede tratarse del mal francés que acaba volviendo locos a quienes lo padecen sino de la noble gota del soldado. Tómalo como se toma el guerrero las cicatrices que cubren su cuerpo, como signo de su valor y título de orgullo, que las purgaciones son la cicatriz del amoroso combate.

—Muy ingenioso regresa de entre los muertos vuesa merced —respondió mi paje con un tono que delataba el enojo que, por su condición, no se atrevía a manifestar.

—Perdóname, Cosme. Te he arrastrado en mi locura y te he cargado con

penitencias que habrían de ser mías. Pero tú has sabido serme fiel cuando más fácil hubiera sido desentenderte de mi suerte, y yo sabré recompensarte.

—No hay mejor recompensa, señor, que algo que llevarse a la boca, porque el posadero ya no me fía y llevo dos días sin comer y sin encontrar una mísera moneda con que aplacar sus demandas.

Durante un buen rato busqué entre mis cosas algún dinero que pudiera sernos de ayuda, pero no hallé rastro: mi faltriquera había desaparecido.

—¡Puto es el hombre que de putas fía! —exclamé al fin, furioso conmigo mismo—. Y ni siquiera puedo recordar el rostro de la que ahora debe de estar festejando el estipendio que con tan malas artes se ha cobrado por su puta compañía.

Pedí a Cosme que me subiera una palangana con agua, y en su chapoteo refrescante hallé el bálsamo para el dolor que oprimía mi cabeza. La turbia superficie de la palangana me devolvió una imagen deformada de mi rostro, pero entre las ondas grotescas percibí con claridad las ojeras que abismaban mis ojos, la barba descuidada, los carrillos hundidos y los pómulos saltones que anunciaban ya la calavera que se escondía bajo mi piel. Parecía un fantasma o un loco. Entonces recordé la carta que me había entregado el capitán Contreras.

La encontré, arrugada, en el fondo de mi zurrón. Volví a leerla y recordé las palabras del capitán. Si había una situación que justificara la invocación de aquel último recurso, ésa sin duda era la que yo atravesaba. Recorté mi barba con ayuda de Cosme, adecenté en lo que pude mis ropas y me dispuse a solicitar la ayuda del conde de Salazar.

—Tranca esa puerta, Cosme, que no quiero que el posadero venga a cobrarse en mis cosas la deuda, y reza para que el señor conde guarde buen recuerdo del capitán Contreras —me despedí, y acto seguido me deslicé hasta la calle por la ventana, que no es buena cosa dejarse ver por los acreedores cuando se empollan deudas.

Como bien se dice, preguntando se llega a Roma y tal hice yo en la plaza Mayor. Así supe dónde estaba la casa del conde, por suerte no muy lejos de donde yo me hallaba. Las trazas de mi indumentaria y el mismo estado de la cara, que parecía mascada por un caballo, despertaron las sospechas de la servidumbre de la casa que, tras cerrarme la puerta en las narices, me obligó a permanecer en la calle hasta que fue leída la carta y acordada una propuesta. Hechos estos que se demoraron por espacio de varias horas, que empleé en sentarme en la escalinata de una cercana iglesia, cual si un mendigo más fuera, y en cavilar sobre mi incierto porvenir. Cuando la puerta volvió a abrirse, el mismo sirviente que antes me había tratado cual si fuera unapestado me hizo pasar hasta un breve zaguán donde me esperaba el señor secretario del conde, un hombre de buenas y paternales maneras que se interesó primero por la salud y fortuna del capitán Contreras y que, una vez que hube satisfecho su curiosidad, me entregó una carta y un saquito con algunos escudos, suficientes, según me dijo, para llegar hasta el puerto de mi elección, que habría de ser el de Gijón, el de Ribadesella o el de San Sebastián.

—Una vez allí —añadió— entregad esta carta en casa del señor conde de Altamira, que tiene propiedades en los tres puertos. Sus secretarios se encargarán de enrolos en alguno de los barcos corsarios que el conde tiene, donde vuestro valor y experiencia hallarán sin duda premio.

Elegí yo el puerto de Gijón, por ser el más cercano a la Villaviciosa donde moraba Catalina, y regresé a la posada más rápido que Mercurio, pues mi necio amor parecía dar alas a mis pies y llevarme en volandas. Con un par de escudos me quité de encima al posadero, que fue verme y echarse a gritar como un poseso. Anuncié las nuevas a Cosme, que las acogió con la alegría de quien sabe que va a poder saciar el apetito y con la desconfianza de quien aún se ve embarcado en la misma peripecia que tan malos ratos le ha deparado hasta ese momento. Y salí en busca de un par de botas nuevas, pues las mías, por arte de birlibirloque, habían menguado de tamaño y cambiado de color y de forma en algún momento de aquella infernal semana, y tenían las suelas llenas de agujeros y el empeine agrietado como barro reseco.

Al atravesar de nuevo la plaza Mayor, reparé en algo que antes, cuando me dirigía apresurado a casa del conde de Salazar, había escapado a mi atención: frente a uno de sus laterales se alzaba una tarima de madera con el suelo cubierto de planchas de hierro, sobre la que se levantaban cinco altos palos rodeados de leña. Sentí cómo se erizaban los pelos de mis brazos. Yo sabía a qué espantoso fin estaban destinados tales instrumentos y la sola evocación de su cometido me llenó el alma de angustia. Pregunté a quién iban a quemar y un lugareño me dijo que a cinco sodomitas que habían sido sorprendidos en tan nefando pecado. Eran éstos dos criados del finado conde de Villamediana, un bufón llamado Mendocilla, un paje del duque de Alba y un esclavillo mulato. La siniestra pira concitaba la curiosidad de los madrileños, y la noticia de la quema, que habría de tener lugar al día siguiente, era la comidilla de todos los mentideros. Yo me alegré de partir y de privar así a mis ojos del horrible espectáculo de los cuerpos en llamas. Al día siguiente, en efecto, tomamos la diligencia que viajaba hacia Oviedo antes de que el auto de fe hubiera dado comienzo, y tengo por cierto que debimos ser los únicos en toda la villa que se perdieron tan atroz castigo, pues vi al partir que un enjambre humano abarrotaba la plaza ya a aquellas horas de la mañana.

El viaje fue de nuevo largo y tedioso, y en él hubimos de sortear desfiladeros sobrecogedores y remontar las nevadas montañas que cercan la tierra asturiana. Cosme había retornado a su natural silencioso y ahora luchaba contra su mal de amor a fuerza de beber agua, lo que le tenía todo el día meando. Para colmo de males, la vieja diligencia era albergue de pulgas y no tardamos en tener noticia de su molesta compañía. Y aunque cambiamos de diligencia en varias ocasiones, o tales bichos tenían parientes en todas ellas o algunos quisieron cambiarse con nosotros, pues lo cierto es que sus picaduras nos acompañaron hasta varios días después de terminado el viaje. Por los asientos de las diligencias fueron pasando viajeros que descendían en Valladolid, en Benavente o en León. Tan sólo un viejo clérigo, que dormitaba

incesantemente, ajeno por completo al traqueteo del vehículo, hizo el recorrido hasta Oviedo. Allí hicimos noche en una posada que había cerca de la universidad y hasta la que el clérigo nos condujo cuando solicitamos su consejo. Y con el nuevo día nos subimos a un carromato cargado de heno y así, con la lentitud de los bueyes y con los cuerpos molidos, llegamos a Gijón, que es villa de no más de tres mil habitantes situada en la ladera y al pie de un cerro que llaman de Santa Catalina, rodeado de mar salvo por una larga lengua de arena que le une a tierra firme y que en los días de mareas bravas queda reducida apenas a un angosto camino. A la izquierda de la lengua de arena se abre una hermosa bahía donde está el puerto de la villa y a la que llaman el Surgidero. A la derecha, otra gran bahía se extiende en largas playas de arena hasta la desembocadura de un regato, más allá del cual sólo hay altos pedregales que terminan en la punta de San Lorenzo, donde hay una garita de guardia siempre atendida, al igual que en la punta de Torres que cierra la bahía gemela.

—¿Y no podríais vos haceros con un caballo y buscarme aunque fuera un jumento, señor Tomás? Porque tengo el cuerpo dolorido de tanto ser fardo en carreta ajena —se quejó Cosme cuando descendimos del carromato de heno, no lejos de la entrada de la villa.

—Quizá no hicieras tú un mal Sancho Panza, Cosme, pero no me hallo yo en la piel de don Quijote y, en todo caso, ya hemos llegado a nuestro destino.

—Tengo que verlo para creerlo —rezongó Cosme. Y así, entre bromas y olas recorrimos la lengua de arena y llegamos a las primeras casas. Antes de acercarnos al puerto, en cuya dársena bien podía dar acogida a una treintena de navíos de no más de doscientas toneladas de carga, vimos una gran fuente y a muchos vecinos que a ella se arrimaban.

—¡Feliz Navidad! —nos gritaron para mi sorpresa unos chicuelos que jugaban a perseguirse entra las barcas varadas en la arena. Ya era Navidad... el año tocaba a su fin y yo ni siquiera sabía en qué día vivía.

Caminamos hasta la plaza de la villa, que estaba abierta al muelle por uno de los lados y en cuyo centro había un ancho y profundo pozo. Pregunté a un anciano pescador dónde estaba la casa del señor conde de Altamira y me respondió con sorna:

—De viaje, que no hay más casa del conde que el bergantín que es de su propiedad y hace ya dos días que se hizo a la mar. —Al ver mi gesto contrariado, el anciano se apiadó de mí y añadió—: Si tenéis negocios que tratar, podéis de todas maneras hacerlo con el contador que el señor conde tiene en la villa.

El nombre del contador era Pedro Guzmán y resultó ser también el administrador del palacio del marqués de San Esteban del Mar que se alzaba en la misma plaza del pozo, mas estaba escrito que no pudiera hacer entrega a nadie de la carta que portaba, pues don Pedro tampoco se hallaba en Gijón, según me dijo el mozo que abrió la puerta del palacio. Decidí atender la mirada suplicante de Cosme, que me demandaba en silencio un lugar donde poder descansar, y nos dirigimos hacia el muelle en busca de alguna taberna o posada donde hallar hospedaje. No habríamos andado más de

cincuenta brazas cuando, desde una de las embarcaciones amarradas, me llegó un vozarrón inconfundible:

—¡Que me lleve el diablo! ¿Dónde vais, inglés?

El corazón se me llenó de júbilo al ver sobre la cubierta de una polacra el sonriente rostro de Juan de Tineo. El antiguo contraamaestre del «San Juan de Gaztelugache» saltó a tierra, estrechó mi mano hasta apachurrarla y palmeó la espalda de Cosme, devuelto con tan formidable golpe a su perdida condición de grumete; después, ensalzó las excelencias de la villa de Gijón, invocó la invisible mano de Dios que nos había vuelto a reunir, rió algunos banales recuerdos de la vida a bordo del «San Juan de Gaztelugache» y, por fin, me preguntó por la razón de nuestra presencia.

—Esa historia exige algo de vino para hacerla más llevadera —respondí yo y a sus ojos asomó el brillo pícaro de la inteligencia.

—¿Aún andáis tras esa dama? ¡Mirad que sois tozudo! Llevo yo diez años casado con la mía y no hay día que no añore la libertad de la soltería. Ya tenéis vos ganas de enredaros la vida...

—¿Quién habló de casorio, señor Juan?

—¡Ah, pícaro! ¿Queréis ser abeja de esa flor? No es mala cosa, pero entonces... ¿a qué esa mirada? Bueno, bebamos y hablemos, pues según veo mucho hay que contar.

Así lo hicimos. Dimos cuenta en la taberna de dos grandes jícara de vino, comimos un cuarto de cordero y nos regalamos con los dulces que la tabernera horneaba. Y durante el ágape fui deshilando el ovillo de mis desdichas. Al término, Juan de Tineo me tenía ofrecido alojamiento en su casa y trabajo a bordo de la polacra corsaria de la que era nuevo contraamaestre. Acepté su primera oferta de mil amores, pero rechacé la segunda al saber que el destino de la polacra era el puerto vizcaíno de Guernica. De ninguna manera quería apartarme de Catalina ahora que la tenía tan cerca.

—¡Tan cerca! —estalló el marinero—. ¡Pero si os huye como al diablo! ¿No lo veis? Nada os ha dicho, sois vos quien la seguís como un perro.

—Cuando volvamos a estar juntos todo será distinto —respondí yo con voz vacilante, más preocupado de convencerme a mí mismo que de persuadirle a él.

—¡Pues veamos si es cierto! ¿Decís que está en Villaviciosa? Yo tengo una barca que puede llevaros hasta allí mañana mismo. Os llevaré en busca de vuestra diosa y cuando os escupa a la cara podréis embarcaros conmigo si os place.

—Me veréis en el muelle despidiéndoo.

—Ojalá sea así, inglés.

Aquella noche dormí como un bendito en el camastro que me preparó la esposa de Juan de Tineo, una mujerona animosa y amable que cargaba con las tareas de la casa y de la huerta, con tres niños revoltosos cual ardillas y con un marido grande como un armario y siempre añorante de la mar el poco tiempo que pasaba en tierra,

como si todo ello nada le pesara.

Con las primera luces, echamos al agua la barca de Juan de Tineo, izamos su pequeña vela y, a golpe de remos, nos hicimos a la mar, que había amanecido calma y bruñida como bandeja de plata. Navegamos con los grandes acantilados de la costa a la vista, evitando los numerosos escollos que les cercan, y a la tarde entramos en la ría de Villaviciosa. Buscamos una posada en la que poder hacer noche y partieron Juan de Tineo y Cosme a la búsqueda de noticias sobre la hermosa Catalina, dejándome a solas con mi inquietud y mis ansias. La proximidad de tan deseado encuentro me atormentaba casi tanto como lo había hecho antes su lejanía. Y me sumía en una inesperada inmovilidad. No me sentía capaz de hacer nada. Esperaba las noticias que pudieran traerme mi paje y el marino como espera el reo su sentencia. No había alegría ni entusiasmo en mi corazón, tan sólo miedo y dudas que a la postre resultaron no ser vanas pues mi tozudez y mi arrogancia iban a recibir el peor de los castigos: Fortuna estaba a punto de concederme lo que tanto había deseado.

A su regreso, Juan de Tineo me dijo que Catalina tenía su morada en un caserón que estaba a menos de una legua de la villa, sobre la orilla misma de la ría, y que era su costumbre acudir cada mañana a la iglesia de Santa María de la Oliva para oír misa. Allí podría hablar con ella.

Las palabras de Juan de Tineo habían tenido un singular efecto sobre mi alma. Donde hasta hacía tan sólo unos instantes todo eran temores, reinaba ahora un frío de invierno y una tranquilidad que me hizo dormir de un tirón, sin sobresaltos ni pesadillas, un sueño blanco del que no guardo recuerdo.

El día amaneció también frío y con los campos cubiertos de una blanca capa de escarcha. Llegamos a la iglesia cuando la campana llamaba a oración a los fieles. Había pocos feligreses dentro.

—Ella se sienta siempre en los primeros bancos —me susurró Cosme al oído. Nosotros lo hicimos en los últimos.

Al poco, la vi entrar. Pasó a mi lado, altiva y cubierta con una mantilla que dejaba entrever el perfil armónico de su rostro. Vi su espalda breve y el vuelo de su vestido, que se alejaba con un frufrú de tafetanes. Y durante toda la misa no pude apartar mi mirada de su cabeza. Seguí cada uno de sus movimiento con avaricia, como apura el náufrago las últimas gotas de agua potable. La vi inclinarse con humildad, mirar distraída el techo y girarse hacia su dama de compañía para musitarle algunas palabras que mis oídos se esforzaron vanamente en captar. Al término de la misa, se puso en pie y se encaminó hacia la salida. Su rostro no había cambiado, era tan hermoso como lo recordaba, pero una sombra de temor se asomó a sus ojos cuando me reconoció.

Me levanté y la acompañé en silencio hasta el pórtico de la iglesia.

—¿Qué hacéis aquí? —murmuró sin volver la cabeza.

—Bien lo sabéis, Catalina. He de hablaros.

—¡No! —apenas si había podido reprimir el grito—. No es posible, Tomás. No

tengo nada que hablar con vos.

—Lo tenéis y no me espantaréis como a una mosca molesta. Decidme dónde y cuándo podemos hablar o por Dios que lo haremos aquí mismo.

Volvió la cabeza hacia mí y en su mirada había una súplica, pero yo no había viajado y sufrido tanto para irme ahora con un silencio por todo botín. Ella debió leer la determinación de mi mirada, pues dijo:

—Acudid en una hora a la chopera que hay junto a la desembocadura del regato que baja del pueblo de Onón. Allí os espero.

Los pocos lugareños que habían acudido a misa nos miraban con curiosidad, así que decidí retirarme por no dar más que hablar y tomé camino de la posada en compañía de Cosme y de Juan de Tineo que, a una prudente distancia, habían sido testigos de nuestra conversación.

Nunca una hora se me hizo más eterna. Era incapaz de quedarme quieto y paseaba por el comedor de la posada como fiera enjaulada. Cosme parecía contagiado de mi inquietud y no paraba de morderse las uñas, cual Saturno de feria que quisiera devorar sus propios dedos. Juan de Tineo me observaba con sentenciosa socarronería:

—Parad de una vez y guardad vuestras fuerzas para ir hasta esa chopera donde os van a correr como a un gato.

—¡Callaos, Juan, que no tengo el ánimo para chanzas!

—¡Eh, inglés, teneos conmigo que soy vuestro barquero y todavía os dejo aquí, solo y corrido!

—¡Basta! Os lo ruego.

—Vale, pero yo me voy, que no soporto ver a un hombre capaz de enfrentarse a la muerte comportarse como un niño —respondió el marino, y así lo hizo.

Yo proseguí mi enclaustrado deambular hasta que llegó el momento de partir. Al salir, Juan de Tineo nos esperaba sentado en un tocón de árbol cercano, mientras mordisqueaba un mendrugo de pan con aire enfurruñado y distraído.

—Acompañadme —le rogué y nos pusimos en camino.

La chopera levantaba al cielo gris sus brazos desnudos y una manta húmeda y amarilla de hojarasca cubría el suelo. El agua de la ría mostraba un color verde oscuro, como de fondo de pozo, y andaban en ella algunos patos perezosos que aún no habían emprendido vuelo hacia las cálidas y secretas tierras donde trocaban el invierno por verano. Aquél era el paisaje de un idilio, no de una ejecución, y en tal apariencia fundé absurdamente mis esperanzas.

Catalina me esperaba al pie de uno de los altos chopos y, un poco más lejos, se paseaba una dama de compañía como un pájaro inquieto. Llevaba un amplio vestido negro, cerrado hasta el cuello, y tocaba su cabeza con la misma mantilla que lucía en la iglesia. Parecía una viuda, tan joven y tan hermosa que ni siquiera me atreví a tomar sus manos cuando me habló:

—Aquí me tenéis, Tomás. Vuestra desconsideración es la que me obliga a acudir a esta cita. Decid pues lo que tanto os urge.



—¿Por qué me habláis así? ¿Qué os he hecho yo para que hayan mudado a tal extremo vuestras maneras conmigo? Os fuisteis de Sevilla sin decir palabra ni esperar mi regreso, no dejasteis en Madrid recado alguno y ahora me huís cual si no me conocierais. ¿Y os extraña que quiera hablaros? Reconoced que, cuanto menos, me debéis una explicación.

Su mirada se hizo de pronto más cálida y sus ojos se empañaron y refulgieron con el mismo color gris del cielo:

—Os debo mucho más que eso, Tomás. Os debo la vida, y tanto goce que no me diera el vivirla entera para agradeceréroslo. Por eso no deseo causaros dolor. Por eso os huyo y os doy por respuesta el silencio.

—¡Pero ese silencio me mata! Y vuestra ausencia me corroe como ácido. No creo que pueda haber dolor mayor que el que yo arrastro desde que no os tengo.

—Lo hay, creedme.

—Dejadme al menos elegir mi sufrimiento.

—Si así lo deseáis... —se alejó un paso y continuó—: Estoy prometida en matrimonio con el hijo del marqués de San Román y en menos de un mes será la boda.

Era aquélla una temida noticia, pues mi atrevimiento no había llegado nunca al extremo de imaginarme casado con Catalina, y por ello hacía tiempo que llevaba conmigo la respuesta que ahora le ofrecía apresuradamente:

—Siempre he sabido que habrías de casaros con otro, pero nada nos impide amarnos, que el mundo está lleno de esposos de conveniencia y bien se dice que la pasión debe guardarla la mujer para su amante si no quiere arruinar su matrimonio.

—Por Dios que se ve que habéis pasado por Madrid —dijo ella con una sonrisa despectiva que me hirió como un dardo—. ¿Lo tenéis todo bien pensado, no es así? Venís aquí a decirme cómo tiene que ser mi matrimonio y a gozar de mí a espaldas de todos como el ladrón que sois.

—Nada os he tomado que vos no quisierais darme de buena gana.

—¿Y ello os da algún derecho sobre mí? ¡Ninguno! Yo os elegí como amante, yo os regalé mis caricias y os abrí puertas que a otros vedo. Y yo os rechazo hoy porque tal es el privilegio de la dama. Tengo mis razones y tanto si os placen como si os disgustan debéis respetarlas.

—¿Sin conocerlas siquiera?

—Ya os la he dicho.

—¡No os creo! —exclamé y, llegándome a su lado, tomé al fin sus manos entre las mías y las sentí frías como el día, largas y huesudas, distintas de aquellas cuyo recuerdo todavía me quemaba en la piel—. No puede ser un matrimonio arreglado la causa de vuestro desdén. ¿O es que amáis a ese marquesillo petulante?

—¡Por Dios, Tomás! Si ni siquiera le conocéis... Pues sí, le amo.

—Mentís.

—Bien, no le amo. ¿Qué más da? De todos modos voy a casarme con él.

—Y tendréis amantes.

—Los tendré.

Ahora sus ojos reían abiertamente, con la cruel satisfacción del gato que tiene atrapado bajo su garra al ratón y se divierte viendo cómo se agita antes de comérselo.

—Y entonces... En nombre de Dios, ¿por qué me rechazáis?

—Porque no ha de ser mi amante el padre del hijo de mi esposo.

—¿Qué? ¿Qué trabalenguas es ése?

—Ninguno. Es sólo que espero un hijo.

—¿Un hijo mío?

—Un hijo de mi esposo.

—Pero si aún no estáis casada...

—Pero lo estaré. Tenedlo por cierto.

—¿Y ya esperáis un hijo?

—¿Os extraña? ¿Creéis que no sé cómo hacerlo?

Me alejé un par de pasos, aturdido y colérico. Ella jugaba conmigo y yo me revolvía como cometa en el viento, pero a la postre acababa volando adonde me conducía el hilo que ella manejaba.

—¿Soy yo el padre de ese niño?

—Vuestra es la semilla que lo engendró, pero hijo será de mi esposo.

—¿Por qué me lo decís entonces?

—Porque queríais saber la verdad. Aquí la tenéis —dijo llevándose una mano a su vientre—. ¿Tenéis valor suficiente para aceptarla? Os rechazo porque no os quiero cerca de mi hijo.

—De nuestro hijo —dije con un hilo de voz.

—¿Vuestro? No tenéis ningún derecho sobre él ni lo tendréis.

—Pero vuestro esposo habrá de sospechar.

—¿Por qué? Él está convencido de que es suyo.

No pude evitar que una carcajada se viniera a mi boca. Me golpeé la frente con la palma de la mano y me alejé de ella con gritos de loco:

—¡Oh, Señor, cuán necio soy! ¡Cuánta razón tenéis, Catalina, al tratarme de tonto! Hasta ahora no comprendía el motivo de vuestra repentina partida de Sevilla. ¡Pero si está claro como el sol! Fue allí donde descubristeis que estabais encinta, ¿no es así?, y os vinisteis aquí para aseguraros de que el marquesillo cargaba con el niño. ¿O fue para aseguraros la boda? ¡Magistral! ¿Y gozasteis durante tan traidor apareamiento? ¿Pudo más vuestro placer que vuestra vergüenza?

—Insultadme si os place, Tomás. He hecho lo que debía hacer y si de algo me arrepiento es de haber caído en vuestros brazos como una tonta.

—¿Tonta vos? Jamás. Vos sois la diosa del amor, la filósofa del placer, la generala del matrimonio, la reina del engaño y de la doblez. Pero tonta... no, por Dios, que para ser tonto hace falta ser siquiera un poco bueno.

Me detuve al fin. Tenía las botas empapadas por la húmeda hojarasca y me sentía

vacío por dentro. Ella me miraba desde la hermosa distancia de sus ojos mentirosos, acechante como una loba, frágil como un cordero. «Qué gran rival tendría en ti la cómica Leonor», pensé mientras la veía temblar indefensa y afilar al tiempo los colmillos de su desprecio.

—Bien está, señora. Me habéis engañado como a indio caribe, lo admito. Tengo ya aprendida la lección y podéis dar por hecho que nunca volveréis a verme. Quedad con Dios —me despedí y, con un sombrero galante, le di la espalda y me encaminé hacia mis dos amigos que me esperaban a la entrada de la chopera.

—¿Cuento pues con vuestra discreción y con vuestro silencio?

Su voz sonaba ya tan lejana como si me hablara desde el otro extremo del mundo.

—Siempre habéis contado con ambos y no veo razón para que no lo hagáis ahora —respondí, sin volver la cabeza, y apreté el paso para escapar de una vez de aquella traicionera jaula de árboles.

Aquella misma mañana emprendimos el regreso al puerto de Gijón. El viento, aunque flojo, soplaba en contra y tuvimos que ayudarnos de los remos. Yo bogaba con todas mis fuerzas y en cada golpe me parecía echar al mar un pedazo de mi alma. Para mi sorpresa, Juan de Tineo nada dijo de cuanto había sucedido. Remábamos en silencio, mientras Cosme manejaba el timón.

—¿Cuándo zarpa vuestra polacra, señor Juan?

El marino me miró, y sonrió mientras hundía de nuevo su remo en la mar:

—Para la Adoración de los Reyes. Tenéis tiempo sobrado para hacer vuestro petate.

Durante los siguientes días, cada cual anduvo a sus asuntos. El contramaestre comenzó los preparativos de su partida. Cosme descubrió el placer de trabajar la tierra y ayudaba en las tareas de la huerta a la esposa de Juan de Tineo. Y yo dormí cuanto pude y di largos paseos por las playas que llevaban hasta el promontorio de San Lorenzo. Mientras caminaba, dejaba que mi fantasía se recreara rememorando el cuerpo entero de Catalina, mas a cada parte cuyo recuerdo evocaba me esforzaba en descubrirle los más horrendos defectos. Sus pechos se me hacían demasiado pequeños y flácidos, las manos como garras, los ojos sin vida, la boca grande y brutal, los dientes desiguales, sus orejas demasiado pequeñas, su nariz abierta en dos agujeros peludos, sus piernas flacas, sus pies cargados de juanetes, sus rodillas huesudas, su cabello ralo. Aprendí pacientemente a odiar hasta el último rincón de su piel. Y cuando comprendí que aun así la amaba y que ni toda su falsedad ni las más repugnantes taras habrían de aniquilar en mí ese amor, decidí embarcarme en la polacra de Juan de Tineo y dejar que la distancia y el olvido me salvaran.

También Cristóbal Mendieta había buscado consuelo y olvido en la mar, en sus soledades y en su rigurosa exigencia. El capitán Jan Jansz le había acogido en su casa, cuando fue expulsado de la de Moisés Santiago, y aunque le cubrió de insultos por su mala cabeza no dudó en darle su protección. La fama del holandés y el triunfal regreso de su última incursión pirata habían movido al caíd de la Casba a nombrarle

almirante de toda la flota del Salé, y ese poder amparaba a sus tripulantes por mucho que algún rico comerciante porfiara contra ellos, así fuera el mismísimo secretario del Caíd.

Muy pronto, la agitada vida del mar hizo que Mendieta enterrara en el fondo de su alma el dolor por la ausencia de Susana, al tiempo que lo alejaba de los judíos de la villa, que le trataban ora como cristiano ora como musulmán y siempre como pirata. Aunque no faltaban a la verdad en esto último, pues como pirata transcurría, en efecto, su vida.

A principios del año de mil seiscientos y veinte y cinco, los monjes trinitarios acudieron a Salé la Nueva para rescatar a algunos de los españoles que estaban allí cautivos. Tras algunos días de negociaciones, se fijó como rescate el precio que habrían obtenido los piratas por la subasta de los cautivos, más cuatro décimas partes del total, y el caíd encargó a Cristóbal Mendieta la escritura de la lista de aquellos que debían ser puestos en libertad a cambio del oro, pues el converso, durante el tiempo en que la «Lisi» estaba amarrada, seguía con sus trabajos de escribano e intérprete, toda vez que el viejo Moisés Santiago, consumido por sus muchos años y por la melancolía, ya apenas si ejercía sus funciones de secretario. Se puso Cristóbal a la tarea con diligencia y con alegría porque, al recibir el encargo, había concebido el plan de añadir a la lista el nombre de Alonso Gallo, al que solía ver trabajar en los astilleros y en cuyo favor había intercedido en más de una ocasión. Era aquélla la oportunidad de devolverle todo el bien que él le había hecho pero, para ello, había de eliminar antes uno de los nombres que ya estaban en la lista. Tal parecía que el diablo disfrutase jugando con sus buenas intenciones, confundiéndole, obligándole al mal para poder hacer el bien. Cristóbal no sabía qué criterio seguir. ¿A quién elegir? A los más ni los conocía. A nadie odiaba. Colocó el dedo al azar sobre el papel y decidió suprimir el nombre señalado: Diego Álvarez de Loyza. Pero Diego era como se llamaba un tío suyo, muerto en el Perú mucho antes de que él naciera, al que su padre había llorado siempre. Condenar a alguien que llevaba el mismo nombre se le antojaba un insulto a la memoria de aquel infeliz pariente. Buscó otro nombre y de nuevo vino a su memoria la figura de otro hombre al que había conocido y cuyo rostro, misteriosamente, se le aparecía cuando invocaba el nombre del elegido. Decidió entonces buscar un nombre que le trajera el recuerdo de alguien a quien hubiera odiado. Pronto lo halló: Antón Rivera. El rostro del mezquino Antón Gastaca se dibujó en su imaginación y, con él, le volvieron el miedo y la desnudez y la rabia del desigual combate que libró en el camarote del «San Juan de Gaztelugache» y que a punto estuvo de costarle la vida. La suerte estaba echada.

Pocas semanas después de que los cautivos españoles, y Alonso Gallo entre ellos, hubieran partido de vuelta a su patria sin que nadie, si no era el desdichado Antón Rivera cuyos llantos y súplicas fueron en vano, se percatara del ardid, los moriscos del Salé se alzaron contra el caíd de la Casba, al que acusaban de engañarlos en el reparto de los botines y de cargarlos de impuesto injustos. Como eran muchos los

hornacheros que vivían en el barrio interior de la Casba, de poco le sirvió al caíd la protección de su guardia personal, por ello mandó llamar a Mendieta y le envió en busca del capitán Jan Jansz con la orden de que acudiera en su ayuda con la artillería de los barcos de la armada pirata.

El capitán le recibió en el mismo salón en que mantuvieron su primer encuentro, cuando Cristóbal Mendieta era aún un cautivo. Ahora entraba allí como hombre libre, pues hacía un año que él mismo se había rescatado al pagar el precio que por él se habría pedido en subasta. También esta vez estaba el capitán recostado sobre unos grandes almohadones, pero el tono de su voz no tenía ya la altanería del amo sino la intimidad del compañero de luchas y de tormentas.

—Hazte cuenta, Cristóbal, de que no me has visto ni nada me has dicho —respondió, una vez que hubo escuchado las órdenes del caíd—. Mientras yo sea su almirante, la flota quedará al margen de las disputas de esta república, puedes estar seguro de ello, que lo nuestro es la piratería y no el gobierno.

—¿Y qué pasará si los alzados fracasan? Porque el caíd no os perdonará fácilmente haber desoído su llamada.

—Entonces seguiré teniendo la artillería de la flota, por si fuera menester. Pero no te inquietes. Está escrito que no ha de pasar mucho tiempo antes de que nuestra república sea un estado libre e independiente, como lo es Venecia. Y cuando así suceda, habrás de estar atento a los acontecimientos porque esta villa es una pepitoria humana difícil de aliñar y, en el reparto de daños, tu condición de judío o tu anterior condición de cristiano te pueden hacer acreedor de alguna desgracia. Vienen tiempos de mudanza, Cristóbal. Es momento de que eches el ancla si no quieres que te lleve la tempestad. Búscate una mujer morisca y procura que no sea tan bella que mueva la codicia ajena, cástate con ella, ten hijos, anuda lazos con los únicos que contigo comparten la necesidad de sentirse libres: esos moriscos que han sido perseguidos como tú y cuya memoria se alimenta aún de odio. Y olvida.

Tal y como había predicho el capitán Jan Jansz, los alzados expulsaron de la Casba al caíd Al-Zurari, a quien el holandés facilitó una barcaza para cruzar el Bu Regreg y poner así su vida a salvo. Los enfurecidos moriscos saquearon su casa y enviaron emisarios al sultán de Marraquech con cartas en las que culpaban al depuesto caíd de cuanto había acaecido. Al-Zurari fue encarcelado en Salé la Vieja, el sultán envió un nuevo caíd, llamado Adyib, cuya familia había venido de España años antes de la expulsión de los moriscos, y así las aguas se encalmaron en ambas orillas del río. Pero era sólo una calma pasajera.

En los meses que se sucedieron, Cristóbal Mendieta se esforzó por seguir los consejos del capitán Jan Jansz. Era cierto que precisaba de un hogar y de los cuidados que el matrimonio depara. Él era joven y la compañía de las ramerías no le ofrecían más porvenir que el despilfarro de sus ganancias y la amenaza de contraer alguna de las muchas enfermedades que tales mujeres guardan en sus vientres. Ya no era el mozo asustado que había llegado a la villa cargado de cadenas. No había expedición

pirata en que él no estuviera enrolado y había sabido demostrar en el mar tanto valor en combate como sabiduría en el manejo de las lenguas. Su fortuna, sin ser la de un pachá, crecía a golpe de audacia, e incluso había sabido hacer olvidar su condición judía al vestir la indumentaria mora, cosa que muchos moriscos no hacían. Con tales tributos, no le fue difícil encontrar moza a la que pedir en casamiento.

Era una muchacha menuda y alegre, de larga melena negra, que recogía siempre en un hermoso pañuelo azul, y piel oscura. Se llamaba Karima y pertenecía a una humilde familia de moriscos que vivía en el extremo más alejado del arrabal. La cortejó según los usos del lugar, con largas y ceremoniosas visitas en las que siempre estaban presentes hermanos o tíos. Cambió su nombre por el de Mohamed Al-Minar, aunque casi todo el mundo siguió llamándole Cristóbal, y no tuvo reparo en musitar las oraciones del Corán como no lo había tenido en hacerlo durante casi toda su vida con las cristianas. Pero fueron los presentes que colocó a los pies del padre de Karima los que vencieron las últimas reticencias. Pocos días antes de que los judíos del Salé festejaran el Yom Kipur, el día del perdón, Mohamed y Karima contraían matrimonio.

Durante el invierno, Cristóbal trabajó en su nueva casa. Arregló la terraza, para la época de lluvias. Preparó una habitación para el niño que no tardaría en nacer y encaló la fachada a la manera de los andaluces. Le agradaba la compañía de Karima. Ella le prodigaba los cuidados que se esperan de una esposa y le preguntaba por su vida en alta mar, por sus combates y aventuras, con la inocencia de una niña. Con ella redescubrió Cristóbal el placer de reinventar el pasado y, como le sucediera con Susana, volvió a cosechar el asombro y la admiración femeninos que tanto le colmaban. Pero todo ello no bastaba para mitigar sus ansias de embarcarse, de regresar a la única patria donde realmente podía ser quien era: la cubierta de la carabela «Lisi».

A principios del mes de marzo de mil seiscientos y veinte y siete, como cada año, la flota pirata volvió a salir de su letargo y se hizo de nuevo a la mar. Algunos, como el capitán Alí Campos, se dirigían al estrecho de Gibraltar, donde acechaban con sus pequeñas galeotas. Otros, como el capitán Mohamed Al-Ratche, que hasta entonces había sido contraestre a las órdenes de Jan Jansz, estrenaban barco. Y los más regresaban a las costas de Portugal y de España, cuyos puertos y embarcaciones hacían víctimas de su pillaje. Pero el capitán Jan Jansz solía llevar el azote de su escuadra mucho más lejos que ninguno, hasta las costas de Francia, de Inglaterra o de Irlanda. Como holandés, conocía bien la oscura mar del Norte y las riquezas que sus costas atesoraban, pero era su imaginación la que daba alas a su espíritu temerario. Desde niño había oído, en su Haarlem natal, las leyendas sobre los temibles vikingos que antaño arrasaron las costas de toda Europa.

—La fuerza de esos vikingos estaba en sus puertos inexpugnables, pues habitaban tierras tan al norte que nadie se atrevía a surcar esos mares desconocidos y helados para castigarlos —le explicó a Cristóbal, mientras la escuadra formada por cuatro

naves, que en esta ocasión llevaba a un esclavo danés como piloto, navegaba a toda vela con rumbo norte.

El capitán sabía que más allá de las costas de Inglaterra estaba una isla, a la que llamaban Islandia por sus eternos hielos, que había sido la última patria de los vikingos. En ella esperaba encontrar las riquezas de aquellos antiguos guerreros y hacia ella había puesto proa, sin que ninguno de los barcos que se cruzaron en su ruta le hiciera cambiar de rumbo o de propósito.

La travesía fue larga y dura, pues la mar del Norte era aún más temible de lo que recordaba. Al fin, cuando estaba por acabar el mes de abril, avistaron la isla, que les pareció tierra de gigantes más que de personas, pues estaba llena de montañas humeantes y de ríos de hielo. Recorrieron su costa, que se abría en profundísimas rías y estaba salpicada de islas, y apenas si vieron otra cosa que algunas aldeas, en las que no encontraron más que pobreza y miedo, y pequeñas embarcaciones tan humildes que no merecían el esfuerzo de darles alcance. Por un pescador que hablaba la lengua danesa supieron de una principal villa, que recibía el nombre de Reikiavij y distaba pocas leguas del lugar en que se hallaban. Se llegaron hasta ella y mucha fue su decepción al ver que no era sino un puñado de casas de piedra y turba de techumbres de madera. Los desprevenidos lugareños los recibieron con curiosidad, ignorantes de lo que significaba la enseña verde con cimitarra dorada que ondeaba sobre los mástiles de los barcos piratas. En pocas horas se hicieron dueños de la ciudad, pero allí no les esperaba tesoro vikingo alguno y, al cabo de tres días de revolverlo todo, sólo consiguieron un montón de pescado ahumado y algunas pieles.

—Tomad esclavos —ordenó el capitán Jan Jansz—, que esta gente parece fuerte y al menos con ellos obtendremos algún provecho.

Los aterrorizados lugareños nada pudieron hacer sino echarse a correr. Cuatrocientos de ellos, hombres, mujeres y niños, fueron embarcados en los navíos, y si no se tomó a más fue porque los vigías, que el capitán había mandado situar en la torre de una iglesia, alertaron de la venida de gente armada, cuyo auxilio sin duda había sido reclamado por aquellos que habían logrado escapar tras la llegada de los moriscos.

La flota se hizo de nuevo a la mar, no sin antes arrimar fuego a algunas de las casas del puerto, más por distraer a sus perseguidores que por verdadero ánimo de castigo.

Los gritos y los llantos de niños y mujeres, que desesperaban de su suerte en la extraña lengua que se habla en la isla, escapaban de la bodega de la «Lisi» como una salmodia de locos. Oyéndolos, volvían a Cristóbal los recuerdos de su estancia en aquella misma sentina, y una soga de angustia se anudaba y retorció en su barriga. No había esta vez riquezas ni heroicos combates que vinieran a acallar su conciencia. Aquél era un viaje triste y cruel, y hasta la mar parecía censurar a los moriscos su proceder, pues el alegre coro de las gaviotas se había callado y las aguas se mostraban turbias y amenazadoras.

Cerca de las costas irlandesas tuvieron un encuentro con galeones ingleses y sólo la pericia y la suerte de poder buscar refugio en un banco de niebla nocturno les permitieron escapar del desastre. Avistaron también una flota de barcos comerciales, pero iba guardada por navíos de guerra. Y algunos días después, frente al cabo que llamaban de Finisterre, se toparon con un barco corsario español que, tras disparar algunos cañonazos, buscó refugio en una de las rías que hay allí, mas fue a acertarle en la santabárbara una andanada de la carabela y se fue a pique en menos tiempo que se dice adiós. Uno de los jabeques de la escuadra pirata recogió a una docena de supervivientes, los cuales pasaron a engrosar el quejoso cargamento humano que era todo el botín de aquel infausto viaje.

El desaliento había cundido entre la tripulación y no había quien no soñara ya con regresar a puerto, cosa que hicieron con presteza. Pero la travesía aún habría de depararles un inesperado final: a su llegada al Salé, los piratas moriscos se encontraron con una ciudad en armas que, para mayor desconcierto, les recibía a cañonazos. Después de enviar una chalupa a tierra, para averiguar qué sucedía, supieron que los moriscos de Salé la Nueva habían vuelto a levantarse, esta vez contra el nuevo caíd de la Casba, al que habían dado muerte, y que la villa había sido sitiada en vano por tropas del sultán de Marraquech quien, a la postre, había tenido que desistir de su empeño y aceptar la independencia de la república pirata. Ahora los nuevos gobernadores del Salé querían saber si la escuadra del capitán Jan Jansz venía para ponerse a las órdenes del nuevo Estado o si había sido enviada por el sultán.

Juró el holandés que nada sabía de lo sucedido, mas que no había noticia que pudiera llenarle de mayor alegría. Y al poco, las cuatro embarcaciones atracaban en el muelle junto a la Casba. Mientras los marineros realizaban las maniobras de amarre, Cristóbal se preguntaba si sería aquél el tiempo de mudanzas que había predicho el capitán Jan Jansz, y contemplaba con asombro la nueva faz de la villa, de la que una multitud de moriscos había salido a recibirlos con salvas de mosquetes y un cañaverl de espadas en alto. Pero aún fue mayor su asombro cuando, entre los cautivos que empezaban a ser desembarcados, descubrió mi rostro.



# TERCERA PARTE

La tierra prometida

# I

La maltrecha fila de prisioneros entre los que yo me encontraba recorrió penosamente el corto trecho que iba desde el pequeño muelle en que acabábamos de ser desembarcados, cerca de la desembocadura del río, hasta una gran puerta que daba entrada a la Casba. Los habitantes de la villa se agolpaban junto al empinado sendero y nos gritaban al paso su desprecio con palabras de la lengua castellana, aunque no faltaban quienes lo hacían en la arábica. Muchos iban armados con cimitarras y algunos con mosquetes y pistolas. Había también mujeres y niños y ancianos, y todos nos trataban de perros infieles y de asesinos. Los más enfurecidos golpeaban a los cautivos que pasaban a su lado, ya fueran éstos hombres sanos y fuertes o enfermos y tambaleantes. El hedor del odio impregnaba el aire y, de no mediar la guardia que los propios piratas habían dispuesto para acompañar nuestra llegada, doy por cierto que no estaría hoy yo aquí, en esta húmeda y aneblada ciudad de Londres, poniendo por escrito mis recuerdos.

La puerta hacia la que nos conducían era alta más de cincuenta pies, y las piedras de sus jambas y su dintel estaban bellamente labradas. Sus recias hojas de madera daban paso a una gran estancia por la que podría caminar holgadamente un elefante, al final de la cual se abrían dos nuevos arcos. A la derecha, el que enmarcaba la puerta de acceso a las calles que formaban la ciudadela de la Casba. Enfrente, el que, según supe más tarde, conducía a la sala donde se administraba justicia y donde se reunía el gobierno de la república pirata, al que los saletíes llamaban Diván. Detrás de la sala de justicia nacían unas escaleras que conducían a las galerías superiores de la fortaleza y a la azotea donde estaban emplazadas las piezas artilleras. Atravesamos la primera estancia, mientras el ruido de nuestros pasos se mezclaba con el eco de los gritos que nos perseguían, y cruzamos la puerta que abría a la derecha y frente a la que se extendían unas calles de casas blancas y soleadas cuya visión encogió mi alma, pues tal parecía que me hubiera trasladado por raro hechizo hasta el barrio de Triana, en Sevilla.

A fuerza de gritos y bastonazos, pues casi todos los cautivos que me acompañaban hablaban tan sólo una extraña e incomprensible lengua y no entendían palabra de lo que se les decía, nuestros guardianes hicieron que nos detuviéramos en la pequeña plaza que allí había. Yo estaba cerca de una pared donde los arcos de unas columnas proporcionaban sombra al agua que caía sobre la pileta de una fuente. Para mi boca reseca, aquel sonido era más melodioso que la más dulce tonada, pero no tuve ocasión siquiera de hacer ademán de acudir para saciar mi sed, pues al grito de «¡a las mazmorras!», comenzaron los piratas a empujarnos hacia una pequeña puerta que se abría en el muro y en la que nacían unas escaleras que se hundían en la tierra como una herida. Cegados por la oscuridad y confusos aún por el viaje y por la desdicha, bajamos a trompicones los toscos escalones de piedra que la humedad hacía resbaladizos. Abajo nos esperaba nuestra infeliz morada.

Hubo tropiezos y caídas y una barahúnda tal de palabras incomprensibles que más parecía aquel pasadizo bajada a los infiernos que antesala de mazmorras. Algunos hachones humeaban en las paredes, y el aire húmedo y pegajoso del lugar se volvía por momentos irrespirable. A mi espalda, un niño lloraba tan desconsoladamente que se dijera que nadie lo llevaba en brazos y a fe que venía a ser así, pues la mujer que le sostenía tenía el gesto pétreo de una estatua y la mirada extraviada, cual si no hubiera cabida en su corazón para otro sentimiento que el miedo. Fui conducido, junto a los demás supervivientes de nuestra hundida polacra, hasta una celda grande y maloliente donde se hacinaba ya una docena de esclavos españoles. Los demás cautivos llegados conmigo a Salé fueron encerrados en otras celdas, pero era tal su número que los carceleros hubieron de repartir algunos de ellos entre las que ya estaban ocupadas, y así vino a parar a la nuestra un gigante rubio de brazos hercúleos y ojos azules que echaban chispas bajo sus tupidas cejas amarillas. Durante los primeros días se encerró en un hosco silencio, siempre sentado junto a la puerta de la celda, como si esperase que fueran a venir a buscarle en cualquier momento. Sólo cuando comprendió que aquel mísero agujero estaba llamado a ser su hogar y nosotros su forzada familia, se avino a trabar conversación conmigo pues, en el reparto de tan menguado espacio, habíame tocado a mí la plaza colindante con su lecho. Así supe que su nombre era Torval y que había nacido en una villa llamada Jáner, en la remota Islandia. Supe también que su mujer, cuyo nombre era Gudrid, estaba entre los presos llegados con él a Salé, y que no había vuelto a tener noticia de ella desde que fue traído a nuestra celda, cosa que mucho le hacía sufrir y le tenía las noches en vela. Con gestos más que con palabras, pues su endiablada lengua era imposible de entender, el gigante rubio fue desgranando su historia: la destrucción de su granja, saqueada por los piratas, y la pérdida de sus hijos, que habían huido durante el revuelo sin que él llegara a saber si estaban a salvo. Todo ello lo explicaba Torval con bruscos movimientos de sus manos, que dibujaban en el aire la estatua de los niños, la azada que rompía la tierra o el forcejeo con sus captores. Pero su rostro, de pómulos marcados y largas arrugas que se hundían en su barba bermeja como cuchilladas, no reflejaba la tristeza de que daban cuenta sus manos sino una feroz determinación, cual si su desesperación sólo pudiera tornarse en furia.

Una vez que el gigante islandés hubo concluido el relato de sus desdichas, me llegó turno de dar cuenta de las mías. ¿Mas cómo explicarle el dolor por la muerte de Juan de Tineo? ¿Cómo hablarle de su viuda, que le esperaba en vano rodeada de chiquillos y de trabajo en el puerto de Gijón? ¿Qué decirle de la extraña soledad que me había acompañado durante aquellos cinco años en que había navegado como corsario español, perseguido por un fantasma de amor? ¿Había manera alguna de nombrar al hijo que no tenía? ¿Podía acaso hablarle de las largas noches en alta mar y del feliz regreso a Gijón, donde me esperaba siempre la solícita compañía de Cosme, que había preferido trocar la vida marinera por la labranza? ¿Cómo hacer de mis manos mensajeras de la verdad de mi vida? No podía. No sabía. Los ojos azules de

Torval me interrogaban en silencio. Los oídos de los demás cautivos esperaban atentos un relato que les ayudara a pasar el eterno tiempo de la reclusión. Allí nadie me conocía, ni siquiera los pocos compañeros de curso que habían sobrevivido al naufragio de la polacra, pues eran tripulación nueva y no se contaba entre ellos ninguno al que pudiera llamar amigo. De modo que tanto daba que mis palabras fueran ciertas o pura invención. ¿A qué desgranar una vez más la espiga de mi infortunio? Cerré pues los ojos, busqué en el arca de mis sueños, y comencé el relato de la vida que nunca había vivido.

—Yo también tengo una esposa —dije y mis manos dibujaron en el aire el contorno prohibido, las suaves curvas de una ausencia.

Y mientras con ellas levantaba edificios, designaba objetos, señalaba distancias y tiempo, mostraba enfado o ternura, enumeraba, dibujaba o simplemente pedía calma y atención, de mi boca salía el cuento más increíble de cuantos por ella han escapado. Yo era un marinero vasco al que la desdicha había hecho caer en manos de corsarios ingleses en su juventud, de tal manera que bien sabía ya de los padecimientos de cadenas y mazmorras. Mi nombre era Tomás Mendieta, aunque en los años en que hube de servir como esclavo a los ingleses lo troqué por el de Thomas Bird porque, al igual que un pájaro, no soñaba en otra cosa que en escapar de la jaula de mi prisión. La casa de mi padre se aupaba a una montaña cercana al puerto de Guernica y en ella, rodeado de robledales y de hayedos, había conocido yo los felices tiempos de la primera infancia, cuando el mundo era grande y hermoso y la guerra no había llenado aún de sangre la alcancía de la memoria. Mi padre, un hidalgo al que la mala fortuna había empobrecido, era hombre de letras y de buenas maneras y por ello fue llamado, con toda su familia, a la casa que el marqués de Valdehoyos poseía en el puerto de Villaviciosa. Allí debía hacerse cargo de la educación de los hijos del marqués y de una hermosa sobrina de éste cuyo nombre era Catalina y de la que yo había caído rendidamente enamorado, presa de las fogosas ensoñaciones de mis pocos años. Entre juegos y paseos, entre versos y secretos, mi amor por Catalina se había crecido con los años hasta encontrar las palabras y los gestos que despertaran el de ella. Se siguieron tiempos de promesas y de esfuerzos, pues muy baja era mi condición para pretender a tan alta dama. Busqué abrirme camino en las artes militares, que tantas puertas a la gloria franquean como fosas cavan, y así me enrolé primero en algunos de los barcos corsarios del señor marqués pero, sabedor de que con ello no hacía sino perpetuar mi postergada posición ante sus ojos, decidí probar suerte después en los del conde de Altamira, que era hombre que sabía apreciar el valor y la audacia. A bordo de uno de sus navíos me hallaba el aciago día en que fui apresado por los corsarios ingleses, tras singular combate. Había visto morir a mis amigos y, en mi nueva condición, lloraba el desconsuelo del amor desde el duro banco de la galera inglesa en que contaba mis días de cautiverio, siempre con el nombre de Catalina en mis labios. Y a tal punto llegó mi desesperación que tentado estuve de poner yo mismo fin a mis días, por más que fuera aquél el más horrendo de los pecados. Sin

embargo, tiene el amor fuerzas que ni el mismo Hércules imaginara, y así removi6 la dulce Catalina cielo y tierra en mi busca, llor6 a su noble parentela, clam6 ante dignidades y autoridades, y persuadi6 a su se6or tío de poner al servicio de mi rescate su cuantiosa fortuna. Y, de ese modo, me vi libre un día y devuelto a la tierra donde me aguardaba tal recompensa que diera por bien vivida tanta desdicha pues, en el arduo campo de batalla de la ausencia, el amor de Catalina habíase hecho temerario y no había ya foso ni muralla que alcanzara a tenernos separados. En sus brazos hallé la plenitud y el gozo, y fruto de tales efusiones fue un hijo que, cual bendición, desbarat6 los últimos recelos de su altiva familia. La iglesia de Santa María de la Oliva, que tantas veces nos había visto orar juntos en la niñez, fue escenario de nuestra boda y en su pila bautismal hall6 el nombre de Crist6bal nuestro hijo. Volví yo a mis tareas marineras, deseoso de culminar la empresa de mi felicidad con la gloria que el infortunio me había negado hasta entonces, y a bordo de la polacra del capitán Juan Fernández de Labra me hallaba cuando el cruel destino quiso castigarme de nuevo trayéndome hasta las mazmorras de Salé.

—Pero si la tristeza de la separaci6n oprime tambi6n mi alma —concluí—, tengo al menos el consuelo de saber a mi bienamada a salvo en Villaviciosa, en compa6a de los suyos y al amparo de su fortuna, donde mi hijo habr6 por fuerza de crecer sano y feliz, por mucho que a6ore a su perdido padre. Que no quiero imaginar siquiera que Catalina se hallara reclusa en una celda, como tu Gudrid, tan cercana e inalcanzable, y tan expuesta al infortunio.

El gigante rubio asentía con convencimiento, aunque no hubiera entendido palabra de mi discurso, pues el nombre de su esposa y el de la mía enlazados le decían que compartíamos una misma pena. Yo mismo estaba a punto de derramar una lágrima por mi hijo Crist6bal, pues tal era el nombre que en efecto le había puesto Catalina no sé si por azar o por afrentarme en su memoria secreta, y poco importaba que yo nunca le hubiera visto, que no supiera de él sino las pocas noticias que de vez en cuando me había traído Juan de Tineo ni que todo lo dicho no fuera sino puro engaño: yo sabía que la tristeza y la pérdida eran verdad, y el resto sueños vanos mas no por ello menos míos ni menos sentidos. Y en ésas estaba, intentado discutir para mi colete con mis propias palabras, pidiéndoles una vez más que me dieran el bálsamo de sus mentiras, cuando uno de los cautivos que se había acercado hasta nosotros para escuchar mi historia dijo:

—En verdad que vuestro relato es una desdichada historia, se6or Tomás, mas si os sirve de consuelo he de deciros que en ella al menos tenéis a salvo vuestra conciencia, que la desgracia os ha llegado como fruto de los designios ajenos y no como fatal consecuencia de vuestras malas obras. Y para que veáis hasta qué punto el pozo de la infelicidad es un pozo sin fondo, os quiero contar mi historia, si no os oponéis a ello.

Nada tenía yo que oponer, bien al contrario, que el cuento ajeno distrae la imaginaci6n y encalma el ánimo. La mayor parte de mis compa6eros de celda

empezaba a buscar ya el pobre acomodo de sus lechos de paja para intentar conciliar el sueño, mas yo prefería soñar despierto, temeroso de los abismos que se abren en el alma cuando la razón descansa. Acomodé mi espalda contra el pedregoso muro, al lado de Torval, cuya mirada insomne seguía atentamente cada gesto del nuevo hablador, y así me dispuse a escuchar la historia que el cautivo relató con una voz que era poco más que un murmullo, según exigían con malos modos los durmientes.

—Sabed que, aunque en mis venas corre sangre de alcurnia, no son mis orígenes más altos que los vuestros —comenzó su relato—, pues mi condición es la de bastardo y a su tenor han discurrido mis deseos.

Su nombre era Guzmán Montenegro y él y su hermano Alonso habían sido los frutos de los amores de don Rodrigo de Montenegro, señor de muchas de las tierras de la costa española que llaman gallega, con una mujer del puerto de Muros, esposa de un pescador que había encontrado temprana muerte en las malas aguas de esa mar. Había encontrado la viuda solaz a su soledad en los brazos del noble, y éste la paz del trato simple y sincero de una mujer de bien que nada ambicionaba, sino ser feliz, y a la que siempre prometió, sin que mediara demanda, bienes y tierras con que cuidar de sus hijos bastardos. Quiso una mala cena que el señor de Montenegro hubiera de desayunarse en el otro mundo y de ese modo dejó incumplida su promesa sin que, por ello, guardara mala memoria de él su amante. Pero el dolor de la pérdida despertó en ella la añoranza de los bienes prometidos, cuya evocación y recuento diarios se convirtieron en prosaica oración en memoria del finado y en cantinela infantil para los oídos de Guzmán y de Alonso.

—El prado de San Roque —recitaba la madre y añadía, como en una letanía—: Ya proveerán, hijos míos, ya proveerán. La casa de Serres, con sus cochiqueras y sus huertas; ya proveerán, hijos míos, ya proveerán...

Naturalmente, nadie proveyó, pues la familia del señor de Montenegro no quería ni oír hablar de la concubina y sus bastardos ni de las locas promesas del muerto. Y muy pronto, privada de los dineros que éste le entregaba de tanto en tanto, viose la viuda en la necesidad de buscar la manera de escapar a una segura miseria. Púsose ella a coser y dio sus hijos en cuidado a un afamado contrabandista, llamado el Vaqueiro, que solía venir a la villa de Muros a vender las mercancías que con tan viles artes conseguía. Eran muchos los contrabandistas que sacaban provecho de la accidentada costa gallega para tratar con comerciantes y corsarios de países enemigos y amasar así fortunas infames, en la confianza de que, cual sucedía, el brillo del oro hiciera olvidar a todos el fango de sus obras. Mas los había que llevaban su codicia y crueldad mucho más lejos y, no contentos con los beneficios de su secreto comercio, se esforzaban en propiciar los naufragios de barcos desprevenidos a los que traían hasta los temibles acantilados y las traicioneras escolleras con mil ardiles. Tal era la mortal industria que el Vaqueiro desplegaba en la oscuridad de la noche, para espanto de las gentes de bien; pero, bajo la luz del sol, esas mismas gentes se disputaban el provecho del hacer con él negocios o de suplicarle un empleo para los suyos.

Vio el Vaqueiro en los dos hijos de la viuda, que contaban once y diez años respectivamente, dos atentos aprendices de su terrible oficio, pues en ambos latía el odio que la pobreza y las humillaciones siembran aun en los más tiernos corazones. Decidió pues iniciarlos en sus malas artes y así, cada atardecer, salían ambos niños del pueblo al camino que lleva a la parroquia de Louro, con la sombra majestuosa de las dos cimas del monte Louro recortándose contra el horizonte en la desembocadura de la ría, como solitario altar de los remotos tiempos en que la Tierra entera era morada de dioses paganos y de gigantes. Allí les recogía el Vaqueiro, ante la mirada triste y cansada de la viuda, y los llevaba consigo, siempre a paso ligero, para enseñarles a moverse en la oscuridad, a reconocer los lugares por las tenues sombras que dibujaba la luna o por sus siluetas. Aprendieron a descender los vertiginosos senderos de los acantilados en una negrura que hubiera despertado el miedo incluso a los más avezados guerreros, supieron de las palabras y los gestos capaces de conducir un rebaño de vacas en medio de tales oscuridades, y obligaron a sus oídos a distinguir, entre los murmullos del viento, el roce furtivo de unas pisadas, el aleteo del búho, el rumor de la hierba, la melodía de las hojas de los eucaliptos y la sorda protesta de todas las criaturas de la noche que veían su territorio de tinieblas invadido por sus labores. Eran éstas contar pasos, memorizar troncos, olfatear la brisa y escudriñar la negra mar en busca de embarcaciones. Cuando sus pies hubieron aprendido la tosca fisonomía de la costa cual si fuera su propio rostro reflejado en un espejo, cuando sus oídos supieron calcular el peso y el número de cualquier criatura por sus pisadas, y sus ojos fueron capaces de distinguir un navío sin luces, en plena noche, por el reflejo de la luna en su aparejo, el Vaqueiro dio por concluida su educación. Había llegado el momento de trabajar.

Partieron como cada día, al atardecer, y tras una larga marcha llegaron a un prado sobre el acantilado al que ya habían acudido otras veces. Pero en esta ocasión todo era distinto. Allí les aguardaban los hombres del Vaqueiro, que venían armados de sogas, palos y cuchillos, y que los zarandearon a modo de saludo, largándoles algunos pescozones al paso y apestándoles con sus alientos de aguardiente. Cuando se cansaron de burlar a los dos niños, echáronse al suelo y cayeron en repentino silencio. Había una extraña excitación en el aire, como en las noches de la fiesta de San Pedro, el patrón de Muros, cuando se podía oler la alegría en la brisa; pero aquella noche no era alegría lo que bailaba en el viento sino algo nuevo y tremendo, una fuerza que atraía y asustaba como máscara de carnaval. Guzmán escudriñó la oscuridad, más por mandato de la costumbre que por curiosidad, y descubrió que, más allá de la barranca que conducía hasta una diminuta playa de piedras, alguien había levantado una pira de maderos sobre el acantilado. Junto a ella distinguió a un hombre y, a los pies de éste, pudo ver que temblaba un pequeño fuego. Alonso, que ya había reparado en lo que con tanta atención observaba su hermano, se acercó al Vaqueiro y le preguntó para qué eran aquellos maderos y aquel fuego.

—¡Para convocar al demonio! —rió el contrabandista y, poniéndose en pie de un

salto, gritó a sus hombres—: ¡Venga, prended la hoguera y traed las vacas!

Pronto se oyeron los cencerros de las reses, que salían al prado tras los matorrales que las habían ocultado hasta entonces. Eran seis grandes y parsimoniosas vacas que marchaban cansinas, azuzadas por dos hombres. Una estampa campestre que no tendría nada de extraño si no fuera porque cada una traía colgado de los cuernos un pequeño farol encendido que la convertía en luciérnaga gigante.

Al otro lado de la barranca, la pira de maderos había comenzado a arder, lanzando a las tinieblas nocturnas su luz mentirosa. Guzmán y Alonso condujeron la vacada por el sendero de la barranca, tal y como les había enseñado el Vaqueiro. «Tenedlas en la playa hasta que yo os llame», les había dicho antes de despedirles con una palmada en la espalda que les hizo sentirse de pronto catapultados al mundo de los adultos. La noche estaba fresca y una tenue niebla cubría la mar cual delgada alfombra, de tal manera que quien se hallara aupado a la cofa de un mástil no tendría problema en distinguir la hoguera y los faroles y, con ello, tomaría el rumbo que habría de llevarle a la perdición, pues en las siempre revueltas aguas de la costa gallega aquellas luces bien podían confundirse con la de un faro y con los fanales de algunas pequeñas embarcaciones que estuvieran al resguardo de una ensenada. «Mar habitada», pensaría el angustiado navegante que batallaba con las olas y con la neblina. Cuando descubriera la verdad, sería demasiado tarde.

—¿Qué va a pasar? —preguntó Alonso, con voz temblorosa por la emoción y el miedo.

—Vamos a hundir un barco y a quedarnos con su mercancía, tonto. Ya lo sabes.

—Sí, ¿pero cómo ha de ser?

—Ya lo verás —respondió Guzmán y comenzó a azuzar a las vacas con su larga vara. No quería hablar más. Tampoco él sabía cómo iban a hacerlo y no estaba dispuesto a reconocer su ignorancia ante su hermano.

En la pequeña playa sólo se escuchaba el ruido de las olas. La neblina se adensaba sobre la mar, pero todavía se podía ver la luz de la hoguera brillando en lo alto, en algún punto de la costa. Durante un rato, las vacas deambularon sobre las piedras en busca de alguna hierba que comer. Al agachar sus cabezotas, los faroles que colgaban de sus cuernos no iluminaban más que restos de algas, así que pronto quisieron retomar el sendero en busca de los jugosos pastos, y los dos hermanos tuvieron que esforzarse en mantenerlas sobre la playa, tal y como se les había ordenado. En éstas estaban cuando oyeron la voz del Vaqueiro que gritaba desde lo alto del acantilado:

—¡Allí viene, va derecho a la restinga! ¡Vamos!

Guzmán dejó la custodia de las vacas y se acercó a la orilla, mientras escudriñaba inútilmente la lechosa oscuridad en busca de la silueta del navío.

—¡Me parece que está allí! —gritó Alonso señalando un punto indefinido a su derecha—. ¡Vamos a verlo!

Y los dos zagales echaron a correr hacia los peñascos que cerraban la playa. Se



auparon a ellos ágilmente y no habrían subido más de quince pies cuando el velo de la neblina se deshizo ante ellos y la silueta majestuosa de un bergantín emergió de la noche con la proa puesta hacia el roqueral en que se encontraban. Tal parecía como si el barco flotara sobre una nube y lo hiciera tan en silencio cual si fuera un fantasma. Entonces se oyó un crujido espantoso. El casco del bergantín acababa de abrirse como un melón al chocar contra la larga hilera de puntiagudas rocas que formaban la restinga y que se hundía en el mar, perpendicularmente a la costa, cual traicionero cuchillo. Pronto se oyeron gritos desesperados y más crujidos de madera, y la arboladura del barco se hundió repentinamente en la niebla como si un mal sueño se la hubiera tragado.

Los niños estaban sobrecogidos por el espectáculo, paralizados de asombro. Desde el sendero les llegó el ruido de pasos de los hombres del Vaqueiro que bajaban a la playa a la carrera.

—¡Daos prisa! —gritaba el contrabandista—. ¡Preparad las cuerdas, que se vienen hacia aquí!

Tres de los hombres del Vaqueiro se auparon a las mismas peñas en que estaban los dos hermanos y les gritaron que se quitaran de en medio y que bajaran a la playa.

Así lo hicieron. Mientras tanto, empezaban a escucharse con claridad las voces de socorro de los infortunados tripulantes del bergantín. Durante unos minutos, los hombres del Vaqueiro largaron cabos hacia la oscuridad, desde las peñas, y dieron gritos de ánimo a los náufragos que, de ese modo, fueron llegando a nado hasta la playa.

El primero en aparecer fue un mozo que por sus pocos años había de ser grumete. Estaba exhausto y se dejó caer en los brazos de sus salvadores musitando en su lengua portuguesa palabras de agradecimiento.

—¿Cuántos hombres había a bordo? —le preguntó el Vaqueiro, arrodillándose a su lado.

—Treinta y cinco, señor, pero los más no saben nadar.

—¡Excelente! —exclamó el contrabandista ante los ojos atónitos del grumete y, poniéndose en pie, descargó sobre su cabeza un tremendo trancazo que se los cerro para siempre.

Guzmán vio cómo la sangre cubría el rostro del mozo y sintió que el miedo que encogía su corazón más que asustarle le hacía correr cosquillas por la piel, como una brisa helada.

Los hombres del Vaqueiro se desplegaron por la playa, a la espera de nuevos náufragos, a los que atraían allí con voces de aliento.

Uno a uno fueron llegando los pocos supervivientes del naufragio, agotados y agradecidos, y de inmediato fueron rematados a palos, antes de que tuvieran tiempo siquiera de comprender qué atroz destino les deparaba su mala fortuna.

—¡Nada de cuchillos! —gritaba una y otra vez el Vaqueiro, mientras sus hombres apaleaban a los desdichados.

De esa manera perdieron su vida ocho hombres en aquella playa de muerte, mientras sus compañeros eran tragados por las olas. Alonso miraba los cuerpos como hechizado. Se acercaba hasta ellos, olfateaba en el aire el dulzón olor de la sangre y tanteaba con su pequeña mano las carnes húmedas pero aún tibias de los cadáveres, como si buscara la secreta abertura por la que los habitantes de aquellas cáscaras vacías habían escapado, dejando sobre las piedras el caparazón ahora inútil que les había servido de morada en este mundo. Guzmán le veía casi con envidia porque en el gesto de su hermano había un valor, una curiosidad que vencían al espanto de la muerte. Pero él no podía acercarse, no se atrevía.

—¡Vamos, zagal! ¡Deja en paz a los muertos! —gritó el Vaqueiro, y Alonso se alejó del cuerpo del grumete con un salto, como si la voz del contrabandista le hubiera despertado de su sueño.

Durante más de una hora recorrieron los hombres del Vaqueiro las playas cercanas en busca de algún superviviente, pero no hallaron a nadie. Entre tanto, Guzmán y Alonso pastorearon la vacada hasta la majada en que se guardaba, recogieron los faroles y ayudaron a los contrabandistas a apagar la hoguera y a esparcir sus cenizas. Después, contemplaron desde lo alto cómo cargaban los cuerpos de los muertos en un bote que habían acercado hasta la playa y cómo se los llevaban mar adentro, al corazón de la neblina, para arrojarlos al agua y dejar así que sus cráneos machacados les hicieran parecer víctimas del oleaje.

Cuando el Vaqueiro subió de nuevo al prado, sus hombres empezaban a recoger en la playa los primeros restos del naufragio y esperaban la llegada del amanecer para acercarse hasta el casco de la nave y poder vaciar lo que aún guardase en su seno pues, aunque arriesgada, aquélla era una maniobra que una pequeña barca podía realizar bajo la luz del día si su patrón conocía las escolleras como la palma de su mano.

—La mar siempre es generosa —dijo el Vaqueiro al ver a los dos hermanos que le contemplaban con admiración y temor—, lo que a unos toma a otros lo entrega. Mirad, he encontrado esta pieza de seda en una de las cajas. Llevádsela a vuestra madre, y vosotros quedaos con estas dos navajas, que habrán de seros útiles. Y ahora marchaos. No deberíais haber visto lo que habéis visto. Olvidadlo y no habléis de ello con nadie. Sois hombres de mi partida y aquí la traición se paga con la vida. ¿Habéis entendido?

Los dos niños cabecearon con asentimiento y echaron a correr hacia el camino, perseguidos por el eco de la canción que entonaban sus compañeros de crímenes y que volverían a escuchar muchas otras noches:

E a noite de mais choiva  
e mais bravo temporal  
hasta un barquiño velero  
antras pedras veu quedar.

Durante algunos días ni siquiera se atrevieron a hablar entre ellos de cuanto había sucedido. Cada vez que veían al Vaqueiro pasear por Muros en busca de compradores de sus sangrientas mercancías, escapaban a la carrera, un poco asustados pero regocijados también por saberse dueños de su secreto. Después, cuando el contrabandista volvió a demandar sus servicios, acudieron al encuentro con más curiosidad que dudas, pues lo sucedido parecíales ya un sueño y se preguntaban si aquellos prados y playas de tantos paseos y tantas correrías infantiles podrían convertirse de nuevo en escenarios de tan terribles prodigios. No tardaron en comprobar que el diablo siempre acudía a la llamada del Vaqueiro, y los naufragios y las muertes se sucedieron con siniestra constancia.

Así transcurrieron los últimos años de su infancia y los primeros de su mocedad, y en tan atroz escuela forjaron sus caracteres. Aprendieron a rematar a golpes a los náufragos que aún respiraban después de que los hombres del Vaqueiro los apalearan, y a considerar sus crímenes como si de una fuerza más de la Naturaleza se tratara y, así, no mostraban recato alguno en compadecerse de aquellos a los que acababan de asesinar, cual si su voluntad nada tuviera que ver con lo que hacían sus manos. Aprendieron también a beber el aguardiente con fruición de ternero y a defender su parte del botín a punta de navaja si era menester. Se sabían admirados por las mozas del pueblo, a cuyos ojos parecían aureolados de feroces leyendas, y observados por todos, pues en la villa muchos se maliciaban el origen de su inesperada fortuna, pero sabían también que el miedo y el interés cerraban bocas y oídos. Y ni siquiera su madre parecía querer darse por enterada de sus obras, por más que fuera ella misma quien los había puesto en manos del contrabandista.

La prosperidad de su negocio se prolongó hasta un día de tormenta en que arrojaron al mar su cosecha de cadáveres, apresurados por la mala mar que se crecía a cada nuevo envite del viento. Pero en el crimen las prisas son malas consejeras, como en todos los oficios. Uno de los náufragos que habían dado por muerto logró sobrevivir no ya a sus golpes sino al mismísimo temporal y, para desdicha del Vaqueiro, fue a parar a un islote que hay a la entrada de la ría de Muros, donde le recogieron unos pescadores. El relato de la cruel suerte corrida por sus compañeros obligó a las autoridades del lugar a hacer averiguaciones y así fue a dar el contrabandista con sus huesos en la cárcel, pues el náufrago le reconoció como el hombre que le había golpeado en la playa hasta darlo por muerto.

La banda del Vaqueiro se dispersó como nube en el viento. Cada cual tomó su rumbo, pero su antiguo jefe se negó a revelar los nombres de sus compinches por más que se le apremió a hacerlo con duras maneras. Así salvaron el pellejo Guzmán y Alonso, que buscaron refugio en casa de su madre, de donde apenas salían si no era para algunas labores del campo a las que se veían obligados más por pagar el silencio de sus vecinos que por ganar algunos míseros dineros. Los días de bonanza se esfumaron como si nunca hubieran existido y la antigua letanía de su madre volvió a sentirse en la noche, cuando hacía recuento junto al fuego de los bienes nunca

recibidos:

—El prado de San Roque: ya proveerán, hijos míos, ya proveerán. La casa de Serres, con sus cochiqueras y sus huertas: ya proveerán, hijos míos, ya proveerán...

Pero los dos hermanos no eran ya niños a los que engatusar con falsas promesas de abundancia sino dos mozos curtidos en la muerte y en el riesgo, de corazones endurecidos y doblemente humillados por su condición de bastardos y de asesinos, pues ni su noble padre ni sus muchos crímenes les habían hecho salir de la miseria. Las letanías maternas no les ofrecían ya consuelo alguno y pronto decidieron cobrarse de propia mano lo que el desdén y la codicia de su bastarda parentela les negaba.

Como la esposa e hijos de su padre habitaban las posesiones herederas de éste en Corcubión y Camariñas, dirigieron sus miradas hacia un hermano del señor de Montenegro que era sacerdote y párroco de la cercana iglesia de Louro. De nada le sirvieron a su forzado tío las protestas con que trató de desembarazarse de aquellos dos mozos pendencieros a los que la mala cabeza de su finado hermano había convertido en indeseados parientes. Guzmán y Alonso acudían una y otra vez a la iglesia de Louro en demanda de sus dineros, airados y vehementes. Adoptó primero el cura maneras sacerdotales, llenas de buenas palabras, pero no tardó en trocarlas por furiosas invectivas y amenazas que revelaban su firme propósito de no prestar la ayuda ni los bienes demandados.

Cuando los dos hermanos comprendieron que nada habrían de obtener de su señor tío, dieron rienda suelta a su rencor y a su despecho y, al amparo de las sombras de la noche que tan bien conocían, prendieron fuego a la iglesia. Hubo gran escándalo en la villa y se alzaron voces que acusaban a los hijos de la afrentada viuda como autores del incendio, pero nadie se atrevió a pasar de las palabras a los hechos, pues se les tenía por desalmados y no había hombre que quisiera jugarse la vida y fortuna por castigar un delito que, a fin de cuentas, tenía por víctima a un sacerdote que gozaba de pocas simpatías en la villa por su encumbrada posición y soberbias maneras.

—Habíamos escapado de nuevo a la justicia —recordó Guzmán, cuya voz era ya apenas un susurro, pues nuestros carceleros habían apagado la parca luz que alumbraba nuestra celda y ahora estábamos sumidos en impenetrables tinieblas—, pero yo sabía que era sólo cuestión de tiempo y que habría de llegar el día en que pagáramos nuestros desmanes. En tal temor desgranaba las jornadas, cada vez más solo pues Alonso hacía burla de mis miedos y se prodigaba, temerario, en enredos amorosos y lances de juego, cual si le sobrara la vida y quisiera deshacerse de ella, jugaba contra uno o contra todos, en una alcoba, en la plaza o en el garito, pues de todos modos la daba por perdida. Paseaba yo mis soledades a orilla de la mar, cuya inmensidad es espejo de los humanos pesares, y como animal bien domado retornaba a los lugares que habían pacido mis esperanzas: las calas y playas que había comerciado el Vaqueiro con los furtivos barcos de los contrabandistas y en que habíamos proporcionado a los corsarios vituallas y agua a cambio de unas buenas

monedas, sin que nos importara bajo qué bandera surcaban los mares.

En uno de aquellos paseos, tras una semana de tormentas en que se había visto forzado a encerrarse en casa, se llegó Guzmán hasta una solitaria playa que se extiende más allá del monte Louro, a mar abierta, y que llaman de la Arena Mayor. Era aquél un paraje de su predilección, pues hay junto a la playa una laguna de agua dulce apenas separada de las saladas aguas marinas por las mismas dunas que en el mes de mayo se cubren de lirios amarillos, cual si el sol hubiera tendido sobre ellas sus cansados rayos en busca de reposo. Contaban las gentes del lugar que aquella laguna era morada de un feroz orco, cuyo cuerpo cubierto de moluscos juraban haber visto por las noches de plenilunio, cuando abandonaba sus húmedos dominios para dar caza a los perros de la región, que eran su manjar preferido cuando no tenía ningún niño que llevarse a la boca, y que por ello aullaban los canes en la oscuridad, dándose aviso de su presencia. Sentados sobre las dunas, con la temida laguna a sus espaldas y la mar Océana al frente, habían aprendido los dos hermanos en los primeros años de su infancia a soñar y a domeñar el miedo.

Al llegar a las dunas, pudo ver Guzmán la figura de un donoso navío anclado a pocas brazas de la orilla, más allá de los traicioneros escollos. Le pareció por su porte y señas que era aquél un galeón inglés metido al corso y que ya lo había visto en alguna ocasión, en compañía de los hombres del Vaqueiro. No pasó mucho tiempo, después que él mismo fuera avisado por los hombres del galeón, antes de que echaran al agua una chalupa que ganó en pocos golpes de remo la orilla. Traía a bordo cinco hombres, uno de los cuales, alto y uniformado, se acercó hasta Guzmán y le preguntó en un penoso castellano si era él un enviado del Vaqueiro. Respondió Guzmán que no era enviado de nadie aunque, de no mediar el infortunio, a buen seguro que lo hubiera sido, y pasó a relatarle el fin de la banda del Vaqueiro. Se dolió el inglés de la suerte de su secreto proveedor y preguntó si había en aquella costa otros contrabandistas con los que tratar, a lo que Guzmán repuso que había oído hablar de uno, llamado el Rubio, que medraba más al sur, en las islas que llaman Cíes y que son próximas de los puertos de Vigo y de Pontevedra. Se quejó el marino de su mala estrella, pues mucho se arriesgaba acercándose a costa española y no era su deseo tentar la suerte dos veces, que había de ser la suya una larga travesía y no era sensato buscar más riesgos de los muchos que aún le aguardaban. Y estaba por partirse, no sin antes demandar del joven Guzmán que guardara silencio sobre su encuentro, cuando regresó a su lado y le preguntó si quería enrolarse en su tripulación, pues un accidente le había privado de uno de sus grumetes. Leyó Guzmán en la mirada del inglés su determinación de llevarlo consigo, tanto si quería como si no, para asegurarse la partida, y consideró en su corazón los pros y los contras de su preterida existencia, que no le había dado otra cosa que sinsabores y malos recuerdos. Y a sus labios acudió con premura una respuesta afirmativa, que no es dado siempre en la vida que la fortuna llame a la puerta y es bien necio quien, por pararse en mientes, deja pasar tal ocasión de largo.

Preguntó al inglés cuándo habría de estar presto para embarcar y díjole éste que en aquel mismo momento, pues era seguro que ya se habría corrido la noticia de la presencia del galeón y no deseaba un encuentro con la Armada española. Volvió la cabeza Guzmán y vio la laguna al otro lado de la dorada alfombrada de lirios y, más allá, el camino que llevaba hacia Muros de San Pedro. Después, dio la espalda a su pasado y subió a la chalupa.

El galeón del capitán Davis, que tal era el nombre del marino inglés, navegaba por cuenta de la Compañía de las Indias Orientales y hacía ruta hasta la ciudad de Surat, en la costa occidental de la India, donde los ingleses habían hecho fortaleza y donde comerciaban con las ricas sedas de aquellas tierras y con el preciado índigo. Para llegar hasta ella, debía contornear el continente africano, buscar a poniente los vientos que le llevaban hacia el sol naciente, bordear el cabo de Buena Esperanza y adentrarse después en el mar de la Cafrería y en el mar Arábigo, también llamado Indico, siempre peligroso por los muchos corsarios moros que lo surcaban. Así lo hicieron y tres meses después, tras una forzada estancia en la costa de una gran isla que llaman de Madagascar, para reparar los daños que una tormenta había causado en el barco, arribaron a Surat, que era villa de muchos negocios donde los ingleses contaban con la protección del emperador musulmán señor de tales regiones, pues en aquel confín del mundo los rigores de la fe se hacían más suaves y las guerras que libraban moros y cristianos en las riberas mediterráneas parecían historias de vieja. Más temían los seguidores del Islam en tierras indias la malquerencia de los piratas de las islas de la Sonda que la enemistad del rey de Inglaterra. Y de ese modo, los mismos cristianos que les combatían en aguas de Europa daban escolta, en compensación por su tolerada presencie en Surat, a los navíos moros que llevaban a los peregrinos de la fe islámica hacia tierras de Arabia, en su piadoso viaje a La Meca.

Decidió Guzmán sentar plaza en aquel mundo extraño y prolífico, donde las riquezas parecían al alcance de un hombre de coraje, y no tardó en ver reconocidos su valor y su esfuerzo. Durante algunos años, navegó como marinero las aguas de la mar Arábiga y del golfo de Bengala, y trató con gentes de los reinos de Malabar y de Zeylam, de Basinagra y de Malaca. Y en todo ese tiempo, el recuerdo de su desdichada y criminal vida en tierras de España fue hundiéndose en el olvido, por más que en dos ocasiones hubiera hecho escribir al escribano de la Compañía una carta que había enviado a Muros sin esperanza alguna de respuesta. Por fin, cuando contaba ya veinticinco años de edad y era hombre respetado entre los ingleses tanto por sus dotes marineras como por sus buenas artes para el comercio, Guzmán se embarcó de nuevo junto al capitán Davis, que era hombre de ambición y de imaginación viva, en una expedición que tenía como propósito alargar el brazo de Inglaterra hasta las mismas islas de la Sonda, para disputarle así las mercancías a los portugueses y holandeses que allí habían establecido ya algunas colonias.

Partieron una vez que hubo llegado la temporada que llaman del monzón, que es

de lluvias pero en la que las aguas del golfo de Bengala se ven libres de los terribles huracanes que la preceden, y pronto llegaron a la isla que los antiguos llamaban de Taprobanna y los lugareños, Sumatra. Y en una de las islas menores que hay en el estrecho que la separa del reino de Malaca, llamada Linga, dejó el capitán Davis una guarnición de cien hombres, algunos de los cuales iban acompañados de sus mujeres, para que hicieran poblamiento y levantaran un fuerte que sirviera de resguardo a los barcos ingleses que se arriesgaban en tal paso. Compró a los señores de las cercanas villas de Palimbam y Pulobama el derecho a tal asentamiento, y dejó como capitán del mismo al español Guzmán, que tan bien y tan fielmente le servía desde hacía años. Y, de este modo, se vio convertido el aprendiz de contrabandista en gobernador de Puerto Elizabeth, que tal fue el nombre que se dio a la plaza.

La vida en Puerto Elizabeth era dura, el trabajo mucho y los peligros no pocos, pues al de los piratas chinos y de la Java Mayor se unía el de los recelosos portugueses, que veían en aquél una amenaza para su comercio. No faltaron desavenencias entre la guarnición de la fortaleza ni enojos y disputas con los señores de Palimbam y Pulobama, que en viendo prosperar a los ingleses sintieron pronto la llamada de la codicia y exigieron nuevos pagos por el asentamiento. Pero Guzmán supo salir de todas las pruebas, empleando una vez la persuasión y el engaño, y otras la pura fuerza, pues no andaba escaso de determinación ni le temblaba la mano a la hora de castigar afrentas y deslealtades.

—Pero cuando más confiado estaba en el viento que insuflaba las velas de mi felicidad, vino una inesperada tempestad a recordarme cuán vana es la condición humana —rememoró Guzmán, y en la oscuridad de nuestra celda pude sentir cómo se quebraba su voz y se llenaban de dolor sus palabras—. El capitán Davis arribó a puerto en los primeros días de la primavera, con nuevos víveres y armas, mas también con una partida de cautivos que eran piratas que desde hacía algunos meses hostigaban a las embarcaciones inglesas, con ayuda de los portugueses. En su mayoría eran nativos de las islas de la Sonda, pero había entre ellos algunos aventureros holandeses y portugueses. El castigo a sus fechorías, para público escarmiento, era la horca y, a tal fin, se tendieron algunas sogas de la verga del palo mayor del galeón. En tanto que gobernador de la plaza fui yo quien hubo de dictar sentencia, y a ello me puse en cuanto me fueron presentados los cautivos. Comenzaron los piratas a dar sus nombres sin que mi corazón flaqueara ante sus miradas suplicantes ni ante sus voces entrecortadas, hasta que vi ante mí a mi propio hermano que me miraba incrédulo y me llamaba por mi nombre. «¿Cómo tú aquí?», le pregunté en voz baja, mientras sentía cómo se clavaban en mí la mirada del capitán Davis y las de la guarnición en pleno, que aguardaba impaciente el momento de las ejecuciones. Él me respondió que al saberme en tierras de la India se había unido a un barco portugués y había zarpado en mi busca, sin hallar huella de mí en tan vastos reinos, y que en su nueva condición de pirata había hecho muchos y muy buenos negocios aunque había terminado por caer en manos de los ingleses. «Daba mi vida

por perdida —me dijo—, hasta que te he visto».

»“Yo nada puedo hacer”, le respondí, mientras sentía cómo se me abrían las entrañas.

»“Pero eres el gobernador...”.

»“Por eso nada puedo”.

Alonso le miró asombrado, pero no tuvo ocasión de añadir nada pues su hermano había llamado ya al siguiente cautivo a su presencia y fue retirado por los soldados. Terminada la sesión, dictó Guzmán sentencia de muerte para los piratas y abandonó el muelle a toda prisa, mientras en su interior se libraba tan feroz batalla que se creyera cien veces muerto antes de que concluyera el día. Toda la noche la pasó en un grito, incapaz de dormir y aun de estar sentado. Iba de acá para allá, ante la mirada curiosa de los centinelas, y la cruz del mástil mayor del galeón se le antojaba ya la que habría de levantarse sobre la tumba de Alonso, grande como sus pecados y como su cobardía. Cien veces decidió acudir a las mazmorras y sacar de allí a su hermano sin más pretexto que el poder que le daba su cargo. Y cien veces se persuadió de que todo era vano, pues si lo hiciera no lograría más que condenarse él también. Y de este modo llegó la madrugada y los primeros rayos del sol cosecharon de la arboladura del galeón sus mortales manzanas.

—No quise ver el cuerpo de mi hermano ni saber qué se hizo de él —concluyó Guzmán—, pues su rostro asombrado aún me perseguía y no me dejaba dormir. Preguntó el capitán Davis la causa de mi desazón y díjele cuán difícil me había sido llevar a la muerte a un español como yo y que, con ello, creía haber probado mi lealtad más allá de toda duda. Ofrecí otras mil razones y por fin logré convencerle de que me llevara con él de vuelta a Inglaterra, pues el oficio de gobernador me era más penoso que grato y estaba cansado del trato con paganos. Tres meses después me embarqué rumbo a Surat y de allí a Londres, donde estaba escrito que no habría de llegar, pues frente al cabo de Bojador nos sorprendieron los navíos de estos piratas moriscos y fui hecho prisionero y conducido hasta estas mazmorras del Salé donde pago al fin mi larga deuda y no me duelo, que esta penitencia aquieta al menos mi negra conciencia.

Cuando calló la voz de Guzmán, las tinieblas parecieron adensarse en torno a mí. Balbuceé algunas frases de compasión, pero el infeliz no volvió a decir nada, tal parecía que hubiera vaciado en su largo parlamento todas las palabras que llevaba dentro de sí. A mi lado, hacía rato que el gigante islandés dormía, según pregonaban sus ocasionales ronquidos, incapaz de seguir en la oscuridad el curso de la historia de Guzmán Montenegro, vencido sin duda por su propio infortunio. Pensé yo en la sabia manera con que el sueño viene a poner orden en las más desordenadas vidas, cuando está libre de pesadillas, y me pregunté por qué no hacía ahora otro tanto con la mía, pues el dolor cansa más que el mayor de los esfuerzos y yo sentía mis fuerzas agotadas. No tardé en comprender que era mi vanidad humillada, y no el dolor, la causante de mi insomnio.



Durante cinco años había arrastrado de puerto en puerto la herida abierta por Catalina, pero los males del orgullo tienen difícil cura y aún me escocía. El ridículo cuento de mi falsa vida se me antojaba ahora nueva supuración de tan vieja estocada y me reprochaba haber vagado tanto y librado tantos combates y ganado y perdido tantos amigos para, a la postre, seguir encerrado en la misma jaula de deseos insatisfechos. «¡Qué poca cabeza tienes!», me gritaba en silencio y, en un vano esfuerzo por huirme, volvía una y otra vez a la historia de Guzmán Montenegro. Había algo en ella que me inquietaba, algo que me resultaba familiar, más allá de la evocación de la costa gallega, en cuyas aguas había ido a parar yo a manos de los piratas moriscos.

Me esforcé en desandar con la imaginación la atrabiliaria y excesiva vida de aquel hombre, siempre gobernada por la violencia, y en la enumeración de los muchos lugares que le habían servido de escenario me topé con la palabra Zeylam y comprendí que era ella la piedra que incomodaba el paso de mis pensamientos. Pero no era la voz de Guzmán Montenegro la que la repetía ahora en mi memoria sino el vozarrón de uno de los marineros de la polacra de mi padre, de nombre Peter Johnson, al que todos apodábamos «Tortuga» por haber sido él quien nos persuadió para dejar la isla Bermuda, donde habíamos ido a parar cuando abandonamos la turbulenta colina de Roanoke en que yo había nacido, y quien nos animó a dirigirnos a la de La Tortuga que, según decía, estaba libre de españoles y era buen puerto para nuestros secretos comercios.

Fue Peter «Tortuga». Johnson el único hombre que supo darme noticia de la vida de Jamaica anterior al día en que éste entró en la mía, pues mi criado, amén de mudo, era iletrado y su silenciosa elocuencia pertenecía tan sólo al reino del presente. Su pasado era una página en blanco y las pocas líneas que, gracias a «Tortuga». Johnson, habían llegado a escribirse sobre ella comenzaban con aquella palabra: Zeylam.

«Tortuga». Johnson había conocido a Jamaica el día en que como contraestre de un galeón inglés dedicado al corso abordó, frente a la isla Mauricio, la galera portuguesa de la que éste era galeote. Fueron muy pocos los cautivos que sobrevivieron al brutal combate, pues la galera no tardó en hacer agua y la mayoría no logró liberarse de las cadenas que les aprisionaban. Por uno de los supervivientes, que había sido capturado a su vez por los portugueses en la costa de la India y que conocía algunas palabras de la lengua inglesa, supo «Tortuga». Johnson que aquel otro cautivo mudo, de reluciente cabeza calva, extraordinaria fuerza y mirada atenta, que había sido capaz de arrancar de la madera con sus propias manos la argolla de su cadena, era nacido en la isla de Zeylam, en una villa costera que llaman Jafnarú, donde había ejercido el oficio de pescador en sus años mozos, aunque su espíritu inquieto le había llevado pronto a correr mundo. Después de ejercer los más variados e insólitos, ya fuera como aguador ya como tintorero e incluso como lazarillo de un santón, el hambre le llevó a buscar una vida más cómoda en el próspero reino de Malabar, en la costa occidental de la India, y allí vivió durante algunos años como

sirviente de un encumbrado noble de la villa de Calicut, donde gozó de buen trato y mucha estima hasta que fue acusado por la esposa de su señor de haber intentado robar unas preciadas joyas y de haberla injuriado gravemente y cubierto de golpes cuando fue descubierto.

La voz de «Tortuga». Johnson me decía cómo había logrado la airada dama que se le cortase la lengua a Jamaica y cómo había exigido que se le amputasen también ambas manos, invocando una vieja y cruel ley, cosa que sin duda hubiera conseguido si no hubiera preferido el ofendido esposo sacar provecho de tan ingrato sirviente, vendiéndolo como esclavo a los marineros portugueses que comerciaban en la ciudad.

—Cuando lo encontré en la galera, llevaba por nombre el de Babir, que a mí me parecía más apodo de caballo que nombre de persona —me había explicado «Tortuga». Johnson—, así que decidí llamarle Jamaica.

«Tortuga». Johnson tenía sus razones para poner el nombre de una isla del mar Caribe a un esclavo hallado en una isla del mar Indico pues, poco antes de iniciar la travesía que le había llevado hasta las proximidades de la isla Mauricio, había estado él a punto de perecer precisamente frente a la costa de la isla de Jamaica, al otro lado del mundo, cuando un golpe de mar le tiró por la borda del bergantín corsario en que servía y sólo la ayuda de un desconocido pescador le salvó de hacer morada en el infierno. «Allí empezó de nuevo mi vida», me había dicho tantas veces como me había contado aquella historia. También la vida de Babir empezaba de nuevo, tras salvarse milagrosamente del hundimiento de la galera, y en opinión del marino inglés no había ningún nombre más adecuado que el de Jamaica para empezar a vivirla.

Cuando el capitán del galeón corsario falleció, en un nuevo encuentro con portugueses ante la costa de Madagascar, «Tortuga». Johnson tomó el mando de la nave y llevó a Jamaica consigo de regreso a Inglaterra. Allí, entregó el barco a su armador y se enroló, siempre acompañado de su forzado sirviente, en una nao que partía hacia la colonia de la isla Bermuda, en tierras de América, adonde llegaron en el verano del año de mil seiscientos y diez y siete, y donde fuimos a encontrarles mi padre y yo cuando decidimos enrolar una tripulación para la polacra que habíamos ganado en una loca apuesta de naipes que se había saldado con tres hombres muertos y un gran revuelo en toda la colonia. Y fue precisamente en otra partida de naipes, una noche de insomnio y ron a bordo de la polacra, que Jamaica vino a convertirse en mi esclavo, al ganárselo a «Tortuga». Johnson en una disputada mano a quínolas en que llegaron antes mis cuatro bastos que sus cuatro copas.

En la oscuridad de la mazmorra, la cabeza me bullía de imágenes. Volvía a ver el verdor de la isla de La Tortuga, los libros con que mi padre pugnaba por instruirme, los viajes en nuestra polacra donde se anudó la lealtad de Jamaica, pues mi padre le había concedido la libertad, persuadido como estaba de que no había mal mayor para un hombre que la esclavitud... Y me venían de nuevo las palabras de «Tortuga». Johnson, que me contaban cómo Jamaica había proclamado su inocencia hasta el

mismo momento en que la daga del verdugo le rebanó la lengua y le condenó de por vida al silencio. También había sabido «Tortuga». Johnson que el único pecado de Jamaica había sido el de negarse a seguir satisfaciendo las perversas pasiones de la esposa de su señor, que era mujer que hallaba el placer martirizando a su forzado amante y haciéndose martirizar por él. Temerosa de que Jamaica hiciera correr la voz de sus depravados vicios, había urdido la mentira del robo de sus joyas que, de una sola vez, le aseguraba el silencio de su amante y el goce de su tormento.

Con el sonido del recuerdo de aquellas palabras, que evocaban los recuerdos de otros, fui rindiendo mis fuerzas al sueño. El fantasmagórico rostro de la dueña de Jamaica, a la que nunca había visto, se transformó, en mi desfallecido entendimiento, en el de Catalina, que paseaba sobre cubierta en medio de la tormenta, bajo un cielo negro y sobresaltado de relámpagos, mientras Jamaica revoloteaba sobre ella en las alturas, todavía sujeto al mástil roto del «San Juan de Gaztelugache», como un gigantesco albatros.

Mi vida como esclavo en el puerto de Salé se regía por la misma fatalidad que persigue en todo el mundo a quienes se ven arrojados a prisiones y mazmorras, convertidos en juguetes de la voluntad ajena. Nos levantábamos con el alba, malcomíamos el asqueroso rancho que nos entregaba el carcelero y, con las pocas fuerzas que esto podía proporcionarnos, teníamos que trabajar como mulas hasta que caían las sombras y regresábamos a las mazmorras, más muertos que vivos. Sin embargo, a la desdicha de la esclavitud se unía la singular inquina que los moriscos manifestaban contra los cautivos españoles y, para mi desdicha, por español me tenían, tanto por la bandera del barco en que me habían capturado como por el ridículo cuento de mi falsa vida. En el corazón de aquellos moriscos ardía aún el rencor por su expulsión de España y, por ello, el júbilo por la alcanzada independencia de su república pirata, que no otra cosa festejaban el día de mi llegada a la villa de Salé, no hacía sino enconar el odio que profesaban contra los cristianos de su perdida patria. De ese modo, eran los esclavos españoles los que más tiempo y más duramente se veían obligados a trabajar, ya fuera en los astilleros del río, ya en la edificación de una gran muralla que se estaba levantando para proteger de ataques por tierra el Arrabal en que vivía la mayoría de los moriscos. Mientras los esclavos franceses e ingleses guardaban aún alguna esperanza de verse rescatados, los españoles desesperaban de volver a ver a los suyos, pues eran los primeros en ser ofrecidos en las subastas de esclavos que solían celebrarse a orilla del río, y el poco alimento y el mucho trabajo minaban sus fuerzas hasta reducirlos a puros esqueletos que apenas si podían tenerse en pie.

Fueron unos meses duros y terribles, en los que de nada me valieron mis protestas de ser inglés, si no fue para ganarme algunos palos y el recelo de los propios esclavos españoles, que ya no sabían a qué atenerse conmigo. Torval y Guzmán Montenegro se convirtieron en mis solos amigos, como si aquella noche de dolor compartido hubiera sellado entre nosotros un pacto no escrito. Pero nuestra comunidad de

desdichas no dejaba de ser un pobre consuelo y malamente podía fortalecer mi ánimo, como no tardé en comprobar el día que supe, por un esclavo inglés con el que pude cruzar unas palabras en el astillero, que había llegado a la ciudad un emisario del rey de Inglaterra, el caballero John Harrison, con el propósito de establecer una alianza comercial y militar con la república pirata de Salé y conseguir, de paso, la liberación de los súbditos del rey Carlos que allí estuvieran cautivos. Caí en la mayor de las desesperaciones. El gigante Torval, que había aprendido ya algunas palabras de la lengua castellana, me consolaba repitiendo una y otra vez las que para él eran bálsamo en sus noches sin hembra, cuando le atormentaba el recuerdo de Gudrid, a la que tan sólo había podido ver, y de lejos, en dos ocasiones desde su llegada: «Paz en tu cabeza, Tomás, paz». Pero no había paz dentro de mí y cada noche me rebelaba contra mi lengua traicionera y mis mentiras, que me habían conducido a tal enredo.

El día en que vi al caballero John Harrison, apenas a veinte pasos de mí y tan lejano como si estuviera en los imperios de la Luna, creí que iba a enloquecer. Tentado estuve de gritarle unas palabras en la lengua inglesa, pero el jefe de la guardia que nos custodiaba aquel día en el astillero era un morisco brutal, llamado Parrado, capaz de arrancarle a un hombre la piel a tiras por menos, como bien sabía mi dolorida espalda. De modo que hube de conformarme con ver cómo el emisario de mi libertad pasaba de largo ante mí, ignorante de mi existencia. A su lado iba un morisco de espesa barba, ataviado a la turquesa, al que escuché pronunciar algunas frases en inglés. Pregunté a Guzmán Montenegro, que estaba a mi lado, quién era aquel hombre, y me respondió que era escribano e intérprete del almirante de la flota pirata, que su nombre era Mohamed Al-Minar y que entre los esclavos españoles se le conocía por el apodo de Barrabás, aunque no sabía la razón de ello pues ya no quedaba nadie que guardara memoria de la causa de tal mote.

La llegada del emisario inglés tuvo, sin embargo, la inesperada virtud de atenuar el rigor del cautiverio del grupo de esclavos con los que yo compartía celda. Durante los siguientes días nos fueron encomendadas tareas de menor esfuerzo, y la vigilancia de nuestros guardianes se hizo más benigna desde que Parrado fue relevado por otro morisco, llamado Narváez, que pertenecía a una influyente familia de comerciantes y cuyo tío, según se contaba, era uno de los miembros del Diván de la villa. Tentado estaba yo de atribuir a la diosa Fortuna maneras más generosas de las que hasta entonces había mostrado conmigo, cuando un fatal incidente vino a dar al traste con aquella efímera bonanza.

Una mañana, camino del astillero como tantas otras veces, pasamos cerca del embarcadero del río, donde estaba celebrándose la subasta de esclavos. Recordaba yo con sarcasmo aquellas lejanas mañanas en que, asomado a la ventana de la taberna de la India, en el barrio sevillano de Triana, me entretenía viendo la llegada de los esclavos al muelle de las Muelas. Y estaba por tildarme una vez más de necio y arrogante cuando escuché a mi espalda un rugido formidable y un golpe seco. A mi lado se desplomó uno de los guardianes que nos custodiaban, como si lo hubiera

fulminado un rayo y cuando me volví para averiguar qué sucedía vi al gigante Torval que, arrastrando tras de sí al esclavo al que estaba ligado por una sogas que apretaba sus manos, se dirigía a la carrera hacia el corro de curiosos que asistía a la subasta de esclavos.

—¡Se ha vuelto loco! —exclamé, pero Guzmán Montenegro, que era quien compartía sogas conmigo, me dijo:

—¡Y cómo no, si van a vender a su mujer!

Sobre la tarima en que se exhibía a los esclavos en subasta había una mujer alta, de cabellos bermejos y recia figura de campesina, que miraba espantada cómo el gigante corría hacia ella.

—Se va a hacer matar —musité, desolado, y cuando mis ojos se encontraron de nuevo con los de Guzmán Montenegro supe lo que debíamos hacer.

—¡Vamos! —gritó Guzmán y los dos abandonamos la hilera de cautivos y echamos a correr tras el enfurecido Torval. Algunos otros esclavos nos siguieron y, en pocos momentos, se organizó en el embarcadero tal batahola que a buen seguro debía oírse desde el otro lado de las murallas, en el interior de la ciudadela de la Casba.

Torval apartaba a curiosos, comerciantes y soldados con manotazos precisos y tremebundos, que los disparaban como balas de cañón en todas direcciones y que zarandeaban a su compañero de cautiverio cual si fuera un pelele. Mientras tanto, Guzmán y yo pugnábamos por entorpecer la acción de los guardianes moriscos, empujando a cuanto ser vivo se cruzaba en nuestro camino, de modo que todo eran tropezones y juramentos.

Estaba Torval a punto de alcanzar la tarima desde la que Gudrid le gritaba palabras de su lengua islandesa, mientras era sujeta por dos hombres, cuando uno de los guardianes acertó a propinar un tremendo tajo con su cimitarra sobre la espalda del gigante que se fue de bruces contra el entablado con un bufido de toro herido, arrastrando en su caída a su aterrado compañero mientras la sangre empapaba su maltrecho jubón. Había levantado de nuevo el guardián su espada para descargar otro mandoble cuando Guzmán y yo le caímos encima, haciéndole trastabillar y yéndonos los tres al suelo. Mi mano palpó, bajo la túnica del soldado, la empuñadura de una daga y, tras hacerme con ella, la hundí con fuerza en su pecho, mientras Guzmán trataba de impedir a patadas que el golpe de su cimitarra le alcanzara. El morisco me miró sorprendido, como si no pudiera comprender de dónde había sacado yo el arma que le arrancaba la vida, y su mirada se perdió de inmediato en ese invisible horizonte donde buscan los muertos respuesta a su última pregunta. Guzmán, que había conseguido arrodillarse a mi lado, me quitó la daga de las manos y cortó con ella la sogas que nos unía. Me arrastré en dirección al gigante islandés que agonizaba sobre el polvo, con la cabeza vuelta hacia la tarima de la que había desaparecido ya su esposa. Miré a Guzmán, que estaba ahora en pie junto al cadáver del guardián, para decirle que Torval se moría y entonces leí en sus ojos una determinación que me heló de espanto.

—¡Tira esa daga! —atiné a decir, justo antes de que uno de los comerciantes, que porfiaba con los demás esclavos que se habían sumado a la refriega, empezara a llamarle asesino a grandes voces.

—He de pagar mis pecados —me respondió y, volviéndose hacia quien le señalaba, gritó a voz en cuello—: ¡Y vosotros vais a pagar los vuestros!

Y se abrió paso a puñaladas entre la creciente multitud. Le vi correr hacia el laberinto de las calles del Arrabal, perseguido por vecinos y soldados que chillaban: «¡Muerte al español!». Después sentí un golpe en la cabeza y una luz que estallaba ante mis ojos y perdí el conocimiento.

Un agudo dolor en el costado me hizo volver en mí. No sabía dónde estaba. Quizá en las mazmorras. El suelo era de piedra y había antorchas encendidas. Me gritaban, pero no entendía lo que decían. Sólo palabras sueltas en medio del zumbido que atormentaba mis oídos. Alguien me azotaba con un vergajo. Otros me daban patadas. Sentí que me pinchaban en la pierna y un golpe terrible en la planta del pie, que me hizo aullar de dolor y me recorrió el cuerpo como un zarpazo. Quise levantarme y una nueva lluvia de golpes me devolvió a tierra y a la inconsciencia.

Cuando volví a despertarme estaba rodeado de penumbras, pero no había nadie a mi lado. Nadie me pegaba. Nadie me chillaba. Me costaba trabajo respirar. Una claridad lechosa entraba desde algún lado de la pared de aquella estancia, que me pareció larga y estrecha. Ya no estaba en las mazmorras. Quise mirar hacia donde venía la luz, pero el cuello me dolía de forma horrible. Cualquier movimiento era un suplicio. Cerré los ojos. Necesitaba descansar.

Poco a poco fui recuperándome de la brutal paliza que me habían propinado los guardianes de la Casba. Supe que estaba encerrado en una de las galerías que hay sobre la Gran Puerta de la fortaleza. Un morisco, de nombre Hicham, acudía varias veces al día para traerme comida y restañar mis heridas con algunos emplastos. El resto del tiempo lo pasaba solo, sin más compañía que las maldiciones que, de tanto en tanto, me dirigían los soldados encargados de montar guardia en el largo pasillo al que se asomaba la puerta enrejada de mi celda.

Por Hicham supe que Guzmán había corrido durante un rato por las calles del Arrabal, propinando puñaladas a cuantos se cruzaron en su camino, ya fueran viejos, mujeres o niños. La ira de la muchedumbre que lo perseguía se crecía ante el hallazgo de cada nuevo cuerpo ensangrentado y la cacería se prolongó hasta que lograron acorralarlo sobre la terraza de una mansión a cuyo patio interior saltó, quebrándose una pierna. Allí mismo, entre naranjos y arrayanes, le dieron muerte como a un perro.

Pero la sed de venganza de los moriscos no se conformó con tan magro trofeo y fueron muchos los que se dirigieron a la Casba, en busca de los demás esclavos españoles que habían estado en el embarcadero. A algunos de ellos los sorprendieron cuando todavía no habían sido encerrados en las mazmorras. Eran los esclavos que no habían participado en la reyerta, pero eso de nada les sirvió pues allí mismo los ultimaron sin piedad, a pedradas y a cuchillo.

Los que habíamos sido detenidos en la pelea fuimos apaleados por los encolerizados guardianes de la Casba, que se disponían a entregarnos a la muchedumbre que clamaba ante la Gran Puerta cuando el gobernador de la república, un alto señor morisco de nombre Brahim ben Suaib Vargas, hizo llamar a Morat Raís, el almirante de la flota de Salé, que llegó al mando de sus marineros y puso a la multitud en fuga, salvando así nuestras vidas. Mandó el gobernador de la república que los que habíamos participado en la refriega fuéramos guardados en diferentes celdas, para no darnos ocasión de volver a concertarnos, y por razones que desconocía a mí me encerraron solo.

Cuando pregunté por la suerte de Torval, el morisco Hicham me dijo que había muerto en el mismo embarcadero, sin llegar a ver cómo su esposa, vendida como esclava, zarpaba a bordo de una nave turca con rumbo a Argel.

Todas aquellas nuevas compungieron mi alma y me llenaron de una melancolía que a punto estuvo de ocasionarme la muerte, porque ni comer quería, pues estaba seguro de que tantos cuidados no tenían otro fin que el devolverme la vida para poder quitármela después en público escarmiento. Estaba solo en la celda, pero sus barrotes sólo me separaban de un mundo extraño en el que ya nadie me aguardaba. La guadaña insaciable de la Parca me había arrebatado a mis mejores amigos, uno tras otro, y la caprichosa Venus me torturaba con la indiferencia de mi amada. Ni siquiera el saber que en las venas de un niño latía mi sangre lograba consolarme, pues él habría de creerse hijo de otro y nada, ni aun odio o desprecio, podía esperar de su consideración ya que ignoraba mi misma existencia.

La tristeza y la debilidad volvieron a sumirme en sueños que parecían alargarse durante días. Vivía con un pie en la tumba y otro en la locura, ajeno a todo, indiferente a los insultos de los guardianes e incapaz de apreciar los cuidados que con tan inexplicable celo me prodigaba Hicham.

En medio de una de esas duermevelas vino a sobresaltarme el golpe de un objeto que cayó sobre mi pecho. Me incorporé y vi que era un libro de páginas gastadas, no muy grueso. Alcé la vista y pude distinguir, al otro lado de los barrotes, la figura de un moro sumido en las penumbras por el contraluz de la tronera que desde el pasillo dejaba pasar la claridad del sol.

—Ahí hallarás consuelo —dijo el morisco, y sentí que en su voz había algo que ya venía a consolarme. Después, se fue sin darme tiempo a decir palabra, dejándome en las manos aquel inesperado regalo, un libro de versos en cuya primera página podía leerse: «La hermosura de Angélica con otras diversas rimas», por «Lope Félix de Vega Carpio».

Para mi sorpresa, aquel morisco que, según me dijo Hicham, era el escribano al que había visto en compañía del caballero John Harrison, llevaba razón. Fue primero la curiosidad lo que me hizo leer algunos versos del poeta del que se presumía amigo del capitán Contreras, pues todavía recordaba el cuento con que el valiente soldado nos había entretenido a bordo del «San Juan de Gaztelugache». Pero enseguida me

sentí preso de los sentimientos que destilaban aquellos poemas, unos sentimientos que en modo alguno me eran ajenos, porque el amor, sus gozos y su pérdida, es patria común de todos los humanos. Mas en aquella deleitosa celda de palabras no hallaba merma mi libertad, como no la halla la del marino entre las tablas de su nave, antes al contrario, que sus muros, hechos de exaltados adjetivos y apasionados verbos, me daban cobijo y fuerza. Yo también amaba a Lucinda, yo también lavaba sus pies en las aguas del Manzanares mientras ardía por ella, era yo quien cantaba a la Luna e invocaba a Apolo, a Hércules, a Paris, a Baco, a Andrómeda y a cuantas divinidades y astros hubiera venerado el hombre, a héroes perdidos y a ciudades conquistadas, a leyendas y proezas, mares y guerras, por ver si en todo ello podía encontrar razón alguna a mis desventuras. Y si no la hallé, porque nadie alcanza a vislumbrar el gobierno de su propia vida, sí que pude al menos contemplar ésta en el espejo de la experiencia ajena, que no es poca sabiduría. Más aún, fue entonces cuando por vez primera busqué en las palabras, hasta entonces siempre traicioneras, una mentira nueva, un fingimiento hermoso que las hiciera refugio, hogar y herramienta con que ordenar mi alma. Leía y releía los versos del ingenioso poeta y buscaba en mi interior las rimas que imitaran su arte y dieran así cuenta de mis propias tormentas. De ese modo, y aun careciendo de recado de escribir, compuse en mi cabeza un soneto, que fue duro trabajo pues tal parecía que las palabras me huyeran o se enredaran en mi legua como hilos, sin que lograra casarlas ni someterlas. Pero si había algo que tenía en abundancia en mi mísera prisión era tiempo, y a fuerza de días tejí por fin mis reacios versos. Y lo hice con tal firmeza y tan repetido esfuerzo que aún hoy, veintisiete años después, ya viejo y sin haberlos escrito nunca, soy capaz de repetirlos de seguido. Eran éstos:

A un soneto confío mi venganza  
que el amor por sí solo no halla cura  
y me quejo y maldigo la locura  
de amar sin consuelo ni esperanza.

La dama que da olvido a mi templanza  
entrega sin recato su alma oscura,  
se otorga, se reparte, se procura  
de otros labios el goce y la alabanza.

Y yo, que no he sabido serle infiel  
no sé ganarla con puñal ni espada.  
Versos que han de libar tan amarga miel

beben por fuerza en tinta envenenada,  
que a la hora de escribir vale la hiel



tanto o más que la sangre emponzoñada.

Los cuartetos y tercetos del libro de rimas se convirtieron en mis camaradas de celda. La magra realidad de mi condición y de mis pasiones se elevó, en mi imaginación, hasta los altares del arte. Catalina tornóse en Lucinda, yo en Lope, Salé en Madrid y el Bu Regreg en el Manzanares. Y así, en brazos de la grandeza ajena, volé en mis sueños hasta los de Antonia «la Brava» y hasta los labios de la cómica Leonor, me llegué a la iglesia de Santa María de la Oliva y a la chopera de Villaviciosa, navegué sobre la cubierta de la polacra de Juan de Tineo y en la sentina del jabeque pirata que me condujo a Salé... y en todo ello descubrí un placer nuevo: la paz que el bueno de Torval me encarecía y que yo había buscado en vano. Una paz que, estaba seguro, no era sino antesala del eterno descanso.

Estaba, pues, resignado a mi destino y con tal ánimo acogí, una mañana del mes de abril de aquel año de mil seiscientos y veintisiete, la llegada del escribano del caíd de la Casba, que resultó ser un renegado italiano gordo como un tonel. Ordenó el escribano a los guardias que abrieran la puerta de mi celda y se plantó ante mí, enorme y solemne. Me preguntó si mi nombre era Tomás Mendieta y cuando yo empecé a explicarle que no era ése mi verdadero nombre, me hizo un gesto imperativo con la mano y dijo:

—«Io non busco la verdad. Io quiero saber si os llaman por queste nome».

Asentí con renovada resignación.

—Bravo, entonces seguidme.

Tomé en mis manos el libro de rimas, que para el viaje que iba a emprender no necesitaba otro equipaje que su reconfortante tacto. Me despedí con una breve mirada de la que sin duda había sido mi última morada en este mundo, y salí al pasillo tras la imponente figura del italiano, que a duras penas cabía en los angostos pasillos que recorríamos. Detrás de mí, dos soldados me pisaban los talones. Doblamos un recodo y me encontré en una escalera por la que descendimos hasta una amplia sala, cubierta de hermosos tapices, en la que había un largo escaño de madera labrada cubierto de ricos almohadones. Al fondo había un arco con una puerta cerrada. Atravesamos la estancia y el escribano golpeó la puerta con los nudillos de su mano derecha. Alguien la abrió desde fuera y yo me encontré en la misma sala de la Gran Puerta de la Casba que había atravesado, en sentido contrario, el aciago día de mi llegada a Salé. El vano de la Gran Puerta, cuyas hojas estaban abiertas de par en par, dejaba entrar la deslumbrante claridad de la mañana y, a su través, se veían la plaza de la Higuera y el Arrabal de la villa. Busqué con la mirada el cadalso donde me debía de estar esperando el verdugo, pero no vi sino atareados comerciantes y soldados que guardaban la bajada hasta el río. Salimos a la plaza y nos encaminamos hacia el embarcadero, bajo la mirada de los centinelas que vigilaban desde las almenas de la fortaleza. Era el mismo camino que había recorrido unas semanas atrás en compañía de Torval y de Guzmán Montenegro y, al igual que entonces, avisté junto al muelle

un gran número de esclavos y de soldados, pero en esta ocasión no se trataba de ninguna subasta pues no había nadie sobre la tarima. Quizá la venta hubiera terminado ya, porque los esclavos eran conducidos, a bordo de algunos pataches, hasta un navío que permanecía anclado en la desembocadura del río, más allá de la barra de arena. Me preguntaba yo si me habrían vendido o quizá regalado a algún comerciante o pirata de Argel, cuando divisé la enseña del navío y descubrí con sorpresa que era la del rey de Inglaterra. Delante de mí, el gordo italiano caminaba ajeno al torbellino que se había desatado en mi alma.

Cuando llegamos al embarcadero, el escribano se acercó hasta el capitán de la guardia, en quien reconocí al morisco Narváez que mandaba la columna de esclavos el día en que Torval corrió hacia la muerte a pocos pasos de donde yo me encontraba ahora. Maldije mi mala suerte y rogué a Dios que no me mirase. Entonces el escribano dijo la última frase que yo esperaba oír de sus labios:

—Éste es el inglés que faltaba, su nombre es Thomas Bird.

Narváez clavó en mí sus negros ojos y asintió con la cabeza. Después dijo:

—Que embarque.

Sobre el muelle se hacinaban los cautivos ingleses, en una algarabía indescriptible. Algunos reían, lloraban, hablaban a voces; otros permanecían en silencio, como si toda la tristeza acumulada en aquellos años de padecimiento se les empozara en el alma, como si los golpes recibidos hubieran sido tantos y tan fuertes que ya nada supieran, ni siquiera gozar de la libertad en ciernes. Y todos se amontonaban sobre los pataches como si temieran que sus carceleros fueran a cambiar repentinamente de opinión y a conducirles de nuevo a las mazmorras. Quise preguntar al escribano qué había sucedido, pero ya se alejaba de mí, gordo y plácido, de vuelta a la Casba. Mi desconcierto se sobrepuso a mis temores e imploré con la mirada una explicación al morisco Narváez, mas éste me ofreció por toda respuesta un gesto brusco con su cabeza que me invitaba a subir al patache y a dejar atrás aquel tiempo de mazmorras y de muerte. ¿A qué saber?, me dije entonces y, abriéndome paso a codazos, salté a bordo de la pequeña embarcación. Allí grité como el que más en mi hermosa lengua inglesa, chillé mi alegría, aullé mi tristeza, proclamé mi libertad y todo ello más por necesidad de escuchar el sonido de mi propia voz, libre y potente sobre las aguas del Bu Regreg, que por manifestar sentimientos tan encontrados que a duras penas me sentía capaz de reconocer, pues en la balanza de las pasiones humanas no sabría aún hoy decir qué pesaba más en mí entonces, si la felicidad o la desdicha.

El caballero John Harrison nos recibió a bordo del navío inglés con sentidas palabras y nos ofreció el pobre acomodo de sus bodegas, donde nos hacíamos satisfechos, pues tiene la libertad recobrada el raro don de tornar cómodas las apreturas y de hacer más llevaderas las miserias. En aquella nave ebria de libertad supe que la embajada del caballero inglés había encontrado la mejor disposición por parte de los gobernantes de la república pirata, deseosos de establecer alianzas que les

ayudasen a mantener su independencia. Así, los moriscos de Salé habían liberado a más de ciento noventa cristianos cautivos, vasallos del Rey de Inglaterra, a cuya Majestad se sentían obligados y reconocidos por la merced que ésta les había hecho. Merced que no era otra que la disposición inglesa a proporcionar armas y municiones a la república y a firmar con ella un tratado. A tal fin, dos embajadores moriscos viajaban con nosotros, rumbo a Londres, con las capitulaciones provisionales acordadas entre el caballero John Harrison y el Diván de Salé. Uno de ellos era, precisamente, el tío del morisco Narváez.

La prudencia y la cordura hicieron que los embajadores moriscos apenas aparecieran sobre cubierta durante los días que duró nuestra travesía, pues de hacerlo se exponían a la venganza de quienes habían sido sus prisioneros. Yo viví aquella semana en un estado del alma próximo a la embriaguez, por más que no bebiéramos sino agua. Cual borracho, me mostraba a veces jovial y bullicioso, y otras me hundía en silencios hoscos o me extraviaba en ensoñaciones que tomaban visos de pesadillas. La llegada al puerto de Plymouth puso fin a tan errático humor, y al pisar por fin suelo inglés, cinco años después de que hubiera iniciado a bordo del «San Juan de Gaztelugache» mi interrumpido viaje de vuelta a la tierra de mi padre, tal me sentí como si acabara de despertar de un prolongado sueño.

## II

Hoy, que soy viejo y siento que la vida se me escapa como el aroma a la flor seca, me pregunto si alguna vez alcanza el hombre a gozar de verdadera felicidad, si esa tierra prometida que todos buscamos no es como la línea del horizonte, que se aleja conforme nos acercamos a ella. Quizá Moisés no murió tras subir al monte Nebo, como el Señor le había ordenado, sino que llegó hasta la tierra de Canán para descubrir que aquélla tampoco era la tierra prometida, que en ella la injusticia, el dolor, la insatisfacción, la cortedad de la dicha y la voluntad caprichosa del destino seguían siendo los hilos con que se tejían las vidas de los hombres. Quizá por ello aún hoy nadie conoce en qué parte de los llanos de Moab está la tumba del profeta: seguro que si la buscaran en la tierra de Canán darían al fin con ella. Quizá la historia de Moisés no sea más que una consoladora mentira. En todo caso, muchos y muy graves deben haber sido mis pecados, pues Inglaterra tampoco ha sido para mí la tierra de promisión con que soñaba en mi mocedad a bordo de la polacra de mi padre. No tuve que esperar mucho, tras desembarcar en Plymouth, para comprobarlo, aunque mi primer sentimiento al llegar fue de júbilo y de asombro.

En el muelle de Plymouth se alineaban muchos y bien cuidados navíos, grandes y pequeños, guerreros y de carga, y sobre las callejuelas del puerto se agitaba una muchedumbre que hablaba en mi misma lengua. Había tabernas y un sin fin de establecimientos de comercio donde de todo se vendía y todo se compraba, que las gentes de Inglaterra me parecieron, ya en aquel primer día, hábiles y emprendedores mercaderes. Las casas mostraban una solidez que era inusual en tierras de América y en sus fachadas no había tampoco rastro alguno de la austeridad de las mansiones moras, pues lucían grandes ventanales de madera. Realmente era aquél un Nuevo Mundo para mí, por más que me hubiera hablado mi padre de él con encendidas palabras. El verdor de sus campos nada tenía que ver con la exuberancia de la isla de La Tortuga. No era la suya una feracidad lujurante sino fresca y ordenada, obra de la mano del hombre y no de los prodigios de la Naturaleza. Había una calma y una templanza en el ambiente que me hicieron soñar con una vida de noble y sosegado empeño, al amparo de la tierra de mis ancestros y en compañía de la familia que allí había dejado mi padre al partirse hacia las Indias Occidentales. Incluso el frío viento nocturno y la pertinaz lluvia se me antojaban vivificantes y beneficiosos para una mente despierta, aunque no debía estarlo tanto la mía cuando no atiné a percibir, siquiera como sombras, las profundas perturbaciones que acechaban tras tan fingido orden.

El gentío del muelle nos recibió como a héroes. El caballero John Harrison, que en el poco trato que tuve con él me pareció hombre discreto e inteligente, se escabulló en medio de la confusión, mientras el capitán de la nave cumplimentaba al Sheriff del condado y a las autoridades eclesiásticas que habían acudido para pregonar la bondad del Rey de Inglaterra y la preocupación que Su majestad sentía

por todos y cada uno de sus súbditos. A las buenas palabras se siguieron mejores acciones y los rescatados cautivos fuimos conducidos hasta una antigua abadía cercana donde se nos ofreció comida caliente y ropas limpias, que nos devolvieron el ser y la dignidad. Hubo una solemne misa que ofició el obispo de Exeter, que se había desplazado hasta la villa para tal fin y cuyos ricos vestidos, corpulencia y numeroso séquito contrastaban con nuestras magras figuras.

Al anochecer, cuando empezaban a flaquear nuestras fuerzas, cansados de tanta felicidad y de tanto afecto, reapareció el caballero Harrison en compañía de un oficial de la marina real y de algunos alguaciles que fueron llamando, uno a uno, a los cautivos reunidos en la abadía a fin de organizar el pronto regreso a sus hogares. Yo tenía pensado adónde quería ir y así lo hice saber cuando me llegó el turno: quería regresar a la patria de mi padre, al pueblo de Brighton.

Fuéronme entregados tres chelines y seis peniques, para que no vagara en la más absoluta de las miserias, y se me buscó un hueco en el carromato de una partida de soldados que debía dirigirse a la villa de Portsmouth. Una vez allí, podía llegar a Brighton en tres o cuatro días de caminata a buen paso, si no encontraba algún arriero que me llevase. Pero como no hay luz sin sombra, tuve también que firmar un papel en que me comprometía a devolver aquellos dineros en el plazo de tres meses o, caso de no hacerlo, a sentar plaza como soldado de Su Majestad. Yo daba por segura la ayuda de mis desconocidos parientes, pues muchas veces me había alabado mi padre la fuerza de los lazos de sangre y la generosidad de su familia que, si modesta en bienes, era rica en virtudes, así que firmé gustoso y a la mañana siguiente me puse en camino.

Durante el viaje, que se prolongó cinco días, tuve ocasión de hablar con los soldados del convoy y, en particular, con el que viajaba en mi carromato, un ingrato gruñón de voz aguardentosa llamado William Bunyan, que se decía nacido en Ludlow, en el condado de Shropshire y que no parecía hallar acomodo en ninguna circunstancia de la vida pues todo le irritaba y de todo desconfiaba. «Soy perro viejo», me repetía cada tanto y luego me echaba una mirada que helaba la sangre, como si quisiera decirme con ella que sabía leer en el fondo de mi corazón y que si no denunciaba mi impostura era más por pereza que por ignorancia o por compasión. Yo buscaba entonces refugio en la contemplación de los campos que nos rodeaban, mientras me preguntaba hasta qué punto era de temer aquel cascarrabias.

Las tierras que mediaban entre Plymouth y Exeter no eran ya las verdes costas que había visto al llegar sino unos sombríos páramos que, según Bunyan, estaban plagados de salteadores de caminos, por lo que debía dar yo gracias a Dios por viajar en tan bien armada compañía. En Exeter admiré la belleza de su catedral, cuyo pórtico estaba ornado con hermosas esculturas de santos, y soporté la diatriba de Bunyan que se echó a maldecir a obispos y sacerdotes de la Iglesia de Inglaterra, a los que llamaba ladrones y fariseos, y cuyas riquezas y vidas disipadas le parecían la prueba viviente de su oculto entendimiento con el diablo. Por él supe del descontento

que cundía entre la plebe y de las protestas de aquellos que se llamaban puritanos y que deseaban devolver a la Iglesia su perdida humildad y pureza. En Southampton me habló de cómo algunos de aquellos puritanos, a bordo de un navío llamado «Mayflower», habían partido hacia tierras de América siete años atrás, en busca de la libertad que no hallaban en suelo inglés. También me habló de la guerra que libraba el ejército inglés contra los franceses y que había convertido el canal de la Mancha en una ratonera en la que pocos navíos se atrevían a adentrarse. Y ante todas aquellas noticias mostraba mi rostro el asombro y la extrañeza de lo nunca oído, a tal punto que Bunyan terminó por preguntarme dónde demonios había estado yo metido los últimos diez años de mi vida, que nada sabía de cuanto se había cocinado en el mundo entre tanto. Le contesté que había estado malviviendo en los mares de las Antillas y, después, en las mazmorras de los moriscos de Salé, y él volvió a mirarme con feroz desconfianza y dijo:

—No os envidio, señor Bird, pues bien se ve que sois de esos hombres que, donde quiera que estén, traen el infierno consigo.

No supe qué responder, pues no estaban exentas de verdad las palabras del soldado, cuyo pésimo humor y recelosas maneras me hacían pensar que debía ser doctor en pecados y cartógrafo de infiernos. Yo ardía en las llamas del mío, en una hoguera inextinguible que me perseguía en sueños y se avivaba en los más inesperados momentos de la vigilia, pues la leña de los pecados da brasas duraderas y no había cesado yo de alimentar su fuego con nuevas remesas en mis treinta años de vida. De modo que cabeceé con asentimiento y di la callada por respuesta.

Me preguntó entonces de dónde pensaba sacar los dineros para devolver el préstamo que me habían dado, y yo le dije que tenía familia en Brighton.

—¿Los habéis visto alguna vez? —me preguntó.

Negué con la cabeza.

—¿Tienen al menos noticia de vuestra existencia?, insistió Bunyan.

¿La tenían? Yo no recordaba haber visto a mi padre escribir una sola carta en toda su vida. Le recordaba leyendo los pocos libros que formaban su biblioteca y que arrastraba consigo como el caracol lleva su concha. En ellos se refugiaba cuando la vida venía a arruinar sus sueños, cosa que por desdicha acontecía día sí y día también, pues fue mi padre un hombre de grandes ambiciones y de poca fortuna. Le recordaba hablándome del tiempo en que había ejercido de preceptor en casa de un caballero de Brighton, del buen trato que recibió, de los caprichosos modales de los hijos de aquel adinerado hidalgo, y de la tristeza que le causó su repentina muerte, que le privó de un plumazo del placer de la enseñanza y de sus ingresos, lo que le llevó a la postre a probar fortuna en tierras de América donde conoció a mi madre que, como él, había llegado hasta la isla de Roanoke arrastrada por la necesidad y animada por el futuro de prosperidad y de abundancia que les había pintado el impulsor de aquella colonia, un noble de carácter aventurero y mala cabeza llamado sir Walter Raleigh, quien según supe años después había ejercido de corsario y descubridor para acabar

haciéndose ejecutar por desobedecer las órdenes reales, pues había vuelto a piratear en las Indias españolas, pese a la prohibición del rey Jacobo de hacer tal cosa, obsesionado por encontrar un quimérico reino de Eldorado que todos los parlanchines del Nuevo Mundo pintaban como el auténtico cuerno de la abundancia. Recordaba a mi padre hablándome de mi madre, de su cabello negro y largo, de sus ojos azules, dulces y celosos como los de una corza, y de su último aliento que lo empleó en amamantarme, cuando ya la muerte, que había venido de mi brazo al nacer, la reclamaba. Le recordaba hablándome también de nuestros parientes de Inglaterra, de su hermano Arthur, de la tía Charlotte y del abuelo Peter, pero no recordaba haberle visto escribirles nunca una línea.

Miré a Bunyan y volví a negar con la cabeza. Él soltó entonces una risotada y exclamó:

—¡Espero que os guste ser soldado! Porque si creéis que esos parientes vuestros os van a dar un penique es que sois aún más ingenuo que embustero.

Yo estaba harto de sus picaduras, así que le respondí agriamente que callara su boca, pues nada sabía de mí ni de los míos, y le aseguré que le arrancarí la lengua si volvía a tomarme a chacota. Y estoy seguro de que el soldado debió leer la cólera en mis ojos pues se echó a reír de nuevo y se excusó con fingida ceremonia, mas no volvió a decir palabra hasta que llegamos a Portsmouth.

Allí me despedí de mis compañeros de viaje y busqué acomodo en una mísera pensión, sucia y maloliente, que hallé cerca de los muelles y donde hice noche. Al día siguiente no encontré a nadie que quisiera llevarme hasta Brighton, de modo que compré diez onzas de pan y un buen trozo de queso y me eché a andar. El sendero bordeaba a trechos los acantilados y, otras veces, se adentraba en la comarca, entre campos de trigo. El condado de Sussex estaba cubierto de suaves colinas sobre las que se levantaban robledales y hayedos, alternados con campos de labranza y pequeñas huertas en las que, con artes más propias de pícaro que de peregrino, hallé alimento durante las tres jornadas que duró mi caminata. Por las noches dormía al amparo de algún granero donde buscaba cobijo bien con la aquiescencia de sus propietarios, bien con las furtivas maneras de un fugitivo. Aunque era esta última la condición que mejor se adaptaba a mi espíritu, pues una desconocida voluntad dentro de mí me alejaba de toda compañía y me hacía buscar la soledad cual si en verdad me persiguiera la justicia. Mientras atravesaba los bosques, me invadía la repentina calma de la alimaña que al fin regresa a su madriguera. Los retorcidos brazos de los robles trenzaban una acogedora techumbre sobre el mundo y la maleza invitaba a la siesta y a la holganza. Había un continuo cantar de pájaros, y el murmullo inquieto de las criaturas de la espesura me acompañaba como un rezo. Fuera del bosque estaban los caminos de los hombres, sus pueblos y sus leyes, sus brutales pasiones y su juicio inclemente, sus mentiras y sus deseos que habitan ese otro bosque oscuro que es el corazón humano, también nacido de la arcilla como aquel que ahora atravesaba, arcaico, salvaje y sublime, deslumbrado siempre por los extremos confines, por el

desierto o por la selva, siempre con la palabra siempre en la boca, siempre con la palabra nunca en los labios, escindido entre la violencia y el amor, el perdón y el odio, la luz y las tinieblas. Estaba cansado de vivir en tan dura travesía, cansado de todos los hombres que moraban dentro de mí. En el bosque me sentía en paz, allí no era sino un animal más, un extraño lobo que caminaba sobre dos patas, un curioso pájaro sin alas, un topo que amaba la luz del día, un conejo armado con una daga, una serpiente cubierta con la piel de otros animales... Pero todo bosque tiene su linde y aquél también. Pronto vino el espejo del mar a devolverme mi humana condición, pues es en su dominio, que es el del sueño, donde el hombre puede imaginarse otro, reinventar la dicha y la esperanza y volver a empezar, dejando en el bosque los despojos de su pasada existencia.

Por fin, al atardecer del tercer día, avisté Brighton a la salida de un recodo del camino. Parecía un pueblo de pescadores y cerca de él se extendía una gran playa batida por las inquietas aguas del canal de la Mancha. Era mucho más pequeño de lo que yo había imaginado. No vi ninguna gran mansión como la que mi padre me había descrito, ninguna de la que pudiera creerse que sus propietarios habían necesitado alguna vez los servicios de un preceptor. Todo era humilde y tosco. Vidas de trabajo sin más perspectiva que la angostura del canal, en cuyo falso horizonte parece intuirse siempre la presencia de las costas continentales.

Me adentré en sus retorcidas callejuelas en busca de quien pudiera darme noticia de mis parientes. Una tabernucha llamada El Pescador me pareció el mejor lugar para iniciar mis pesquisas. Sus penumbras, contra las que poco podían los angostos y sucios ventanucos que filtraban malamente la luz de la calle, acogían a media docena de parroquianos, en su mayoría ya viejos, cuyas manos ajadas y callosas delataban su condición de marineros. Allí reinaba un silencio de cementerio, cada quien a lo suyo, sentado ante una pinta de cerveza o un vaso de ajeno, con la mirada perdida en el muro donde se abría la puerta. Tan sólo el tabernero, un hombre de mediana altura cuyo corpachón regordete estaba rematado por una descomunal cabeza que parecía pertenecer a alguien de mucha mayor estatura, estaba entregado a una actividad, que era la de intentar sacar brillo a un extraño mostrador de hoja de lata comido de desconchones y herrumbres. En realidad, el suyo era un gesto de autómatas, carente de propósito y probablemente realizado sin que interviniera pensamiento alguno por su parte. Una manera de pasar el rato rodeado de aquellos cadáveres aún sin enterrar.

Mi llegada no pareció despertar mayor interés que la de cualquiera de las moscas que revoloteaban en el vano de la puerta. Sin embargo, bastó que preguntara al tabernero por el paradero de Arthur Bird para que todas las miradas convergieran en mí.

—¿Por qué lo buscáis? —preguntó a su vez el tabernero.

—Es mi tío —respondí secamente.

La mirada del tabernero se hizo inquisitiva. Ahora me estudiaba como observa el marinero las nubes, tratando de adivinar qué viento me había traído hasta allí y cuáles



eran mis intenciones.

—¿De quién sois hijo? —preguntó al fin, dándose por vencido.

—De Jonathan Bird.

—¿De Jonathan «el Americano»?

El Americano. Así que aquél era el apodo de mi padre. Intenté imaginármelo en aquella misma taberna, hablando quizá con el mismo tabernero, años atrás, ambos jóvenes y entregados a sus fantasías. La cabeza de mi padre siempre había estado llena de quimeras aunque la de la fortuna americana había sido la más duradera. Pero resultaba difícil de creer que la cabezota del tabernero hubiera podido albergar otra cosa que las cuentas de su negocio y algún que otro piojo.

—¿Pero no había muerto en esa colonia de Virginia? —añadió el tabernero.

Le dije que no, que mi padre no había muerto en la isla de Roanoke sino mucho después, en las cercanías de la isla de Cuba. Le dije también que yo había atravesado la mar Océana, arrostrando sinsabores y peligros, para traer la noticia de su muerte hasta su hogar y para compartir el dolor de los suyos.

—¿Traéis también su herencia? —preguntó de pronto, con un brillo de astucia y de codicia en la mirada.

—¿Qué he de traer? Mi padre no alcanzó a dejar tras de sí otra cosa que su memoria —respondí con un soplo de tristeza en el corazón porque bien sabía hasta qué punto aquella penuria había envenenado la vida de mi padre. Fortuna había sido cruel con él hasta el último momento, pues fue justo el día de su muerte cuando puso en nuestras manos los dineros que después me sirvieron para iniciar mi viaje de vuelta a Europa. Mi padre ni siquiera llegó a verlos porque, aunque logramos hacernos con el cofre del bergantín español que habíamos abordado, se había llevado nuestra polacra un cañonazo que le abrió una vía de agua que terminó por hundirla y él un tiro de mosquete en la cabeza que lo llevó a la tumba. Tras repartir el botín con nuestra tripulación, Jamaica y yo tomamos rumbo a La Habana en un batel de pescadores y con cada real gastado desde entonces había ido dando yo sepultura a los sueños heredados de mi padre, hasta acabar en las mazmorras de Salé. ¿Qué otra fortuna podía traer a Brighton sino una alcancía de recuerdos?

Al escuchar mis palabras, la mirada del tabernero cambió de pronto: había perdido todo interés en mí. Volvió a atarearse en la limpieza del mostrador como si ya me hubiera ido. Pero yo estaba todavía allí y mi pregunta seguía sin respuesta.

—¿Vais a decirme dónde puedo encontrar a mi señor tío? —insistí, a la vez que ponía mi mano sobre el mostrador, delante del paño. El tabernero volvió a mirarme, pero en sus ojos no había más que frío y distancia. Por fin, dijo desganadamente:

—Supongo que estará en su almoneda, al final de la calle.

La almoneda era estrecha y oscura y ni siquiera la proximidad de una pequeña plazuela con una fuente, donde sin duda habrían de reunirse los vecinos, parecía haber hecho prosperar el negocio. Tenía el mismo aspecto pobre y desolado que el resto del pueblo, cuyo mayor tesoro era el montón de arena de su larga playa. Al

entrar, vi que en su interior había un hombre sentado en una silla. Tenía el pelo largo y cano, iba vestido con un negro gabán y sobre su nariz cabalgaban unos anteojos. En sus manos tenía un libro en cuya lectura estaba enfrascado. Levantó la vista, al oírme entrar, y tras los cristales de sus gafas vi los ojos azules de mi padre, aunque éstos carecían de su brillo soñador.

—¿Qué deseáis? —preguntó, poniéndose en pie y adoptando las maneras serviles del comerciante.

—Busco a Arthur Bird, señor.

—Yo soy. ¿Para qué me queréis?

Le dije quién era y por qué había viajado hasta Brighton, y pude leer en su rostro las sucesivas emociones que mi relato despertaba en su alma. Primero fue el sobresalto, después la incredulidad y por fin el recelo. Cuando terminé mi historia, de la que por supuesto había hecho desaparecer las correrías piratas, mi señor tío estaba tan convencido de mi identidad como decidido a negarla. Por eso no me extrañó que me preguntara:

—¿Quién sois vos en realidad? Porque no pensaréis que voy a creerme vuestro cuento.

—Ya os lo he dicho, soy vuestro sobrino Thomas.

—¡Pero qué sobrino! ¡Nunca he tenido noticias de que mi hermano hubiera tenido descendencia! Nada he vuelto a saber de Jonathan desde que partió hace cuarenta años y ahora aparecéis vos reclamando un parentesco que os favorece. ¿Quién os habló de la muerte de mi hermana? ¿Pensáis que voy a repartir con vos los bienes de la familia?

—Yo nada quiero —protesté—. Además, nadie me habló de esa muerte. ¿Era tía Charlotte?

—¡Dejaos de fingimientos! ¡Y no volváis a pronunciar el nombre de mi hermana! No respetáis la memoria de los muertos ni el dolor de los vivos, pero no esperéis lograr nada con vuestras artes de pícaro. Quizá conocierais a mi hermano Jonathan, quizás os contó él algunas cosas de la familia, pero no vais a engañarme con humos de las Indias como le engañaron a él. Nada bueno puede venir de ese mundo de salvajes y de bandoleros. Y menos un falso sobrino que trae la codicia pintada en el rostro. Ya os daré yo lo que necesitáis: una buena estancia en la cárcel. Volved a dirigirme la palabra y os juro que os veréis ante el juez por estafador.

Todavía pugné durante un rato por hacer entrar en razón a mi señor tío. Aún no me había dado cuenta que la suya era una actitud muy razonada: de ninguna manera estaba dispuesto a admitir un parentesco que podía mermar sus posesiones que, según supe después, no se limitaban a la ruinosa almoneda que regentaba con maneras de usurero, sino que comprendían también algunos predios de labranza, con sus casas y sus rentas, heredados de su fallecida hermana Charlotte.

Abandoné la almoneda consumido por la indignación y el desamparo. Tía Charlotte estaba muerta. El abuelo Peter también. Tan sólo me quedaba aquel tío

avaro e intratable, que era tanto como decir que no me quedaba nada. Pasé una semana en el pueblo, incapaz de decidir qué rumbo debía dar a mi vida. Indagué sobre mi tío y sus bienes y tramé las más disparatadas venganzas. Pregunté por mi padre, pero su recuerdo era poco más que humo en la memoria de los habitantes de Brighton. Algunos le recordaban como un niño inquieto y soñador. Me hablaron de sus estudios religiosos, pues al parecer iba a ser la suya una vocación sacerdotal. Así adquirió conocimientos y forjó su amor por la lectura. Más de uno achacó a los libros con que distraía su imaginación la culpa de su alocado viaje a América. «Nunca pudo resignarse a su humilde condición», me dijo el anciano padre Richard, que había sido su maestro y que ahora, doblado por la edad y la enfermedad, había empantanado su temible carácter, que los vecinos recordaban aún con miedo, en la engañosa placidez de la senectud: «Tu padre era ambicioso, pero era también cobarde. Nunca entendí cómo se animó a hacer ese viaje hasta América». Yo tampoco lo entendía. Como no había entendido su extraña conversión en pirata, pues no era hombre de arrojo ni buen guerrero. En los combates ocupaba siempre una segunda línea, lo más apartado posible del fuego, y tan sólo el feroz apoyo de Jamaica había evitado que los hombres de nuestra propia tripulación terminaran con nuestras vidas, que la cobardía es pecado imperdonable entre piratas. Pero Jamaica los mantenía a raya y la cabeza decapitada del único que osó pasar de las intenciones a los hechos, un marino noruego llamado Olsen, colgada siempre del bauprés de nuestra polacra, hasta no ser más que un hueso pelado, recordaba a todos el destino que les esperaba si olvidaban que Jonathan Bird era el capitán.

Fueron tantas mis preguntas y tantos los preguntados que no tardó en extenderse por el pueblo la noticia de que el hijo de Jonathan «el Americano» había regresado. A buen seguro fueron también esas habladurías las que movieron a mi señor tío a buscarme en la mísera pensión en que me alojaba sin saber cómo habría de pagarla, pues ya nada me quedaba de los pocos dineros recibidos a mi llegada a Inglaterra. Sus primeras palabras fueron duras y amenazadoras, pero en sus ojos había también miedo. Estaba claro que temía un posible pleito que hubiera de dilucidar la propiedad de los bienes. Animado por ese miedo, me decidí a pedirle los dineros necesarios para devolver el préstamo real y para poder iniciar una nueva vida en el pueblo. Fue un error, pues la sola idea de tenerme de vecino vino a espantarlo aún más que la hipotética disputa de las propiedades. No me quería en Brighton, no me quería en su vida. Sólo deseaba perderme de vista y mi ingenua confesión de que un préstamo me ataba al ejército fue para él la puerta que se abría al cumplimiento de sus deseos y, para mí, la que cerraba el paso a mis esperanzas de una vida calma y ordenada.

—No tenéis ni para pagar esta pocilga —me espetó con recuperada determinación — y todavía os atrevéis a pedirme que salde deudas que en nada me atañen. Yo os diré lo que voy a hacer y lo que vais a hacer vos. Soy un buen cristiano y la caridad me mueve a ayudaros a pesar de vuestros pecados y desvaríos. Os daré el dinero para pagar esta pensión. Mejor aún, la pagaré yo mismo, pues quiero asegurarme de que

mis peniques se destinan al fin para el que os lo doy. Y os daré también algunas monedas para que podáis viajar hasta Londres. No es poco favor puesto que nada me obliga a ello, pero no os daré los tres chelines y seis peniques que debéis a la Corona. Vos os iréis de Brighton y no volveréis aquí. Sentad plaza como soldado y ved mundo. No es mal negocio. La paga no es mucha, y en vuestro caso será aún más escasa, pero tendréis la andorga siempre llena. Esto es lo que os ofrezco. Si lo rechazáis, iréis primero a la cárcel por moroso y acabaréis de todos modos en el ejército de Su Majestad. El final ha de ser el mismo, elegid el camino menos doloroso.

Lo elegí. Acepté sus míseros peniques, hice mi hatillo y abandoné Brighton con mi orgullo pisoteado y la alcancía de mis sueños infantiles rota en mil pedazos. Tan sólo me despedí del padre Richard, cuya cabeza desvariaba ya a causa de sus muchos años aunque todavía sacó fuerzas para acompañarme hasta el camino. Una vez allí, me llamó Jonathan y me deseó suerte en mi aventura en tierras de América.

—¡Sienta la cabeza, hijo mío! —me gritó cuando ya me alejaba a pie por el sendero que conduce hacia Crawley—. ¡No puedes quererlo todo, es un grandísimo pecado de soberbia!

Le dije que sí y, tras agitar la mano a modo de despedida, di la espalda al mar y me adentré en la isla, de vuelta al arcaico corazón de los bosques y rumbo a la más feroz de las selvas, la ciudad de Londres, donde llegué seis días más tarde y donde, tal y como estaba escrito en mi destino, senté plaza de soldado de Su Majestad Carlos I de Inglaterra.

Nunca había estado en una ciudad del tamaño de Londres. Allí se hacinaban más de doscientas mil personas y todo en ella me parecía de proporciones ciclópeas: la siniestra torre de la ciudad, sus murallas, la multitud de embarcaciones que navegaban el Támesis y el bullicio de su puerto, donde incluso las almas se compraban y vendían porque el crimen era a la villa lo que el rayo a la tormenta. Había tanta riqueza como nunca llegué a soñar y una miseria como nunca había visto, que es singular prodigio de la gran ciudad extremar las vidas, y si en ellas las fortunas se crecen en remolinos que todo parecen tragarse, no menos cierto es que la pobreza se hunde allí en pozos sin fondo. Buena parte de esos pozos de miseria estaba en la margen derecha del río, en el llamado barrio del Sur, un revoltijo de calles sucias y malolientes donde proliferaban tabernas y casas de cerveza y de lenocinio, y donde no llegaba la autoridad del sheriff de Londres. Era aquélla una extraña y caótica república de comerciantes, obreros, maleantes y ramera, muchos de ellos exiliados protestantes venidos de Holanda; y también de actores de teatro pues en una de sus calles, la de la Ribera, abrían sus puertas los más renombrados corrales de comedias de la villa: El Globo, La Rosa y El Cisne. Y en El Globo, a los pocos días de mi llegada a la ciudad, tuve ocasión de asistir a la representación de «El juego del ajedrez», una obra en la que los actores, disfrazados como figuras de dicho juego, parodiaban la rivalidad de los reinos de España e Inglaterra. Eran inglesas las figuras

blancas y españolas las negras, y el público estallaba en gritos y carcajadas cada vez que caía una de estas últimas. Al final de la partida, como era de esperar, las figuras blancas daban jaque mate al rey negro y cuando concluyó la obra, con la nación española en pleno condenada al eterno fuego del Infierno, los espectadores rompieron en un atronador aplauso y la sala se llenó de gritos de odio, pero yo permanecí en silencio. Los rostros de Cristóbal Mendieta, Cosme, Guzmán Montenegro, Juan de Tineo y el capitán Contreras se me venían una y otra vez a la cabeza y mi corazón me decía que aquellos gritos de enemistad e inquina nada tenían que ver conmigo. Sin embargo, el barrio del Sur tenía muchas otras cosas que casaban perfectamente con mi carácter, según descubrí pronto. En sus garitos de juego recuperé el gusto y la mano por las partidas de naipes y los lances de dados, y con ello volvió a engordar mi faltriquera. Y en sus numerosos burdeles hallé la femenina compañía con que saciar mis escarmentados apetitos cuando no lograba los favores de alguna de las muchas damas que buscaban diversión y emociones en otros brazos que les hicieran olvidar, siquiera por unas horas, los de sus atareados e indiferentes esposos. Pues eran las costumbres de la ciudad de Londres, en aquellos años, dignas rivales de las que yo había conocido en Madrid, y el adulterio se había convertido en plato que se servía a diario aun en los más encumbrados hogares.

Pero aquella vida de desorden y abandono duró muy poco porque, en mi nueva condición de soldado, hube de marchar a tierras de Flandes. Así comenzó mi andadura en la guerra contra Francia, que se prolongó durante casi tres años. No participé en grandes batallas ni en asedios memorables, mi experiencia guerrera se redujo a una interminable sucesión de emboscadas y escaramuzas, más cercanas al pillaje que al combate, que se cobraban más víctimas entre los aterrorizados campesinos que entre la tropa. Sin embargo, Europa entera, dividida por el feroz enfrentamiento entre los ejércitos papistas del Emperador español y los de los defensores de la reforma protestante, ardía de guerra en guerra, ya fuera en suelo holandés, en Sajonia, en Bohemia, en Macklemburgo o en el Bajo Palatinado, y los ecos de su disputa se hacían sentir al otro lado del mundo, en los mares americanos donde guerra y rapiña se daban la mano y donde, un año después, la flota española de la plata fue a parar a manos de los holandeses. Las noticias de los desastres de la guerra llegaban por boca de mensajeros y buhoneros, espías y embajadores, y se convertían en legendarios relatos en los corrillos de soldados en que dábamos rienda suelta a nuestros temores y a nuestras fantasías. En ellos escuché por vez primera las voces que alzaban los puritanos, bien para reclamar una guerra más activa contra los papistas españoles, bien para clamar por el regreso a Inglaterra, donde a su parecer hacían falta nuestras armas para hacer entrar en razón al rey Carlos y a sus obispos, que sangraban a la nación a golpe de impuestos mientras cicateaban al ejército los pertrechos necesarios para hacer frente al enemigo.

Pero el regreso a suelo inglés, tras la firma de la paz con los franceses y, poco después, con los españoles, no supuso para mí el retorno a mi alocado hogar

londinense sino que fui destinado a una guarnición en el norte del país, en las colinas que separan las tierras inglesas de las escocesas, desde donde asistí, en la distancia, a las crecientes convulsiones que agitaban el reino. El Rey había respondido a las exigencias del Parlamento, que pugnaba por limitar su arbitrario poder, ordenando la disolución de la Cámara de los Comunes, algunos de cuyos miembros fueron perseguidos por la justicia, cosa que acabó de exasperar a cuantos consideraban que la monarquía llevaba al país a la ruina; opinión que compartía la mayoría de los soldados de mi destacamento. «Aquel que teme a Dios está libre de todos los demás temores», repetía con frecuencia nuestro capitán, un recio y valiente campesino llamado Robert Marten, y añadía: «Nosotros debemos hacer que sea el Dios todopoderoso nuestro único rey y protector». Pero mientras tal día llegaba, era al rey Carlos de Inglaterra a quien debíamos obediencia y servicio, por más que nos doliera.

La vida en el destacamento de las colinas de Cheviot no tenía más sobresaltos que los de nuestra propia indignación, aunque para mi desdicha también fue destinado allí el soldado Bunyan con el que había compartido viaje hasta Portsmouth cuatro años atrás. En ese tiempo, que a mí me parecía ya una eternidad, su carácter no había hecho sino empeorar, convirtiéndolo en la misma imagen de la amargura y el resentimiento. De tal manera que, por mucho que pudiéramos estar de acuerdo a la hora de maldecir los males que atormentaban al reino, ninguna amistad nacía de esa coincidencia de criterios pues era Bunyan de esos hombres que sólo combaten los demonios del mundo para evitar combatir contra los que llevan dentro de sí mismos, y en su boca las más nobles palabras y los más altruistas sentimientos sonaban siempre falsos e interesados.

Desde el mismo momento en que me vio, Bunyan me eligió como blanco de sus ingratas bromas y como sujeto de sus sospechas, pues estaba persuadido de que la historia de mi vida no era sino un cúmulo de mentiras. Yo bien sabía cuántos embustes había tenido que inventar en aquel tiempo para ocultar mis años de servicio a la corona española y, aunque sabía también que ninguna lealtad me ligaba a ella, temía las falsas conclusiones que pudieran derivarse del conocimiento de mis engaños. Y ese temor me llevaba a soportar las impertinencias de Bunyan hasta el límite de mi paciencia, cuya frontera me veía obligado a vigilar con tanto celo como la que nos separaba de Escocia, cuyos levantiscos habitantes eran permanente quebradero de cabeza para la autoridad real.

Todos aquellos temores se vieron sobradamente justificados cuando el arzobispo Laud y el conde de Strafford, hombres fuertes del Rey, intentaron aplicar a sus súbditos escoceses las normas que fortalecían el poder de los obispos y aumentaban su boato. Corría el año de mil seiscientos y treinta y ocho, y yo había ingresado ya en la cuarentena sin que la calma vida de guardián de la frontera me hubiera hecho sentar la cabeza, pues aquella existencia militar, que al fin me había proporcionado el orden externo que tanto había deseado, me exasperaba y la desesperación que se crecía en mi interior hacía cada vez más desordenada mi vida privada. Del enredo de

mis amoríos en tan perdida región podría hacerse una novela, porque no hubo mansión que no visitara ni cabaña en que no me colara por la puerta trasera, y así me las vi con más de un marido airado al que tuve que poner coto a punta de espada.

La noticia de que los nobles escoceses habían puesto en pie un formidable ejército que se disponía a invadir Inglaterra acabó con mis correrías y con la tranquilidad del destacamento. El rey apenas tenía ya dineros con los que sufragar la organización de un nuevo ejército, pues el que tenía estaba en su mayoría enfangado en las eternas disputas con los irlandeses, y los pocos soldados que vigilábamos las colinas de Cheviot nada podíamos hacer contra unas huestes bien pertrechadas como las escocesas. Recibimos orden de alentar la formación de milicias populares en los condados fronterizos y a ello nos pusimos, más por buscar quien nos ayudara a salvar el pellejo que por defender la causa de unos obispos que despreciábamos. Pero no tardamos en comprobar que eran muy pocos los súbditos que estaban dispuestos a dar la vida por su rey a cambio de nada. Por ello, cuando unos meses después los escoceses atravesaron la frontera y tomaron la ciudad de Newcastle, nuestro destacamento no pudo hacer otra cosa que abandonar la guarnición sin disparar un solo tiro y dirigirse hacia el puerto de Whitehaven, a la espera de nuevas órdenes. Difícilmente podía imaginar yo entonces que aquella humillante retirada iba a cambiar mi vida.

Habían transcurrido trece años desde mi regreso a la patria de mi padre, pero en todo ese tiempo mi pasado me había perseguido con la tenacidad de un lebre. La herida abierta por Catalina nunca había terminado de cicatrizar y mi corazón se desentendía de los goces de mi cuerpo. De tarde en tarde, con la ayuda de un buhonero de Carlisle que solía recorrer las colinas de Cheviot hasta Newcastle, había recibido cartas del fiel Cosme, cuya buena cabeza le había hecho quedarse en la villa de Gijón, donde terminó por desposar a la viuda de Juan de Tineo, a cuyo servicio había trabajado durante todo el tiempo en que su esposo y yo navegamos como corsarios bajo la bandera del rey de España. Según me contaba, trocar la mar por la huerta había sido la más feliz de sus determinaciones, y no había día en que no diera gracias al Señor por haber iluminado su entendimiento. Pero las cartas de Cosme también me traían noticias que ponían sitio al baluarte de mi corazón. Por ellas sabía lo poco que mi antiguo criado podía averiguar de la vida de Catalina y de la de mi hijo, que habíase transformado en un mozo de apuesta figura y carácter alegre y pependenciero, según se decía en Villaviciosa, en cuya comarca se le veía con frecuencia cazar y montar a caballo. La marquesa de San Román, mi Catalina distante y cruel, vivía la mayor parte del año en su palacio madrileño mientras su esposo prefería el retiro y la paz de la mansión asturiana. Mas las cartas de Cosme eran siempre parcas en palabras sobre ella, no sé si porque la lejanía de la capital del imperio y el abismo que separaba a un pobre hortelano de una aristócrata hacían que poco pudiera averiguar de su boda, o quizá porque el buen Cosme buscaba en el silencio el escudo con que protegerme de mis propios deseos, pues él había sido

testigo de hasta qué punto mi no correspondido amor me había arrastrado hasta las puertas del mismísimo Infierno. En todo caso, yo nunca le preguntaba por ella en mis cartas y las pocas nuevas que me llegaban de su vida eran la dosis justa de veneno que me hacía inmune a sus terribles efectos: una dosis mayor habría acabado sin duda con mi templanza, pero el silencio total sobre ella habría terminado por volverme loco. Cosme sabía administrarme la pócima de sus noticias con sabiduría de galeno.

En su última carta, recibida pocas semanas antes de que nos viéramos obligados a abandonar la guarnición de las colinas de Cheviot, Cosme me daba cuenta del ingreso de mi hijo en la vida militar, a la que estaba llamado por su condición y carácter. «Ha partido hacia Madrid, con las bendiciones de su señor padre», me contaba con la letra pulcra e impersonal del escribano de ración al que solía pedir que pusiera por escrito sus palabras, «y se dice en Villaviciosa que lucía una hermosa casaca y maneras ya de guerrero, y con ello se esperan de él grandes obras y hazañas, como es de rigor en varón de tan noble sangre». Y al leer aquellas palabras, en las que no sabía si atisbar una inesperada ironía, sentí crecerse en mi corazón un sentimiento nuevo y penoso, un miedo que no tenía nada que ver con mi vida ni con mis anhelos, algo tan lejano a mis mezquinas pasiones que no pude menos que sorprenderme: el miedo a lo que pudiera ocurrirle a mi hijo en una Europa que se desangraba en guerras. Me descubría, en los momentos más inoportunos, pensando en Cristóbal, tratando de imaginar su rostro que nunca había visto; y al hacerlo, tomaba la faz de mi hijo, por un perverso capricho de la imaginación, los rasgos del hombre cuyo nombre llevaba, Cristóbal Mendieta, aquel amigo muerto cuyo recuerdo me rondaba como un fantasma. Las noticias de batallas y desastres acaecidos en tierras de Flandes o de Bohemia despertaban ahora en mí más inquietud que curiosidad, y volvía a leer una y otra vez las pocas cartas que Cosme me había enviado en todos aquellos años, en busca de una señal, de un indicio de que mi hijo tuviera siquiera noticia de mi existencia. Pero no había nada.

Tal ignorancia me desesperaba y hacía que mis temores se me antojaran ridículos y baldíos. ¿Qué sentido tenía vivir en un sobresalto por alguien que ni sabía que yo existía? Primero me taché de loco y achaqué a mi soledad tan desafortunados sentimiento. Pero luego empecé a acariciar la idea de acabar con tantos años de silencio. Cristóbal era ya un hombre al que la vida militar enseñaría pronto hasta qué punto somos los seres humanos capaces de toda grandeza y de toda villanía. Ningún mal podría hacerle el que yo irrumpiera en su vida, aunque descarté hacerlo reclamando el título de padre, pues no buscaba enfrentarlo con su madre ni apartarlo de la familia que le había ofrecido los bienes y la cordura que yo nunca hubiera podido ni sabido proporcionarle. Él era el hijo del marqués de San Román y estaba bien que así fuera. ¿A título de qué podía entonces dirigirme yo a él? Podía inventar un vago parentesco con su madre que a buen seguro ésta no desmentiría, pues bien sabía Catalina que tal mentira era más piadosa que la verdad. Elegí el de primo segundo, el lejano y viajero tío Tomás. La mera enunciación de aquella nueva vida



ficticia disparó en mí de nuevo el gusto por las fábulas y me puse de inmediato a escribirle a Cosme la carta que éste debería hacer llegar al joven Cristóbal, con discreción pero con insistencia, pues si había algo que yo empezaba ya a esperar con verdadera ansiedad era su respuesta.

La invasión del ejército escocés dio al traste con mis propósitos, y la inconclusa carta fue a parar al mismo zurrón en que guardaba las escritas por Cosme y que llevé conmigo en el penoso viaje a través de los lagos y montes de Cumbria hasta la granja, situada al otro lado de la pequeña ensenada de Whitehaven, en que fue a instalarse nuestro desconcertado destacamento. Allí nos sorprendieron las noticias de la guerra civil desatada entre el Parlamento y el Rey después de que éste, que se había visto obligado a convocar a la Cámara de los Comunes para intentar recabar nuevos impuestos, intentara volver a disolverlo, y nuestro desconocimiento se hizo aún mayor pues tal parecía que hubiéramos quedado al margen del mundo. El capitán Marten simpatizaba abiertamente con la causa del Parlamento, pero las milicias del nuevo ejército organizado por los puritanos se hallaban más allá de los arenales pantanosos de Morecambe, muy lejos de donde nosotros nos encontrábamos. Para llegar hasta ellas debíamos atravesar las posiciones del ejército del rey, cosa imposible pues nosotros formábamos parte de ese mismo ejército y nos veríamos obligados a acatar su disciplina, de modo que nuestro capitán decidió aprovechar la confusión reinante y optó por aguardar en aquella extraña posición, acuartelados en la granja comunal y sin ponerse en comunicación con el mando realista, hasta que pudiéramos sumarnos a las fuerzas parlamentarias.

Durante las primeras semanas, nuestra vida siguió regida por la rutina militar. Se hacían las guardias, nos ejercitábamos en los claros del cercano bosquecillo de arces que se extendía hasta la rocosa costa, y enviábamos de vez en cuando algún soldado vestido de paisano hasta Whitehaven donde, con la ayuda de los campesinos que nos habían acogido en la granja comunal y que detestaban al rey casi tanto como nosotros, se hacía pasar por un aparcerero más y prestaba así oído a las novedades de la guerra. En más de una ocasión recayó sobre mí tal misión, que cumplí como mejor pude y, para ello, trabé amistad con algunos lugareños, pescadores y comerciantes. Pero con el paso del tiempo la disciplina de nuestro escamoteado destacamento fue relajándose y cada cual fue ganando horas al día para sus propios asuntos. Algunos empezaron a trabajar las tierras de la granja como auténticos campesinos, otros comenzaron a negociar la venta de nuestros productos y a ofrecer sus servicios como carpinteros o herradores en las granjas vecinas. El propio capitán Marten dirigía aquellas iniciativas más con mentalidad de propietario que de militar. Y yo volví a mis escritos, en los que me enfrascaba cada vez que podía sin importarme quién anduviera cerca de mí.

La carta a mi hijo se había transformado en una obsesión. Cada día me ponía a ello, escribía y escribía, y terminaba por desechar lo escrito pues todas las palabras me sonaban huera. Era como un ciego que intentara avanzar sobre un territorio

desconocido. Fue entonces cuando empecé a anotar recuerdos de mi alocada vida y de las vidas de quienes se habían cruzado en ella, en un intento por arrojar luz sobre las tinieblas que me rodeaban, y si bien nunca llegué a terminar aquella carta, tales recuerdos han terminado por convertirse en la fuente de la que beben las páginas que ahora escribo. Tuve tiempo para ejercitar la memoria, como el guerrero ejercita su cuerpo antes del combate. Tuve también ocasión de buscar en las páginas del libro de rimas que siempre viajaba conmigo las palabras de la lengua castellana que me ayudaran a explicar a mi hijo lo inexplicable: que le amaba sin conocerle, que le quería lejos de mí porque le amaba, que deseaba que me conociera aunque no me amase. Pero no tuve prudencia.

En las noches, ante la chimenea en que preparábamos nuestra comida, nos reuníamos todos, no sabría decir si como soldados o ya como campesinos, y dábamos rienda suelta a nuestras opiniones que eran de la más variada jaez, pues los había que fiaban a Dios nuestra fortuna cual si a fuerza de oraciones hubiera de ganarse la guerra, y también quienes achacaban a la codicia la perversión del corazón de los hombres y, para ello, clamaban por un nuevo orden sin propietarios en que los bienes pertenecieran a la comunidad y fuera ella quien hiciera su reparto según las necesidades de cada cual. Ése solía ser el punto en que el capitán Marten entraba en cólera pues, si bien se mostraba dispuesto a entregar su vida por la libertad del pueblo, no pensaba en modo alguno permitir que tal libertad le impidiera hacerse con unas tierras a las que poder llamar suyas, que tal era el sueño de su vida. En lo único en lo que todo el mundo estaba de acuerdo era en culpar de la corrupción de nuestro monarca y de la trágica división de la nación inglesa a la esposa católica del rey y a los agentes papistas del emperador de España. Yo participaba del mismo ánimo rebelde y justiciero que mis compañeros de armas, y esa comunión me hizo cada vez más confiado.

Un atardecer, después de una larga jornada de labor en el campo, me disponía a retomar el arduo trabajo de la escritura de mi carta cuando reparé en que el zurrón en que la guardaba había desaparecido. No estaba colgado en el gancho en que solía dejarlo, ni tampoco caído en el suelo junto a mi camastro. Me preguntaba quién podía estar interesado en hacerse con tan pobre tesoro, un puñado de cartas que no hablaban más que de vulgares detalles y de sentimientos que sólo para mí tenían sentido, cuando me di cuenta de que tales cartas estaban escritas en lengua castellana. En ese mismo momento supe que era la mano rencorosa de William Bunyan la autora del robo y no me costó mucho adivinar con qué propósito lo había hecho.

Bunyan había estado trabajando cerca de mí toda la tarde, de modo que tenía que haberse hecho con el zurrón poco antes de que yo entrara en la casa. No podía estar muy lejos ni había tenido tiempo aún para intentar leer lo que en él se guardaba. Salí de la sala a la carrera. La mayor parte de los hombres estaba en el gran salón de la chimenea, pero Bunyan no estaba con ellos. Quizás había buscado refugio en el desván, para poder estudiar su botín. Hacia allí me dirigía cuando, al pasar delante de

una de las ventanas, le vi alejarse a través de la huerta, en dirección al bosquecillo de arces.

Salí por la puerta trasera con el corazón desbocado y el miedo anudado a la garganta. Eché a correr entre los plantones de la huerta, procurando no hacer ruido, pero la intuición o quizá la simple prudencia hizo que Bunyan volviera la cabeza. Fue verme y ponerse a gritar socorro como un loco. Yo también volví la vista atrás, temeroso de que sus gritos llamaran la atención de los otros, pero no había nadie de guardia y en el fragor de las conversaciones de la sala de la chimenea nadie podía escuchar unas voces dichas desde la huerta, que estaba al otro lado de la casa. A igual conclusión debió haber llegado Bunyan pues dejó de gritar y apretó a correr con toda su alma. Al principio me asombró la ligereza con que huía, pero pronto se hicieron sentir sus muchos años y su paso se hizo más lento y vacilante. Corría por el linde del bosque, como si temiera adentrarse en él y desaparecer para siempre de la vista de los habitantes de la granja. Sin embargo, el terreno se ondulaba y pronto desapareció de nuestra vista la techumbre de la casa, tras una pequeña vaguada. Cuando le alcancé, habíamos llegado casi hasta el roquedal que se levantaba sobre la orilla del mar. El viejo Bunyan boqueaba como pez fuera del agua y apoyaba las manos en las rodillas, tratando de recobrar el aliento. En una de ellas tenía unas hojas de papel manuscritas y de su hombro colgaba mi zurrón. Era extraño verlo allí, sobre aquel hombro vencido, junto a aquel rostro agitado por la fatiga, el miedo y el odio. Por alguna absurda razón, yo pensaba en el zurrón no como en el objeto inanimado que era sino como en un animal doméstico que me había abandonado, faltando a su esperada lealtad. Casi de inmediato sentí que una cólera mortal me nublaba el sentido al pensar que las sucias manos de aquel miserable estaban manoseando mis escritos.

—¡De nada ha de servirte perseguirme! —me gritó Bunyan cuando vio que me acercaba hasta él—. ¡No has podido engañarme y no podrás engañar a los demás! ¡Maldito espía! —Su entrecortada respiración apenas le dejaba hablar. Calló un momento mientras yo me sentía inmovilizado por la furia. Después, levantó en alto las hojas que tenía en su mano y dijo—: ¡Esta carta está escrita en español! ¡Está escrita por ti! ¿Qué les cuentas a tus amos? ¿Cuánto te pagan? Vas a tener que responder de tu traición.

Yo di un paso al frente y él, recuperado en parte del esfuerzo, se giró y echó a correr de nuevo, pero apenas pudo dar cinco pasos porque había llegado al borde del acantilado. Se volvió hacia mí con la mirada enloquecida de una rata acorralada. Yo estaba ya a su lado.

—¡No tienes escapatoria, traidor! —me gritó de nuevo. Todo su cuerpo temblaba, pero él se aferraba a su rencor y a su odio como si fueran puñales o dioses terribles cuyo castigo habría de mantenerme a raya. Eché mano a la pechera de su raída casaca y le alcé un palmo del suelo, mientras él lanzaba un aterrorizado chillido. Yo sentía que mis manos levantaban el fardo pesado y hediondo de mi vida pasada, de mis errores y miserias. La furia había desaparecido de mi corazón, ya sólo sentía

desprecio. Desprecio por aquel miserable que buscaba mi perdición con saña de perro rabioso. Desprecio por mi propia cobardía y mis mentiras.

—No, eres tú quien no la tiene —le respondí.

Sus ojos brillaron con la luz del entendimiento. Había leído su destino en mi mirada y la arrogancia de su odio se derrumbó en un balbuceo:

—Por favor, no me mates.

No tuvo tiempo de decir nada más porque mis brazos habían decidido que aquéllas iban a ser sus últimas palabras. Mis brazos, que tenían ahora una fuerza que yo desconocía, que elevaban el cuerpo menudo y consumido del viejo y cerraban para siempre su boca inclemente y venenosa arrojándolo al vacío. Le vi patalear en el aire durante un momento y lanzar un grito terrible, pero en mis oídos sólo sentía los latidos de mi propio corazón que parecía a punto de salirse de mi pecho.

El cuerpo de Bunyan fue a estrellarse contra las rocas y quedó a merced de las olas, como un muñeco de paja, desencajado y patético. Con él se habían ido mi zurrón y las hojas de mi carta, que flotaban ahora entre la espuma.

Todavía hubieron de transcurrir unos instantes hasta que fui capaz de comprender lo que había hecho. El desprecio seguía allí, repetido en cada latido de mi corazón, pero una tenaza de hierro martirizaba mi estómago y en mi cabeza voceaban mi ira y mi conciencia, cual si de un diálogo teatral se tratara. Repetía aquélla que nada se perdía con el fin de tan infame villano. Me tachaba ésta de loco y de asesino, y amontonaba ante mi razón todos los otros senderos que hubiera podido tomar mi voluntad si no la hubiera enviado yo a descansar mientras daba rienda suelta a mis peores instintos. Y no andaba desencaminada mi conciencia en este caso, pues mi crimen me obligaba a huir, cosa que bien podía haber hecho sin necesidad de matar a aquel viejo desalmado. Ni siquiera aparentar que su muerte se debiera a un infortunado accidente, pues allí estaban mi zurrón y mis escritos que sin duda harían recaer sobre mí todas las sospechas. Tampoco había tiempo para intentar recuperar mi zurrón, que el terreno era difícil y la noche estaba al caer, y no tardarían los demás en echar en falta nuestra presencia. Mi única esperanza estaba en la mar, como siempre.

Regresé a la granja y, con actitud furtiva, entré por la puerta trasera, procurando eludir la presencia de mis desprevenidos compañeros de armas. Vana precaución pues nadie tenía aún razón alguna para sospechar de mí, pero es capricho de la mala conciencia el imaginar en los otros el conocimiento de nuestros pecados ocultos. Tomé mis pocas pertenencias y los dineros que había logrado juntar en aquel tiempo, y volví a salir en un santiamén, pues mi vida dependía ya tan sólo de la presteza de mis piernas.

El corto trecho hasta Whitehaven se me hizo eterno. Llegué al pueblo con las últimas luces del día y emprendí la búsqueda de Samuel, uno de los pescadores con los que había trabado amistad en mis interesadas visitas. Lo encontré aún a bordo de su batel, recogiendo el pequeño mástil que había instalado para ayudarse en la navegación. Acababa de regresar a puerto y tenía el cansancio pintado en el rostro.

Sin embargo, logré persuadirle para que me ayudara. Samuel había tenido que soportar el mal carácter de Bunyan en las pocas ocasiones en que éste había sido enviado hasta la villa, tarea de la que finalmente fue relevado pues en lugar de recabar información se granjeaba la enemistad de los lugareños y rendía con ello un pésimo servicio a nuestros intereses. Cuando le dije que el viejo había tratado de robarme y que yo le había dado muerte en la disputa, se avino a sacarme del puerto aquella misma noche. «El hombre sabio es el que no tiene trato con la justicia ni aun cuando tiene la razón de su lado, que son jueces y abogados peor que buitres y han de sacar tajada de todas partes», sentenció y me propuso conducirme hasta la cercana isla de Man, donde al día siguiente podría buscar una embarcación que me llevara al sur. Nos hicimos a la mar poco antes de la medianoche y permanecemos al paio, cerca de la costa de la isla, hasta que amaneció y pudo acercarme a la orilla sin riesgo. Quise pagarle su servicio con algunas monedas que él rechazó con firmeza, cosa que luego hube de agradecerle pues el capitán de la pequeña galeota que me llevó hasta el puerto de Bristol sólo consintió en embarcarme una vez que le entregué todo el dinero que llevaba encima.

La travesía del mar de Irlanda fue larga y difícil. El otoño se había echado encima y los vientos soplaron fuertes y desabridos. El codicioso capitán me alimentaba con las sobras de su rancho, que eran muy pocas, y no me dejaba subir a cubierta si no era para ayudar en alguna maniobra. Era tal su maltrato que llegué a temer por mi vida y busqué refugio en una nueva mentira. Inventé un pasado ilustre y una agria disputa por la herencia de mi padre, que había estado a punto de costarme la vida pues mi señor tío había pagado a un sicario para que me diera muerte. Por ello me había visto obligado a huir con tales premuras. Sin embargo, mi regreso a Bristol me permitiría reclamar lo que en justicia me pertenecía, que no era poco. «Allí podré recompensaros como os merecéis por vuestra ayuda», le dije al capitán quien, a partir de ese momento, mudó su trato hacia mí e incluso llegó a permitirme sentarme a su mesa. Atravesé pues el canal de Saint George convertido en un caballero, título que me duró hasta el momento en que puse pie en tierra, en el muelle de Bristol, y acordé con el capitán una cita para el día siguiente. Todavía hube de inventar una última mentira pues éste, quizá receloso de que no cumpliera mi promesa, insistió en saber dónde estaba la casa de mi familia. Yo respondí con el primer nombre que se me vino a la cabeza, Saint George, que era como se llamaba la calle en que estaba la pensión donde me había alojado durante mi breve estancia en Londres. La presteza y seguridad de mi respuesta convencieron al desconfiado marinero y nos despedimos hasta el día siguiente. Y es hoy, catorce años después, que todavía debe de estar esperándome.

Vagabundé por el puerto durante algunos días. Dormía donde podía, entre las redes de la lonja o en los patios de los almacenes, y durante el día me esforzaba en robar algo que comer y en buscar un barco que partiera hacia América, pues mi desalentado corazón me decía que debía regresar a la tierra que me vio nacer, toda

vez que la de Inglaterra me había negado la felicidad que ansiaba. Averigüé que un austero galeón, de nombre «Victory», cuyo casco estaba libre de las molduras y relieves con que se ornan muchos otros, debía partir hacia las Antillas esa misma semana y que estaba completando su tripulación, pues muchos de sus marineros habían desertado y luchaban ahora en las filas del ejército del Parlamento. Poco me importaba que aquella nave surcara los mares bajo la bandera del rey Carlos. No era momento de andarse con remilgos pues ya no se trataba de luchar por la libertad del reino sino por la mía, y en ese combate tanto daba que la mano salvadora fuera realista o puritana. Sin embargo, no podía presentarme a bordo vestido como un mendigo. Mis ropas estaban sucias y gastadas de tanto frecuentar la calle, mis botas parecían roídas por ratones y no recordaba cuándo me había lavado por última vez.

Dediqué la jornada a renovar mi indumentaria en los tendedores de la villa. Allí me hice con una camisa de lino y unos calzones negros. Lavé mi faja en una fuente y la puse a secar sobre un espino, aun a riesgo de producirle algún desgarro, de tal modo que sólo con un largo palo se la pudiera alcanzar, y al anochecer salí a la caza de mi casaca y de mis botas nuevas. Éstas pasaron al cabo de un rato ante mis narices, momentáneamente alojadas en el cuerpo de un maduro burgués de aspecto medroso al que seguí con disimulo hasta un tranquilo callejón donde me le fui encima, con tan mala fortuna que erré en el primer golpe y, aun echándolo por tierra, tuvo ocasión de ponerse a gritar cual cerdo en matanza. Un segundo golpe lo mandó a dormir por un rato y me entregó sus preciadas prendas, mientras algunos vecinos empezaban a asomarse a las ventanas y a pedir socorro a gritos. Me fui de allí a todo correr, preguntándome hasta dónde podía llevarme mi suerte adversa, pues tras el espanto del crimen había caído en el robo con pasmosa naturalidad. Yo tampoco era ya un muchacho y las fuerzas de mis cuarenta y cinco años me dieron justo para llegar hasta el dédalo del puerto, en cuyo enjambre humano me perdí con alivio, mientras me repetía mentalmente que aquélla era la última vez, que no podía seguir viviendo así.

Al día siguiente después de haberme refrescado a temprana hora en una fuente y luciendo mi nuevo atuendo, me presenté en el «Victory» y conté al contramaestre la historia que tenía preparada, en la cual yo había escapado de mi villa natal, Brighton, cuando ésta cayó bajo control puritano, y ardía en deseos de poner al servicio de nuestro rey mis habilidades de marino.

—Habéis venido al mejor lugar para hacerlo —me respondió el contramaestre—, pues pasado mañana zarpamos rumbo a las colonias americanas de Su Majestad para asegurar la lealtad de sus pobladores a la Corona. ¿Habéis navegado alguna vez la mar Caribe?

Consideré su pregunta durante unos instantes, antes de contestar. Una respuesta afirmativa me obligaba a improvisar nuevos embustes, pero era también una baza a mi favor. Por fin, le dije que había estado en la isla de Bahama y en la de La Tortuga, cosa que pareció ser de su agrado pues de inmediato me envió donde el escribano para inscribirme en el rol como marinero.

Así fue como la caprichosa Fortuna movió los hilos de mi vida hasta devolverme al mundo del que había escapado hacía más de veinte años, cuando mis ansias juveniles esperaban del giro de su noria las hazañas y la gloria que después me había escamoteado. Regresaba más pobre de lo que era cuando partí, pues la única faltriquera que no había cesado de engordar en todo aquel tiempo era la de mis pecados. Y en tan largo deambular había perdido también casi todas mis ilusiones, extraviadas en un torbellino de recuerdos en el que el rostro de Catalina, las lóbregas mazmorras de Salé, la mirada aterrorizada del viejo Bunyan, la voz firme y amistosa de Juan de Tineo, el pecho desgarrado de Cristóbal Mendieta, las tediosas horas de guardia en las colinas de Cheviot, el ruido de las cadenas de los esclavos en el muelle de las Muelas y la figura magnífica y valerosa del gigante Torval, que caía al suelo como un toro herido de muerte, se mezclaban y me arrastraban a una desazón sin nombre de la que sólo lograba sacarme la contemplación del infinito horizonte marino.

Procuraba cumplir mis tareas a bordo con buen oficio, pues en su esmerada realización hallaba la única recompensa a la que ya aspiraba: la silenciosa gratitud de las cosas bien hechas. Y no me faltó ocasión para poner a prueba mi pericia, pues la mar fue mala durante toda la travesía, como era de esperar en tan tardías fechas del año.

Cuando llegamos a la isla de San Cristóbal no pudimos hacer otra cosa que permanecer a resguardo de su puerto la mayor parte del tiempo, que fue de vendavales hasta bien entrado el invierno. La tibieza del ambiente, a pesar de las constantes lluvias, me devolvía recuerdos de mi infancia y de mi mocedad cuando, desde el refugio de las humildes cabañas de la Bahama o de La Tortuga, veía a las nubes galopar el cielo a lomos de las rachas de viento, que aullaban como lobas en celo.

En aquellos meses de inactividad trabé cierta amistad con el contraamaestre del «Victory», un inglés socarrón y borrachín llamado Ian Dawson. El suyo era un humor errático, que le elevaba a cimas de entusiasmo con la misma facilidad con que le hundía en silencios hoscos y taciturnos. Igual sendero tomaban sus opiniones, que tanto se ponían al servicio del rey como le llevaban a desear que a los monarcas de todo el mundo se les aplicara «la medicina del verdugo». Y a fe que, entre tanta cabeza coronada y tanta cercenada, pensaba yo que estaba él mismo a punto de perder la suya, si no fuera porque en el resto de la tripulación cundía idéntico desconcierto. Mal porvenir le esperaba a un rey cuyos más leales servidores, encargados de la vigilancia de las deslealtades ajenas, se pasaban el día tratando de decidir qué era mejor: si ensalzarle o decapitarle. Cuando no hablábamos de los asuntos de la lejana Inglaterra ni buscábamos refugio en los brazos ajados de las pocas rameritas que había en la isla, matábamos el tiempo con largas partidas de cartas, hasta que el capitán del galeón, el caballero Richard Grant, que era hombre devoto y de moral muy estricta, decidió prohibir a la tripulación los lances de naipes, de dados y cualquier otro juego

o apuesta, para el general descontento.

—No hay nada más peligroso que el que un hombre recto permanezca ocioso — sentenciaba Dawson— porque enseguida le da por enderezar las vidas de los otros. Cualquiera día nos prohibirá ir de putas.

Fue el mismo Dawson quien encontró una alternativa a nuestros prohibidos juegos. Para ello recurrió a la única propiedad que todos compartíamos en abundancia: los piojos. Se trazaba un círculo en el suelo, en cuyo interior se arrojaban los piojos cual gladiadores a la arena de un circo romano. El primero que abandonaba el círculo era el ganador. No recuerdo haber visto nunca a hombres más entregados a la captura de sus propios piojos que nosotros en aquellos meses. Rebuscamos en el pelo, que muchos procuraban lavar sólo de tarde en tarde para que sus «muchachos», como los llamaban, crecieran gordos y fuertes, y elegíamos a los piojos más renuentes y difíciles de capturar. La caza se demoraba a veces más de la cuenta y el que no hubiera conseguido hacerse con su piojo en el tiempo que marcaba el juez, quedaba excluido. Lo más difícil era reconocer al piojo propio una vez arrojado al círculo, por ello decretó Dawson que sólo pudieran participar cuatro hombres en cada ronda. Aun así no faltaban las discusiones. Las apuestas llovían y los gritos de ánimo nada tenían que envidiar a los de las muchedumbres que yo había visto rugir en los cosos de Londres donde se atacaba con perros a toros y a osos. Y si, por casualidad o atraído por nuestras voces, aparecía por allí el capitán, un simple pisotón en el suelo hacía desaparecer la prueba de nuestra desobediencia. De esta guisa, jaleando insectos como si fueran galgos, nos sorprendió la orden de prepararnos para zarpar rumbo a la isla de La Tortuga.



### III

El tiempo cambió bruscamente y yo interpreté su bonanza como un buen augurio. Tal parecía que al largar nosotros las velas del «Victory» hubieran decidido los cielos insuflarlas con una brisa que realzara su donosura. La primavera llegó de súbito, temprana y dulce, y el cielo fue tornándose azul y benigno conforme nos aproximamos a la isla de La Tortuga. Avistamos la blanca corona de nubes que flota sobre sus montañas mucho antes de que sus cimas aparecieran en el horizonte y, poco a poco, el perfil abrupto de la isla emergió de la mar como una Venus de su concha. Reconocí sus picos escarpados y la breve meseta, rematada en acantilados, que se extiende en su costa oriental. Por la amura de babor se veía la muralla vegetal del manglar que tapizaba a lo lejos la costa de la vecina isla de La Española, y pronto enfilamos el canal que separa a ambas islas, pues tan sólo en él se hace accesible el temible litoral de La Tortuga. Las aguas se encalmaron cuando doblamos el cabo de la meseta, a partir de allí los únicos peligros eran, para la navegación, algunos arrecifes de coral y, para los hombres, los hambrientos tiburones que recorren el canal siempre al acecho. Las playas se sucedían a estribor, entre mangos y palmas, y había algunas pequeñas ensenadas donde fondear. En una de ellas está el puerto de Basse Terre, aquella confusión de chozas y cabañas de madera que se desperdigaban por la ladera del monte y entre las cuales habían transcurrido los años de mi mocedad cuando, a bordo de nuestra polacra, aprendía el rostro cambiante del Caribe y descubría las fronteras de mis deseos entre los brazos de las ramerías, que eran las solas mujeres cuya presencia se toleraba en La Tortuga.

El señor Dawson me ordenó situarme junto al piloto, pues era yo quien mejor conocía el angosto paso entre arrecifes que conducía hasta el pequeño muelle de Basse Terre, al que sólo se podía arribar en bote pues el poco calado de sus aguas obligaba a los navíos a echar ancla a cien brazas de la orilla. Al acercarnos pude comprobar que no sólo yo había cambiado en aquellos veinte años. Donde antes había un puñado de míseras viviendas, veía ahora un enjambre de casas, de fachadas pintadas con colores chillones, que llegaban hasta la misma playa, en la que abrían sus puertas algunas tabernas y ya estaban prendidos los primeros faroles, pues el día consumía sus últimas luces entre arreboles. Pero lo que despertó mi asombro fue la formidable fortaleza que se alzaba sobre la villa, literalmente colgada de la falda de la montaña en sucesivas terrazas superpuestas, entre cuyos baluartes sobresalían las bocas amenazadoras de los cañones. A ambos extremos de la ensenada, un par de pequeñas torres almenadas completaban la defensa del puerto.

Un cañonazo de advertencia vino a recibir nuestra aparición y el capitán Grant mandó echar al agua el batel, a fin de entrar en comunicación con el hombre que gobernaba la isla, un francés llamado Le Vasseur, cuyas intenciones debía sondear pues, aunque un tratado de paz ligaba ahora a Inglaterra y a Francia, lo cierto es que la isla seguía siendo república de piratas donde no había más autoridad que la de su

gobernador, y éste hacía tiempo que había echado en el olvido su obediencia al rey de Francia.

Mientras aguardábamos el retorno de nuestro capitán, distraje mi impaciencia por volver a pisar aquella tierra con la contemplación de las otras embarcaciones que estaban ancladas en la ensenada. Había algunos pataches que por su poco calado habían logrado echar amarras en el muelle, dos filibotes y una hermosa y pequeña fragata de tres palos, con diez cañones sobre el puente, que lucía en el mastelerillo mayor una llamativa bandera negra en la que se veía la blanca figura de un esqueleto de cuerpo entero que sostenía en la mano un reloj de arena. El mascarón de proa era el cuerpo rubicundo de una sirena y en el costado se podía leer un nombre que no por conocido dejaba de resultar inesperado en un navío pirata: «Don Juan». Más parecía la nave galante de un noble ocioso que el temible instrumento de un hombre sin patria.

Ya habían caído sobre nosotros las nocturnas sombras cuando el capitán Grant regresó a bordo. El gobernador nos autorizaba a desembarcar, cosa que haríamos al amanecer. Quedaba por delante una larga noche y yo era incapaz de conciliar el sueño y aun de permanecer en mi camastro, así que decidí hacer compañía al guardián y subí al puente. Las luces de Basse Terre habíanse apagado y tan sólo lucían los pocos faroles del cuerpo de guardia de la fortaleza y las ventanas de una casa del muelle que, estaba seguro, no podía ser otra cosa que lupanar o taberna. Sin embargo, una claridad lechosa lo iluminaba todo y, en ella, las negras siluetas de las montañas de La Tortuga se recortaban contra un cielo estrellado. Sobre nuestras cabezas, la mancha blanca del Camino de Santiago derramaba su tenue luz y surcaba los espacios sidéreos cual si se tratara de un fantasmagórico puente que uniera las cimas de La Tortuga con las remotas tierras del interior de La Española. Un camino de ángeles que sobrevolaba esta tierra de demonios.

El guardián se llamaba Billy Flea y era un mozo cetrino y voluntarioso, nacido en Cardiff, al que siempre se le veía encaramado a las jarcias con simiescas maneras, pues era la suya una agilidad pasmosa. Había dado sus primeros pasos infantiles en la barcaza de su padre y casi podría pensarse que habíase amamantado con agua marina, pues nadaba como un pez y era en alta mar donde su felicidad parecía más plena. Algo en él me recordaba al Cosme mozo y asombrado que conocí en el «San Juan de Gaztelugache», tan distinto del hombre cauto y escarmentado en que se había convertido con el paso de los años, aunque había en Billy mayor determinación, y ese recuerdo, que me llenaba de melancolía, hacía también que sintiera una viva simpatía por él. Lo encontré en la toldilla del castillo de popa, apostado junto al palo mesana. Estaba sentado sobre un tonel de agua y lucía con orgullo un voluminoso pistolón en su faja. No pareció sobresaltarse cuando me vio aparecer.

—Os esperaba, señor Tomás —me dijo a modo de saludo.

—¿Sois acaso adivino, Billy?

Negó con la cabeza, sonriente:

—Si ésta fuera mi patria, tampoco a mí me hubiera dejado dormir la impaciencia, señor.

—Sois buen observador.

—En una travesía hay tiempo para todo, señor, y me gusta escuchar las historias de los demás. Es la mejor manera de aprender.

Me senté en el suelo, recosté mi espalda contra el pasamanos de la toldilla y miré al mozo con curiosidad. Era aquélla la primera vez que podíamos hablar de algo que no fueran las tareas de a bordo.

—¿Y qué esperáis aprender con tanta observación? —le pregunté al cabo de un rato.

—A elegir, señor.

—¿Elegir?

—Ése es el secreto, ¿no es así? Según yo lo veo, lo más difícil en la vida es saber elegir.

—No, Billy. Lo más difícil en la vida es poder elegir, que las más de las veces nos vienen dadas las cosas de tal modo que no podemos sino cargar con ellas.

—Es verdad, señor Tomás. Miradme a mí. Soy marinero porque mi padre lo era, y mi padre lo fue porque lo era mi abuelo. Y no me quejo, que la mar no es mala compañera. Pero no es de esa elección de la que os hablo.

—¿De qué habláis entonces?

—De la vida que quiero vivir.

—Ah, me habláis de sueños y esperanzas.

—No os riáis, señor, que todo el mundo los tiene.

—Y los pierde, muchacho. O lo que es aún peor: puede que los alcance, que es otra manera de perderlos.

Mis palabras debieron contrariar al joven guardián, pues nada repuso y se encerró en un hosco silencio. Había vuelto la cabeza hacia el muelle y la claridad de las estrellas dibujaba el perfil de su rostro: era la terca silueta de la juventud, tenaz, altanera, irritada y desafiante, la misma que había visto yo en el rostro de Cristóbal Mendieta aquella lejana noche en que matábamos ratas y combatíamos los demonios de nuestras almas a fuerza de valor, empujados por el ímpetu de nuestros sueños de libertad.

—¿Cómo es la vida con la que soñáis?

Billy Flea me miró de nuevo, con el brillo de lo imposible ardiendo en sus ojos.

—Una vida sin lujos, señor Tomás, que yo nada quiero. Tan sólo una barca para fondear y una mujer que me busque en las noches. Pero lejos de Inglaterra, lejos de quienes me puedan gobernar. Tal vez aquí..., parece un buen lugar. ¿Lo es?

No lo había sido para mí, pues la felicidad siempre había lindado con la miseria y con la violencia, y cuanto había llegado a poseer, allí mismo lo había perdido. La Tortuga sólo era hermosa en el recuerdo, aunque tal vez para Billy Flea fuera distinto.

—Quizás —respondí—. Aquí el clima es benigno y la tierra provee sin apenas

tener que trabajarla. La mar es brava y la pesca buena. En primavera se llenan los montes de flores como nunca habréis visto, y los rigores del verano se prolongan dulcemente todo el año, de tal manera que las cuatro estaciones se tornan una sola. Pero no hay tierra buena si la habitan diablos, que son los hombres más temibles que los huracanes y más constantes en sus daños.

Cabeceó el mozo con asentimiento y yo di por acabada nuestra conversación y regresé al solitario insomnio de mi catre, pues ningún bien habrían de sacar los sueños de Billy Flea de mi descreimiento.

El batel del galeón me desembarcó en el muelle de Basse Terre, que empecé a recorrer atento a cuanto me rodeaba. Trataba de recordar cómo era el puerto y buscaba, entre el aluvión de casas nuevas y caras desconocidas, las fachadas y los rostros de otro tiempo. Sin embargo, poco quedaba de todo ello, tan sólo un par de cabañas cerca del muelle y la extraña higuera de Bengala que había traído y plantado un médico holandés, llegado a Basse Terre unos años antes que lo hiciera yo, y junto a la que mi padre construyó nuestra casa. Ahora, la higuera levantaba su enorme copa junto a la casa del gobernador de la isla, pues éste había ido a construir su fortaleza sobre el mismo lugar en que estuvo mi hogar. Aquel árbol magnífico, que ya era grande cuando dejé La Tortuga, había adquirido proporciones gigantescas y las raíces que nacían de sus ramas y que iban a hundirse en el suelo, como si estuvieran sus vegetales brazos apoyados en una legión de bastones, le daban un aspecto viejo y venerable.

Me disponía a entrar en un destartalado comercio de cordeles y estaba a punto de darme por vencido en mi búsqueda del pasado, cuando una voz cascada pero aún potente gritó a mis espaldas un juramento en lengua holandesa que hacía veinte años que no escuchaba:

—«Stinkend rif!».

Me volví y vi ante mí a un anciano vestido con una larga casaca roja, de nariz aguileña y ojos vivarachos y pequeños, que lucía unos llamativos tirabuzones en su canosa barba y que se acercaba con enérgicas zancadas:

—¡Aún sigues jurando en holandés, viejo idiota! —grité a modo de saludo, mientras el anciano me enlazaba en su vigoroso abrazo.

—¡Menos pecados tendré que pagar porque no sé qué diablos digo! —contestó con una carcajada y, tomándome de los hombros, me miró de arriba abajo y dijo—: Thomas, me ha costado reconocerte.

—Sin embargo, tú apenas has cambiado.

Y, en verdad, Peter «Tortuga». Johnson seguía igual que veinte años atrás, aunque había menguado. Era como si el tiempo le hubiera consumido por dentro y todo su cuerpo hubiera ido achicándose. Ya era un hombre de edad avanzada cuando abandoné La Tortuga, así que ni siquiera me atrevía a imaginar cuántos años podía tener ahora, pero allí estaba, como conservado en salmuera. Correoso y hablador, como siempre.

—Cuando termines con esas labores de sirviente, vete a la taberna del Cangrejo, allí te espero, que tenemos que matar los años con aguardiente y quiero ver si sigues tan diestro con los naipes —me dijo, mientras miraba socarronamente mi uniforme de la marina real inglesa, y se alejó por el muelle con paso seguro, cual si en realidad tuviera algún sitio adonde ir.

Aquella misma tarde acudí a la taberna, que era poco más que un galpón, con el suelo de arena, levantado entre dos casas destartadas. En el interior flotaba una polvareda asfixiante y, al fondo, unas toscas cortinas separaban la sala de bebida de los cuartuchos de holganza donde los clientes más apremiados podían buscar desahogo en compañía de alguna de las perezosas putas que aguardaban sentadas sobre una pequeña tarima, cuando no lo hacían sobre las rodillas de algún parroquiano. Había un vocerío ensordecedor y mucha luz, pues colgaban del techo de madera dos grandes ruedas de carro convertidas en lámparas. «Tortuga». Johnson me esperaba sentado en un taburete, junto a un tonel que le servía de mesa y sobre el que descansaba una jícara de ron. Me recibió con un nuevo abrazo y buenas palabras, más propias de padre que de amigo, pues si la vejez no le había quitado fuerzas sí había hecho prisionero de su memoria y tal parecía que aún viera en mí al mozo que fui y no al hombre que era. Hube de relatarle la historia de mi vida en aquellos veinte años, cosa que hice con más prisa que ganas, y por fin se avino a contarme la suya y a darme cuenta de los cambios acaecidos en La Tortuga durante mi larga ausencia.

Después de que Jamaica y yo partiéramos hacia La Habana, la comunidad pirata de La Tortuga había vivido momentos de prosperidad y gloria, y con ella el mismo «Tortuga». Johnson pues había quedado en la isla a la espera de mejor fortuna. Embarqué primero con el capitán Hendriks, que había venido desde Holanda al frente de una pequeña flota para hostigar los puertos españoles de Puerto Rico, Jamaica, Cuba y La Española. A la muerte de éste, consumido por las malas fiebres de la costa cubana, regresó Johnson a La Tortuga, donde volvió a embarcar, esta vez por cuenta del mulato Diego Grillo, un renegado español nacido en La Habana que había pirateado en su mocedad con el mismísimo capitán Drake y cuyo odio hacia sus antiguos amos le había convertido en temible azote de las armadas españolas. Cuando Johnson entró a su servicio, Diego «Mulato» era un anciano al que las fiebres palustres atacaban de tanto en tanto, postrándolo durante algunas horas en el lecho entre atroces calenturas. Sin embargo, aquel mal, que nunca acababa de abandonarle ni terminaba de matarle, lejos de encalmar su ánimo lo había vuelto aún más sanguinario y vengativo. Desde la oscuridad de su casa, oculto siempre tras la malla de un mosquitero, Diego «Mulato» enviaba a sus bucaneros contra los puertos españoles y, a su regreso, revivía los pormenores de la incursión en un mapa del Caribe que ocupaba toda la superficie de una gran mesa redonda. Sus manos temblorosas colocaban sobre la carta pequeños barcos de madera que él mismo tallaba pacientemente en sus horas de solitaria espera, con la sola ayuda de una navaja. Y se decía que, según fuera la habilidad relatora de quien le contara las

aventuras de la expedición, a veces le corrían por las mejillas gruesos lagrimones que no se sabía si eran de pena, de alegría o de rabia.

Por cuenta de Diego «Mulato» atacó «Tortuga». Johnson numerosas embarcaciones españolas a lo largo de siete años, y en el de mil seiscientos y treinta y tres tomó parte en el asalto al puerto de Campeche que llevaron a cabo el navío de su patrón junto a los de otro pirata holandés, llamado Cornelius Goll, al que apodaban Pata de Palo por haber perdido su pierna izquierda en un combate cuando aún era mozo. El fruto de aquella alianza fue el saqueo e incendio de la villa española, para postrer alegría del renegado habanero pues, a los pocos días de regresada la flota a la isla de La Tortuga, Diego «Mulato» se rindió al fin a las fiebres que con tanta tenacidad le perseguían y abandonó este mundo sin que nadie vertiera una lágrima por él. Aquélla fue la última incursión en que participó «Tortuga». Johnson. El botín de Campeche le permitía retirarse de la mar y sus muchos años le aconsejaban una prudencia que nunca antes había tenido. Supo, de oídas, del fracasado ataque del Pata de Palo holandés a Santiago de Cuba, algunos años después, y de cómo un huracán acabó de destrozar su armada, obligándole a retornar a su Holanda natal.

—Porque esta isla es lugar de paso para muchos y residencia de pocos — concluyó «Tortuga». Johnson—, pero ha sido una buena tierra para mí, Thomas. Aquí he sido libre y no me ha faltado de nada. Cuanto ganábamos en la mar se repartía entre todos y éramos nosotros mismos quienes dictábamos nuestras leyes. Cuando alguien quería unirse a nosotros, un hermano de nuestra cofradía filibustera se encargaba de su tutela durante los dos años de su aprendizaje. Que alguien cometía un crimen a bordo, pues al mar con él. Que alguien ocultaba parte del botín para evitar repartirlo con los demás, pues se le abandonaba en una isla desierta o sobre un escollo, para que el hambre o el oleaje se encargaran de ajustarle las cuentas. Las borracheras durante el combate o los abusos a las prisioneras se castigaban con la pérdida de la parte del botín o siendo pasado por la quilla o enviado a la cofa del palo mayor en plena tormenta. Un capitán lo era por su coraje y su orgullo, sin que hubiera gobernadores ni título alguno entre nosotros. Fueron buenos años, Thomas. En fin, había riñas y algunos malos encuentros con galeones imperiales, pero todo iba viento en popa hasta que hace cinco años llegaron los españoles y arrasaron con todo. Desde entonces nada ha sido igual. Basse Terre se ha levantado de nuevo, pero los franceses y los ingleses se han estado disputando la isla cual si fuera una novia, poco queda de la antigua igualdad que reinaba entre nosotros pues ya han empezado a repartirse las tierras y los hay que incluso se han venido con sus esposas e hijos, y ahora tenemos a este gobernador que gobierna con maneras de tirano y que se ha traído consigo todos los infiernos europeos, y de nuevo hemos de inclinar la cabeza ante la autoridad y se vuelve a matar en nombre de la fe.

Según «Tortuga». Johnson, Le Vasseur era un fanático hugonote que profesaba un odio mortal contra la Iglesia de Roma y, por ello, había ordenado la expulsión de la isla de todos los católicos, prohibido la entrada en ella a los sacerdotes y demolido la

pequeña capilla en la que oraban los pocos que, de tiempo en tiempo, se acordaban de saldar deudas con su Dios.

—Yo me guardo mi fe en el talego, aunque de todos modos estoy seguro de que el día de mi muerte será Satán en persona quien venga a recogerme —bravuconeó el viejo pirata, al que las tres jícaras de ron que habíase echado al colete desde mi llegada parecían haberle desatado la lengua y enjaulado los miedos—, pero ese Le Vasseur no va a correr mejor suerte, por mucho que viva ahí arriba, aislado en esa fortaleza. ¿Sabes que sólo se puede subir hasta su casa por una escala que echa la guardia desde el baluarte más alto? Te digo yo que los tiranos son siempre cobardes. ¡No, no y no! De nada ha de servirle tanto lujo y tanta vajilla de plata y tantos aires de nobleza como usa, porque es un hombre sin entrañas, Thomas. Uno de esos hombres que no sólo persiguen a sus enemigos sino que se ensañan también con sus propios hermanos.

La conversación de mi antiguo compañero de correrías iba tomando los exagerados modos de la embriaguez y en ello tampoco había cambiado. Sus diatribas contra el gobernador se crecían conforme aumentaba la confusión de sus palabras, y estaba a punto de explicarme qué horribles suplicios se escondían tras el nombre de «El Infierno», con que el capitán Le Vasseur se refería a una máquina de martirio que él mismo había inventado y que deformaba a perpetuidad a los infieles que entregaba a su macabra acción, cuando vi entrar en la taberna a un hombre que se tocaba con un estrafalario bonete y que, por sus maneras y por la deferencia que le mostraban los presentes, debía de ser capitán pirata. A su lado y vestida con calzones y burda camisa, cual un marinero más, estaba una mujer cuya hermosura me volvió sordo a las palabras de «Tortuga». Johnson.

Los recién llegados se instalaron junto a una de las pocas mesas que merecían tal nombre, en compañía de algunos otros hombres que con ellos habían entrado y de las rameras, que al fin habían salido de su letargo. El viejo Johnson proseguía con sus explicaciones y juramentos, pero yo era incapaz de apartar la mirada de aquella mujer. Era alta y morena, de pelo ondulado y grandes ojos del color de la miel que miraban dulce, firme y sonrientemente a quien le hablaba. Las ropas de hombre que vestía no ocultaban su femenina condición, antes al contrario, pues con ellas resaltaban aún más sus voluptuosas formas y la gracia de sus movimientos. Había en sus gestos determinación y fortaleza, pero también una invitación a la ternura, una armonía que prometía placeres que no habían de nacer de la debilidad y del sometimiento sino de la exaltación y el orgullo. «¿Dónde escondes tus trampas?», le pregunté mentalmente, mientras veía cómo palmeaba la espalda de sus compañeros de juerga cual si fuera uno más de ellos.

—¿Quién es esa mujer? —interrumpí a «Tortuga». Johnson, incapaz de retener por más tiempo mi curiosidad.

—«Hoere jong!» —bramó el viejo—. ¿Has escuchado algo de lo que te he dicho? ¡Diablos, Thomas, que se ve que aún se te levanta la verga!

—Venga, viejo loco, que no creo que hayas decidido tú arriar bandera —le respondí, con un codazo cómplice.

—¡Qué he de hacerlo! En esa guerra todavía puedo ganar batallas.

—No te extrañes entonces de que yo arda en deseos de entrar en liza. Vamos, dime quién es ella.

«Tortuga». Johnson me echó una mirada de conmiseración y dijo:

—Una presa difícil, Thomas. Su nombre es Alison y es tan hermosa como un diamante, y tan dura. Sabe manejar la espada y el cuchillo, aunque no tiene gran destreza, pero no se arredra en el combate y lo que la hace temible es la rabia con que lucha. Hay que ser muy hombre para arrimarse a ella, ya sea en el amor o en la pelea, porque si hiriente es su daga aún más lo es su lengua.

—¿De dónde ha salido?

—Nadie lo sabe porque reniega de las patrias como de la peste. Al parecer iba en un navío holandés que abordó el capitán Jean Le Chien, que es el que se sienta a su lado, y en vez de venderla como esclava la convirtió en miembro de su tripulación después de que ella desorejara a uno de sus marinos que quiso forzarla. Desde entonces siempre se les ve juntos.

Según «Tortuga». Johnson, Jean Le Chien, que era el capitán de la fragata «Don Juan» que había visto yo anclada en la ensenada, tenía maneras de trovador y una voz dulce y afinada con la que entonaba las melodías que componía en las horas muertas de la vida en alta mar. Había nacido en una noble cuna francesa pero su mala cabeza, que al parecer había heredado de su madre, le había llevado a convertirse en pirata, en un perro del mar como gustaba llamarse, y había hecho de tal condición atributo al trocar su apellido por el de Le Chien. Cortaba sus cabellos rubios hasta no dejar sino una tenue pelusilla sobre su cabeza, que tocaba con aquel bonete que le daba aspecto de clérigo. Era bajo y fornido, aunque sus gestos resultaban acompañados y gráciles, y era cosa de pasmo oírle tañer la mandolina, de la que arrancaba tan bellos sonidos que en verdad resultaba difícil imaginarle una vida pirata, cual era la suya. Sin embargo, en el combate no desmerecía del más fiero y brutal carnicero y guardaba en sus carnes las cicatrices que testimoniaban su arrojo y que volvían locas a las putas de Basse Terre, cuyas manos expertas en hombres acariciaban sus costurones con mimo y respeto. O, al menos, eso se contaba.

—¿Pero no tiene a la bella Alison por amante? —le interrumpí.

—«Stinkend rif»; ¡Se te ha metido dentro esa fiera! Ya estoy cansado de preguntas, Thomas. Ven a conocerla.

Y, para mi espanto, se puso en pie y se dirigió con paso tambaleante hacia la alborotada mesa del capitán Jean Le Chien. Yo traté de detenerle, pero fue inútil y me fui tras él como oveja al matadero, seguro de que su impertinencia y sus beodas maneras acabarían por meternos en pendencia. Su llegada fue acogida con risas y bromas, pero «Tortuga». Johnson estaba decidido a cumplir con su deber de maestresala y, adoptando un aire ceremonioso que le hacía aún más ridículo, se plantó



ante Le Chien y la hermosa Alison, me señaló con la mano y dijo en francés:

—Magnífico capitán y hermosa dama, éste es el señor Thomas Bird, el pirata más valiente y enamorado que ha vivido en esta isla, de la que falta hace ya mil años. ¡Pero ha vuelto después de hacer de todo y no hacer nada! —Traté de callarle, poniéndole la mano en el hombro, temeroso de lo que pudiera decir, pues también le había hablado de Catalina y de mis años de corsario español, pero él continuó con su discurso y yo comprendí que sólo a golpes lograría que cerrase la boca—. Este joven ha viajado por todo el mundo, ha estado preso de los moros de Salé y ha luchado con valor en... en...

Ya me daba por perdido, cuando un rayo de inteligencia debió cruzar la oscurecida mente del viejo pirata, o quizá fuera tan sólo el desfallecimiento de su propia cogorza, pero lo cierto es que dejó en suspenso sus palabras y fue a sentarse en el suelo, junto a la pared, como si hubiera olvidado cuál era el propósito de su discurso. Hubo más risas y chirigotas y, cuando al fin se calmaron los gritos, el capitán Jean Le Chien me dijo en una correcta lengua inglesa:

—Bienvenido a La Tortuga, señor Bird. Gran valedor tenéis en el viejo Johnson, aunque encuentro que sus maneras son un poco bruscas y sus elogios pecan de exagerados. Que no sois pirata se ve en ese uniforme inglés que portáis, sin duda con más valor que elegancia. Que no sois tan joven lo dicen vuestras primeras canas y ese ceño receloso que ni siquiera dejáis de fruncir ante estas impertinentes palabras. Que sois valiente es cierto, pues si no os habrías abstenido de venir hasta mi mesa a molestarme en compañía de un viejo borrachín y sin seso. Y que sois enamorado, lo doy por seguro, pues no habéis quitado ojo a mi amiga desde que entramos en esta tabernucha, y todavía ahora os acompaña ese gesto de arrobo que sólo los enamorados o los necios portan. Así que, a lo mejor, sí que sois tan joven después de todo.

—Señor, me faltáis cuando yo aún no he abierto la boca —le interrumpí—. Me insultáis cual si fuera responsable de los actos de este pobre viejo que, en el pozo de su peor borrachera, guarda en su corazón más valor y más arrojo del que podáis vos haber mostrado en todos vuestros combates. Me dais la bienvenida a una tierra que es la mía y donde no preciso de vuestro permiso para estar, porque sólo se lo debo a mi espada. Y me cargáis en fin con tanta petulancia y tantas fingidas maneras. Y pues veo que entráis a mandobles en mi vida, bueno será si he de perderla hacerlo sin esconderme. Sabed pues que no merecéis la compañía de dama tan hermosa y que si mis ojos no se apartan de ella es porque quieren rendirle el homenaje que los vuestros le niegan, ya que preferís malgastar vuestra mirada en ramerías.

—¡Rediós, Johnson, que es bravo vuestro amigo! —exclamó Le Chien, mas sin apartar de mí su mirada—. Sois tan violento... y un caballero. Incluso os veo a punto de retarme a duelo. ¿Me equivoco?

—¡No, señor! —repuse y, dando un paso atrás, tiré de espada. Mi gesto alertó a los demás clientes de la taberna, que cesaron en sus conversaciones y se apartaron de

mí, más curiosos que asustados. Yo sentía que me arrojaba por el terraplén de la muerte y no me importaba. Estaba cansado de jugar al escondite con mi destino y si había de ser allí y de aquella estúpida manera, que así fuera. Pero en aquella ocasión Fortuna se limitaba a jugar una vez más conmigo.

—No seáis tan impulsivo, por Dios —dijo Le Chien y de su rostro desapareció cualquier traza de enojo—. Se ve que sois hombre de algunas letras y de buen gusto para las mujeres. Sentaos a mi mesa y escuchad la última canción que he compuesto. Está escrita en lengua francesa, espero que eso no os impida disfrutarla. Y lo que queráis averiguar de mi amiga sabedlo por ella, ya veréis que su conversación es muy grata.

—¿No os importa que hable con ella? —pregunté, todavía sorprendido por el inesperado giro que tomaban los acontecimientos.

—Sabed que no tengo dueño —terció la hermosa Alison y su voz, grave y aterciopelada, terminó de desarmarme— y sólo hablo con quien me place. Guardad vuestra espada, que ya habéis mostrado vuestro valor, y sentaos con nosotros. Y dejadme escuchar la canción.

Hice lo que me pedía y el capitán Le Chien se puse en pie y entonó, sin más acompañamiento que su sola voz, unos versos marineros que decían:

«Bailemos la noche entera  
y quememos la bandera  
de este maltrecho bajel.  
Mi corazón siempre fiel  
tomó por un rumbo malo.  
Tengo colgadas de un palo  
las fauces del tiburón.  
Y oculto en la prisi6n  
de mi pecho llevo un duelo  
del que fue testigo el cielo  
azul de la mar Caribe.  
Mas la desdicha prescribe  
que a la postre los pecados  
de santos y de malvados  
van en el mismo tonel.  
Por ello, fiel timonel  
ponle proa a la ribera,  
bailemos la noche entera  
y quememos la bandera  
de este maltrecho bajel».

Todos los presentes repitieron a voz en grito el estribillo y se diría talmente que

allí mismo iban a dar fuego al quimérico navío de la canción. Después, comenzó a correr el ron y pronto se unieron más voces para cantar nuevas tonadas. Era aquélla una alegría que buscaba el olvido para los duelos del maltrecho bajel de nuestras vidas. Una empresa en que piratas, soldados y rameras eran miembros de la misma tripulación, y yo uno más en el tumulto. No había preguntas, no había explicaciones. Tan sólo las palabras de la bella Alison que me tocaban al desgaire con un comentario banal o con una indicación para la cual invocaba mi nombre, y el oírlo de sus labios se me hacía raro milagro. Ella me otorgaba su atención como un regalo y, con sutil alquimia, mezclaba en sus gestos y palabras el pudor y la promesa. Mas no se adivinaba en ello celada alguna, que era su interés por mí pura franqueza cual si, al desprenderse de sus femeninas ropas, Alison se hubiera despojado también de las añagazas de mujer que Catalina siempre había sabido utilizar con arte de Diana cazadora. Yo la miraba hacer con extraña confianza, la misma que mostró ella cuando, entrada la noche y perdidos todos en el enredo del baile, que se acompañaba de mandolina y guitarra y contribuía a hacer aún más irrespirable el aire de la taberna, se acercó hasta mí, me tomó de la mano y dijo:

Veníos conmigo, Tomás, que es hora de buscar la calma de la noche para que podáis contarme vuestra historia.

El cielo volvía a derramar su láctea luz sobre La Tortuga y en el muelle no había más que algunos pelícanos rezagados que picoteaban entre los aparejos de las barcas y entre las maromas en busca de restos de pescado, y que al descubrirnos se alejaban de nosotros con apresurados pasos y un aleteo torpe y embarullado. Aún flotaba un último resplandor violáceo en el horizonte y la serenidad de la noche contrastaba con la vehemencia de mi corazón, que latía apresurado y dichoso mientras todo mi ser se concentraba en aquella mano firme y suave que acomodaba en la mía cual náufrago que al fin regresa a su hogar. No menos náufrago me sentía yo, que el barco de mis esperanzas hacía tiempo que se había ido a pique, y por ello dejé caer el cuento de mi vida en la playa de su entendimiento, con alivio y sin ocultamientos, pues nada me ataba a Alison ni esperaba ningún juicio de ella. Tiré del hilo de mis desventuras y también del de mis mentiras, que se trenzaba a aquél tan intrincadamente que a veces incluso a mí me resultaba difícil diferenciar uno de otro. Y mientras hablábamos, nuestros pasos fueron alejándonos del puerto hasta una pequeña playa que había más allá de la torre vigía que, a levante, cerraba la ensenada.

Alison me ayudaba en mi relato con preguntas que, sin apremios, me hacían ahondar en los recuerdos. De ese modo, rescataba yo del hondonero de la memoria hasta los más pequeños detalles de mi primer encuentro con Cristóbal Mendieta, de la muerte de Jamaica o de la del gigante Torval y, mientras hablaba, era consciente de cómo el cerco de la muerte habíase ido estrechando en torno a mí con el paso de los años. La historia de mi vida empezaba a ser ya más una historia de muertos que de vivos y, en el prolijo esfuerzo por recordarla, me volvían las emociones de antaño y, sobre todas ellas, el dolor y la obcecación de mi amor por Catalina, cuya evocación

antes que apartarme de la estima de Alison parecía hacerme más merecedor de ella.

Nos habíamos detenido ante los arbustos que crecían al borde de la mar, que estaba en calma y cuyas pequeñas olas murmuraban apenas sobre la playa sin atreverse a tocar nuestros pies descalzos. Alison dejó caer al suelo sus borceguíes y tomó en la suya mi otra mano. Hacía rato que nada decía y sus grandes ojos de miel me invitaban a continuar mi relato. Pero yo no sabía por dónde seguir. ¿Cómo explicarle los años perdidos en las colinas de Cheviot? ¿Y la muerte del viejo Bunyan? ¿Podía su generosidad llegar a entender aquel pecado? ¿Podía perdonarme lo que yo nunca me había perdonado? No tuve ocasión de explicar nada pues, aprovechando aquel momento de duda, rompió su silencio para decirme:

—Sois un loco, Tomás... Un hermoso loco que persigue lo imposible y, en esa búsqueda, lo posible aún desdeña. Suspiráis por una dama ingrata de la que no fuisteis sino capricho, e ignoráis a la que bien entiende las tormentas de vuestra alma porque lo son también de la suya...

Había en sus ojos una dulzura nunca vista y tanto valor que incluso daba para colmar el que me faltaba. Yo sabía lo que de mí quería y en ella misma hallé la fuerza para olvidar mi cobardía de amante furtivo y galán de ramerías, y para atreverme a decirle:

—Yo no os ignoro, Alison.

Ella sonrió y respondió:

—Probadlo.

Y mi boca se fue a la suya y mis manos abandonaron sus manos para buscar la colina de sus caderas, para ceñir su talle, para alzarse temerarias hasta el valle de su pecho y remontar allí las cimas en que la diosa Venus hace arder las hogueras de su culto. Me abrí paso entre la botonadura de su camisa y pronto halló mi boca el gusto salado de su piel, su tacto adamascado, hecho de seda y de las curtidoras de la vida marinera, su aroma a brisa y a ambarinos sudores. En su costado izquierdo, la larga estría de una cicatriz daba cuenta de una herida de guerra, mas a mi entendimiento no era aquélla sino la prueba de que su corazón estaba tan herido como el mío. Acaricié su sinuosa línea con mi lengua y el recuerdo de lo que «Tortuga». Johnson me había dicho del capitán Le Chien acudió a mi cabeza.

—¿Y vuestro capitán? —dije, enderezándome y sabiendo que eran aquéllas unas palabras necias.

Ella abrió los ojos y me miró sorprendida, como si le costara trabajo regresar del lugar al que mis caricias la habían conducido y no pudiera comprender por qué la arrastraba de nuevo hasta la realidad de aquella playa.

—¿Por qué me habláis de él?

—Pues es vuestro amante —respondí. Ya me había rendido a los demonios de mi propia estupidez y no encontraba freno a mi lengua.

—Él es un libertino, Tomás, no más capaz de amar que vuestra Catalina. Si no fuera porque a buen seguro habría de desollarle su propia tripulación, os aseguro que

gozaría más gustosamente de la intimidad de los grumetes que de la mía. Pero adora tenerme entre los suyos. Soy para él como un extraño y exótico animal, temible y bello. Me exhibe y se exhibe conmigo. Sin embargo, me ha enseñado a luchar y me da la libertad de ser quien quiero ser. Y las veces que hemos aplacado juntos las llamas de la carne han sido más por mi demanda que por su búsqueda.

—Juradme que no habréis de demandárselo de nuevo —suplicué.

Sus pechos desnudos palpitaban contra mi casaca y sus manos seguían ceñidas a mis brazos. Yo pugnaba por leer en el fondo de sus ojos, por adivinar los pensamientos que se escondían tras su silencio.

—Mañana ha de zarpar mi barco —dijo al fin—. ¿Por qué me pedís algo de lo que no podré daros cuenta puesto que a mi vuelta ya no estaréis aquí? Tomad lo que os ofrezco y sed dichoso, que siéndolo también me haréis feliz a mí.

—¿Partís? —repuse, sobresaltado.

—Basta ya de preguntas, Tomás. ¿Preguntáis acaso al aire, antes de respirar, por qué fluye en vuestros pulmones? Dejadme ser aire de vuestros deseos.

Y sus manos abandonaron el asidero de mis brazos y descendieron por mi cuerpo hasta arribar al puerto de mis ansias. Allí echaron amarras con delicada destreza. Nos fuimos al suelo, donde la humedad de la arena vino a besar pronto mi espalda desnuda y pude sentir que era verdad, que su aliento se había convertido en el aire de mis deseos y su cálido roce me devolvía la vida que hasta hacía poco daba por perdida.

Pero mi necedad aún me dio fuerzas para pedirle de nuevo que mantuviera al capitán Le Chien lejos de su lecho.

—Os lo juro, Tomás —me respondió sin mirarme, perdida en la maraña de sus deliciosos enredos, y añadió—: Pero juradme vos que esperaréis mi regreso.

—¿Cómo he de hacerlo? Bien sabéis que en breve habrá de retornar mi nave a Inglaterra —repuse, mientras en mi fantasía me imaginaba escondido en la espesura a la espera de que el galeón partiera sin mí.

—Mentidme entonces.

Alison había levantado la cabeza y sus ojos me miraban con pasión y sabiduría. Las palabras acudieron a mis labios sin remordimiento.

—Os lo juro.

Con el alba, abandonamos la playa. Alison se protegía con mi casaca de la primera brisa del día. Habíamos pasado la noche perdidos entre abrazos y palabras, pero ahora caminábamos en silencio y nuestras manos unidas eran el último puente de esa dicha común. Alison había escuchado mis historias como recibe el pan el hambriento, con la voracidad y la gratitud de quien tiene al fin lo que desde hacía mucho tiempo ansiaba, pero yo seguía sin saber nada de ella. Una voz prudente me dictaba desde el corazón que era mejor así, que esa ignorancia era el precio de la felicidad y también su coraza.

Cada paso nos acercaba a su partida y, sin embargo, mis pies parecían tener alas:

deseaba echar a correr, llevarla en volandas hasta el «Don Juan» y embarcarla. Quería que se fuera, que se hubiera ido ya. Imaginaba su mano alzada sobre la borda en un gesto de despedida, su mano larga y firme, tierna y mortal, que me regalaba su adiós en la distancia. Y conforme se prolongaba el silencio de nuestra caminata, más temía yo las palabras que vinieran a romperlo. Pisaba cuidadosamente, respiraba despacio, apenas me atrevía a apretar la mano que calentaba mi mano. Temía que cualquier sonido, cualquier gesto, cualquier voz viniera a romper el frágil milagro de aquella noche. Y, sobre todo, temía mi propio regreso, el embarullado paso de mi mala cabeza y su cohorte de locuras y desenfrenos que al final acababan por destruirlo todo.

El guardián de la torre nos dio el alto y aguardamos hasta que bajó el cabo de la guardia y nos autorizó el paso. Cuando llegamos al muelle, todavía se escuchaban a nuestras espaldas las groseras chanzas de los vigías. El «Don Juan» estaba listo para zarpar y en el rostro de su capitán, que nos contemplaba desde el castillo de popa, había más regocijo que enojo.

—¡Derrotada os veo, señora Alison! —gritó y añadió—: ¿Os quedan fuerzas para subir a bordo o preferís que envíe a un par de grumetes para que os traigan en andas?

—¡Idos al infierno, francés! —replicó Alison, mientras ponía en mis manos mi casaca y embarcaba en la chalupa que habría de llevarla hasta la fragata.

—Cuidaos, Alison —dije, incapaz de pensar en nada que no fuera buscar refugio en la soledad de la bodega del «Victory».

Alison alzó hacia mí su rostro, su boca vino a besar de nuevo la mía y mi mano viajó hasta su cabello y tomó su nuca como se toma una copa de vino. En la cubierta del «Don Juan» se escucharon silbidos y risas.

—Adiós, mi hermoso Tomás —me dijo mientras se deshacía de mi abrazo—. No os hagáis daño ni consintáis que os lo hagan.

Y, llevándose la mano al cinto, me entregó esta daga que llevo conmigo desde entonces y que ahora descansa sobre la mesa en que escribo estas páginas.

Aquella misma mañana, la fragata «Don Juan» desplegó su aparejo y se hizo a la mar. Yo tuve que dar algunas explicaciones sobre mi desaparición cuando llegué al «Victory», pero el señor Dawson había hecho ya sus averiguaciones y no recibí otro castigo que el de ayudar a los grumetes en la limpieza de las cubiertas, tarea que en el fondo de mi corazón agradecía como un regalo pues con ella apenas tenía tiempo de observar las velas que se alejaban en el horizonte.

De ese mismo horizonte emergió, tres días después, el aparejo de otro navío que pronto tomó rumbo hacia el puerto de Basse Terre y cuya arribada puso fin a la agri dulce añoranza en que había sumido a mi alma la partida de Alison. Habíamos terminado nosotros de aprestar nuestras bodegas para zarpar, y el capitán Grant dio por concluidas sus conversaciones con Le Vasseur, quien le había asegurado su disposición a no permitir que ningún navío al servicio del Parlamento de Inglaterra hiciera puerto en la isla y a facilitar, por el contrario, a los barcos del rey el amparo y

las vituallas de que hubieran menester. A cambio, el capitán Grant se había comprometido a hacerle llegar la suma de diez mil coronas que habrían de contribuir sin duda a la prosperidad de su ya próspera hacienda.

No tardaron los vigías en dar aviso de la pronta llegada de la desconocida embarcación que, por su hechura y por llevar velas latinas, parecía ser un jabeque. Poco había que temer de ella, pues ni su artillería ni su envergadura la hacían rival de los cañones de la fortaleza de la peña ni de nuestro galeón, pero su mera presencia era motivo de inquietud pues mostraba muchos daños en su casco que parecían ser resultado de un reciente combate. Cuando estuvo ante los arrecifes, se pudo ver que ningún pabellón ondeaba en su mástil mayor, aunque en su casco podía leerse un nombre escrito en lengua castellana: «La Tierra Prometida». Sus tripulantes echaron al agua un pequeño bote en el que embarcaron cuatro de ellos, que agitaban un trapo blanco a fin de mostrar sus pacíficas intenciones. El capitán de la guardia de la fortaleza descendió hasta el muelle, al frente de un nutrido piquete de hombres armados, y condujo a los recién llegados hasta la entrada del fortín.

Los rumores sobre la condición y las desventuras de los marineros del jabeque se extendieron por Basse Terre como un reguero de pólvora. Al mediodía, el mismo señor Dawson, que había bajado a tierra para solventar algunos negocios de los que se mostraba remiso a hablar pero que su aliento pregonaba, regresó a bordo con la noticia de que el navío en cuestión era un jabeque berberisco de los que, desde hacía algún tiempo, se aventuraban hasta las costas del Caribe, atravesando la mar Océana. Pero, en esta ocasión, los esclavos cristianos que llevaba se habían alzado contra sus carceleros y se habían hecho con el mando, después de arrojar por la borda a la tripulación mora. Su valentía, sin embargo, no había hallado el amparo de la caprichosa Fortuna pues a poco de alcanzar la libertad habíanse topado, a la altura del Monte Cristi que se levantaba en la costa de la vecina isla de La Española, con una flota de doce galeones imperiales. Como en la confusión de su liberación nadie se había acordado de arriar la bandera de los piratas berberiscos, no bien fueron avistados por los españoles recibieron tan intenso fuego que no tuvieron otra salida que emprender la huida a toda vela, confiando en la velocidad de su ligero navío, lo cual no les libró de recibir cinco cañonazos que habían malherido a algunos tripulantes y causado grandes destrozos en el barco.

—Y dice el que ahora es su capitán —explicó el señor Dawson—, un esclavo francés llamado Pierre Latour, que si han buscado refugio en nuestro puerto es por demandar ayuda para sus heridos y por prevenirnos de que la armada española se viene hacia aquí.

Se decía que el gobernador Le Vasseur desconfiaba del dicho Pierre Latour, pues hablaba éste la lengua francesa con extraño acento que él mismo achacaba a su origen corso y a los muchos años pasados en las mazmorras berberiscas, pero que de todos modos la mala nueva de la presencia de los galeones del Rey de España en aguas de La Española no podían echarse en saco roto y, por ello, había mandado el gobernador

prepararse para el asedio, lo que soliviantó los ánimos de los piratas y desató una frenética actividad en Basse Terre. La mayor parte de la flota pirata se había hecho a la mar hacía semanas y sólo cabía rezar para que ningún barco volviera ahora a puerto, pues poco tenían que hacer los ligeros navíos filibusteros contra los poderosos galeones imperiales en un combate a mar abierta. A los habitantes de Basse Terre sólo les quedaba defender su isla del ataque español y confiar en que la arisca naturaleza de La Tortuga les ayudase en esa tarea.

A bordo del «Victory» había más preocupación que entusiasmo, pues el capitán Grant dudaba entre quedarse al amparo de los cañones de la fortaleza o zarpar con la esperanza de poder eludir a los españoles antes de que bloquearan el canal.

La aparición a estribor del numeroso velamen de la armada imperial vino a resolver por sí sola el dilema. Ya no había tiempo para intentar la escapatoria y la prudencia aconsejaba permanecer en el puerto. Ordenó el capitán Grant buscar una mejor ubicación para hacer frente al ataque y, a tal fin, aproximamos el «Victory» al muelle cuanto pudimos, a la vez que buscamos la sombra de la torre almenada que cubría el flanco izquierdo de la ensenada. Con ello, nuestra embarcación quedaría expuesta tan sólo al fuego de los navíos españoles que lograran situarse justo enfrente del muelle de Basse Terre, donde ellos recibirían a su vez el fuego cruzado de las dos torres almenadas y de los cañones de la fortaleza.

La flota imperial se acercaba, tal y como habían avisado los tripulantes de «La Tierra Prometida», pero eso no bastaba para disipar las sospechas sobre sus verdaderas intenciones. Unas sospechas que el capitán Grant compartía y que, cuando supo por el señor Dawson que Pierre Latour afirmaba haber estado cautivo en las mazmorras de la villa pirata de Salé y sabedor también de que yo había sido allí rescatado, le llevaron a ordenarme ir en busca de aquél para intentar sonsacarle la verdad, y así averiguar si su historia era cierta o si se trataba en realidad de un grupo de españoles que, mediante su fingida condición de cautivos, pretendía colarse en las defensas de Basse Terre para ayudar a la armada de galeones desde nuestra retaguardia.

Bajé a tierra en compañía del grumete Billy Flea y nos encaminamos hacia la taberna del Cangrejo, donde algunos de los tripulantes de «La Tierra Prometida» reponían fuerzas, vigilados por el piquete que había enviado el capitán de la fortaleza. Pregunté al cabo de guardia quién era el que se hacía llamar Pierre Latour y éste me señaló a un hombre que habría de rondar los cuarenta años de edad, de mediana estatura, ojos negros y cabellos y barba oscuros que apuntaban ya las primeras canas. Estaba hablando a sovoz con otro miembro de su tripulación, alto y fornido, de pelo largo y atusada perilla, sentados ambos a la más apartada de las mesas de la taberna, lejos de las ramerías que consolaban a sus compañeros de infortunio con arrumacos y caricias que tanto buscaban despertar las viriles armas como sopesar las faltriqueras.

Los negros ojos de Pierre Latour se clavaron en mí cuando me acerqué hasta su mesa, seguido por Billy Flea. Había algo en ellos que me inquietaba, mas no tuve



tiempo de preguntarme qué era pues al rostro del francés asomó una amplia sonrisa y de su boca salió, en lengua inglesa, el más inesperado de los saludos:

—¡No sabéis cuan feliz me hace veros, Tomás!

Mi desconcierto no hizo sino agrandar su sonrisa y, antes de que tuviera ocasión de decir nada, añadió:

—¿Aún tenéis el libro que os regalé? ¿Os ha sido de algún provecho?

No creo que fuera mayor la sorpresa de Pablo cuando en el camino de Damasco cayó a un tiempo de su caballo y de su idolatría, pues yo, en aquel mismo instante, descubrí en el rostro del capitán Pierre Latour y en el del escribano Mohamed Al-Minar, que me había hecho entrega del hermoso libro de rimas de Lope de Vega en mi celda de Salé, la cara del amigo al que hacía más de veinte años que daba por muerto y que, por arte de encantamiento, regresaba del más allá, de la triste tierra de la pérdida y del recuerdo, para hablarme de nuevo, para mirarme desde un rostro que era el mismo pero que había cambiado y en cuyos rasgos podía leerse el paso y el peso de los muchos años transcurridos. Allí estaban los ojos y la voz de Cristóbal Mendieta y yo no sabía qué hacer con mi desbocado corazón y con mi alegría, con mi sorpresa y con la incredulidad de hallarme ante un fantasma del pasado que venía a buscarme a la misma tierra de la que yo había partido para encontrarle por vez primera en La Habana, tanto tiempo atrás.

—¿Cristóbal? —pregunté, aunque sabía cuál era la respuesta.

—Ya era hora de que reconocieses a un amigo —respondió. Con un gesto me señaló el taburete vacío que había junto a la mesa y dijo—: Pero toma asiento y quita esa cara de pasmo, que tal parece que hubieras visto a un muerto.

—Y lo he visto —repuse yo— porque por muerto te tenía hasta hoy. ¿Dónde has estado? ¿Cómo lograste salvar la vida? ¿Qué haces aquí?

Cristóbal Mendieta se llevó el dedo a los labios en señal de silencio y dijo:

—Ya habrá ocasión para hablar de todo ello, Tomás, pero recuerda que eres marino inglés y que esos guardianes que nos observan no tienen de mí muy buena opinión. No seas atolondrado y dime primero por qué has venido en mi busca.

La alegría no había hecho desaparecer la prudencia del carácter de Cristóbal Mendieta. Tenía razón. Lo primero era ver el modo de sacarle del entuerto en que estaba metido.

—El gobernador Le Vasseur no se fía de ti y el capitán de mi galeón tampoco, así que me han enviado para averiguar cuánto hay de verdad en tu historia.

—Poca cosa, como puedes ver.

—¿Y qué podemos hacer?

—Algo en lo que tú eras antes maestro, Tomás, y espero que sigas siéndolo: acordaremos un cuento en nuestro provecho.

El compañero de mesa de Cristóbal Mendieta no me quitaba ojo mientras hablábamos y, aunque nada había dicho hasta ese momento, no parecía sorprendido por la conversación que manteníamos en lengua inglesa. No me gustaba. Y si no

podía abandonar al amigo que acababa de regresar de entre los muertos, tampoco podía ayudarlo a ciegas.

—Antes de nada, tienes que contarme cómo has acabado de capitán de ese jabeque y qué diablos estás haciendo aquí.

—No te falta razón, Tomás. Empecemos por el principio, aunque habré de ser breve. Lo primero que has de saber es que el capitán de «La Tierra Prometida» no soy yo sino este amigo que me acompaña y cuyo nombre era Francisco Rodríguez hasta que lo cambió por el de Ahmed Al-Cortobi cuando tuvo que exiliarse en Salé junto a sus hermanos moriscos expulsados de España. Y si finjo ser el capitán es tan sólo porque soy el único de nuestra tripulación que habla la lengua francesa, y necesitamos permanecer en este puerto hasta que se remedien los males que nos han causado los cañonazos de los españoles.

—¿Es un pirata morisco de Salé? —pregunté mientras clavaba mis ojos en el rostro impassible de Al-Cortobi.

—Es un amigo, Tomás.

—Lo será tuyo, porque yo no he recibido de esos moriscos sino cadenas y golpes.

—¿Crees que no lo sé? Pero has de saber que morisco era el joven Hicham, al que envié a cuidarte después de que te rescatáramos de las manos de los guardianes de la Casba. Y morisco era también Rachid Narváez, que se avino a embarcarte como cautivo inglés y te dio así la libertad. Dime tú dónde he de buscar para hallar una tierra en que impere la justicia y la bondad. ¿La hallaste tú entre los ingleses? ¿Es por ventura La Tortuga ese paraíso libre de codicia, violencia y daños? ¿Has sido tú mejor para los desdichados a los que combatiste como corsario español? ¿Lo serías para mí hoy si el azar no hubiera dispuesto que nuestras vidas se hubieran cruzado antes, anudándose con lazos de amistad?

Yo nada podía oponer a sus palabras pues era verdad que mis manos estaban tan llenas de sangre como las de cualquier pirata morisco. Pero el odio es terco y me refugié en un hosco silencio.

—Mira, Tomás, que sólo se ha de medir a un hombre por sus obras. Nada te ha hecho Al-Cortobi y por ello poco da cuál sea su patria, que a la postre no hay otra que aquella que conquista el corazón, un país sin fronteras y sin dueños que tiene por ciudades los corazones de quienes amamos y por campos los que pisan nuestros pies. Al-Cortobi perdió su patria por obra de un rey inclemente. Yo nunca he tenido otra que el engaño y la mentira, pero a bordo de su jabeque he comprendido que, en verdad, la tierra prometida no está al final de ningún viaje sino que es el viaje mismo, el artificio sobre el que surcamos los mares de la vida, la barca de sueños que nos mantiene a flote entre las inclemencias del mundo. En esa lucha nació nuestra camaradería, Tomás, no vengas a romperla ahora por un rencor del que ni Al-Cortobi ni yo somos causantes.

No lo eran y mi empecinamiento tenía más de cobardía que de justo deseo de venganza. Una deuda de amistad me ligaba a Cristóbal Mendieta y, por lo que

adivinaba en sus palabras, mi propia liberación había sido fruto de su mano. Asentí pues con resignación. Tendrían mi ayuda, pero antes quería saber. A ello se puso Cristóbal con presteza, que el tiempo apremiaba, y por él supe de su cautiverio a manos de los moriscos de Salé que le habían recogido malherido de la mar, tras el abordaje del «San Juan de Gaztelugache». Me habló del capitán Jan Jansz y de su decisión de unirse a aquellos hombres sin patria. Me contó de su trabajo como escribano e intérprete y de sus muchos viajes para piratear en aguas de España, de Portugal, de Inglaterra o de la lejana Islandia, y de cómo al regreso de esta última se habían topado con la polacra corsaria española en la que servíamos Juan de Tineo y yo. Supe que Cristóbal me había reconocido entre los cautivos al llegar a Salé y que, desde entonces, se había esforzado por hacerme la vida menos ingrata durante mi cautiverio, mas sin darse a conocer pues por español me tenían y no era prudente, en aquellos días de loco entusiasmo por la conquistada independencia de la república pirata de Salé, que diera él prueba de guardar vínculo alguno con España. Fue Cristóbal Mendieta quien alertó al capitán Jan Jansz del peligro que corríamos los cautivos que habíamos participado en la disputa del muelle que se saldó con las muertes de Torval y de Guzmán Montenegro. Y fue él también quien persuadió al nuevo escribano del caíd, un renegado italiano llamado Gató al que le unía una antigua amistad, para que se me encarcelara aparte, en la celda de la Gran Puerta de la Casba, hasta que me recuperara de mis heridas. Otro amigo suyo, el morisco Hicham, se hizo cargo de mi cuidado y el propio Gató incluyó mi verdadero nombre en el listado de súbditos que habrían de ser liberados y entregados al caballero John Harrison.

Como una mano invisible, la amistad de Cristóbal Mendieta había guiado mi vida desde el cautiverio hasta Inglaterra, sin más recompensa que las breves palabras que me dirigió el día en que me dio su libro de rimas.

—Hubiera querido poder decirte quién era —recordó Cristóbal—, pero con ello no habría logrado otra cosa que ponerte a ti y ponerme yo en peligro. Tu libertad era lo primero, que para hablar siempre hay tiempo, aunque sea el poco que hoy disfrutamos en esta taberna.

¿Qué podía decir yo? ¿Qué palabras eran las adecuadas para expresar tanta gratitud como albergaba mi alma? A mis labios sólo acudió una frase que viajaba por encima de los años y me colocaba ante mis propias obligaciones:

—Tú cumpliste tu promesa, Cristóbal. Me llevaste a Inglaterra. ¿Qué puedo hacer yo para cumplir la mía?

—Ayudarme a regresar a Salé, pues hace ya años que Holanda dejó de ser la tierra de mis esperanzas. Dile a tu capitán que me conociste en las mazmorras de Salé y que nuestra historia sobre la supuesta sublevación a bordo de «La Tierra Prometida» es cierta, y haz porque comunique él al gobernador Le Vasseur el resultado de tus pesquisas.

Un cosquilleo en la nuca me recordó que a mis espaldas, sentado en el suelo

aunque apartado, estaba Billy Flea y que la lengua inglesa en que habíamos mantenido hasta ese momento nuestra conversación podía haberle permitido comprender el engaño que urdíamos, si sus oídos curiosos habían llegado a captar nuestras palabras. Volví la cabeza y me encontré con la atenta mirada del grumete, que debió leer la preocupación en mis ojos pues esbozó una sonrisa y llevó sus manos a los oídos, en un gesto que prometía completa sordera.

—Quizá pueda convencer al capitán Grant —concedí, volviéndome de nuevo hacia el converso—, pero no creo que a Le Vasseur le baste con la palabra de un inglés para disipar sus sospechas.

—Entonces, ayúdanos a escapar —repuso Cristóbal con vehemencia—, quizá con la oscuridad de la noche y la confusión de la batalla que está por estallar podamos hacernos a la mar antes de que los hombres de Le Vasseur tengan tiempo de hacer nada para evitarlo.

—Vuestro jabeque tiene aún grandes daños —objeté, pero Cristóbal desechó mis reparos con determinación.

—Prefiero la muerte en la mar antes que un nuevo cautiverio, Tomás. Ya veremos cómo poner remedio a esos daños, que la libertad sigue siendo lo primero.

—Veré qué puedo hacer —prometí antes de ponerme en pie y de abandonar la taberna del Cangrejo sin estrechar la mano de mi amigo y con Billy Flea pegado a los talones.

Una vez fuera, me volví hacia el grumete y le pregunté:

—¿Qué habéis aprendido en esta ocasión, Billy?

Él me miró fijamente y respondió con firmeza:

—A callar.

—Que así sea.

El capitán Grant escuchó con atención mi historia, en la que puse todo mi talento de embustero, pero no quiso ni oír hablar de contarle al gobernador lo que yo había averiguado. «Ya sabemos que esos hombres no son espías españoles y su presencia aquí no entraña ningún peligro —concluyó—, dejemos que Le Vasseur siga pensando lo contrario, que se distraiga con ellos, porque es hombre de poco fiar y no me agradaría que estuviera en exceso pendiente de nosotros». Yo protesté que los tripulantes de «La Tierra Prometida» no eran merecedores de tan ingrato destino, pero fue en vano, así que el poco tiempo que tardó en abrir fuego la armada española, que ya se desplegaba a levante, lo aproveché yo en idear la mejor manera de sacar a Cristóbal Mendieta y los suyos de aquella ratonera. Cuando la primera descarga de las bombardas de los galeones imperiales vino a atronar la tarde y sus balas comenzaron a levantar columnas de agua en la ensenada, aún no había terminado de urdir mi plan y hube de dejarlo para más tarde, que lo primero era asegurar el pellejo con que llevarlo a cabo.

Las baterías de la fortaleza, que habían permitido a los primeros galeones acercarse a la costa, concentraron sobre ellos el fuego de sus poderosos cañones y no

tardaron los españoles en tener que replegarse hacia el centro del canal, no sin llevarse antes una buena ración de hierro que desarboló el palo mayor del galeón más cercano y redujo a astillas su castillo de popa. El alcance de los cañones piratas, verdaderas obras de arte de las ferrerías holandesas, era muy superior al de los españoles, de modo que pronto se vio libre la ensenada de Basse Terre de los impactos de las balas y así, por obra del ingenio del gobernador Le Vasseur, que había sido el creador de las defensas de la isla, tornáronse los temibles galeones en inofensivos barcos que cañoneaban baldíamente a lo lejos.

El entusiasmo a bordo del «Victory» era gemelo del que reinaba en el muelle del puerto y en las terrazas de su fortaleza. Los piratas reían y cantaban, mientras sus artilleros repartían fuego sobre el canal. Sin embargo, el señor Dawson cabeceaba disconforme y escudriñaba cada poco con su catalejo los movimientos a bordo de los galeones. Sus gruñidos y muestras de enojo no pasaron desapercibidos para el capitán Grant, que se acercó hasta donde estaba el contraмаestre, justo al lado de la posición que ocupaba yo, y le preguntó por la causa de su descontento.

—Nada de esto tiene sentido, señor —repuso Dawson—. ¿Por qué nos atacan al atardecer? ¿Por qué se han acercado de esa manera temeraria para tener que retroceder de inmediato? Es absurdo, señor, a no ser que sea otra cosa lo que pretenden y nos estén regalando una aparente victoria con que embriagarnos.

El capitán Grant tomó el catalejo en sus manos y observó los galeones durante un rato. Por fin se volvió hacia el contraмаestre y le dijo:

—No veo nada extraño. ¿Tenéis idea de cuáles puedan ser sus planes?

—Señor, apostaríа mi cabeza a que aún se dejarán cañonear durante un buen rato y, con las últimas luces, buscarán refugio al otro lado del canal, en las costa de La Española. Para entonces habrá tal alegría en Basse Terre que no quedará hombre sobrio cuando llegue la medianoche. Si yo fuera ellos, ése sería el momento que aprovecharía para arriar las chalupas y atravesar sigilosamente el canal hasta algún punto de la costa de La Tortuga. Seguro que tienen sus bodegas llenas de soldados. Desplegaría mis hombres aprovechando la oscuridad de la noche, que es de luna nueva, y atacaría por tierra la villa con las primeras luces del día.

El capitán Grant miró durante unos instantes a los ojos de su oficial como si quisiera leer en ellos la verdad de sus palabras. Después, ordenó preparar el batel del galeón para ir a tierra.

—Debo concertar fuerzas con el gobernador —concluyó.

Diez hombres, entre los que estábamos Billy Flea y yo, nos embarcamos con el capitán y nos dirigimos al muelle a golpe de remo. Yo observaba con el rabillo del ojo al grumete, que bogaba a mi lado, pero su rostro no reflejaba emoción alguna. Desde que habíamos regresado de la taberna del Cangrejo, Billy Flea se había mantenido a mi lado, dedicado a las labores de su oficio, pero siempre pendiente de mis movimientos. Al principio, su actitud despertó mis temores pues tal parecía que el mozo espiaba cuanto yo hacía, pero no vi que buscara entendimiento alguno con el

capitán y, poco a poco, se fue apoderando de mí la certeza de que su proximidad no era intriga de delator sino compadreo de cómplice.

Mientras el capitán Grant se reunía con el gobernador en la fortaleza, yo emprendí la búsqueda de «Tortuga». Johnson y le encontré, cual era de esperar, en la taberna del Cangrejo, donde festejaba ya la victoria sobre la armada española. Por fortuna, no había tenido tiempo todavía de echarse al colete tanto ron como la hazaña requería, de modo que aún podía contar con él para mis planes. Mandé a Billy Flea que vigilase desde la puerta el retorno del capitán Grant y aparté al viejo marino de sus compañeros de juerga.

—Mantente sobrio, viejo loco, porque este baile no ha hecho sino empezar y puedes tener por seguro que tendremos que vérnoslas con los soldados españoles esta misma noche —le espeté en cuanto estuvimos lejos de oídos indiscretos.

«Tortuga». Johnson me miró con curiosidad, y una sonrisa de astucia se asomó entre los tirabuzones de su barba:

—Tú tramas algo, Thomas. Conozco esa mirada y esas prisas.

—Algo que no puedo hacer sin tu ayuda. ¿Cuento con ella?

—¿Cuándo te he abandonado? —bramó enfurecido—. Serví fielmente a tu padre hasta que se lo llevó la muerte en aquel estúpido combate. Y te hubiera servido igualmente a ti si no te hubieras ido de La Tortuga.

—Lo sé, Peter, por eso estoy aquí ahora. Deja para luego tus reproches, que no hay tiempo que perder, y escucha.

Le conté en pocas palabras mi inesperado reencuentro con Cristóbal Mendieta y el triste destino que le aguardaba si permanecía en la isla.

—Le debo mi libertad y mi vida, viejo amigo, y no puedo permanecer de brazos cruzados mientras veo cómo la rueda de la Fortuna le pasa por encima —concluí.

—¿Qué quieres de mí?

—Que me ayudes a facilitarle la huida esta noche.

—¿Cómo vamos a lograrlo si sólo somos dos? —repuso «Tortuga». Johnson, aunque yo veía en su mirada que aquel reto, lejos de asustarle, le enardecía.

—Tres, señor Peter —terció Billy Flea, que se había acercado hasta nuestra mesa.

—Gracias, Billy —respondí y le pregunté por qué había abandonado la vigilancia.

—El capitán acaba de salir de la fortaleza.

Había que darse prisa.

—Vale —le contesté y me volví hacia «Tortuga». Johnson—: Escucha, viejo, lo que necesito es que estés a medianoche en el muelle con una barca y dos hombres de confianza que sean sordos, ciegos y mudos a cuanto hagamos. ¿Podrás hacerlo?

—¿Saldrá el sol mañana? —respondió, ofendido.

—De acuerdo, amigo. Si yo no pudiera acudir a la cita, haz lo que te diga el capitán Pierre Latour. Sus palabras serán las mías. Por cierto, ¿dónde están los tripulantes de «La Tierra Prometida»? —pregunté, al reparar en que ninguno de ellos estaba ya en la taberna.

—Los llevaron a la fortaleza.

Aquello podía dar al traste con todos mis planes, pero ya no había tiempo para urdir unos nuevos. Me despedí de «Tortuga». Johnson con una palmada en el hombro y salí a la carrera de la taberna, en compañía del grumete. Llegamos al muelle justo cuando lo hacía el capitán Grant. Yo me devanaba los sesos, en busca de un artificio que me permitiera llegar hasta donde tuvieran encerrados a Cristóbal Mendieta y los suyos, pero no tuve que esforzarme mucho. Billy Flea estaba equivocado, no éramos tres los conjurados sino cuatro porque aquella noche Fortuna estaba de nuestro lado.

El capitán Grant mandó que nos quedásemos en tierra, a fin de ayudar a Le Vasseur en la defensa de la isla, pues la mayor parte de los piratas estaban en la mar y no habría en Basse Terre en aquel momento más de doscientos hombres capaces de empuñar las armas. Por esa misma razón, había decidido el gobernador contar con los tripulantes de «La Tierra Prometida», a los que había sacado de las mazmorras y enviado al muelle para que trabajaran en la preparación de trincheras y barricadas, aunque desarmados pues seguía sin fiarse de ellos. El capitán Grant me dio el mando de los diez hombres que debíamos permanecer en el puerto y se hizo llevar a bordo del «Victory» para preparar la estratagema acordada con Le Vasseur, que no era otra que hacer pagar cara su osadía a quienes se llegaran hasta las costa en chalupas. La tarea que me había encomendado era la de contribuir también a la preparación de las defensas y obedecer cuanto nos mandara el capitán de la fortaleza, un francés de largos y crespos cabellos que lucía un espeso bigote y un extraño mirar, pues tenía un ojo atravesado que se empeñaba en observar el mundo por su cuenta. Se hacía llamar Jean Claude el «Marsellés» y había sido marinero en la villa de Saint Malo, aunque era nacido en Marsella, hasta que las inclemencias de la vida le empujaron al otro lado del océano en busca de mejor fortuna. Era hombre con fama de valiente y buen marinero, aunque de poca disciplina, y su debilidad por las mujeres era legendaria en toda la isla, donde se decía que no había dama, ya fuera soltera, casada, viuda o ramera que no bebiera los vientos por ser la dueña de su inquietante mirada.

Nos pusimos manos a la obra y yo ordené a mis hombres cavar zanjas al lado de donde lo hacían Cristóbal Mendieta y los suyos. Con la ayuda de Billy Flea, que se encargaba de distraer la atención de quienes estaban más cerca, conseguí esconder un poco más allá de la trinchera, ocultos por unos matojos, dos barriletes de pólvora sobre los que apilé algunas armas. Después, largué un reguero de pólvora hasta el extremo más apartado de la trinchera y lo disimulé con hierbas. Mientras tanto había caído la noche y, cual si hubieran escuchado las palabras del señor Dawson, los españoles se retiraron hasta la vecina costa de La Española. El Marsellés ordenó entonces que se prendieran luces en todas las casas y que los hombres entonanaran cuantas canciones supieran, pues quería que, en la distancia, la villa de Basse Terre pareciera una gigantesca fiesta. Se enviaron más hombres a las torres almenadas, cuyas piezas, al igual que las de la fortaleza, cambiaron su emplazamiento para batir las playas y los frondosos roquedales que cercaban la villa. Un pelotón de

mosqueteros partió hacia la cima de la montaña que corona la ensenada del puerto, en busca de las mejores posiciones para impedir que hasta allí pudieran subir los enemigos. Otros se desplegaron en los roquedales y nosotros nos sumergimos en la larga y húmeda trinchera que habíamos cavado cerca de la playa, junto a la torre oriental.

Una vez al amparo de las sombras de la trinchera y protegido de curiosos por la batahola de canciones que entonábamos a voz en grito, envié a Billy Flea hasta donde estaba Cristóbal Mendieta, con una fingida demanda de ayuda para limpiar de matojos el terreno que se extendía ante nosotros, y por él le hice saber lo que debían hacer. A poco de empezado el combate y aprovechando que entonces el Marsellés estaría de vuelta a la fortaleza, daría yo la orden a los tripulantes de «La Tierra Prometida» de partir hacia la trinchera que se había cavado en el otro extremo de la ensenada. Ello les obligaría a atravesar el muelle, donde podrían embarcarse en el bote de «Tortuga». Johnson e ir en él hasta su jabeque, que allí estaba anclado. Mas debían aguardar a que hiciera yo explotar los barriletes de pólvora que había escondido, cuyo estruendo y fuego acapararían la atención de todos, tornándoles a ellos invisibles a los distraídos ojos de los vigías. Después, el bote de «Tortuga». Johnson remolcaría el jabeque hacia el canal, a través de un pequeño arrecife de coral que, con suerte, podrían sortear pues era poco el calado del navío berberisco y aquella era noche de pleamar. Una vez al otro lado del arrecife, debían permanecer inmóviles hasta que la barca del viejo pirata volviera a acercarse al muelle. Sólo entonces podría «La Tierra Prometida» desplegar sus velas y confiar en que el viento la arrastrara a poniente, hacia mar abierta.

Mostró Cristóbal su acuerdo y me hizo saber por Billy Flea que dos de sus hombres, aún malheridos, permanecían en las mazmorras de la fortaleza. Me pedía que hiciera cuanto pudiera por ellos. Le respondí con una disimulada seña de asentimiento, mas tenía por cierto que aquellos dos desdichados habrían de conocer la brutal eficacia del «Infierno» del gobernador Le Vasseur cuando éste supiera de la fuga de sus compañeros. Y estaba aún por verse si no habría de hacerles yo compañía en tan horrible trance.

Poco después de la medianoche, vi que el «Victory» se hacía silenciosamente a la mar, adentrándose en el canal sin que luminaria alguna delatara su presencia, y los vigías, que habían sido enviados hasta la misma playa donde hacía apenas cuatro días Alison y yo habíamos yacido en amoroso enredo, no tardaron en traer noticia de la pronta llegada de un gran número de barcazas, que serían cerca de la veintena, en las que venían más de cuatrocientos hombres armados. Las palabras del señor Dawson se cumplían como una profecía.

Yo escudriñaba entre los árboles, que las altas luces de los astros pintaban con sombras azules, al acecho de las siluetas de los enemigos. El tibio aire de la noche parecía haberse llenado de malos presagios y las voces de los piratas, que entonaban sus vulgares y bravuconas canciones, fueron acallándose hasta que el silencio cayó



sobre Basse Terre y los innumerables murmullos nocturnos se hicieron presentes, cual si la misma tierra recitara ya la salmodia de una oración fúnebre.

El ruido de un disparo de mosquete resonó en la oscuridad, repetido por el eco de la cercana montaña, y enseguida comenzaron a oírse nuevos disparos más allá de las grandes palmas que se alzaban a doscientos pies de donde estábamos nosotros. Se oyeron gritos de socorro y de entre los árboles surgieron las figuras espantadas de cuatro hombres que corrían con los brazos en alto chillando que no abriéramos fuego, que eran de los nuestros. A sus espaldas, los destellos de nuevos mosquetazos anunciaron la llegada de la muerte antes de que su estruendo y sus balas alcanzaran a los fugitivos, dos de los cuales se fueron al suelo fulminados. Había orden de no disparar hasta que no lo hicieran los cañones de la torre almenada, y así fuimos mudos testigos del mal fin de aquellos desgraciados, pues una segunda descarga de sus perseguidores acabó con la vida de los dos que aún seguían en pie. Las sombras de los árboles dieron paso entonces a una legión de siluetas que avanzaban a la carrera hacia la villa, obligadas por los prematuros disparos a atacar sin esperar al alba, pero aún en la confianza de tomar por sorpresa a sus habitantes.

Cuando la voz de los cañones de la torre se hizo escuchar entre el griterío de los atacantes, se desató un infierno de fuego sobre ellos. Los hombres apostados en las trincheras descargamos contra las siluetas enemigas nuestros mosquetes y las pequeñas culebrinas que allí habíamos instalado, y casi de inmediato detuvieron los soldados imperiales su avance, sin duda sorprendidos por nuestro temible recibimiento. Muchos retrocedieron hasta el refugio de los árboles y otros se echaron al suelo, en busca de un hueco o un matojo donde guarecerse.

No tardó en oírse el seco trueno de las culebrinas que los españoles habían transportado hasta la linde de las palmas, y la mordedura de sus hierros comenzó a arrancar jirones de madera en las fachadas de las casas más cercanas y a sacar chispas de las piedras de la torre almenada. Era el momento de actuar. Mandé llamar al capitán Pierre Latour y al poco vi ante mí a Cristóbal Mendieta que, en su fingido papel de marino francés, se aprestaba a obedecer mis órdenes. Le dije a grandes voces, de modo que cuantos me rodeaban pudieran oírme, que reuniera a sus hombres y, dado que no portaban armas, acudiera con ellos a la trinchera que había al otro lado de la ensenada, para ayudar a reforzar sus defensas en lo que hiciera falta, pues en ella los defensores eran menos numerosos y me temía que los españoles pudieran lanzar allí otro ataque. Mandé también a Billy Flea que fuera con ellos, para dar explicaciones al cabo de aquella trinchera, y todo el grupo, que sería una treintena de hombres, echó a correr hacia el muelle, con las balas silbando sobre sus cabezas. Yo les veía alejarse y rogaba a Dios que por una vez dejara que la suerte estuviera de nuestra parte. Cuando llegaron donde me pareció que estaba la barca de «Tortuga». Johnson, disparé contra el reguero de pólvora que había ocultado y, un momento después, la explosión de los barriletes de pólvora lanzó a la noche una llamada terrible que sobresaltó a todos. A partir de ese momento no quise volver la vista atrás.

Yo había cumplido, ahora el destino de Cristóbal Mendieta estaba en sus propias manos.

La batalla se prolongó aún durante más de una hora, pero no cabía duda de que los españoles nunca podrían atravesar nuestras defensas. El fuego de las baterías diezmaba sus filas y de poco les servía la protección de los troncos de los árboles cuando las andanadas venían de lo alto de la fortaleza. Los piquetes enviados a los roquedales y a la cima de la montaña fueron poco a poco estrechando el cerco contra los españoles que, de esa forma, hostigados por la artillería y atacados en su flanco y en la retaguardia, se vieron forzados a empezar a retroceder hacia la playa donde habían desembarcado.

El Marsellés dio entonces la orden de abandonar las trincheras y ganar el cercano palmeral, y a ello nos pusimos con la temeridad que da la inminencia de la victoria. Saltaron los hombres al claro de los matojos y corrieron hacia los árboles aullando como diablos, mientras los soldados imperiales se batían en retirada. Algunos rezagados, que habían quedado aislados en la parte más alta del palmeral, arrojaron al suelo sus armas y se rindieron con los brazos en alto, pero el gobernador Le Vasseur había mandado colocar sobre las torres almenadas el paño rojo de combate sin cuartel, y allí mismo, entre súplicas y llantos, fueron degollados. Yo encabezaba el grupo que perseguía al resto de la tropa hacia la playa, y me preguntaba qué habría sido de Billy Flea, mientras recargaba mi pistola y mi mosquete a la carrera. En la playa, los españoles habían formado una doble hilera de mosqueteros que disparaba alternativamente, y una lluvia de balas paró en seco nuestro avance cuando salimos de la protección del palmeral. Acorralados en la arena, los soldados imperiales se defendían con valor, mientras iban embarcando en sus chalupas para escapar de nuestra saña. Faltaban tan sólo las tres últimas chalupas por llenar, las mismas que debían transportar a quienes nos mantenían a raya, cuando desde el canal nos llegaron el ruido y los destellos de los cañones del «Victory» que arremetía contra las chalupas que ya habían zarpado, cortándoles la retirada. El desconcierto se apoderó de los que aún estaban en la playa, que veían cómo naufragaban sus esperanzas. Algunos trataron de ganar las chalupas, arrojando sus mosquetes al suelo, mientras otros pugnaban por impedir nuestra llegada. Sin embargo, su fuego ya no era ordenado ni suficiente. Cada uno de nosotros lo sabía. Sabía que bastaban unos pasos veloces para caer sobre ellos, que sus disparos ya no eran mensajes de muerte sino chillidos de miedo y que su pulso temblaría como temblaban las altas hojas de las palmas con el viento. Por ello, cuando el Marsellés gritó a todo pulmón «¡al ataque!», salimos del palmeral como lobos de la espesura, con las fauces hambrientas de venganza y la razón extraviada, enloquecidos de ira por nuestro propio miedo y por el miedo de los españoles, que nos atraía como atrae el olor de la sangre a las alimañas.

El combate cuerpo a cuerpo tiñó de rojo la arena de la playa, los hombres caían en un mortal enredo y asestaban golpes a ciegas, entre gruñidos y ayes. Algunos de los españoles fueron rematados cuando estaban a punto de auparse a sus chalupas, otros

sucumbieron en la orilla, luchando con arrojo hasta el último suspiro. Tan sólo una de sus embarcaciones, con no más de una docena de hombres a bordo, logró hacerse a la mar y perderse en la negrura del canal.

Para cuando los galeones consiguieron tenernos a tiro, el desastre de las tropas españolas era irremediable. El «Victory» regresó a puerto y los cañones de la fortaleza se encargaron de mantener alejados a los barcos imperiales, que malgastaron su munición hasta el mediodía. Para entonces, el número de sus bajas, que según nuestro recuento era al menos cien hombres muertos más los heridos que hubieran logrado embarcarse, sin contar aquellos a los que las descargas del «Victory» hubieran dado muerte durante la travesía del canal, había llevado sin duda a su almirante a la conclusión de que su empresa estaba llamada al fracaso. Por fin, al atardecer, pusieron los galeones proa a poniente y recorrieron el canal ante nuestro júbilo, quizá con rumbo al puerto de Santiago de Cuba o al de La Habana.

Dio orden Le Vasseur de que se enviaran nuevos piquetes de mosqueteros a la punta más occidental de La Tortuga, donde ya había una nutrida guarnición, por asegurarse que no fueran a hacer allí los españoles un nuevo desembarco, aunque pocas ganas debían quedarles de intentarlo, y mandó doblar la guardia de la fortaleza. El resto de los hombres pudo al fin lanzarse a una ebria celebración que duró dos días y causó más bajas que la propia batalla, pero yo aún tuve que esperar para unirme al festejo.

El cielo había amanecido encapotado y, al atardecer, un breve aguacero rompió sobre nosotros, como si la isla quisiera limpiar de sangre su verde rostro. Mientras recogíamos en el palmeral y en la playa los cadáveres de españoles y piratas, para darles sepultura en el pequeño cementerio que había al pie de la montaña, se me vinieron a la cabeza los versos de una de las canciones que el capitán Jean Le Chien había entonado hacía tan sólo cuatro noches:

Del cielo negro cae la lluvia,  
inundan nuestros ojos  
lágrimas de felicidad.  
Exhalando el perfume de sus almas  
nuestros muertos  
descansan en paz.

Entre aquellos despojos humanos, la alegría no tenía cabida. Trabajábamos de prisa, rezongando y maldiciendo la pesadez de los cuerpos que hacinábamos sobre una carreta. Los rostros de los muertos me atraían con curiosidad malsana. Mi imaginación desbocada fantaseaba sobre sus vidas, sobre sus últimas horas. ¿Qué habrían comido antes de empezar el combate? ¿Cuáles habrían sido las pesadillas de su último sueño? ¿Qué habrían visto en su última mirada, antes de que la negrura les tragara para siempre? Con cada nuevo cadáver, mi cuerpo se resentía como preso de

una rara fiebre. Mi pensamiento se hacía errático y se arremolinaban en mi alma tan encontrados sentimientos que ni palabras tengo para nombrarlos. Mas todo ello, a la postre, no era sino una impensada argucia para escapar de la única pregunta que en verdad me asustaba: ¿qué habría sido de Cristóbal y de los suyos?

Cuando terminé mi tétrica labor de sepulturero, regresé al muelle con el corazón encogido. Temía que en cualquier momento se me vinieran encima los hombres de Le Vasseur, para tildarme de traidor y encerrarme en las mazmorras donde funcionaba insaciable su «Infierno». Tal vez el jabeque había sido hundido por los cañones de la fortaleza. Tal vez sus tripulantes no habían llegado a subir a bordo y estaban ahora devueltos a la prisión. Todo eran dudas y la persona que hubiera podido sacarme de mi laberinto de inquietudes era, precisamente, la que más contribuía a que me adentrara en él, pues Billy Flea no había regresado de su misión y su ausencia me hacía temer por mi suerte y por la suya.

La visión del viejo «Tortuga». Johnson, que festejaba la victoria amorrado a una damajuana de ron junto a la puerta de la taberna del Cangrejo, me devolvió la esperanza, y lo que me dijo terminó de tranquilizarme. En pocas y beodas palabras, dichas a voces, por lo que hube de llevarle hasta un callejón apartado para que no pregonara nuestros enredos, me contó cómo, al escuchar la explosión de los barriletes de pólvora, se habían ido todos a la barca que tenía él amarrada en el muelle. Antes de embarcar, el capitán Pierre Latour había propinado un fuerte golpe en la cabeza a Billy Flea con la pistola que éste acababa de entregarle, pues tal era lo convenido para que nadie pensara que el grumete estaba concertado con los fugitivos. Quizá fueron las prisas, la impaciencia, el miedo o un desmedido afán de veracidad, «Tortuga». Johnson no lo sabía, pero lo cierto es que el francés había descargado tal golpe sobre el pobre Billy que le había abierto una gran brecha en la cabeza por la que había empezado a sangrar cual cerdo, mientras se iba al suelo privado de conocimiento. Como no era ocasión de pararse en curas, habían abandonado al desmayado mozo sobre el muelle y se habían acercado hasta «La Tierra Prometida», donde embarcaron sin que nadie se percibiera de ello. Después, los hombres de «Tortuga». Johnson habían remolcado el jabeque, lenta y esforzadamente, hacia el canal, a través del pequeño arrecife. Allí se arrojaron al agua y, agarrados a la borda de la barca, que en las penumbras parecía haber perdido amarras e ir a la deriva, habíanse ido acercando hasta el muelle. Estaban a punto de alcanzarlo cuando oyeron los gritos de alarma de los vigías de la torre más cercana, que daban aviso de la partida del jabeque, pero que poco pudieron hacer pues el capitán Pierre Latour había puesto proa al centro del canal y cuando los cañones de la torre, que estaban orientados para la defensa por tierra, se orientaron hacia él, la oscuridad y la distancia hicieron inútiles sus disparos.

—Nosotros aguardamos aún un rato escondidos entre los pilares del muelle y por fin regresamos a tierra —concluyó.

—¿Y Billy Flea?

—Está ahí, en uno de los camastros de la taberna del Cangrejo, con la cabeza vendada y la felicidad pintada en el rostro pues esas ramerías le colman de cuidados y arrumacos, cual si fuera su hijo. Y a fe que mucho estará lamentando el que su madre le destetara.

Me uní a «Tortuga». Johnson en una sonora carcajada que vino a liberar mi pecho de angustias. Cristóbal estaba a salvo y mi libertad asegurada. Había llegado el momento de olvidarme de todo y de mí mismo en una noche sin memoria, así que tomé del hombro a mi viejo amigo y entramos en la taberna del Cangrejo para entregar nuestros cuerpos en holocausto a los antiguos dioses de los excesos.

Aún permanecemos en la isla de La Tortuga durante una semana, mientras los heridos se reponían y los espías que Le Vasseur había enviado, en pequeñas y veloces embarcaciones, más allá de los dos extremos del canal traían noticias sobre la definitiva retirada de la armada española. El día antes de nuestra partida, Billy Flea desapareció de la taberna del Cangrejo y tal fue como si se lo hubiera tragado la tierra. El capitán Grant mandó buscarle por toda la villa y sus alrededores y, cuando supo que no le habían hallado, rompió en maldiciones y amenazas que sólo sirvieron para mantenerle enfurruñado durante días. Billy había elegido y yo también. Por fin, en la mañana del día cuatro del mes de abril del año de mil seiscientos y cuarenta y tres, el galeón «Victory» se hizo de nuevo a la mar, llevándome a mí como marinero y sin que tuviera más despedida que una sonora maldición en lengua holandesa. Durante aquellos siete días, había esperado el retorno del «Don Juan», aun a sabiendas de que tal espera era vana. Había fantaseado con mi fuga, con el reencuentro con Alison, con las caricias de sus manos expertas y el sosiego de su franca mirada. Al embarcarme, sabía que daba por muerta mi última esperanza. Durante años había querido regresar a Inglaterra, a la tierra de mi padre, que había sido el lugar al que viajaban mis sueños de mocedad y mis fantasías. Ahora iba a hacerlo definitivamente, aunque sabía que aquella era una tierra sin promesas. Alison formaba parte del pasado, como Cristóbal Mendieta. Sus nombres estaban llamados a ser mi refugio ante la soledad, pues su recuerdo era la verdadera tierra de promisión que, por un cruel destino, no pertenecía ya al mañana sino al ayer.

## IV

La voz de Cristóbal Mendieta vino a interrumpir mi evocación de nuestro último encuentro en La Tortuga y en su tono percibí el reproche de la incredulidad:

—¿En verdad pensabas que el pasado pertenece al ayer y no al mañana? Mírame aquí, de vuelta del pasado y sentado de nuevo contigo a la mesa de una taberna, como tantas veces, porque a fe que parece que estamos condenados a reencontrarnos en tugurios de todo el mundo.

Miré a mi alrededor y tuve que hacer un esfuerzo para recordar que era en la taberna del Diablo donde nos hallábamos y no en la del Cangrejo o en la de Román «el Rojo», y que fuera nos esperaban las húmedas y anebladas callejas de Londres y no las de Basse Terre o las de La Habana. Nuestras palabras habían rasgado la cortina del tiempo y las épocas se confundían y mezclaban en mi cabeza con la ayuda de la mucha cerveza que llevaba trasegada.

—Somos hijos de nuestra memoria, Tomás —continuó Cristóbal—, pues es sobre ella que se fundan las amistades, las lealtades y los rencores. Ella nos dice quiénes fuimos, que es tanto como decir quiénes somos, y de su evocación extraemos las enseñanzas que nos ayudan a enderezar nuestros pasos cuando no median las torceduras del carácter. Son los lazos con que el pasado nos ha unido los que hacen que esta noche prestes oídos a mis historias y quiera yo escuchar las tuyas, y por ellos sé que puedo acudir a ti una vez más y poner así mi vida futura en tus manos.

Ya estaba próximo el amanecer y en la taberna del Diablo quedaban tan sólo los borrachos solitarios, que rumiaban sus pesadillas sobre los pozos sin fondo de sus vasos, y nosotros, ebrios de recuerdos como sólo pueden estarlo quienes saben que la arena de la ampolleta que mide sus vidas pronto dejará caer su último grano. Había hecho falta toda una noche y la invocación del azaroso cruce de nuestros destinos para que Cristóbal Mendieta se decidiera al fin a decir aquello que había venido a pedirme, la razón de que me hubiera buscado con ahínco en el hormiguero de Londres. Ahora sólo me quedaba seguir el curso de sus palabras:

—Puedes estar seguro, amigo mío, de que tan esperable es el regreso del pasado como el advenimiento del futuro. Tal es lo que me ha sucedido a mí hace unos días y por esa razón estoy aquí ahora. Tú me hablabas de la bella Alison y de cómo la diste por perdida hace diez años, cuando zarpaste de la isla de La Tortuga. No sabes cuán bien te entiendo, Tomás, porque otro tanto había hecho yo tres años antes de que el azar nos diera cita en Basse Terre. Y es por esa mujer que di entonces por perdida que hoy vuelvo a pedir tu ayuda, pero antes he de hablarte de cómo a veces la felicidad se sirve de la desdicha para entrar en nuestra vida. Así me sucedió en los años que siguieron a tu partida de Salé cuando, entre violencias y guerras, me llegó el amor en la forma más inesperada.

La prosperidad de la vida pirata de Cristóbal Mendieta, que no había hecho sino acrecentarse desde que tornóse Salé en independiente república, se vio sacudida por

las mismas tormentas que empezaron a agitar a la villa. Unas tormentas que, según él, se debían al modo en que los moriscos hornacheros que regían la Casba de Salé la Nueva habían comenzado a cargar con impuestos el comercio de los moriscos andaluces del Arrabal, quedándose además con una gran parte de los bienes que aportaba la flota pirata. Aquellas maneras tiránicas soliviantaron a los habitantes de la villa y las rencillas se crecieron por doquier, cosa que no tardaron en aprovechar los recelosos vecinos de Salé la Vieja para intentar hacerse con el gobierno de la floreciente república pirata.

Habían pasado dos años desde que zarpara el barco del caballero John Harrison y descargaba el mes de julio sus rigores sobre las tierras del Bu Regreg, cuando la aparición frente a la barra de su desembocadura de siete majestuosos navíos, que enarbolaban el estandarte del rey de Francia, y de dos ligeros pataches armados por los franceses para la ocasión, despertó la inquietud y la curiosidad de los saletíes. Uno de los pataches se aventuró hasta las cercanías de las rocas sobre las que se levanta la muralla de la Casba y, desde allí, un hombre empuñó arco y flecha y lanzó a tierra un mensaje que fue recogido por la guardia del bastión y entregado al renegado Gató que, en su condición de escribano de Arabi García, el nuevo secretario del Diván, debía traducirlo a la lengua castellana. Por el veneciano supo después Cristóbal el contenido de dicha carta en la que se advertía a los señores de Salé de que el almirante de la flota, el caballero Isaac de Razilly, venía de parte del invencible Rey Cristianísimo, protector de Europa y monarca de los franceses, a fin de tratar algunos asuntos importantes con el rey de Marruecos y emperador de África. El secretario y su escribano, junto a algunos de los pocos capitanes piratas que no habían zarpado aún para la campaña estival y dos miembros del Diván de la villa, se trasladaron en una chalupa hasta el navío más cercano, que resultó ser un galeón de nombre «La Licorne», bien armado y ornado con bellos gallardetes y estandartes de damasco que despertaron su admiración. Fueron recibidos a bordo por el lugarteniente del navío, el capitán Delormel, que era quien había disparado la flecha mensajera y a quien entregaron, en señal de liberalidad de los señores de la Casba, doce grandes carneros, doce cestos de uva moscatel, y muchos y bien cebados pollos. El oficial francés ofreció en respuesta ocho tejidos de tela de oro que valían seis veces lo que los moriscos acababan de regalarle. Hablaron primero los enviados del Diván para explicar al almirante Razilly que ninguna obediencia debían al rey de Marruecos. Los escuchó el almirante con atención y, cuando hubieron terminado su parlamento, mandó traer recado de escribir y dictó a sovoz una nueva carta, para entregarla a los miembros del Diván allí presentes. Después dijo en voz alta y firme, de modo que fuera bien oído por todos:

—Mi orden era dirigirme al rey de Marruecos a fin de que me entregara los esclavos que tenía, pero como he sabido por vuestas mercedes de la revuelta de los andaluces de Salé contra el dicho rey de Marruecos y que se llama ya a este puerto La Rochela de África, pues se ha constituido en república, juzgo que es pérdida de

tiempo acudir al rey para obtener la libertad de los esclavos que hay en Salé. Decid entonces a vuestro gobernador que si no me envía en pocos días todos los esclavos franceses que retiene injustamente, le declararé la guerra en nombre del rey de Francia, mi señor, y con ello le doy aviso de que no saldrá ni entrará ningún barco de este puerto de Salé sin que sea capturado o echado a pique. Si desea entregar los citados esclavos de buen grado se le hará un presente honesto, próximo al valor que puedan haber costado en el mercado público.

Abandonaron los moriscos «La Licorne» admirados del descaro e impertinencia del marino francés que habíales llamado a bordo para amenazarles en sus mismísimas narices, y retornaron a la Casba con la noticia de las exigencias que les había presentado. La bravata del francés se convirtió pronto en motivo de chanzas y chirigotas en los mentideros del puerto, mientras Gató era encargado de traducir la carta de respuesta del Diván, en la que con displicencia se exigían cien cañones y un millón de libras a cambio de los cautivos. Pero, como se supo después por uno de los comerciantes franceses que hacían negocios en Salé sin que le importara mucho la bandera de las mercancías que llegaban a sus manos, el almirante Razilly tenía otras razones para hablar de esa guisa a los piratas saletíes, pues en las mazmorras de éstos había penado durante meses su sobrino hasta que las fiebres, que desde hacía un año se cebaban con los desdichados esclavos, acabaron con su vida. Y así, mientras el Diván redactaba su altiva respuesta, el marino francés recibía a bordo de «La Licorne» y de boca del comerciante francés la noticia del triste fin de su pariente.

No tardaron los franceses en demostrar que sus palabras no eran fanfarronerías y repartieron sus barcos por la mar de tal manera que en verdad no había quien entrara ni saliera de Salé sin que cayera en sus garras o fuera enviado al fondo de las aguas oceánicas. Dos de los navíos franceses se situaron ante la rada de la plaza española de La Mamora, que estaba a pocas leguas al nordeste de Salé. Otro se emplazó al sudoeste, entre Salé y el puerto de Fedala. Y las naves almirante y vicealmirante lo hicieron frente al Bu Regreg, mientras los dos galeones restantes se dirigían al puerto de Safi y los pataches patrullaban la costa todo lo cerca que podían.

En esa ratonera fue a caer la carabela «Lisi» en que el capitán Jan Jansz y Cristóbal Mendieta regresaban a puerto, junto al jabeque que ahora capitaneaba el que fuera piloto de la «Lisi», el holandés Gilles van der Broeck, que había cambiado su nombre por el de Mamí Raís. Una vez sobrepasada la rada de La Mamora rumbo al puerto de Salé, se vieron sorprendidos a proa y a popa por los navíos franceses allí apostados, que los recibieron con un cerrado fuego de artillería. El jabeque hizo uso de su velocidad para escapar al cerco, pero la carabela se vio arrinconada contra la costa, cerca de la cual tuvo que echar el ancla, por evitar irse a los rompientes. Allí fue cañoneada sin piedad por los tres galeones y los dos pataches que participaban en su acoso, y de poco le sirvieron sus veinte cañones ni sus muchos hombres pues no tardó en ver arder sus velas y en embarrancar, rota la cadena del ancla, junto a una pedregosa playa.



—A bordo el caos era total —recordaba Cristóbal y en su rostro se pintaban de nuevo las emociones de antaño—. Cada tablón del casco era una trampa mortal pues las balas atravesaban la madera cual si fuera paja y mil astillas iban a clavarse en los cuerpos de quienes no hubieran hallado refugio. Vi con horror cómo una de esas enormes bolas de hierro reventaba la cuaderna de la primera cubierta y arrancaba de cuajo la cabeza del marinero Samir Blanco, cuyo cuerpo aún dio un par de pasos por su cuenta antes de irse al suelo. No había defensa posible y el capitán Jan Jansz mandó abandonar la nave y ganar a nado la playa, cosa que cada cual hizo como pudo en medio de una lluvia de fuego.

Desde la orilla, el almirante pirata vio cómo la carabela «Lisi» era pasto de las llamas y en su negra humareda se evaporaba el último recuerdo de su casi olvidada familia holandesa, de la que nada sabía desde hacía años. Pero no había tiempo para tardías añoranzas, que la guarnición española de La Mamora, sabedora de que era la nave de Morat Raís la que había encallado cerca de su rada, no tardaría en enviar hombres con el propósito de apresar al legendario capitán pirata. Huyeron pues los supervivientes a través de los cañaverales y del gran bosque de alcornoques que linda con la Mamora, y al atardecer llegaron exhaustos y humillados a Salé la Vieja, donde supieron del asedio que sufría el puerto y, con la ayuda de un pescador, atravesaron en barca el Bu Regreg y entraron en el Arrabal por la puerta que da sobre el embarcadero, rodeados de curiosos y de desesperados vecinos que veían cómo lo más granado de su flota se había ido a pique, tal y como amenazara el almirante francés.

Transcurrió el mes de agosto sin que nave alguna pudiera entrar o salir del puerto y con la llegada de septiembre el desánimo se fue apoderando de la mayor parte de los habitantes de Salé. Tan sólo los hornacheros que vivían en la ciudadela de la Casba parecían dispuestos a no dar su brazo a torcer, por mucho que la armada francesa persistiera en su asedio. La razón de tanta terquedad respondía más a la previsión que a la temeridad pues, desde que el descontento se había adueñado del Arrabal, el caíd de la Casba había ido almacenando en la fortaleza alimentos para más de dos meses y, de esa manera, sus defensores estaban a salvo del hambre que se extendía entre los demás saletíes a causa de la falta de trigo.

Cristóbal Mendieta había tenido que recurrir a los más ingeniosos ardides para sacar de la Casba el pan que conseguía cada vez que debía entrar en ella a causa de su trabajo de intérprete y escribano. No menos cuidados había necesitado para llevarlo hasta su casa, y poder así alimentar a su esposa y a sus tres hijos, sin que lo supieran sus hambrientos vecinos que no le habrían perdonado tal privilegio. El odio contra los hornacheros se crecía con cada nuevo día de estómagos vacíos y su intransigencia era interpretada no como el gesto orgulloso de los gobernantes de un estado libre sino como la manifestación de su indiferencia hacia el sufrimiento de sus ciudadanos. Pero los señores de la Casba no cejaron en su actitud, en la confianza de que la llegada del invierno obligaría a la armada francesa a levantar el asedio pues en esa época las aguas de la costa se tornaban muy peligrosas. Sin embargo, la paciencia de los

habitantes del Arrabal se colmó mucho antes de que llegara el mal tiempo y, a finales de septiembre, se alzaron en armas contra los hornacheros y pusieron sitio a la fortaleza. La Casba, que era asediada por mar desde hacía meses por enemigos extranjeros, lo fue ahora también por tierra y por los mismos vecinos de Salé la Nueva. Cuatro días duró el ataque de los moriscos del Arrabal y cuatro días estuvieron sonando los cañones de la fortaleza que arrasaban la plaza de la Higuera y amenazaban con derruir las casas más cercanas. Como los asaltantes no tenían más que un cañón de mediano calibre, pronto quedó claro que no iba a ser por la fuerza que ganaran la plaza. Había otros medios y ninguno tan eficaz como el hambre, así que pusieron permanente cerco a la Casba, con la esperanza de que se terminaran las reservas que allí se guardaban, y atacaron a cuanta embarcación se acercó a la puerta de la escalinata cubierta que bajaba hasta la base de una de sus torres de defensa y por la que los señores de Salé la Vieja hacían llegar provisiones pues, a los ojos de éstos, los hornacheros, con ser moriscos y de dudosas costumbres, eran musulmanes más piadosos que sus descreídos vecinos del Arrabal. Tales apremios terminaron por hacer ceder a los gobernantes de la Casba que, a principios del mes de octubre, firmaron una tregua con los franceses y les hicieron entrega del centenar de cautivos de su patria que tenían en las mazmorras, a cambio del dinero que habrían obtenido por ellos en el mercado público. Cuando la flota del almirante Razilly levantó anclas a los pocos días, dejó atrás una villa sumida en la guerra civil.

—Durante aquellos días tuve bien presente lo que una vez me había dicho el capitán Jan Jansz, en el advenimiento de la independencia de la república —me explicó Cristóbal—: Que la armada pirata debía permanecer al margen de las disputas de poder ciudadanas. De igual modo hice yo pues evité participar en los combates que se libraron en torno a la Casba. La puerta de mi casa permaneció cerrada durante dos semanas y nadie sino yo la franqueaba para ir en busca de agua y de las pocas sémolas y viandas que podía comprar, siempre a un precio desmedido, a los comerciantes que habían acaparado alimentos y que los vendían con gran secreto, temerosos de las iras de la plebe. Cada día, bajaba hasta los muelles y allí me reunía con el capitán Jan Jansz, que contemplaba el espectáculo de nuestra desunión con indisimulado desprecio. «Míralos, Cristóbal —me decía—, podrías decapitarlos a todos ahora mismo y no habrían de notarlo porque no usan la cabeza más que para portar turbantes y sombreros. Me hierve la sangre tan sólo de pensar en las risas con que estarán celebrando nuestros enemigos en España y en Francia este fratricidio».

No era la indignación, con ser mucha, la única ocupación en que empleaban el tiempo el capitán Jan Jansz y Cristóbal Mendieta. Mientras los moriscos del Arrabal, acaudillados por un comerciante nacido en la villa extremeña de Cáceres, llamado Abdallah ben Al-Caceri, que era hombre ambicioso y sin escrúpulos, mataban los días en permanente acecho ante las murallas de la Casba, los marinos de la armada pirata habían ido regresando a puerto y su almirante ordenó la construcción de una nueva nave capitana. Se reclutaron por fuerza algunos obreros entre los mismos

asediantes de la Casba, lo que estuvo a punto de desatar nuevas violencias, que no llegaron a ser gracias a las palabras que el capitán Jan Jansz tuvo con Al-Caceri, en las cuales le aseguró la neutralidad de la flota a cambio de dichos trabajadores.

En los seis meses que duró el sitio, los astilleros de Salé no dejaron de trabajar un solo día y tras la firma de la paz entre hornacheros y andaluces del Arrabal, por la que Al-Caceri pasó a formar parte del Diván que regía la villa, los saletíes se encontraron con que su flota estaba carenada y lista para el combate y que era capitaneada de nuevo por una flamante carabela, gemela de la perdida ante La Mamora, a la que Jan Jansz había tenido la mala cabeza de llamar «Fortuna», que es nombre que sólo un loco o un arrogante pueden poner a un barco, pues la caprichosa diosa suele tomarlo como un reto y es garantía de su enemistad.

—No sé si fue a causa de tan temerario bautizo o quizás estaba escrito en el libro de nuestras vidas —dijo Cristóbal—, pero lo cierto es que los sobresaltos y daños de aquellos meses no fueron más que el preámbulo a unos años terribles en que el gusano de la discordia siguió socavando nuestra antaño próspera república, mientras nos crecían los enemigos por todas partes. Primero fueron los moros de Salé la Vieja, a los que un morabito fanático y belicoso, llamado Al-Ayachi, empujó a poner sitio a Salé la Nueva, a fin de expulsar a quienes veía más como cristianos que como musulmanes. Se sucedieron también los asedios de las armadas francesa e inglesa y, por fin, estalló una nueva guerra civil que volvió a enfrentar a hornacheros de la fortaleza y a andaluces del Arrabal y que se saldó con la expulsión de la villa de los tres mil habitantes de la ciudadela de la Casba. ¿Crees que todo ello trajo al fin la paz a Salé? Pues no, Tomás, que el diablo de la violencia tiene un apetito insaciable y, una vez sentado a la mesa, exige siempre nuevos cadáveres con que alimentarse. Como tantas veces sucede, el hombre que había clamado por la libertad de los andaluces del Arrabal, Abdallah ben Al-Caceri, trocó sus maneras por las de un tirano cuando se hizo nombrar gobernador de la Casba. Y de sus obras se siguieron nuevos duelos hasta que un día, en que deambulaba entre los obreros que cavaban una nueva trinchera de la defensa cerca del muelle, un disparo vino a segarle la vida. En el revuelo, nadie llegó a saber quién había disparado, pero yo tengo por cierto que, fuera quien fuese, el capitán Jan Jansz era quien había ordenado que se hiciese. Cuando acudí hasta su casa, para darle cuenta de lo ocurrido, le encontré abatido y taciturno, sentado en un taburete, bajo la furiosa luz del sol que a mediodía se colaba en el patio como una plomada. Tenía la frente perlada de sudor y su pelo, antaño copioso y bermejo, caía ralmente en torno a la calva que ocupaba la mayor parte de su cabeza. Parecía más viejo, un hombre cansado y solo que levantaba el rostro al castigo del sol con los ojos cerrados, ciego a cuanto le rodeaba y, seguramente, a cuanto había hecho. No abrió los ojos cuando oyó mi saludo, tan sólo hizo un gesto leve de saludo con la mano. Cuando terminé mi relato del asesinato de Al-Caceri, retiró su rostro del sol, abrió los ojos y clavó en mí su mirada. Era dura y fatigada. «Ahora habrá paz por un breve tiempo —dijo y añadió—: Es hora de que me vaya». Sus palabras me

sobresaltaron y, ante mi insistencia, se avino a decirme que había pensado en poner su nueva carabela, cuya construcción había pagado de su bolsillo, al servicio del sultán de Argel y buscarse otro puerto no lejano de Salé, quizá Safi o Ualidia, para pasar los últimos años de su vida en paz.

«El carro de la libertad ha ido a parar a manos de locos —dijo el capitán pirata— y tengo por seguro que habrán de despeñarlo por la barranca de su estupidez y de su mezquindad. ¿Cuántas veces en la vida se tiene ocasión de ver convertidos en realidad los sueños? Nosotros la tuvimos, Cristóbal, y la desperdiciamos. No me quedan fuerzas para intentarlo de nuevo. Arrío la bandera de mi independencia y me voy a buscar otra a la que servir con beneficio y sin esfuerzo».

Repetidas en la boca de Cristóbal Mendieta, aquellas palabras de derrota venían a recordarme mi propia rendición con su eco de amargura.

—Cuando salí de la casa de Jan Jansz —continuó Cristóbal— sabía ya que no le seguiría en su nueva aventura. Aquel verano fue el último en que serví como escribano e intérprete de la carabela «Fortuna». La mayor parte de la tripulación, que estaba formada por renegados holandeses e ingleses y por algunos moriscos, decidió secundar a su capitán en su incursión por las aguas del Mediterráneo, pero yo tenía todavía la esperanza de que la paz recobrada en Salé devolviera a la villa la libertad y la prosperidad de antaño. En septiembre, me despedí del capitán Jan Jansz con el alma escindida entre la tristeza y el enfado, pues su partida se me hacía traición imperdonable. Y al poco tiempo me enrolé en el jabeque «La Tierra Prometida», a cuyo capitán conociste en Basse Terre.

La «Fortuna», tal y como se temía Cristóbal Mendieta, sufrió con creces el trágico destino que presagiaba su nombre. Zarpó hacia el estrecho de Gibraltar a principios de marzo y, según se supo en Salé por las noticias que trajo una de las galeotas que solían apostarse en aquel paso, después de dejar el capitán Jan Jansz a su familia en el puerto de Argel, fue a dar con dos galeras de los Caballeros de la Orden de Malta que la atacaron con brío cerca de la costa de Sicilia y le entraron al abordaje con tal saña que dieron muerte a la mayor parte de la tripulación e hicieron preso al propio capitán pirata que, de este modo, trocó su negocio mediterráneo por una mazmorra en la isla de Malta. Allí permaneció durante más de un año hasta que, encandilando con promesas de riqueza a dos de sus guardianes, logró darse a la fuga no sin antes pagarles lo prometido, que fue rebanarles el pescuezo como a corderos y enviarlos directamente al cielo de los incautos, donde les aguardaba el tesoro de la eterna dicha.

Cuando al tercer día del mes de mayo del año de mil seiscientos y cuarenta arribó al puerto de Salé un jabeque de Argel que venía a comprar esclavos, los desprevenidos marinos que a esa hora curioseaban en el muelle vieron bajar a tierra a un anciano que era atendido por su solícita esposa y sus cuatro hijas, a las que reconocieron antes de caer en la cuenta de que aquel hombre era el antiguo almirante de la flota saletina. Jan Jansz se había convertido, por obra de la terrible prisión maltesa, en una ruina, un fantasma de lo que fue que no hacía sino inspirar lástima a

todos.

—Apenas permaneció en el puerto tres días —recordó Cristóbal—, encerrado en casa de Moisés Santiago, donde la viuda de éste le dio cobijo en pago de tantos favores como el pirata les había hecho en los duros años de la guerra civil. Pues fue durante la guerra que en la mente de muchos, decepcionados por el curso que tomaba la vida en la república pirata, reapareció una vieja y nunca del todo olvidada idea: el retorno a la patria perdida, el regreso a España. Durante aquellos años, mantuvo en vano el Diván de la villa una correspondencia secreta con el duque de Medina-Sidonia, a la que los escribanos del caíd y del almirante de la flota teníamos acceso a causa de nuestras tareas, y en la que se ofrecía al rey de España la entrega de la Casba de Salé y de las fortunas de los comerciantes extranjeros que había en la villa y que eran, en su mayoría, judíos holandeses y de otras tierras de Marruecos descendientes de los expulsados de España por los Reyes Católicos. Aún recuerdo las inflamadas palabras con que el capitán Jan Jansz se opuso a tales planes y la pesadumbre que invadió mi alma cuando vi que las víctimas de ayer no tenían empacho alguno en convertirse ahora en verdugos de quienes habían sufrido tanto o más que ellas. Sin embargo, la intransigencia de los españoles, que no querían ni oír hablar del retorno de los moriscos, y la mediación de los embajadores ingleses y holandeses, respaldados por el almirante de la flota pirata de Salé, hicieron que aquellas negociaciones quedaran en nada y devolvieron la tranquilidad a los hogares judíos de la villa donde, gracias a la amistad del capitán Jan Jansz con Moisés Santiago, hacía tiempo que se tenía noticia del riesgo que corrían. El viejo judío falleció, derrotado por la edad y la melancolía, poco antes de que el holandés abandonara Salé, pero su viuda nunca había olvidado la deuda de gratitud que les unía.

Al cabo de aquellos tres días, en los que Cristóbal Mendieta sólo tuvo ocasión de mantener un fugaz y desolador encuentro con un hombre destruido y sin esperanzas, el capitán Jan Jansz y su familia embarcaron en una pequeña saetía que los llevó hasta el puerto de Ualidia donde, con los muchos dineros que había atesorado, sentó plaza de armador y comerciante de pieles.

El año transcurrió con una calma desconocida, pues la república de Salé, una vez cortada la sangría de la guerra civil, había recuperado su ordenada y feroz actividad pirata de la mano de los nuevos señores de la Casba, la guardia bereber enviada por el poderoso Mohamed El Hadj El Dilai, señor de las tribus de los montes del Atlas, que rivalizaban con el mismísimo Rey de Marruecos y cuya intervención había sido decisiva para la definitiva pacificación de la villa. Pero el precio de la paz había sido el principio del fin de la independencia de la república.

Cristóbal Mendieta se embarcó a finales del mes de mayo en «La Tierra Prometida» y participó en la primera de las expediciones que El Cortobi emprendió hacia los territorios imperiales del otro lado de la mar Océana, en las islas de las Antillas y en las costas españolas de la mar Caribe. Allí el riesgo era doble, pues el temor a las poderosas armadas de galeones se unía la disputa con los piratas

filibusteros de la isla de La Tortuga para quienes los moriscos eran competidores indeseados que les disputaban el derecho a rapiñar donde hasta entonces no había pirateado nadie más que ellos. Pero si los peligros eran muchos, los beneficios no eran menos. Y así, a su regreso a puerto en el mes de octubre, el jabeque de Al-Cortobi descargó en el mulle de Salé un cuantioso botín de sedas y plata que había arrebatado en el ataque por sorpresa al puerto de Santa Marta donde, gracias a los servicios como espía de Cristóbal Mendieta, que conocía bien las costumbres y modos de la religión por ser ésta cercana de su patria natal, Cartagena de Indias, obtuvieron gran provecho con el menor riesgo al abordar tan sólo a uno de los barcos que había en la rada y del que ya sabían de antemano lo que debían buscar en sus entrañas.

El otoño llegó a Salé y, como cada año, una a una fueron retornando las naves piratas para buscar en el regazo hostil del Bu Regreg cobijo durante el turbulento invierno. Pocas eran las embarcaciones que se atrevían a surcar la mar Océana en aquellos meses de ventarrones y de lluvia, y por ello fue causa de curiosidad y de asombro la arribada, el día antes de la Nochebuena cristiana, de un navío holandés que traía al embajador Antoine de Liedekerke con el propósito de entablar también negociaciones comerciales con otros puertos corsarios como los de Safi y Ualida, ahora que el renegado holandés Jan Jansz negociaba en ellos. El barco permaneció aquella noche anclado a pocas brazas de la barra de arena del Bu Regreg, a fin de hacer agua en la villa, y zarpó hacia Safi con las primeras luces del día, pero dejó tras de sí una noticia que no tardó en correr de boca en boca por todo Salé: a bordo del barco viajaba también una hermosa joven holandesa, de cabellos negros y mirada perturbadora, que tendría unos veinte años de edad y que respondía al nombre de Lisbeth Janssen. La hija de Morat Raís, cuyo apodo infantil había nombrado durante años a la nave capitana de la armada pirata.

Cristóbal Mendieta hizo aquí un gesto con la mano, pasándola ante su rostro cual si figurara la nave que zarpaba de Salé. Después sonrió y dijo:

—A fe que me hubiera gustado verla, porque en todos los años que había estado navegando a bordo de la «Lisi», nunca me había parado a pensar cómo sería la niña en cuyo honor llevaba tal nombre. Pero no tuve ocasión de satisfacer mi curiosidad y a los pocos días ya había olvidado a la hija del capitán Jan Jansz. Las jornadas se sucedían entre mis tareas como escribano e intérprete y el sosiego de mi hogar, donde mi esposa Karima sabía mantener el orden que venía a encalmar mi alma tras los agitados meses de navegación, y yo me solazaba con la compañía de mis hijos. Los dos varones, Alí y Yusuf, contaban quince y ocho años de edad, y la pequeña KENZA apenas cuatro. Era el mayor un mozo valiente y decidido que suspiraba por embarcarse en alguno de los navíos piratas y por emular las hazañas de los capitanes de la armada saletina, cuyos nombres pronunciaba con reverencia y cuyas historias me pedía que le contara una y otra vez, para desesperación de su madre, que tenía a la mar por su mayor enemigo. Yo nunca he sido arrojado, Tomás, bien lo sabes, aunque

tampoco he rehuido el combate y siempre he luchado como el que más; quizá por ello, el ímpetu de Alí me regocijaba y enorgullecía de tal modo que era incapaz de negarme a alimentar el fuego de sus sueños de gloria con las historias que me pedía, entre las que ninguna le causaba tanta admiración y entusiasmo como la de Morat Raís, el capitán Jan Jansz del que todo el mundo hablaba en la villa. Era pues mi vida, durante el invierno, plácida y ordenada, si tales palabras pueden usarse para hablar de un pirata, y sin embargo escapaba de mi casa siempre que podía. Cualquier excusa se me hacía buena y, si nadie demandaba mis servicios, yo mismo buscaba en los astilleros o en los muelles tareas en las que ocuparme, pues mi alma se rebelaba contra aquella falsa armonía. Cada noche, los demonios que habitan en mis sueños me recordaban el infierno de mentiras sobre el que se levantaba mi vida y, al amanecer, el recuerdo diario de tanta falsedad, que comenzaba con el mismo nombre de Mohamed Al-Minar, se levantaba ante mí como un alto muro que me separaba de cuanto me rodeaba. Yo había creído que el tiempo acabaría por derribarlo, pero estaba equivocado y, con cada nuevo día, el muro de mis embustes se me hacía más alto e infranqueable. Fue durante una de aquellas mañanas, en que ayudaba al veneciano Gató en la tarea de recuento de las mercancías que debían ser embarcadas en una galeota con rumbo a Argel, cuando vi llegar a la desembocadura del Bu Regreg un jabeque que, por los colores de su enseña, navegaba por cuenta del Gran Turco y que no tardó en echar amarrias en el pequeño muelle situado al pie de la Casba. Como siempre que arribaba un barco, se formó ante él un cerco de curiosos entre los que correteaban los niños, entretenidos en sus juegos de piratas. Yo también me acerqué hasta el casco, y la pasarela de desembarco fue a tenderse muy cerca de donde yo me hallaba. Empezaron a descender hombres cargados con pesados fardos y marineros deseosos de acudir a las tabernas del puerto de Salé, que tenían merecida fama por la liberalidad de sus patronas y la abundancia de sus raciones. Por fin bajó a tierra el capitán del navío, un moro alto y recio de grandes bigotes rizados y gesto altivo. Y, tras él, lo hizo una joven ataviada a la manera cristiana con un sencillo vestido negro que se cerraba en su cuello con un encaje blanco abotonado, y cuya modestia ensalzaba aún más la belleza de su rostro de frente ancha, cejas oscuras, altos pómulos e inquietantes ojos. Su hermosura era tal, Tomás, que se dijera que era la primera mujer que veía en mi vida. Había una sonrisa agazapada tras cada uno de sus gestos y también una sombra de tristeza tras cada una de sus miradas, y así, acumulando promesas de placer y de viva inteligencia, su trato era tentación irresistible. Aún nadie había pronunciado su nombre, pero yo sabía ya que, por más que sus cabellos fueran oscuros en vez de bermejos y la hechura y gracia de su cuerpo nada tuvieran que ver con la robusta tosquedad de su padre, aquella decisión, aquella orgullosa manera de estar en medio de un muelle abigarrado y extraño, sólo podían pertenecer a la hija del capitán Jan Jansz.

La bella Lisbeth fue acompañada por el capitán del jabeque hasta la Casba, y Cristóbal Mendieta buscó entre los marinos de la nave quien pudiera darles nuevas de

la pasajera. Uno de ellos, que acababa de enrolarse en el jabeque y era nacido en la villa de Safi, le dijo lo que allí se contaba del reencuentro de padre e hija:

—Cuando Morat Raís supo que su hija estaba a bordo del barco que acababa de arribar a Safi, no quiso esperar a que acudiera hasta el cercano puerto de Ualidia, donde él tiene su morada, sino que embarcó en una de las saetías que son de su propiedad y en ella buscó acomodo en un escaño que emplazó sobre un rico tapiz de encendidos colores, y mandó que le rodearan de sirvientes ataviados con las mejores galas. Y de esa guisa se hizo llevar hasta el navío holandés, donde el embajador le aguardaba en su cabina en compañía de la hermosa Lisbeth, que estaba pálida como la luna y cuyos ojos anegados en lágrimas brillaban como dos monedas de oro. Allí se vieron y se abrazaron, y cuentan quienes fueron testigos de tal momento que lloraban los dos con gran sentimiento y que Morat Raís daba gracias a Alá, el Misericordioso, pues le había devuelto a la hija que había visto por última y única vez cuando aún era una niña que ni hablar sabía.

Durante las seis semanas que había permanecido en Safi, siempre como invitada del embajador Antoine de Liedekerke, había acudido Lisbeth Janssen en varias ocasiones hasta Ualidia para visitar la casa de su padre. Y en cada una de esas visitas, había pretextado la esposa musulmana de Jan Jansz una repentina dolencia para no acudir al encuentro. No más hospitalarias habíanse mostrado sus cuatro hijas, cuyos fríos saludos se seguían de precipitadas ausencias.

De lo que habían hablado a solas padre e hija nada se sabía, aunque hubieron de ser palabras que despertaban más dolor que alegría, pues las visitas de Lisbeth a Ualidia se fueron haciendo más raras hasta que un día anunció su deseo de regresar a su patria. La nave del embajador aún tardaría varios meses en poner proa a Holanda y la impaciencia de la doncella era tanta que rogó a su padre que la hiciera embarcar en el primer barco que zarpara hacia Salé, donde aguardaría la oportunidad de hallar plaza a bordo de alguna de las muchas naves holandesas que comerciaban con esa república. Y así se había hecho. No hubo rico tapiz ni muchos sirvientes en la despedida, pero sí volvieron las lágrimas al rostro de la hija del capitán Jan Jansz al ver cómo el jabeque la alejaba de su padre. Sus ojos volvieron a brillar como dos monedas, pero en su dorado resplandor había ahora la sombra ocre del oro viejo.

Aquellas nuevas despertaron en mí una compasión que enmascaraba mis verdaderos sentimientos —dijo Cristóbal—. Me reprochaba no hacer nada por la hija de un hombre que había sido mi libertador, mi maestro y mi amigo desde que el destino me llevó a Salé. Cada día me quejaba ante mi propia esposa del modo en que me atormentaba mi conciencia y le hablaba de mis ruegos a Alá para que no tuviera que ver yo el día que a alguno de nuestros hijos le negara el capitán Jan Jansz su consuelo y su apoyo. Karima asentía a mis palabras mas nada decía, y en ello veía yo una aquiescencia que reafirmaba en mi corazón la necesidad de socorrer a Lisbeth Janssen en lo que hubiera menester durante su estancia en Salé. Alentado por tan nobles y desinteresadas razones, me decidí al fin a hablar con la joven holandesa y a



ofrecerle mis servicios. Y así tomé el sendero de mi último desatino, ciego a mis propias pasiones, sordo a los latidos de mi corazón exaltado e incapaz de nombrar el sentimiento que en verdad animaba mi propósito y que no era otro que el loco deseo que se había adueñado de mi voluntad. En tal estado acudí hasta la casa en que moraba ella, una de las que se apiñaban en la ciudadela de la Casba, cuyas terrazas parecían colgadas sobre la muralla de la fortaleza y refulgían, blancas y llenas de flores, frente a la mar Océana. Había sido Gató quien había solicitado de mi parte a la dueña de la casa, que era la esposa del secretario del Diván, Arabi García, el permiso para visitar a su huésped, y fue él quien me acompañó hasta allí, gordo y meditabundo. Al llegar, puso su mano grande y delicada sobre mi hombro y me dijo: «Caro amico», no esperes hoy la tormenta de ayer. Ya no eres mozo, no obres cual si lo fueras. Y antes de que pudiera responder nada, golpeó la puerta con la aldaba. Aquel primer encuentro, en presencia de la dueña, fue breve y ceremonioso. Lisbeth vestía una túnica blanca y su melena negra refulgía como azabache. Me dio las gracias por mi ofrecimiento y me dijo que su padre le había hablado mucho de mí y que por él sabía que había sido durante un viaje, que debía llevarme a la postre hasta Holanda, cuando fui a caer en manos de sus piratas y acabé mis días convertido en uno de ellos. Le rogué yo que me hablara de su tierra y ella prometió hacerlo en mi siguiente visita, pues se hallaba cansada. Cuando salí de la casa llevaba guardada en mi memoria su última mirada, que era una invitación al regreso, pero sólo después de que se consumaran los hechos que revelaron la verdadera índole de mis sentimientos fui capaz de admitir lo que había leído en ella: el más apremiante de los deseos.

Los hechos de los que me hablaba Cristóbal Mendieta aquella noche, en la taberna del Diablo, habían llegado con la fuerza de lo inexorable. Ni el recuerdo de su esposa ni los muchos años que les separaban ni el respeto a quienes la hospedaban ni los inevitables chismes ni las enfrentadas religiones ni los peligros ni las mentiras, nada pudo evitar que el deseo de aquella mirada se cumpliera una noche de marzo y en una de las terrazas de la misma casa de Arabi García, donde habían logrado zafarse de testigos y donde sus cuerpos se buscaron con la desesperación de dos almas solas. Antes habían sido las palabras, las confesiones, los roces furtivos, las mutuas historias que les aproximaban por encima de las edades y les envolvían cual crisálidas. Ella supo de los miedos y engaños de la vida de Cristóbal que, cual si fuera reflejo de la cimitarra de doble hoja que ondeaba en la enseña pirata a la que desde hacía tanto servía, también se dividía en dos: aquella que se ofrecía como fachada para las miradas ajenas, y la otra, la que siempre había sido, hasta donde llegaba su memoria, su refugio o su prisión. Y supo él del insatisfecho sueño de una niña que había sustituido en su corazón la fe en Dios por la devoción a un padre del que no tenía recuerdo, pero al que todos temían como al mismísimo demonio. Su búsqueda habíase tornado en el secreto anhelo que latía tras su aburrida vida en el puerto de Veere, donde vivía con su madre, con sus hermanos y con el hombre que había venido a ocupar el puesto de su ausente padre. Y ahora que al fin lo había hallado, el

amargo sabor del desencuentro se le hacía insoportable.

A aquel primer goce furtivo, fugaz, apresurado, entre los geranios de la terraza, le siguieron muchos otros. Fingía Lisbeth cualquier excusa para ausentarse de la casa y, con la comprada complicidad de la sirvienta que la acompañaba en sus paseos por la Casba y por el Arrabal, se daba cita con Cristóbal en una de las casas de lenocinio que había cerca del muelle, en la que entraba siempre por la puerta trasera sin que por ello alcanzara a evitar los rijosos comentarios de la alcahueta y de sus pupilas que, desde sus atareados lechos, pregonaban a todo el que quisiera escucharlas el cuento de los amores de la cristiana y el judío converso.

Para cuando los rumores sobre la adúltera relación que mantenía su esposo llegaron a oídos de Karima, hacía ya tiempo que ella lo sabía con la sola ayuda de su olfato. En verdad, las discretas maneras con que Cristóbal Mendieta había urdido sus primeros encuentros amorosos fueron dejando paso a embustes descuidados, de cuyas contradicciones él mismo no parecía darse cuenta. Pero sobre todo ello estaba el perfume de ámbar del cuerpo de la joven cristiana que se adhería a las ropas de su amante como la yedra a los muros, penetraba los tejidos derramando su fragancia y se alojaba en su piel como si su propio sudor fuese. Karima lo sentía flotar sobre el lecho conyugal cada noche, intenso, embriagador y vigoroso, y sabía que nada podía hacer contra tal fuerza. Cristóbal podía evitar hablar de la hija del capitán Jan Jansz, podía hacer lavar su ropa para limpiarla de cabellos y de cualquier señal que denunciara su trato, pero ¿cómo podía evitar que ella sudara? Y era ese sudor el que le perseguía como una aureola y el que Karima percibía conforme entraba en la casa.

—Con la primavera llegó el momento de la partida de la armada pirata, pero yo convencí a Gató para que reclamara mi ayuda en la Casba y, por vez primera en dieciocho años, no me hice a la mar. Ahmed Al-Cortobi no quiso escuchar mis explicaciones y me mandó callar con las bruscas maneras de un capitán. «No me mientas —me dijo con rabia—, esta vez visitaremos la costa portuguesa y gallega y, con suerte, estaremos de vuelta mediado el verano. Si para entonces has entrado en razón, podrás embarcarte en el viaje que tengo pensado hacer hasta la costa de Guinea, donde podemos disputar a los negreros su carga». «La Tierra Prometida» zarpó sin mí y me avergüenza tener que decir que sentí rebosar el pecho de alegría, pues sabía que apenas había trabajo para mí en la Casba y cada día se transformaba así en un vasto dominio de tiempo a compartir con Lisbeth. Mi extraño proceder fue sin duda la gota que colmó el vaso de la paciencia de mi esposa, pues no habrían transcurrido más de dos semanas desde la partida de Al-Cortobi cuando una noche, después de una cena frugal y silenciosa, se sentó Karima en el suelo, a mis pies, y empezó a entonar una canción como hacía en los primeros años de nuestro matrimonio, cuando yo le suplicaba que cantara pues era la suya una voz dulce y melodiosa, aunque en realidad no era su arte lo que yo buscaba sino el eco que su canto despertaba en mi memoria y que venía a paliar secretamente mi añoranza de Susana. Hacía años que Karima no me cantaba, pero ya no podía recordar yo si había

sido mi desinterés el que la había hecho enmudecer o, siendo perspicaz en extremo, el haber adivinado el verdadero motivo de mis demandas. Ahora la tenía de nuevo a mis pies, su voz sonaba afinada y melodiosa, como siempre, mas no había en ella la complaciente entrega de aquellos lejanos años sino el tenso desaire de un reto.

La canción que entonaba la esposa de Cristóbal Mendieta era una vieja y lenta tonada morisca, traída de España, que decía:

Cuando los calumniadores intentaron separarnos  
no tenía que vengar, ni en ti ni en mí, ningún daño.  
Atacaron nuestros oídos con toda clase de algaras,  
y mis familiares y defensores flaquearon.  
Yo los atacué con tus pupilas, mi aliento y mi llanto  
cual si fuera cada uno torrentes, fuego y espadas.

Y cuando la última nota, mantenida en la garganta hasta hacerla desaparecer convertida casi en un rumor de fuente, se extinguió en el aire, la voz de Karima recuperó su habitual firmeza para preguntar a Cristóbal, sin apartar de los suyos sus ojos:

—¿Puedo decir a los calumniadores que no hay daño que vengar? ¿Puedo decir a todos que vuestras pupilas son las espadas que defienden mi honor y que no es por vos mi llanto?

Cristóbal apartó la mirada sin decir nada. Aquellas preguntas, en realidad, no buscaban respuesta. Sintió la mano de su esposa que se posaba leve y temblorosa sobre su rodilla.

—Vos sois mi señor y a vos me une el lazo del matrimonio, que es firme y notorio, pero también los lazos de seda del afecto y de la amistad. ¿Qué mal os he hecho? ¿En qué os he afrentado para que me despreciéis de tan pública manera? Vos sois libre como un pájaro y cada año voláis más allá del horizonte sin que os haya nunca preguntado si habéis sabido ser fiel a vuestro compromiso. Después, regresáis a casa como paloma a su nido y os traéis en la piel las brisas de otros mares y en los ojos la inmensidad de un mundo del que siempre he de ser extranjera. Y por todo ello os amo, porque la vida es en vos más grande y más bella. ¿Por qué venís a estrecharla ahora en torno de mí? ¿Por qué habéis de buscar aquí en Salé ese horizonte lejano que os engrandece, para convertirlo en sórdido lupanar de traiciones y engaños? ¿Por qué no os alejáis de ella y volvéis a ser libre?

—Porque no puedo —musitó Cristóbal, cuyo corazón se encogía de tristeza ante el sereno dolor de su esposa. Y en el silencio de su cabeza se dijo a sí mismo lo que no podía decirle a ella: que no quería renunciar a la felicidad, ahora que al fin la había hallado.

Karima no volvió a hablar de la pasión que su esposo sentía por la hija del capitán Jan Jansz, pero en cada una de sus miradas, en cada uno de sus gestos, en cada una de

sus palabras había un destello de inteligencia y de dolor que hacía que Cristóbal supiera que su silencio no era olvido. Y esa certidumbre no tardó en acompañarle más allá del hogar, hasta el mismo lecho de amantes del burdel del muelle en el que, cuando las exigencias de la carne estaban colmadas, el judío converso compartía su mala conciencia con la joven cristiana.

Así transcurrieron los primeros meses del verano y en ellos la madeja de deseos, promesas y traiciones se enredó en el corazón de Cristóbal Mendieta hasta hacerse inextricable. Las palabras de Lisbeth ya no le abrían las puertas de nuevas esperanzas de vida sino que le adentraban en opresivos laberintos. Cristóbal rehuía hablar del futuro y no encontraba otro agarradero, en medio de la tormenta que sacudía su alma, que la vehemencia de sus apetitos. Fueron meses de caricias desesperadas y abandonos que cada día se parecían más a la muerte, pues en ellos buscaba un olvido sin retorno. Por fin, a mediados del mes de agosto, Lisbeth recibió a su amante con la noticia de que pensaba embarcarse en un pinque holandés que había llegado a Salé hacía una semana y que pronto regresaría a La Haya. Se amaron como si hubiera de ser aquél el último día en que podrían compartir placer y dicha y, al separarse, juró Cristóbal que él habría de embarcarse con ella. Después de tantos años, su interrumpido viaje a Holanda estaba a punto de llegar a su final. Durante cuatro días estuvo Cristóbal repitiéndoselo. Imaginó su vida futura junto a Lisbeth, los paseos por los canales de Amsterdam y la reconfortante libertad de entrar en sus hermosas sinagogas. Eran muchos los comerciantes judíos de la villa holandesa que había conocido en Salé y quizás hallaría en ellos comprensión y apoyo. Tantas veces se dijo a sí mismo cómo habría de ser su porvenir que terminó por creérselo. Comenzó a redactar una larga carta de despedida para su esposa, que pensaba dejar junto a todos los dineros que poseía, que en su nueva vida no habría de llevar herencia alguna de su pasado pirata. Encomendó a Gató el cuidado de los suyos con crípticas palabras que hablaban de su posible muerte o desaparición en alguno de sus viajes, pero que el astuto veneciano supo interpretar de inmediato aunque se abstuvo de contradecirle, pues sabía que las palabras son siempre mentirosas y las hay que incluso engañan a quien las pronuncia. Y las mismas palabras con que Cristóbal Mendieta me daba cuenta de aquella vieja historia, en la taberna del Diablo, parecían impregnarse de esa conciencia:

—Yo me repetía que nada me ataba a Salé, que todos aquellos años habían sido un largo purgatorio, el desierto que debía atravesar para llegar a la tierra prometida, pero me engañaba porque estaba Karima, mi esposa, que me había amado cuanto puede amar quien va al matrimonio empujada por la conveniencia y la voluntad de otros más que los propios deseos. De ella había recibido el afecto y la ternura en los momentos difíciles, y había sido una buena madre y una solícita esposa que supo guardar mi honor y mi casa en mis muchos viajes. Había sido fiel y leal, callada y obediente. Y el no haberla yo amado nunca sólo era prueba de la locura de mi corazón y de la cruel manera en que se reparten los afectos en el mundo, pues muchos

dan a quien no puede recibir y los hay que esperan vanamente lo que nunca les será dado. Karima me fue leal hasta su muerte, que fue hace dos años, y yo he pagado su amor con la única moneda que he sido capaz de acuñar: permaneciendo a su lado. Y aun esto, Tomás, no sé si por verdadera gratitud o por miedo a empezar una nueva vida.

La mañana del día veinticuatro del mes de agosto en que debía zarpar el navío holandés, Cristóbal Mendieta se encerró en la más recóndita habitación de su casa y mandó que no se abriera la puerta a nadie bajo ninguna excusa. Karima no preguntó nada y ni siquiera le dijo que, poco antes del mediodía, había venido un zagal con el recado de que se le esperaba en el muelle. La esposa entregó una moneda al mensajero y lo envió de vuelta con una pequeña daga por toda respuesta, la cual debía entregar a la persona que le había enviado.

—Lisbeth embarcó en el pinque holandés —concluyó Cristóbal— y desapareció de mi vida, y en estos doce años no ha habido un día en que no me haya arrepentido de mi cobardía. Volví a la mar, mas no por mucho tiempo pues al poco de regresar de la isla de La Tortuga, gracias a tu ayuda, tuvo «La Tierra Prometida» un encuentro con una carraca española que, pese a ser nave comercial, portaba cuatro cañones con los que se defendió cuanto pudo. Hallamos en el abordaje una feroz resistencia y el combate se libró en cada palmo de la nave. Pero nosotros éramos más y mejor armados y, a la postre, la victoria se inclinó de nuestro lado. Tú sabes bien cómo la furia es aliada en la batalla y que apenas hay tiempo para pensar cuando se ha de esquivar estocadas y huir de las balas. Acababa yo de dar muerte a uno de los últimos marineros que todavía luchaban, al que entré por la espalda cuando tenía arrinconado contra la borda a uno de nuestros hombres, y al sacar mi espada de sus carnes volteó el desdichado hacia mí su postrer mirada y el horror se apoderó de mi alma. Aquella mirada atónita, que anunciaba ya la llegada de la muerte, era la de Alonso Gallo, mi antiguo compañero de penurias en las mazmorras de Salé al que yo había dado libertad años atrás, el carpintero del «San Juan de Gaztelugache», el amigo que había salvado mi vida y al que pagaba yo ahora de forma tan ingrata arrebatándole la suya. Mi brazo se había transformado en el de un dios mezquino que daba y robaba la vida a los demás según el capricho de sus intereses. Cuando volvimos a Salé con la carga de la carraca, anuncié a Al-Cortobi mi propósito de no volver a embarcarme, para dedicarme tan sólo a las tareas de escribano e intérprete del caíd de la Casba. Pretexté que ya eran muchos mis años de navegación, pero en realidad era el recuerdo de Alonso Gallo lo que me atormentaba. El capitán Jan Jansz había tenido razón cuando me dijo que mi libertad estaba en la mar, a bordo de una nave pirata, pero la libertad no puede prosperar sobre el miedo y sobre la desdicha de los otros. Y, aunque tal fuera posible, me repugnaba la idea de ser más feliz a costa de obras que aborrecía. Y no he sido feliz, Tomás, aunque tampoco ha sido la mía una vida desgraciada. Sólo he vivido, como pueda hacerlo un perro o un ratón o un pájaro. Al principio echaba de menos la mar, pero vivir es fácil cuando nada se espera. Las pasiones se adormecen y

los recuerdos se convierten en nuestro segundo hogar. Son el alimento del alma, un aire máspreciado y necesario que aquel que respiramos. Yo me instalé en la casa de la memoria y viví sin pensar durante todos estos años, hasta que la semana pasada, mientras embarcaba en el puerto de Amsterdam, donde había permanecido durante diez días junto a los embajadores de Salé para negociar un tratado con los Estados Generales de Holanda, la vi pasar a mi lado. Te lo juro, Tomás, que no fue un sueño ni un engaño de mis sentidos. En verdad mi ánimo estaba perturbado, pues por vez primera había pisado la tierra holandesa y eran su belleza y sus virtudes aún más altas y deslumbrantes de lo que yo había siempre imaginado, pero sé que la mujer que pasó junto a mí y cuyo vestido rozó mi brazo era ella, Tomás, era Lisbeth. La reconocí al instante. Su caminar era firme, su porte altivo, su hermosura no había hecho sino crecerse con la edad y habíase convertido en una mujer plena y valiente, no había más que verla caminar sola, con el pelo recogido en un moño, indiferente a las miradas de reproche de las otras mujeres que tocaban sus cabezas con pañuelos o sombreros. Ella no me vio y yo no fui capaz de hacer ni de decir nada. Estaba rodeado de moriscos, a punto de embarcar en la carabela que nos había traído hasta Holanda y no pude hacer otra cosa que subir a bordo. Quiso, sin embargo, la mala mar que hubiéramos de buscar refugio en el puerto de Londres, pues el canal de la Mancha era batido por una terrible galerna, y a poco de tocar tierra abandoné a mis compañeros de viaje y me perdí en la ciudad, decidido a encontrarte.

Y lo había hecho. Durante seis días había recorrido la ciudad hasta dar conmigo y al hacerlo se había traído consigo todo mi pasado, todo cuanto yo recordaba, todo cuanto ignoraba y todo cuanto había querido olvidar. Me había devuelto mi vida, más grande, más dolorosa. La pregunta acudió a mis labios de forma inevitable:

—¿Qué quieres de mí, Cristóbal?

—Que me ayudes a regresar a Holanda. Ya sé que está en guerra con Inglaterra, pero tengo que volver. No puedo dejarla ir otra vez. Tengo que encontrarla.

La pasión parecía devolver la juventud al rostro envejecido de Cristóbal Mendieta. Sus canas, sus arrugas y la fatiga de su gesto me decían que tenía ante mí a un hombre de más de cincuenta años que se adentraba en la vejez con las fuerzas minadas, pero sus ojos febriles me miraban desde la edad de veinte años, desde el recuerdo de la noche a bordo del «San Juan de Gaztelugache» en que me confesó su amor por Catalina.

—¡Por Dios, Cristóbal! ¿Quién es el loco? ¿En quién late el corazón atolondrado más propio de los años de juventud que de la edad escarmentada? Eres un viejo y te quieres embarcar como si fueras un mozo y tuvieras toda la vida por delante.

—¡Pero es que sabes tú acaso cuándo llegará a término la tuya! ¿Qué quieres que haga, Tomás? ¿Que regrese a esa república que ya no es ni sombra de lo que fue? ¿Que vuelva para ver cómo mis hijos, que ya han tomado sus propios caminos, viven la vida que yo no he de vivir? No, Tomás, no voy a resignarme otra vez, no voy a esconder la cabeza y a pensar como tú que esa tierra de promisión que siempre he

buscado está en el tiempo ido. Mi tierra prometida está entre los brazos de Lisbeth y si no he de llegar a ella será porque así lo dispongan su voluntad o el destino, pero no mi cobardía.

—Que así sea, amigo.

La noche se nos había ido en palabras y fuera de la taberna del Diablo empezaba a desperezarse un nuevo día, que nacía entre brumas. No permitió Cristóbal que yo pagara cuanto habíamos comido y bebido, y cuando nos disponíamos a salir a las calles del barrio de Wapping, pude ver el gesto satisfecho con que el patrón contaba los dineros que habían comprado nuestra larga conversación.

El sol aún no había salido, pero ya se percibía en el cielo la serenidad del alba. La neblina, que se adensaba cerca del muelle, me trajo el recuerdo de nuestro primer encuentro y, mientras caminábamos, nuestra charla volvió al «San Juan de Gaztelugache». Pregunté a Cristóbal si había vuelto a tener noticia de Catalina y él me miró con socarronería, me dijo que no y añadió: «Veo que no soy el único que no olvida». Yo reí con ganas, pues era cierto, pero también sabía que aquel nombre despertaba ya en mí más la curiosidad de la nostalgia que el desasosiego de la pasión. Después me preguntó Cristóbal por el capitán Contreras y yo le dije que nunca había vuelto a verlo desde que nos despedimos en Cádiz pero que, la noche en que conocí a la pirata Alison, contó el capitán Jean Le Chien una historia que me hizo pensar en él.

Poco antes de que Le Chien cambiara su vida de militar aristócrata por la de pirata, había participado en el sitio de la ciudad de Arras contra los españoles. Allí fue testigo una noche del duelo que mantuvieron un oficial de los Tercios españoles y un mosquetero gascón de nariz enorme que tenía también fama de poeta. Ambas partidas de soldados habían decidido aprovechar una breve tregua para hacerse con alimentos, con tan mala fortuna que fueron a buscarlos en la misma granja y la disputa por las gallinas, que el granjero trataba de proteger con llantos y ruegos, pronto se resolvió a punta de espada. Ambos capitanes eran diestros espadachines y la danza de su combate no tardó en despertar la admiración de todos los presentes. Se acometían con saña no exenta de elegancia y recurría cada uno a las más elaboradas y novedosas estocadas, sin que faltara en el otro la respuesta adecuada. Al fin hubieron de dar por zanjada la pendencia pues ninguno atinaba a hacerse con la victoria, por más que el francés hubiera abierto una larga herida en el brazo izquierdo del español y éste le hubiera propinado un tajo que fue a hendirle su ya monstruosa nariz, dejándole el rostro desfigurado. Cuando el español propuso compartir allí mismo un buen par de pollos y repartirse lo demás como cristianos, todos manifestaron su acuerdo, salvo el granjero que nada pudo hacer para evitar el expolio. Y así acabaron los enemigos sentados a la misma mesa, en la que se veían hermanados el peto de mosquetero del francés y el amplio sombrero del español, que lucía una vistosa pluma de guacamayo.

—Estoy seguro de que aquel espadachín no podía ser otro que el capitán Contreras —concluí—, pero Le Chien no recordaba su nombre, de modo que no pude

confirmarlo.

Reímos un rato con el recuerdo del feroz soldado, cuya valentía sólo podía compararse con la desfachatez de sus maneras y lo imprevisible de su bronco carácter. Y una vez que pasamos el muelle de las ejecuciones, donde suele ahorcarse a criminales y piratas, cuyos cadáveres permanecen colgados de los pantalanes hasta que las aguas de la marea los cubren tres veces, empecé a preguntar a los pocos marineros que ya comenzaban las labores del día dónde podía encontrar al capitán Dawson, pues el antiguo contramaestre del «Victory», con el que yo había vivido la guerra civil a nuestro regreso de La Tortuga, tenía ahora barco propio.

Cuando el «Victory» arribó a Bristol, después de casi dos años de navegar por aguas americanas, descubrimos que la ciudad estaba en manos del ejército del Parlamento y muchos tripulantes decidimos unirnos a los puritanos. No así el capitán Grant, que se negó a levantar la espada contra el Rey y fue a dar de inmediato con sus huesos en la cárcel. La revolución que había conmovido desde entonces al país no había colmado mis expectativas y me había devuelto a la vida militar sin entusiasmo y sin dinero, aunque con mi inveterada arrogancia todavía en pie. Por el contrario, aquellos que, como el señor Dawson, habían sabido inclinarse a favor de los vientos que soplaban en cada momento, habían engordado su faltriquera y entrado en el privilegiado mundo de los propietarios. Por fortuna, la camaradería de las armas no había desaparecido del todo y, si bien era cierto que hacía tiempo que no frecuentaba su compañía, todavía confiaba yo en obtener su ayuda.

Encontramos a Dawson a bordo de su polacra, que estaba presta para zarpar esa misma mañana. Hubo abrazos y buenas palabras, pero el viejo marino no quiso saber nada de acercarse a las aguas holandesas. Sí me dio a cambio el nombre de un oficial que había servido a sus órdenes y al que las deudas de juego tenían al borde de la ruina. Un puñado de coronas bien podía convencerle de correr el riesgo de aventurarse en la costa enemiga. Nos acercamos hasta su barco, que era una larga fusta de aspecto cochambroso. El oficial, cuyo nombre era Tobías Dexter, resultó ser un hombre de no más de treinta años de edad, de rostro macilento y andares prematuramente cansados, en cuyos ojos brilló la codicia en cuanto oyó hablar de dinero. No me gustaba su aspecto y así se lo hice saber en un aparte a Cristóbal, pero no había nada que pudiera disuadirle de embarcarse cuanto antes, aunque fuera con el mismísimo demonio. Insistí al capitán Dexter en la amistad que me unía a Dawson y le confié la suerte de mi amigo con palabras tan agradecidas en la forma como amenazadoras en el fondo. Una vez que me cercioré de que el marino cumpliría su parte en el trato y no botaría por la borda a Mendieta en cuanto perdiera de vista la costa inglesa, acordé con él que la mejor hora de salida sería al mediodía, de modo que pudieran alcanzar las costas holandesas al anochecer. Cristóbal tenía aún el salvoconducto que, como miembro de la embajada morisca de Salé, le había sido entregado por las autoridades holandesas, y su conocimiento de la lengua de aquel país siempre podría ayudarle a salir airoso de cualquier embrollo.



La niebla habíase ido levantando durante el tiempo que duraron nuestras pesquisas y ya podían verse, río arriba, las murallas de la ciudad de Londres, la pléyade de embarcaciones que surcaban la corriente. Dentro de aquellas piedras centenarias se hacinaban las casas de madera y pululaba la multitud como en un gigantesco pudridero humano y, según se crecía el poderío del reino, todo ello no habría de ir sino en aumento salvo que un incendio o la peste vinieran a impedirlo.

De nuevo estábamos Cristóbal y yo en un muelle y de nuevo volvían nuestras vidas a separarse tras un fugaz encuentro. Aquél era sin duda nuestro destino y estaba bien que así fuera pues en esas ausencias se había fortalecido nuestra amistad. En tres ocasiones había conocido por vez primera a mi amigo, pero era ésta la única despedida en que había tiempo para las palabras y éstas, siempre tan presentes en mi vida, ahora me faltaban.

No sabía qué decir y él no me decía nada. Permanecimos así un rato, parados en el muelle junto a la fusta del capitán Dexter. En el rostro de Cristóbal se pintaban la ansiedad y la tristeza, y sus continuas miradas a los hombres que preparaban el aparejo para zarpar revelaban su impaciencia.

—Mis sueños han ido consumiéndose con los años, Cristóbal —dije al fin—, se han ido empequeñeciendo. Soñaba con la patria de mi padre y con la libertad de una forma honestamente labrada, y todo ello se redujo hace seis años a una colina situada en las afueras de Londres, cerca del bosque de Windsor, llamada de Saint George, en la que dos mil hombres hartos de promesas y de engaños quisimos cavar con nuestras manos una tierra a la que llamar de todos y abolir así tantas injusticias y tantos privilegios. Éramos soldados del Nuevo Ejército Modélico del general Cromwell, soldados del Parlamento, profetas de la nueva era, de la nueva Humanidad, de los nuevos tiempos. Creíamos en ello con la fe de los iluminados. Habíamos dado nuestra sangre, padecido hambres y heridas, viajado y luchado sin descanso. Era el momento de llegar a la tierra prometida, aunque ésta no fuera más que la pobre tierra de Saint George. Pero ni aun eso tuvimos, Cristóbal. Nos echaron de allí a tiros y palos, encarcelaron a los más levantiscos y amedrentaron a quienes aún creían que la libertad y la igualdad debían ir de la mano. Tú partes ahora hacia tu colina de Saint George, que está entre los brazos de Lisbeth, ojalá alcances a disfrutarla.

—No habrás de quedarte sin saberlo, amigo —me respondió Cristóbal—, pues si siempre nos hemos visto forzados a separarnos sin saber cuándo dispondría el destino que volviéramos a reunirnos, esta vez seremos nosotros quienes pongamos fecha a nuestro próximo encuentro. En un año volveré a Londres con Lisbeth, pues bien está que el amigo conozca a la esposa del amigo, porque no quiero pensar que ella haya de rechazarme, mas por si así fuera o esta guerra impidiera mi regreso, te anticiparé de todos modos por carta lo que me haya sucedido, para saciar tu curiosidad hasta que pueda contártelo yo mismo.

—Hasta el año que viene, entonces —dije yo y nos fundimos en un largo abrazo. Después, Cristóbal Mendieta subió a bordo de la fusta y yo esperé en el muelle hasta

que la marinería completó la larga maniobra de desatraque y la embarcación salió a la corriente del río Támesis, que la arrastró en su curso inexorable y se llevó de nuevo a un amigo hacia los mares de este mundo, república de viento que tiene por monarca un accidente. Nunca volví a verle.

# Epílogo

## Una confesión

Durante seis meses esperé la llegada de la prometida carta de Cristóbal. En realidad, la espera se1 convirtió en mi principal ocupación, toda vez que en aquel tiempo me tocó asistir al espectáculo del hundimiento de mis ya ruinosos sueños, y no me quedaban ganas para hacer nada que no fuera ver pasar los días y disfrutar de vez en cuando de los favores de alguna dama, que era el gozo de los deseos carnales la única libertad de la que aún se disfrutaba en Inglaterra. Muy fuerte veneno ha de ser el gobernar, téngolo por cierto, pues en llegando al poder aun el más virtuoso se torna en poderoso y encuentra razonable cualquier atropello, por la sola razón de ser él quien lo comete. Así, el general Cromwell se ha convertido en Lord Protector de la patria y la naciente república ha caído en una nueva tiranía que me temo habrá de sobrevivirme. Los soldados del Parlamento combatimos por la libertad y tan sólo hemos cambiado de señores; y si no me arrepiento de haberme librado de aquéllos, no menos merecedores de ser combatidos me parecen éstos. Pero ya no me quedan fuerzas ni arrestos para acometer tal empresa, y desde las ruinas de mis sueños y de mi inteligencia veo pasar vanidades y levantarse mentiras cual si estuviera en uno de esos teatros del barrio del Sur que los nuevos dueños de Inglaterra han clausurado.

Con los años, la soledad ha terminado también por despertar en mí extrañas manías. No soy amargo ni huraño, es que las amistades viejas se me han muerto y a las nuevas no les hallo el sabor de antaño y soy cada vez más prisionero del pasado, como lo era «Tortuga». Johnson, porque yo también me he convertido en un viejo. Y la vejez es medrosa. Así, daba en pensar una y otra vez que pudiera ser mi propio hijo Cristóbal, del que nunca he vuelto a saber nada, cualquiera de los soldados españoles a los que el destino me enfrentara. Tales temores, que pudieran parecer cosas de loco, se alimentaban del recuerdo de Alonso Gallo, cuya muerte mostraba cuán crueles y traicioneros pueden ser los designios de Fortuna, y no había día en que no me dijera que mayor locura sería cerrar mi vida haciéndome matar por mi hijo o dándole yo muerte. Por huir de tal sarcasmo, decidí hace casi un año abandonar el oficio de soldado. Hoy malvivo con una mísera pensión y un oficio que he tomado prestado, el de escribano de pobres en este barrio del Sur donde saber leer y escribir es ya raro privilegio.

Cuando al fin llegó hace cuatro meses una carta procedente de Holanda, tras la firma de la paz de ambos reinos, hacía tiempo que yo había dejado de esperarla. Se había cumplido el año desde la partida de Cristóbal y su silencio sólo podía ser el del olvido o el de la muerte, en ambos casos mi amigo estaba ya fuera de mi alcance. Pero también en eso, como en tantas otras cosas, me he equivocado.

La carta iba dirigida a mi nombre y tenía por señas las de la taberna del Diablo, donde la entregó el capitán de una pinaza holandesa y donde me apresté a leerla

apenas la puso en mis manos el tabernero.

Yo nunca había visto la letra de Cristóbal Mendieta, pero la que allí me nombraba se me hizo elegante y esmerada, impropia de quien había hecho de la escritura su cotidiano oficio. Abrí la carta y enseguida comprendí que no era Cristóbal quien en ella me hablaba:

«Mi hermoso Tomás, perdonad si al escribiros mi mano temblorosa no acierta a expresar con claridad mis sentimientos, pero son muchos los años que nada sé de vos y muy graves las razones que me llevan a atreverme a perturbar vuestra vida de esta manera. Esta carta es la mensajera de una confesión, y una confesión en sí misma, y sólo espero que no guardéis de mí el dolor que ha de ocasionaros leerla sino el afecto que me mueve a escribirla. Dejadme que empiece por el principio, pues si bien vos me conocéis, tal conocimiento fue puro engaño y es hora de que luzca la verdad aunque sólo sea sobre un pedazo de papel».

Una rara inquietud se había apoderado de mí mientras leía aquellas primeras palabras, cuyo tono no me era desconocido, y aun sin haber leído el nombre de quien firmaba la carta, lo adivinaba ya y me negaba a aceptarlo como se negaría un títere a reconocer que es una mano ajena quien da vida a cada uno de sus gestos.

«Vos me conocisteis como Alison en la isla de La Tortuga —continuaba la carta—, pero mi nombre es Lisbeth Janssen, aunque probablemente ya lo habéis adivinado, pues tiene el corazón su propia sabiduría. Perdonadme en todo caso, Tomás, y no destruyáis esta carta por aquel engaño. Vos sabéis lo que es amar sin esperanza, vos sabéis lo que es sentirse rechazado y cómo se aferra el corazón a los recuerdos. Vos me hablasteis de Catalina aquella hermosa noche y no sabéis hasta qué punto entendía yo vuestra desdicha pues también a mí me faltaba mi amado. Sé que Cristóbal os ha contado nuestro encuentro en Salé y que por él sabéis que le esperé en vano. Pero hay cosas que sólo yo sé y que él ya nunca podrá saber. Cristóbal ha muerto, Tomás. No sé decíroslo de otro modo. La dicha que volvió a mí ha sido breve. Murió hace dos meses de estas extrañas fiebres que empiezan a sembrar el pánico en Amsterdam, y yo no sé cómo explicaros este dolor que me rompe y esta gratitud que me encalma y que sé que fue también la suya pues, aunque por poco tiempo, el destino nos permitió ser felices y eso es más de lo que ambos esperábamos. Nunca le dije a Cristóbal que la Alison de vuestros recuerdos era yo, porque no son los celos buenos aliados de la amistad y la que os ha unido se me hacía la más hermosa, encomiable y digna de perdurar. Es cierto que Cristóbal me había rechazado, pero si os entregué mis favores no fue por

venganza ni por despecho sino por ese mismo amor del que él me privaba y que, sin embargo, seguía latiendo en mi corazón. No sabéis cómo se echó a galopar éste cuando aquel viejo os presentó al capitán Le Chien y yo reconocí en el vuestro el nombre del amigo de mi amado. Cristóbal me había hablado de vos en Salé, me había contado cómo os ayudó a salir de allí y la tristeza de haberos tenido tan cerca sin poder revelaros quién era. Y ahora era yo quien os tenía ante mí, sin que vos me conocierais. Fui cobarde, Tomás, temí que la verdad os espantara, y yo deseaba el tacto de vuestra piel, necesitaba el sonido de vuestra voz, vuestra presencia que me devolvía de alguna manera la presencia de mi amado. Vuestra apostura, vuestras dulces maneras, vuestras historias fueron el bálsamo necesario para que mi alma volara lejos de aquella isla, para que regresara a Salé y sintiera en vuestras manos las manos que habíais estrechado al amigo, y en vuestro aliento el aire que él había respirado. Os robé el amor como una ladrona y como tal huí al día siguiente, jurándome no volver a poner mis pies en La Tortuga. Y cuando por Cristóbal supe la alta estima en que teníais a aquella pirata Alison que fui por un tiempo, sentí que crecían en mí la culpa y la vergüenza, que son las que ahora guían mi mano cuando os suplico perdón y os aseguro que siempre he guardado de vos el más dulce y agradecido recuerdo. Pero no soy merecedora de vuestro afecto, aunque vos sí lo sois del mío si en aquella noche encarnasteis un recuerdo de amor, hace un año me devolvisteis al amor mismo y nunca sabré cómo agradeceréoslo.

»Cuando abandoné Salé, me sentí la más desdichada de las criaturas. Había encontrado a mi padre para perderlo y había perdido a mi amado tras encontrarlo. Regresé a Veere, junto a mi madre, y no tardé en descubrir que estaba encinta. No quiero apelar a vuestra compasión para buscar en ella el perdón de mis mentiras, así que permitidme que sea breve en estas líneas y os diga solamente que el hijo que tuve de Cristóbal fue causa de mi alegría mas también de mil quebrantos que me labraron mala fama en la villa y me obligaron a abandonar la casa familiar y a buscarme la vida como pude. Le puse por nombre el de su ausente padre y en sus ojos oscuros aliviaba yo mis penas, hasta el infortunado día en que quiso la muerte castigar mis pecados y se lo llevó de mi lado sin que tuviera aún cumplido un año. Fue entonces cuando decidí embarcarme hacia América y fui a parar a manos del capitán Jean Le Chien, en cuya feroz compañía hallé ocasión de sangrar la enfermedad de mi alma.

»Cuando regresé a Holanda, tras mi vida pirata, lo hice con los dineros que había ganado en ella, que fueron suficientes para mantenerme sola y libre hasta el día en que Cristóbal llamó a la puerta de mi casa en Amsterdam y todo lo vivido, incluso lo más triste, me pareció un regalo, pues se me antojaban tantos quiebros y tantas vueltas requisitos para volver a tenerle a mi

lado.

»Hasta aquí mi historia, Tomás. El habérsela contado alivia mi conciencia, pero no es ése el principal propósito de esta carta. Pues si al fin he encontrado el valor necesario para escribiros es porque así me lo pidió Cristóbal en su lecho de muerte. Hubiera querido hacerlo él mismo, pero ya ni fuerzas tenía para respirar, de modo que me convertí en su escribano y tomé nota de estas palabras que sólo a vos os tienen por destinatario. Me dijo así: “Con muchos nombres me ha conocido Tomás a lo largo de los años, pero nunca le he dicho cuál es el verdadero y no quiero morir sin que lo sepa. Escríbele que me llamo Shlomo Hamigdal, mi nombre hebreo que he guardado como un tesoro. Mi padre fue Jacob y mi abuelo Abraham, aunque vistieran siempre nombres de cristianos. Pero los vestidos son de quita y pon. Usó primero mi abuelo el de Torres, y con él recorrió las tierras americanas en los primeros años de la conquista, huyendo de inquisidores y gobernadores por ocultar su condición de converso, y buscó refugio entre los indios hasta que encontró en la espesura a un hombre agonizante que había sido poblador y superviviente del desastre de la villa de Santa María de Darién. Lo cuidó por un tiempo y supo de él su nombre, que era Juan Mendieta, y sus recuerdos. Cuando murió aquel infeliz, visto mi abuelo su nombre y su pasado y con ese apellido vivió mi padre y he vivido yo hasta ahora. Dile que no me incomoda. Ha sido un buen traje y aunque mentira, una mentira cierta”.

»Cuando oí las palabras de Cristóbal supe que yo también debía quitarme el vestido de Alison si había de ser mensajera de su confesión. Os ruego que perdonéis mi atrevimiento, pues más desnuda es siempre el alma al desvestirse que el cuerpo y mis sentimientos amenazan con desbordarse más allá de lo que la prudencia y el recato aconsejan.

»Adiós, amigo mío. Concededme ese título y no me castigéis con vuestro olvido, pues si os he afrentado ha sido por amor y ya he recibido mi castigo».

Cuando dejé la carta de nuevo sobre la mesa, el títere que había sido yo durante todos aquellos años cayó a mis pies, con los hilos cortados. La implacable tijera de la verdad ni siquiera me dejaba ya el consuelo de aquella noche en la isla de La Tortuga en que fui, por una vez, completa y solemnemente feliz.

No sé cuántas veces la habré releído. En torno a esta carta, que ahora tengo de nuevo en las manos, ha girado mi corazón en estos meses. En muchas ocasiones me he sentado a esta misma mesa, dispuesto a escribir mi respuesta. Unas veces me movía el ánimo de venganza, el deseo de arrojar al rostro de Alison o de Lisbeth, que no sé cómo llamarla, mi soledad y mi desprecio. Otras, era la tentación de intentar recuperarla, de convertir en verdad la mentira de aquella noche de amor vicario. He querido preguntarle sobre su vida y sobre aquella otra vida secreta de Cristóbal de la que no tengo más que su nombre, Shlomo Hamigdal, una llave inútil ahora que se ha

llevado consigo el cofre de su memoria. Pero cada vez que me ponía a escribir, las palabras volvían a rebelárseme como cuando intentaba pergeñar, en la guarnición de las colinas de Cheviot, aquella carta para el hijo que nunca he visto.

Tantas vueltas he dado a las vidas paralelas que han sido la de Cristóbal y la mía, que a la postre he preferido escribir este libro que tiene aires de novela y en el que al fin me siento libre, pues ¿quién ha de impedirme decir que sí, que escribí aquella carta a Lisbeth o a Alison, da lo mismo, y que puse en ella tanto sentimiento, tanta verdad y tal coraje que se convirtió en el ariete que derrumbó las murallas que el tiempo y las mentiras habían levantado para separarnos? Podría escribir, por ejemplo, que me embarqué una mañana en Londres y anocheceí en Amsterdam, que la busqué por las calles y la reconocí, por su mirada, entre la muchedumbre de un mercado de flores, que la acompañé y la hablé y compartí con ella el recuerdo de Cristóbal o de Shlomo, da lo mismo, y que en la madrugada de su lecho comprendí que el amor que ella finalmente me entregaba habría de contar con el perdón de Cristóbal, allá donde éste estuviera. Si hubiera podido, quizá mi viejo amigo nos hubiera dicho lo que los versos del poeta:

Amantes, así disculpo vuestra ofensa:  
tú la quieres pues sabes que la amo,  
y es por amor de mí que ella me inflige su engaño,  
dejando que mi amigo la posea.

Podría contar esa historia o cualquier otra, inventar, fabular, torcer la vida allí donde no la quisiera derecha o enderezarla en las curvas imprevistas. Contar, por ejemplo, que el día en que murió mi padre a bordo de nuestra polacra, fue a matarle la bala que no supe impedir que le alcanzara, porque el terror me había paralizado al ver salir de la bodega del barco que abordábamos a un niño envuelto en las llamas del incendio que yo mismo acababa de provocar. Que le vi correr y le oí chillar con una voz que ya no era humana y que mis ojos, que se cerraron para no ver cómo aquella pequeña tea saltaba por la borda, no vieron tampoco al hombre que salía tras él y que apuntaba a mi padre con un mosquete. O contar que, en realidad, a mi padre lo mató su propia cobardía, pues cuando los tripulantes del navío salieron al puente para defenderse con bravura, él quiso ganar de nuevo nuestra polacra para ponerse a salvo y, al darles la espalda, no vio al hombre que le apuntaba con un mosquete ni oyó mi grito de advertencia, que el miedo vuelve ciego y sordo a quien lo sufre... Bendita libertad de las palabras, que nombran y reconstruyen el mundo a su capricho, y así amontonadas, aunque sea con más rabia que arte, tanto sirven para dar cuenta de la vida extraordinaria del converso como para convertirse en mi último disfraz. Pues no en vano nací yo un día de carnaval y fueron caretas de brujas y de diablos quienes acompañaron con sus cantos mi primer llanto, cual si en mi venida a este mundo estuviera ya escrita la sentencia a oscuridad que ha perseguido a mi alma. Desde

entonces llevo esta máscara a la que otros llaman rostro, y la pasión de lo oculto ha confundido cada uno de mis actos. Incluso este último, mientras pongo fin a esta historia sin que yo mismo alcance a distinguir la verdad entre tanta mentira como alberga.

### Agradecimientos

Esta novela, como todo libro, tiene más progenitores que el autor que la firma. Sin ellos, «El converso» no sería lo que es. Gracias pues a Enrique de Hériz, por haber apostado por la novela antes incluso de que yo llegara a tenerla dibujada en la cabeza. A mi mujer, destinataria primera de cuanto escribo, cuyos comentarios críticos son siempre estimulantes e iluminadores. A Luis Sepúlveda por la acogida en su casa de París, donde tomó forma por fin esta novela, y por su impagable generosidad literaria. A Daniel Mordzinski, que me regaló su compañía, su inteligencia y su mirada, indispensables para adentrarme en el laberinto histórico y humano de Rabat, y que, junto a Viviana Azar, me ha ayudado a penetrar la intimidad de la condición judía. A Bernardo Axtaga que, una vez más, ha respondido generosamente a mi petición de ayuda en el uso de los términos euskéricos. A Antonio Sarabia y a Santiago Gamboa, por sus inolvidables conversaciones sobre literatura, llenas de vida y de amistad, y por sus lecturas. A Francisco Torres Oliver, por sus correcciones y sugerencias. A Michael Harris, por su hospitalidad londinense, sus reflexiones históricas y su análisis sobre la Revolución inglesa. A John Jairo Junieles, por su información sobre Cartagena de Indias. A Kristinn R. Olafsson, por sus noticias sobre Reykiavij en el siglo xvii y por sus sugerencias sobre los personajes de Torval y Gudrid. A Chema López Álvarez, de la librería Ojanguren de Oviedo, por su ayuda en la búsqueda bibliográfica. A la tripulación del pesquero Rainbow (Mongo, Andrés y Heinz) y a Larry Mangino, por el inolvidable viaje a la isla de La Tortuga. A Abderramán El-Fekhar, inspector de Monumentos Históricos de la villa de Rabat; a su padre, Tahib El-Fekhar, y al profesor Ahmed Amin Bel-Gnaoui, guardianes de la memoria de Rabat. A Houssein Bouzineb, que compartió conmigo algunos de sus conocimientos sobre los moriscos de Rabat. Al coronel Mohamed V. Vargas, descendiente del primer gobernador de la república pirata andaluza de Salé y apasionado defensor del orgullo y la memoria de los moriscos de Rabat. A Chacara Widad, directora de la Biblioteca de Investigación del Museo de los Oudeia de Rabat. A las familias Piro y Tredano, andaluces de Rabat, por su hospitalidad. A la pequeña comunidad judía de la hermosa sinagoga Rabí Shalom Zaoui, situada en plena Medina de Rabat, por haberme dejado compartir con ellos un inolvidable Sabbath. A Alí Al Rami, que me ayudó a entrar en el corazón de la Medina. A Hicham, Karima, Mustafá, Mohamed, Abdeslam, Nouaman, Mounia y Nahraouane, que probablemente nunca leerán este agradecimiento y no sabrán, por tanto, hasta qué punto me han ayudado, con sus historias y su amabilidad, a dar forma



a algunos de mis personajes. A Natalie Weimber, por los juramentos de los piratas holandeses. A los miembros de la sociedad de cata de vinos Recatados de Egoki, por su contribución a la jerga de los bajos fondos. A Paloma Esteban Ciriza, por haberme dado la imagen del «San Juan de Gaztelugache». A Elena Dallorso, por su ayuda en el uso de la lengua italiana.

A Francisco Carantoña que, en el poco tiempo que el destino quiso que se cruzaran nuestras vidas, me honró con su afecto y me hizo el máspreciado obsequio que puede ofrecer un escritor a otro: me regaló una historia, la del cautivo. A su generosidad. A su memoria.

Y a mi hijo Alejandro, que me ha devuelto al niño que fui y al padre que perdí.

### Préstamos

Todo escritor toma prestados a otros escritores imágenes, metáforas, anécdotas, fragmentos, ideas... En realidad, la literatura de uno se alimenta en buena medida de la literatura de los otros. También en «El converso» hay esa presencia que, a la vez, es homenaje. Como no deseo adjudicarme méritos ajenos, y a pesar de que la muy superior calidad literaria de los autores citados resulta patente en la simple lectura del texto, quiero dejar constancia de los principales préstamos que el libro contiene.

El fragmento de poema de la página 34 corresponde a las «Cantigas de Santa María», de Alfonso X El Sabio.

Los dos tercetos que se citan en la página 56 pertenecen a un soneto de Bartolomé Leandro de Argensola, que fue amigo de Lope de Vega. Por cierto, el soneto de Lope que aparece citado al inicio del libro es el que dedicó al hermano de Bartolomé, Lupercio.

El terceto que se cita en la página 144 pertenece al más hermoso poema de amor que conozco: el soneto 126 de las «Rimas» de Lope de Vega. No me resisto a la tentación de reproducirlo aquí entero:

Desmayarse, atreverse, estar furioso,  
áspero, tierno, liberal, esquivo,  
alentado, mortal, difunto, vivo,  
leal, traidor, cobarde y animoso;

no hallar fuera del bien centro y reposo,  
mostrarse alegre, triste, humilde, altivo,  
enojado, valiente, fugitivo,  
satisfecho, ofendido, receloso;

huir el rostro al claro desengaño,  
beber veneno por licor suave,

olvidar el provecho, amar el daño;

creer que un cielo en un infierno cabe,  
dar la vida y el alma a un desengaño;  
esto es amor: quien lo probó lo sabe.

En fin, ¿qué se puede escribir después de leer algo así? En vez de dejarme aplastar por el genio de Lope, decidí ponerlo de mi parte e intentar utilizar sus palabras como trampolín de mi propia imaginación. Espero que el resultado no desmerezca demasiado.

El cuarteto citado en la página 162 corresponde al romance de Francisco de Quevedo «Arreglando están el mundo».

El cuarteto citado en la página 171 es el primero del soneto 75 de las «Rimas» de Lope de Vega.

La coplilla marinera de la página 215 es una canción popular entonada en los carnavales de la zona del Vilán, en la costa gallega, según recoge José Beña Heim en su libro «Costa de la muerte».

La canción que canta Karima en la página 325 es un poema de la poetisa Hamda bint Ziyad de Guadix que aparece recogido en la noche 245 de «Las mil y una noches».

Y el cuarteto citado en la página 340 es de uno de los sonetos de amor de William Shakespeare.

Junto a ellos hay también citas más o menos explícitas de cantantes y compositores de música popular contemporánea. Por ahí anda una descripción que le debe mucho al tango «Maquillaje» (que a su vez parte de los versos de Leandro de Argensola), de H. y V. Expósito, en versión de Astor Piazzola. Y los poemas del bardo pirata Jean Le Chien (así como su mismo nombre) son el resultado de la reescritura de los excelentes textos de las canciones de Santiago Auserón, tanto en la época en que formaba parte del grupo Radio Futura como en la actual, en que ha tomado el nombre artístico de Juan Perro.

Durante estos dos años de trabajo, las obras de Cervantes, Gabriel de la Vega, Luis Vélez de Guevara, William Shakespeare, Thomas More, John Donne, Daniel Defoe, Joseph Conrad, Deleito y Piñuela, Luis García Montero, Paul Auster, León de Greiff y Bernardo Atxaga han sido mis libros de cabecera. Todos ellos están presentes, de una manera u otra, en «El converso». Y, sobre todos, el libro de memorias «Vida, nacimiento», padres y crianza del capitán Alonso de Contreras, en el que el feroz soldado español dejó apasionante relato de sus andanzas, fechorías y proezas.

## **Nota**

En esta novela aparecen personajes puramente imaginarios y otros que llevan el nombre de algún personaje histórico. Sin embargo, tanto unos como otros son personajes de ficción. He utilizado algunos elementos de la realidad histórica que he procurado seguir fielmente, pero no he dudado en alterarlos cuando el relato lo ha exigido. Así pues, que nadie lea esta novela como una crónica histórica sino como el fruto de una fantasía aventurera. Una mentira más en una novela mentirosa, como todas, que aspira a nombrar la verdad mediante sus engaños. Si en algún momento toma el relato visos de verosimilitud, sepa el lector que no es casual porque en eso consiste precisamente la novela: en hacer creíble lo imaginario, en convertir la ficción en una forma de conocimiento.



JOSÉ MANUEL FAJARDO GONZÁLEZ, (Granada, 1957). Nació en Granada, pero creció «en un barrio feo y aburrido de Madrid». Cursó hasta tercer año en la Facultad de Derecho de la Universidad Autónoma de Madrid, participando activamente en el movimiento estudiantil antifranquista en las postrimerías de la Dictadura, desde las filas del entonces clandestino Partido Comunista de España, que años más tarde abandonaría, sin abdicar de su ideología de izquierda. Tras la legalización del PCE, su primer trabajo periodístico se desarrolló precisamente, en 1978, en las páginas culturales de Mundo Obrero, órgano oficial del Partido.

Desde entonces, Fajardo no ha abandonado el periodismo, sobre todo cultural, que ha plasmado en colaboraciones en diarios y revistas generalistas de España (El País, Cambio 16, El Mundo, El Periódico de Catalunya), Europa (Temps Modernes, Le Monde Diplomatique, Il Sole-24 Ore) y América Latina (El Gatopardo, de Colombia, Página 12, de Argentina, o Público, de México); así como en revistas de crítica literaria y en el programa de Televisión Española Tiempo de papel, del que fue redactor.

En 1990 publicó su primer libro (del que haría una nueva versión en 2002): La epopeya de los locos, un documentado fresco histórico sobre la peripecia trágica de los españoles que participaron en la Revolución francesa, con especial atención a la figura sobresaliente del Abate Marchena. Dos años más tarde, aprovechó los «eventos del agobiante 1992» para dar a la imprenta Las naves del tiempo, galería de retratos, publicados previamente en prensa, de diez personajes históricos relacionados con el «descubrimiento», la conquista y la emancipación de América, desde Colón hasta

Toussaint Louverture.

En 1996 publicó su primera novela, Carta del fin del mundo, que narra en primera persona la epopeya colombina del Fuerte Navidad. En la estela del anterior, vio la luz en 1998 El Converso, una auténtica novela de aventuras históricas que ha conocido diversas ediciones y es su obra más vendida.

Tras residir varios años en el País Vasco, Fajardo dio en 2001 un giro a su temática novelística con Una belleza convulsa, una narración situada en el País Vasco actual, cuyo protagonista, secuestrado en un «zulo», mientras trata de comprender por qué ha sido elegido como víctima, rememora su vida y se consuela recordando sus viajes por esa tierra azotada por el terrorismo de ETA. La situación de partida de la novela es la misma que veinticinco años antes había concebido Raúl Guerra Garrido en Lectura insólita de «El Capital», pero ahí acaban los paralelismos entre ambas novelas.

Instalado en París desde 2001, Fajardo volvió al género del retrato histórico de divulgación con Vidas exageradas una colección de veintidós breves biografías literarias de personajes históricos cuyo único nexo común es la desmesura de sus vidas, desde la Monja Alférez hasta Aristóteles Onassis, pasando por Pancho Villa o Charlie Parker.

En 2005 apareció en México su libro para niños La estrella fugaz y la novela A pedir de boca, historia de amor ambientada en un París de inmigrantes. Ese mismo año prologó y editó las olvidadas Memorias de la insigne Academia Asnal, de Primo F. Martínez de Ballesteros, ilustrado y afrancesado español, que ya aparecía en La epopeya de los locos. También prologó una nueva edición de Estas ruinas que ves, novela del mexicano Jorge Ibarguengoitia que se anunciaba como el primer volumen de una biblioteca de autor que no parece haber tenido continuidad.

En 2008 apareció el resultado de un insólito experimento: la escritura de una «novela a seis manos», realizada en colaboración entre Fajardo, Antonio Sarabia y José Ovejero. Se trata de Primeras noticias de Noela Duarte, una narración de trama aventurera cuya protagonista es una fotógrafa, hija de un cubano exiliado y una española republicana.

En 2010 ha publicado Mi nombre es Jamaica, una novela en que una trama contemporánea se entreteje con una narración de aventuras históricas, en la que aparecen muchos de los elementos que caracterizan la temática más frecuente del autor, como la conquista de América y la tragedia de los judíos españoles.

Sus relatos han aparecido en varias antologías y obras colectivas junto a autores como Luis Sepúlveda, Rosa Montero, Mempo Giardinelli, Santiago Gamboa, Elsa Osorio, Álvaro Mutis, Bernardo Atxaga, Jean Rolin, Edward Carey o Patrick Deville. Él mismo ha realizado una breve recopilación de poesías de autores que sólo han publicado narrativa (incluidas las propias), publicada en Italia en 2003, en edición

bilingüe, con el título *Poesie senza patria*. Ya en 1999 había publicado *La huella de unas palabras*, una antología de textos de Antonio Muñoz Molina acompañada de conversaciones y correspondencia entre los dos autores. Ha publicado asimismo dos libros en colaboración con fotógrafos: «*La senda de los moriscos*», con Daniel Mordzinski en 2009 y «*Silencieuses Odyssees*», con Francesco Gattoni 2011.

En 2010, creó junto a la escritora puertorriqueña Mayra Santos Febres el Festival de la Palabra de Puerto Rico, un encuentro literario internacional que se celebra anualmente en dos ciudades —San Juan de Puerto Rico y Nueva York—, cuya programación dirige.

En 2011, Fajardo creó el blog de periodismo independiente *Fuera del juego*, en el que comenta diariamente la actualidad política, social y cultural siempre con textos de la misma extensión: 777 caracteres. Y en 2012 publicó su primera traducción del francés al español: una nueva versión de *La dama de las camelias*, de Alexandre Dumas hijo.

José Manuel Fajardo ha obtenido el Premio Internacional de Periodismo Rey de España (por *Las naves del tiempo*) y, en Francia, el Premio Somfy de los lectores en el festival de Esperluette (por «*A pedir de boca*»), el Premio Charles Brisset (por *Una belleza convulsa*) y el Premio Alberto Benveniste a la mejor obra literaria sobre cultura judía (por «*Mi nombre es Jamaica*»). Sus obras están traducidas al francés, italiano, alemán, portugués, griego, serbio y rumano.

*Obras:*

### **Novelas:**

1996: *Carta del fin del mundo*, España, Ediciones B., ISBN: 84-406-6168-1 / Ediciones B., colección VIB, 1998, ISBN: 84-666-2178-4 (edición de bolsillo) / Punto de Lectura, 2001, ISBN: 84-663-0426-4 (edición de bolsillo)/ Ediciones B., colección Byblos, 2005, ISBN: 84-666-2178-4 (edición de bolsillo).

1998: *El Converso*, España, Ediciones B., ISBN: 84-406-8842-3 / Círculo de Lectores, 1999, ISBN: 84-226-7683-4 (edición Club) / Punto de Lectura, 2001, ISBN: 84-663-0222-0 (edición de bolsillo) / Ediciones B., colección Byblos, 2004, ISBN: 84-666-1877-5 (edición de bolsillo) / Ediciones B., colección ZETA, 2006, ISBN: 84-96581-53-5 (edición de bolsillo).

2001: *Una belleza convulsa*, España, Ediciones B., ISBN: 84-666-0112-0 (Premio Charles Brisset, 2002).

2005: *A pedir de boca*, España, Ediciones B., ISBN: 84-666-1458-3 (Premio Somfy, 2007).

2010: Mi nombre es Jamaica, España, Editorial Seix Barral, ISBN: 84-322-1273-4 (Prix Alberto Benveniste, 2011) y (Prix Bouchon de Cultures 2011) del Salon des Littératures Européennes de Cognac.

### **Cuentos:**

2005: La estrella fugaz, México, Ediciones CIDCLI, ISBN: 968-494-180-3 (Cuento infantil).

2008: Maneras de estar, España, Ediciones B., ISBN: 978-84-02-42082-4 (Libro de relatos).

### **Ensayos históricos:**

1990: La epopeya de los locos. Españoles en la Revolución Francesa, España, Editorial Seix Barral, ISBN: 84-222-4650-6 / Ediciones B., 2002, ISBN: 84-666-1078-2 (edición corregida) / Punto de lectura, 2003, ISBN: 84-663-1192-0 (edición de bolsillo).

1992: Las naves del tiempo, España, Cambio 16, ISBN: 84-7679-252-2 (Premio Internacional de Periodismo Rey de España, 1992).

2003: Vidas exageradas, España, Ediciones B., ISBN: 84-666-0873-7

### **Libros en colaboración con otros autores:**

2003: Queen Mary 2 & Saint-Nazaire, Francia, Editions MEET, ISBN: 2-911686-23-3

2008: Primeras noticias de Noela Duarte, novela en colaboración con José Ovejero y Antonio Sarabia, España, Editorial La Otra Orilla, ISBN: 978-84-92451-08-1

2010: La senda de los moriscos, libro de viajes en colaboración con el fotógrafo Daniel Mordzinski, España, Lunwerg Editores, ISBN: 978-84-9785-223-4

2011: Silencieuses Odyssées, libro de retratos en colaboración con el fotógrafo Francesco Gattoni, Francia, Jean-Paul Rocher éditeur, ISBN: 2-917411-41-4

Wikipedia, la enciclopedia de contenido libre que todos pueden editar.

[http://es.wikipedia.org/wiki/Jos%C3%A9\\_Manuel\\_Fajardo](http://es.wikipedia.org/wiki/Jos%C3%A9_Manuel_Fajardo)

[http://www.josemanulfajardo.com/sitio/index.php?option=com\\_content&view=frontpage&Itemid=1](http://www.josemanulfajardo.com/sitio/index.php?option=com_content&view=frontpage&Itemid=1)